DICCIONARIO
DE AUTORES, OBRAS Y PERSONAJES DE LA LITERATURA LATINA

Petronio
HORACIO
Cicerón
Virgilio

Vicente López Soto

EDITORIAL JUVENTUD

Este útil diccionario resume y ordena todo el saber de la cultura latina. La obra, dividida en tres apartados –autores, obras y personajes–, nos habla de filósofos, oradores, poetas, historiadores, matemáticos; de personajes y de mitos, y nos da acceso a un importante caudal de obras, muchas de ellas poco conocidas.

Séneca

Ovidio

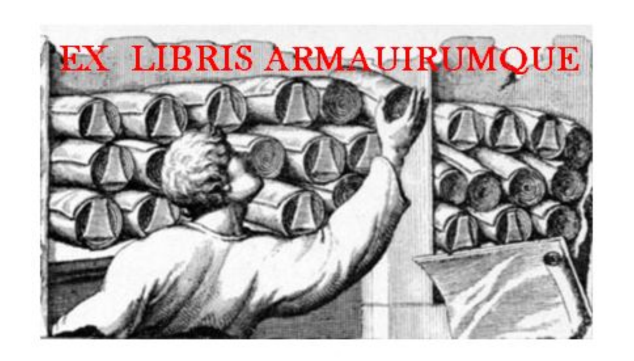
CATÓN

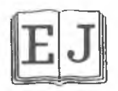
diccionario



VICENTE LÓPEZ SOTO
Miembro de la Asociación Internacional
«Vita Latina», Aviñón (Francia)

DICCIONARIO
DE AUTORES, OBRAS Y PERSONAJES DE LA LITERATURA LATINA





EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA, 101 - BARCELONA

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
Provença, 101 - 08029 Barcelona
info@editorialjuventud.es
www.editorialjuventud.es

Primera edición en esta colección, 2003
ISBN: 84-261-3310-X
Depósito legal: B.20.269-2003
Núm. de edición de E. J.10.210
Impreso en España - Printed in Spain
Ediprint, c/. Llobregat, 36 - 08291 Ripollet (Barcelona)

INTRODUCCIÓN

LA LITERATURA LATINA

«Nescire quid antea quam natus sis acciderit, id est semper esse puerum.»

(«Siempre es niño el que ignora lo que ha sucedido antes de su nacimiento.»)

CICERÓN

Las legiones de Roma sometieron a Grecia, pero aquélla se vio vencida por la cultura de ésta. El genio griego se reencarna, por así decirlo, en la literatura latina. Las primeras manifestaciones líricas anteriores al helenismo fueron los elementos de la escasa producción autóctona de la primitiva, ruda, montaraz y belicosa tierra latina.

SU DIVISIÓN

Época preclásica (754-78 a. de J. C.)
Período preliterario: 754-240 a. de J. C.
Período arcaico: 240-78 a. de J. C.

Época clásica (78 a. de J. C. a 14 d. de J. C.)
Edad de Cicerón: 78-43 a. de J. C.
Edad de Augusto: 43 a. de J. C. a 14 d. de J. C.

Época posclásica (14-690 d. de J. C.)
Edad de plata: 14-177 d. de J. C.
Edad de cobre: 117-690 d. de J. C. (período arcaizante, período cristiano-pagano, período visigótico).

V. L. S.

AUTORES

A

ACCIO, LUCIO

Poeta trágico latino, hijo de un liberto. Nacido en Pisaurum (hoy Pesaro) el 170 antes de Jesucristo y muerto en el 84. Contemporáneo de Cayo Lucilio, el amigo íntimo de Lelio y de Escipión, fue un dramaturgo fecundo y un erudito, pecando de vanidoso. Poseía un estilo enérgico, sentimientos elevados y variedad de personajes. Le citaron, entre otros, Tácito, Cicerón, Quintiliano, Horacio y Ovidio, y Virgilio llega a imitarle en algunas ocasiones. Elevó la tragedia a su apogeo. De éstas se conservan unos cincuenta títulos y unos setecientos versos. Trató asuntos entresacados de las leyendas, a imitación de los griegos, aprovechándose de Esquilo, Sófocles, Eurípides y poetas del llamado «ciclo troyano». Sus obras fueron representándose durante mucho tiempo, quizá porque su estilo apelaba a los recursos de la retórica, que causaban gran efecto en el público, porque éste creía ver en estos episodios y personajes griegos una alusión a hechos políticos contemporáneos. En historia tocó asuntos patrios, como en las dos «pretextas», de las que sólo quedan unos fragmentos, *Decio* o *Los Eneadas,* celebrando el sacrificio de P. Decio Mus en la batalla de Sentino (295 a. de J. C.), y *Bruto* (basada en la expulsión de los tarquinos). Tiene, además, obras sobre cuestiones gramaticales, historia, literatura y antigüedades, en forma métrica, como *Pragmática, Parerga, Sotadica, Annales,* y *Didascalia* (prosa y verso), sobre historia de la poesía dramática griega y romana.

ACILIO, CAYO

Historiador que nació a mediados del siglo II antes de Jesucristo y contemporáneo de Catón el Viejo. En esta época, la lengua griega era la más extendida y conocida por todo el mundo civilizado; así que Acilio escribió en griego

su *Historia de Roma,* que posteriormente fue traducida al latín por un tal Claudio, personaje desconocido, que fue de gran utilidad a Tito Livio.

AFRANIO, LUCIO

Poeta cómico, nacido entre 155-154 antes de Jesucristo. No se tienen noticias de su vida, pero se conoce su fama por los juicios de autores posteriores y el éxito alcanzado por sus obras. Sagaz intérprete de la vida familiar y social del pueblo bajo, fue el primero que dejó de imitar a los griegos, pintando costumbres romanas. Sus comedias se llamaron *togatas* (por la toga romana que vestían sus personajes), para diferenciarlas de las griegas, llamadas *palliatas* (del *pallium,* capa griega). Fue el más fecundo y el más perfecto de ese género (fábulas togatas) y mencionado elogiosamente por críticos e historiadores, como Quintiliano, Aulo Gelio, Horacio, Cicerón, etc. Se inspiró en Menandro. Presenta la vida de familia, y Quintiliano le reprocha el hacer uso de frases obscenas y groseras. Han quedado unos cuarenta títulos de sus obras. La de *Incendium* fue representada todavía en vida de Nerón.

AGUSTÍN, SAN

Aurelio Agustín, filósofo y teólogo, así como fecundo escritor, que, como Cicerón, hace saltar hecha añicos la cadena que cierra los forzados límites de una antología. Nació en Tagaste, una pequeña ciudad africana de la vertiente mediterránea de Numidia, cerca de Madauro, en el 354 después de Jesucristo, y murió en Hipona el 430. Fue hijo de Patricio, pagano, y de Mónica, cristiana. Es Santo Padre de la Iglesia latina y se le conoce por *Doctor de la Gracia.* La vida de Agustín pasa por unas alternativas de asombrosa disipación y se resiste a ser bautizado, por no resignarse a vivir sin concubina. Su padre, hombre ambicioso, deseaba mandar a su hijo a Cartago, para ampliar sus estudios, pero, al carecer de medios, tuvo que aceptar la generosidad de Romaniano, amigo y pariente lejano de la familia, que era un hombre riquísimo y gustaba de proteger a las gentes de talento, e inmediatamente proveyó a todos los gastos que produjera su estancia en Roma. Hervía nuestro Mediterráneo al calor de los cuatro potentísimos focos proyectados sobre

él: Cartago, Roma, Atenas y Alejandría. Aquí fue donde se entregó Agustín a los placeres y diversiones. Se unió a una muchacha de condición modestísima, con la que convivió durante doce años y de la que tuvo a sus diecinueve años un hijo, Adeodato. Sería prolijo ir dando detalles sobre su azarosa vida. En el ápice de su carrera gozaba ya de una tranquilidad económica, pero le faltaba la paz, y, ante esa constante inquietud y llevado de su gusto retórico y erudito, acude a escuchar las predicaciones del extraordinario obispo de Milán, San Ambrosio. Tocado y vivamente impresionado de los prodigios que unos hombres oscuros y sin letras, San Antonio y sus seguidores, realizaban, dijo a un amigo suyo aquellas memorables palabras: «*Surgunt indocti et rapiunt regnum coelorum, nos, autem, cum nostris litteris, mergimur in profundum.*» («Surgen los indoctos y arrebatan el reino de los cielos; nosotros, empero, con nuestras letras, nos sumergimos en lo profundo [de los infiernos].») Pero fue con San Pablo con quien su ánimo recobró la tranquilidad con aquellas palabras: «No andéis en banquetes y festines, en placeres y en impurezas, entre celos y disputas; antes bien, revestíos de Jesucristo y cuidad del cuerpo según vuestras necesidades.» Fue entonces cuando, tocado de la gracia sobrenatural, se decide a romper ya por siempre las fuertes ataduras de la sensualidad, que le impedían dedicarse al servicio de Dios. En el 386 se retira a la finca de la villa de Cassiciaco, en Brianza, juntamente con su madre, Mónica; Navigio, su hermano; varios primos; su amigo Alipio, y Adeodato, su hijo; la mujer se había alejado y el proyectado matrimonio quedó sin efecto. Aquí se diserta, viviendo comunitariamente, acerca de Dios, cada uno según sus capacidades. La lucha de Agustín contra las dudas filosóficas y la oscuridad religiosa es titánica. En este plácido retiro nacen los célebres diálogos filosóficos: *Contra los académicos, De la vida feliz, Del orden* y *Soliloquios.* Al año siguiente, o sea el 387, pasa a Milán, tras presentar su dimisión de profesor, y en la noche del 24 al 25 de abril de ese año, vigilia pascual, Ambrosio borraba mediante el bautismo toda aprensión de la vida pasada del ex profesor de retórica y gramática. Es en este memorable año cuando muere su madre, en octubre o noviembre, después de haber tenido la dicha inefable de verle ya plenamente convertido y consagrado por entero al servicio de Dios. Pasa a Tagaste, hace donación de la mitad de sus bienes a la Iglesia y el res-

to lo reparte entre los pobres. El 390 es ordenado presbítero por aclamación popular, si bien se resistía, por considerarse indigno. Fundó un convento e instituyó una orden religiosa. En el 396 fue consagrado obispo de Hipona, sucediendo a Valerio, quien un año antes le había nombrado su auxiliar. El año 429, los vándalos pasan de España al África y en brevísimo tiempo sólo quedan en pie tres iglesias: la de Cartago, la de Cirta y la de Hipona. Hacía ya tres meses que duraba el asedio de esta ciudad, cuando Agustín cayó enfermo, muriendo el 14 de agosto del año 430. Al tratar de mencionar la obra legada por San Agustín, queda uno aturdido al encontrarse frente a una actividad en la que parece que ha estado colaborando durante siglos una parte de la humanidad. Polifacético, toca temas filosóficos, místicos, psicológicos, didácticos, apologéticos (contra maniqueos, donatistas, pelagianos, arrianos, y los paganos, que continuaban calumniando la doctrina de Cristo). Además de copiosísimo escritor, estuvo predicando ininterrumpidamente durante cuarenta años, y los muchos centenares de sus sermones que se han conservado constituyen una pequeña parte de los que pronunció. Sus escritos exegéticos son de los más hermosos y profundos que posee la Iglesia. Mencionaremos *De la Trinidad, Del libre albedrío, Las confesiones* y *La ciudad de Dios,* obras que se comentarán en su sección. Y, por último, digamos que sus *Epístolas,* también copiosísimo acervo, van dirigidas a toda clase de personas: adversarios, laicos, eclesiásticos, extranjeros, amigos, funcionarios del Estado, etc.

AMIANO, MARCELINO

Historiador romano. Nació en el 330 después de Jesucristo y murió a fines del siglo IV o principios del V, ignorándose su fecha exacta. Fue un escritor vigoroso y original en la forma y en el pensamiento, con una personalidad fuerte, segura, que se veía enriquecida con un sentido crítico, desapasionado y realista. Nacido en Antioquía (Siria), fue romano de espíritu y de educación, primero como soldado en tiempos de Juliano, combatiendo en Mesopotamia y la Galia desde el 350 al 359, y luego, retirado de la milicia a sus cincuenta años, se estableció en Roma y escribió su obra *Rerum Gestarum Libri XXXI,* continuación de los *Anales* de Tácito, desde Nerva a Valente (96-378). De los treinta

y un libros sólo se conservan los dieciocho últimos, desde el catorce al treinta y uno, que abarcan desde el año 353 al 378, época en que vivió el autor, distinguiéndose por su claridad e imparcialidad y viniendo a constituir la fuente más importante para la historia de dicha época. Cierra su historia con estas solemnes palabras: «He escrito una obra que tiene por fin la verdad, a la que nunca, según creo, me he atrevido a traicionar con el silencio o con la mentira.» Consciente, pues, de su responsabilidad, juzga, elogia y condena con imparcialidad a los grandes actores de la historia. Citemos un botón de muestra. De Juliano, por ejemplo, alaba su espíritu conservador de la antigua fe de Roma y deseado ideal suyo de *«optimus princeps»*; pero le reprocha con acritud su inmoderada complacencia ante el aplauso y la adulación; su condescendencia a los deseos de sus amigos, su gula y desenfreno de costumbres y su injustificable e inclemente intransigencia contra el cristianismo, cuya doctrina considera «franca y pura», y admira el intrépido valor de los «mártires» del cristianismo.

ANDRÓNICO, LUCIO LIVIO

Nació probablemente el 284 antes de Jesucristo y murió hacia el 200. En el año 272 llegaba a la capital, entre los prisioneros hechos en Tarento, el joven Andrónico, que fue comprado como esclavo por un miembro de la poderosa familia de los Livios. Pronto se convirtió en preceptor de sus hijos, y, una vez manumitido, tomó, como de costumbre, el nombre de su dueño, un tal Livio Salinátor, adoptando el nombre de Lucio Livio Andrónico. Enseñó en Roma letras griegas y latinas y fue actor y autor de las llamadas *saturae* (1). A Andrónico le debe el pueblo romano, militar y rudo, un mundo literario pleno de ricos tesoros. Para dar un libro de lectura a sus alumnos extractó la *Odisea* en versos saturnios, y esta obra continuaba todavía como libro de texto clásico en la época imperial. En el año 240, terminada la primera guerra púnica, en lugar de la vieja *satura* hizo representar el primero de sus *dramas*. Tuvo tal éxito la representación teatral, que Andrónico se convirtió en una especie de empresario durante el resto de su vida, suministrando con regularidad nuevas adaptaciones del griego. De este año,

(1) Composiciones literarias satíricas.

el 240, arranca la historia de la literatura latina. En el año 207, en el período más crítico de la segunda guerra púnica, se le encargó un himno a Juno, para conjurar calamidades que anunciaban unos funestos presagios. Se le recompensó de modo solemne esta composición lírica (la más antigua en lengua latina que se conoce). Se creó el *Collegium Poëtarum Histrionumque* («Sociedad de Poetas y Actores»), con sede en el templo de Minerva, en el Aventino, viniendo a ser el primer centro de vida literaria.

APIANO

Nació en Alejandría a finales del siglo I después de Jesucristo. Ejerció de abogado en Egipto, y en tiempos de Adriano pasó a Roma y, obtenida la ciudadanía romana, entró en la Administración del Estado. Bajo el reinado de Antonino Pío (138-161) obtuvo el codiciado cargo de procurador imperial, y bajo el de Marco Aurelio (161-180) fue nombrado abogado del fisco. Escribió su *Historia romana*, en la que dejó materiales de gran valor.

APULEYO, LUCIO

Los datos biográficos que se poseen de la vida de Apuleyo son sacados de sus propias obras, pues los escritores de su tiempo no hicieron mención de él. Sus obras *Apología* y *Florida* están plagadas de datos sobre su vida. Lucio Apuleyo nació en Madaura (África), en los confines de Getulia y Numidia, en el año 114 después de Jesucristo, durante el reinado de Trajano, y murió entre los setenta y uno y los setenta y seis años de edad. Fue filósofo, simple y elegante traductor y comentador de Platón (pues en Atenas se educó en su culto), excelente retórico y romancero latino. Era de ilustre linaje: su padre, procedente de Italia y establecido en Madaura, llegó al duunvirato; su madre era sobrina de Plutarco. Según nos dice en su *Apología*, desde pequeño manifestó grandes deseos de instruirse, y, como la situación económica era desahogada y tan sólo había dos hijos de este matrimonio, el padre, por su posición y rango, quiso dar a sus hijos una sólida educación y los mandó a las escuelas públicas de Cartago, emporio de cultura, «la venerable institutriz» de toda la provincia, como el mismo Apuleyo la llamaría. En estas escuelas efectuó brillantes estudios, terminados los cuales y muerto su padre, entró en

posesión de una regular fortuna, la que aprovechó para completar su educación, viajando por Oriente, Grecia e Italia. Incluso ya en la decadencia, los jóvenes estudiosos acudían a Oriente, cuna de la mitología y de los dogmas primitivos, en Grecia, y en especial en Atenas, depuraban su gusto a la llamada de las letras y la filosofía. Su estancia en Roma le hizo adquirir las leyes y la ciencia de la abogacía. Estos viajes le proporcionaron un asombroso acervo de conocimientos. Se dedicó al estudio de las diferentes teologías de los países que fue visitando y se inició en toda clase de ceremonias religiosas «por amor a la verdad y por deber a los dioses», como él mismo nos dice. Se preocupó de los encantamientos, maleficios y prácticas de la magia, encontrando el camino abonado por la superstición de las gentes. A los treinta y un años se casó con Pudentila, una rica viuda de cuarenta y cinco años y con dos hijos, Ponciano y Rufino. El episodio más conocido de su vida fue el proceso incoado contra él en Ea (Trípoli) por los parientes de su esposa, que le acusaban de haberla seducido mediante filtros y encantamientos y haberla obligado al matrimonio por la codicia de su dote. La vista de la causa tuvo lugar ante el procónsul Claudio Máximo, con una enorme afluencia de público. Apuleyo asumió su propia defensa en su brillante y copiosa *Apología* y obtuvo un rotundo triunfo, con la vergüenza de sus enemigos. Y por segunda vez confundió a éstos cuando trataron de oponerse a que le erigieran una estatua los habitantes de la ciudad de Ea para desagraviarle de tantas injusticias. Otras obras: *Florida, Del dios de Sócrates, Tratado de Platón y su doctrina, La[s] metamorfosis,* obra esta que le dio fama como escritor de gran personalidad de la literatura clásica.

ASCONIO PEDIANO, QUINTO

Nació en Padua y vivió del 9 antes de Jesucristo al 79 después de Jesucristo, y, según otros, nació y murió en el siglo I después de Jesucristo (3-88). Además de los eruditos comentarios de las obras de Virgilio y Salustio, se le conoce más bien como comentador de Cicerón, expresándose llanamente en un estilo sencillo. Viene a ser como un escoliasta documentadísimo, que por su seriedad y honradez profesional es admirado por el llamado mundo romano.

ATTA, TITO QUINCIO

Murió el 77 antes de Jesucristo y es considerado como el último autor de las comedias llamadas «togadas», a las que dio consistencia Lucio Afranio, del que ya hablamos. El enciclopédico Varrón lo elogia por el relieve que dio a los caracteres, y el retórico africano Frontón, por el brío con que nos pinta la vida femenina.

AUSONIO, DÉCIMO MAGNO

Nació y murió en Burdigala (Burdeos), en el siglo IV después de Jesucristo (310-395). Fue profesor de retórica en la universidad de su ciudad natal, por la que sentía una ferviente admiración, y en este aspecto puede ser considerado como el primer poeta regionalista francés. Sentía y trataba los temas con gusto y finura, fue un agudo observador de la realidad, y los lugares los contemplaba y se recreaba en ellos, llegando a sacar temas líricos de todo lo que le rodeaba. Posee una copiosa producción poética. Ausonio conoció cargos y honores y se abrió paso en la carrera política. Marchó a Tréveris, corte imperial, para cuidarse de la educación de Graciano. Bajo Valentiniano I fue prefecto de las Galias, y bajo Graciano I, en 379, cónsul. Sus obras: *Poemas, Las efemérides, Mosela, Bísula, Ludus Septem Sapientium* y *Ordo nobilium*, y, además, cartas, epigramas eróticos e idilios.

AVIANO

No existen noticias seguras sobre este fabulista latino (1), que versificó en dísticos unas cuarenta y dos fábulas esópicas, que sería uno de los textos más leídos en la Edad Media. Además, la variante de «Avieno» hallada en algunos manuscritos lo ha hecho confundir con...

---

(1) Debió de escribir a fines del siglo IV y comienzos del V después de Jesucristo, según algunos.

AVIENO, RUFO FESTO

Poeta latino del siglo IV, que nos ha dejado noticias sobre su vida. Nació en Bolsena (Etruria), habitó siempre en Roma, donde ejerció por dos veces el proconsulado, llevando una vida muy feliz, padre de numerosa prole. Seguía la filosofía estoica y era un pagano convencido. Tiene traducida en hexámetros latinos la obra *Fenómenos*, de Arato.

B

BOECIO, ANICIO MANLIO TORCUATO SEVERINO

Nació en Roma aproximadamente en 480 después de Jesucristo y murió en el 524. Fue ministro de Teodorico y ajusticiado por éste por sospechas de alta traición. Él mismo nos dejó un breve resumen de su vida en el primer libro de su obra más célebre, *De la consolación de la filosofía.* Pertenecía a la *gens* Anicia, que desde hacía más de un siglo era cristiana y había prestado grandes servicios al Imperio. Poseía una vastísima cultura, de la que formaba parte un perfecto conocimiento del griego, entrando en su proyecto (conseguido sólo en parte) el traducir al latín todas las obras de Platón y Aristóteles. En sus comentarios a Aristóteles, Porfirio y Cicerón se muestra como uno de los últimos representantes del clasicismo y aparece como el primer escolástico con sus manuales sobre las ciencias del cuadrivio. (De éstos se conservan los de *Institutio arithmetica* y el *De musica* y se han perdido *Ara geometriae* y *De astrologia.*) Escolástico también se nos muestra en sus opúsculos teológicos, de los que el titulado *De fide catholica* es de dudosa autenticidad. Como personaje político obtuvo un éxito rápido y singular, siendo primeramente cuestor y después cónsul en 510, a sus treinta y dos años, y en el 522 vio a sus dos jóvenes hijos ocupar este último cargo. Su personalidad política destaca en la historia de Italia por sus tenaces intentos de establecer el acuerdo y la unidad entre romanos y godos, plan que hizo fracasar la monstruosa barbarie del godo Teodorico. Pero, digamos, es más elevado el nivel que ocupa en la historia de la cultura y de la civilización europeas porque hizo asequibles al mundo occidental las fuentes griegas del saber y facilitó a las escuelas los instrumentos indispensables para la investigación y porque ofreció a la serena meditación de los siglos su obra, ya citada, *De la consolación de la filosofía,* escrita cuando estaba encarcela-

do en Pavía, *La Biblia* y *Regla de los monasterios,* de San Benito. La Edad Media estimó mucho ese escrito consolatorio, y, aceptada la leyenda de que Teodorico era un hereje perseguidor de los creyentes, vio y saludó en su autor a un mártir muerto por el cristianismo. Esa constante tradición de que Boecio cayó víctima del arriano Teodorico por sólida fe católica y el culto tributado *ab immemorabili* a su memoria fue ratificada por León XIII por medio de un decreto en 1879. Boecio, aun despojado de los elementos legendarios, viene a ser una de las figuras de más celebridad en los siglos medievales y como un símbolo del paso de una etapa cultural a una era nueva: la civilización moderna, el feliz resultado de una laboriosa y fecunda fusión de principios antiguos y modernos.

ATTA, TITO QUINCIO

Murió el 77 antes de Jesucristo y es considerado como el último autor de las comedias llamadas «togadas», a las que dio consistencia Lucio Afranio, del que ya hablamos. El enciclopédico Varrón lo elogia por el relieve que dio a los caracteres, y el retórico africano Frontón, por el brío con que nos pinta la vida femenina.

AUSONIO, DÉCIMO MAGNO

Nació y murió en Burdigala (Burdeos), en el siglo IV después de Jesucristo (310-395). Fue profesor de retórica en la universidad de su ciudad natal, por la que sentía una ferviente admiración, y en este aspecto puede ser considerado como el primer poeta regionalista francés. Sentía y trataba los temas con gusto y finura, fue un agudo observador de la realidad, y los lugares los contemplaba y se recreaba en ellos, llegando a sacar temas líricos de todo lo que le rodeaba. Posee una copiosa producción poética. Ausonio conoció cargos y honores y se abrió paso en la carrera política. Marchó a Tréveris, corte imperial, para cuidarse de la educación de Graciano. Bajo Valentiniano I fue prefecto de las Galias, y bajo Graciano I, en 379, cónsul. Sus obras: *Poemas, Las efemérides, Mosela, Bísula, Ludus Septem Sapientium* y *Ordo nobilium*, y, además, cartas, epigramas eróticos e idilios.

AVIANO

No existen noticias seguras sobre este fabulista latino (1), que versificó en dísticos unas cuarenta y dos fábulas esópicas, que sería uno de los textos más leídos en la Edad Media. Además, la variante de «Avieno» hallada en algunos manuscritos lo ha hecho confundir con...

---

(1) Debió de escribir a fines del siglo IV y comienzos del V después de Jesucristo, según algunos.

AVIENO, RUFO FESTO

Poeta latino del siglo IV, que nos ha dejado noticias sobre su vida. Nació en Bolsena (Etruria), habitó siempre en Roma, donde ejerció por dos veces el proconsulado, llevando una vida muy feliz, padre de numerosa prole. Seguía la filosofía estoica y era un pagano convencido. Tiene traducida en hexámetros latinos la obra *Fenómenos*, de Arato.

B

BOECIO, ANICIO MANLIO TORCUATO SEVERINO

Nació en Roma aproximadamente en 480 después de Jesucristo y murió en el 524. Fue ministro de Teodorico y ajusticiado por éste por sospechas de alta traición. Él mismo nos dejó un breve resumen de su vida en el primer libro de su obra más célebre, *De la consolación de la filosofía.* Pertenecía a la *gens* Anicia, que desde hacía más de un siglo era cristiana y había prestado grandes servicios al Imperio. Poseía una vastísima cultura, de la que formaba parte un perfecto conocimiento del griego, entrando en su proyecto (conseguido sólo en parte) el traducir al latín todas las obras de Platón y Aristóteles. En sus comentarios a Aristóteles, Porfirio y Cicerón se muestra como uno de los últimos representantes del clasicismo y aparece como el primer escolástico con sus manuales sobre las ciencias del cuadrivio. (De éstos se conservan los de *Institutio arithmetica* y el *De musica* y se han perdido *Ara geometriae* y *De astrologia.*) Escolástico también se nos muestra en sus opúsculos teológicos, de los que el titulado *De fide catholica* es de dudosa autenticidad. Como personaje político obtuvo un éxito rápido y singular, siendo primeramente cuestor y después cónsul en 510, a sus treinta y dos años, y en el 522 vio a sus dos jóvenes hijos ocupar este último cargo. Su personalidad política destaca en la historia de Italia por sus tenaces intentos de establecer el acuerdo y la unidad entre romanos y godos, plan que hizo fracasar la monstruosa barbarie del godo Teodorico. Pero, digamos, es más elevado el nivel que ocupa en la historia de la cultura y de la civilización europeas porque hizo asequibles al mundo occidental las fuentes griegas del saber y facilitó a las escuelas los instrumentos indispensables para la investigación y porque ofreció a la serena meditación de los siglos su obra, ya citada, *De la consolación de la filosofía,* escrita cuando estaba encarcela-

do en Pavía, *La Biblia* y *Regla de los monasterios,* de San Benito. La Edad Media estimó mucho ese escrito consolatorio, y, aceptada la leyenda de que Teodorico era un hereje perseguidor de los creyentes, vio y saludó en su autor a un mártir muerto por el cristianismo. Esa constante tradición de que Boecio cayó víctima del arriano Teodorico por sólida fe católica y el culto tributado *ab immemorabili* a su memoria fue ratificada por León XIII por medio de un decreto en 1879. Boecio, aun despojado de los elementos legendarios, viene a ser una de las figuras de más celebridad en los siglos medievales y como un símbolo del paso de una etapa cultural a una era nueva: la civilización moderna, el feliz resultado de una laboriosa y fecunda fusión de principios antiguos y modernos.

C

CALPURNIO, SÍCULO

Poeta bucólico del siglo I después de Jesucristo, del que se tienen pocas noticias. Las siete églogas de Calpurnio, que imitan a Virgilio y con repetidas alusiones glorifican a Nerón, cantándole como joven de lozana belleza, generoso, clemente, etc., contienen trozos descriptivos provistos de originalidad. El poeta cartaginés Nemesiano (siglo III) le imitó, y en las ediciones anteriores, hasta mediado el siglo XIX, aparecen las siete églogas de Calpurnio con cuatro de Nemesiano. El *Ludus Pisonis*, panegírico compuesto por un joven desconocido, se le atribuye a Calpurnio con poco fundamento.

CAPELLA, MARCIANO

Martianus Min[n]e[i]us Felix Capella nació en Cartago y su actuación tiene lugar entre los años 360-380 y el 429 y casi con seguridad nunca en Roma. Según otros, nació en Madaura, y a tan escasos datos biográficos se ha llegado al cabo de un intenso trabajo aunando diversidad de criterios. Ejerció al principio la abogacía, que luego abandonó para dedicarse a su obra enciclopédica en nueve libros, mezcla de prosa y verso en todos los metros, a la que le dio el curioso título de *Las bodas de Mercurio con la Filología*. Recordando a Apuleyo, rodea la información cultural con la mitológica historia de las nupcias entre la Filología y Mercurio, novela mitológico-gramatical, por así decirlo, que pronto se convirtió en libro de texto en todas las escuelas y así continuó durante toda la Edad Media.

CASIODORO, FLAVIO MAGNO AURELIO

Nació hacia el 480 después de Jesucristo en Esquilache (Calabria), en donde murió hacia el 570-575. Participó en la vida política, desempeñando prácticamente una misión de equilibrio entre la corte y el Papado en el azaroso mundo romano-bizantino-gótico. Fue historiador oficial, redactor de documentos jurídicos y, además de otros cargos, llegó a ser primer ministro de Teodorico y sus sucesores. Ya en el 540 se retiró a un convento benedictino, el Vivarium, fundado por él en su posesión de Vivario, convertido muy pronto en centro de altos estudios de carácter religioso y profano (Sagrada Escritura, ascética, historia, cosmografía, artes liberales, filosofía y ciencias exactas). Allí instruyó a los monjes en la copia de manuscritos, y, así, el *scriptorium*, donde los amanuenses trabajaban asiduamente en la transcripción de códices traídos de tierras lejanas, era como un oasis de cultura en medio de la barbarie que azotaba a Italia. Antes de retirarse a la vida monástica, el fecundo escritor había compuesto su *Crónica* (del origen del mundo hasta el 519) e *Instituciones de las letras divinas y humanas.*

CATÓN, MARCO PORCIO

Nació en el 234 antes de Jesucristo, en el seno de una familia de acomodados campesinos de Túsculo. Tuvo una fuerte personalidad y fue una altiva figura de patriota, del que es universalmente conocida la frase «*Delenda est Carthago*». Joven y valeroso combatiente contra Aníbal, entró con paso firme en la carrera política, siendo cuestor, edil, pretor, cónsul y censor. En este cargo se hizo celebérrimo por la severidad con que reprimió el lujo, el despilfarro y las malas costumbres; revisó las listas de los senadores y caballeros, excluyó del Senado a siete patricios y atacó de manera directa a la familia de los Escipiones. Su patriotismo se alzó contra la invasión helenística en una literatura que poseía una lengua propia, consagrada ya como instrumento de expresión poética. No carecía de cultura griega, pues conocía a Tucídides y a Demóstenes, pero sobre todo se sentía romano, y esto fue la constante de su vida. Se le llamó padre de la prosa latina, de la cual poseemos el libro más antiguo,

su obra *Liber de Agricultura; Los orígenes,* la primera gran obra histórica en lengua latina; *Libros a mi hijo Marco (Praecepta ad filium); Discursos.* Cicerón admiraba mucho la obra *Los orígenes* y los discursos, de los que había leido más de ciento cincuenta, pero que sólo se conservan fragmentos de unos ochenta.

CATULO, CAYO VALERIO

Poeta latino nacido en Verona el año 87 antes de Jesucristo y muerto en Sirmión, junto al lago Betano (hoy Garda) el año 54 también antes de Jesucristo. Es el poeta lírico más vivo y original de toda la literatura latina. Hijo de una familia notable, antes de haber cumplido los veinte años llegó a Roma, provisto de dinero y de ingenio, y pasó a formar parte de un círculo de jóvenes refinados en cuanto a gustos y cultura, inquietos, de una escuela poética, la «neotérica», que había de tener en Catulo como su más insigne representante. Esta juventud obtenía de las fuentes helenísticas las corrientes renovadoras de un arte docto y astuto y buscaba la inspiración preferida en el tema erótico, gustaba de glosas y metros nuevos. Se trataba de una poesía que, reaccionando frente a la tradición nacional y arcaica, tendía al individualismo, sensible a los problemas inquietantes de la crisis republicana. Lírica, pues, y subjetiva, expresaba las pasiones con un rigor distinto al de las composiciones helenísticas, y, así, vemos que en los versos de este singular poeta bullen con una intensa realidad, fruto de una experiencia vivida, alegrías y dolores, amores y odios. Así, exclama en este dístico:

Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris.
Nescio, sed fieri sentio et excrucior.

(«Odio y amo. Por qué obro así, acaso preguntarás.
No lo sé, pero siento que es así y sufro atrozmente.»)

El momento culminante de la inspiración del poeta lo constituye el encuentro con Lesbia (seudónimo de Clodia), hermana del tribuno Clodio (mortal enemigo de Cicerón) y esposa de Q. Metelo Céler, procónsul de la Galia Traspadana. Lesbia era una mujer bellísima, de exquisita feminidad y a la vez con una despreocupación tal, que no fue menos infiel a Catulo que a su marido, como lo había sido antes con

otros y lo seguiría siendo. Catulo se enamoró ardiente, apasionadamente, y ese amor, en su frenética exaltación, se vio alimentado por rupturas y reconciliaciones, ardientes esperanzas y crueles desengaños, desdenes y anhelos, alegrías y dolores. Catulo pagó esta breve embriaguez con una larga serie de sufrimientos. Por primera vez nos encontramos en la literatura romana una vivida historia de amor, y esa misma intensidad de tal sentimiento generó en Catulo la vena poética. El *Libro de Catulo. Poesías*, es el cancionero en el que se contiene todo lo que nos ha quedado de él. Bellas estampas de ímpetus de loca felicidad, momentos de inquieto éxtasis, de suaves ternuras, celos de rivales, desilusiones..., y al final surgen el orgullo y la venganza con sangrientas injurias que nos recuerdan los alados yambos de Arquíloco. El mencionado *Libro de Catulo* contiene en sus tres mil versos otros temas, como se verá al tratar de su obra. Finalmente, el amor a Lesbia se había extinguido en el año 57 antes de Jesucristo, cuando Catulo, para rehacerse del golpe experimentado por la muerte de su querido hermano, realiza un viaje a Bitinia para visitar la tumba de éste, sepultado en el cabo Reteo (costas de la Tróade), yendo en el séquito del propretor C. Memnio. Verdadero creador de la elegía romana, el poema a la muerte de su hermano expresa con fantástico vigor su personalidad, fundando el género autobiográfico al unir a las técnicas helenísticas sus experiencias propias, diferenciándolo de la elegía griega. De regreso a Italia, se retiró a Sirmión, donde murió, como se dijo, el poeta Catulo, que, siendo individualista, es, empero, universal.

CECILIO ESTACIO

Autor cómico latino del siglo II antes de Jesucristo. Fue llevado esclavo a Roma y puesto en libertad posteriormente por un tal Cecilio, del que tomó el nombre. Sus obras no empezaron a cobrar gran favor del público hasta la muerte de Plauto (184 a. de J. C.). Sus *Comedias* eran del género de las llamadas *paliatas*, o sea adaptaciones de obras de la «comedia nueva» griega. Cicerón lo juzga mal escritor, aunque otros coetáneos alababan la habilidad que tenía en conseguir efectos patéticos, y el crítico Volcacio Sedigito lo consideraba superior a Plauto. Murió en 168 o 166 antes de Jesucristo.

CELSO, AULO CORNELIO

Pocas noticias e inciertas sobre su vida nos colocan a este escritor enciclopédico en el reinado de Augusto o de Tiberio, según una cita del español Junio Moderato Columela (nacido en Cádiz), pudiendo situarse con cierta seguridad el período de su actividad entre los años 18 y 39 después de Jesucristo. Escribió una enciclopedia, dividida en cuatro partes: *De Agricultura, De re medica, De rethorica* y *De re militari*. De éstas sólo han llegado íntegros hasta nosotros los ocho libros de la medicina. El nombre de esta enciclopedia es el de *Artes*.

CENSORINO

Gramático y naturalista del siglo III después de Jesucristo, conocido por su obra *De die natali*, compuesta en el año 238 de nuestra era.

CÉSAR, CAYO JULIO

Nació en Roma el 12 de julio del 102 o 100 antes de Jesucristo. Fueron sus padres Cayo Julio César y Aurelia, mujer de extraordinaria belleza y descendiente de la familia Cotta y una de las mujeres más cultas de Roma. Murió el 15 de marzo del 44 antes de Jesucristo, apuñalado en el Senado cuando se hallaba reunido para otorgarle el título de rey para fuera de Italia. Entre los conjurados se hallaba Bruto, su hijo adoptivo, al que, herido de muerte, le dijo: «¿También tú?» César fue un genio militar e insigne político, el gran protagonista del último período de la historia de la Roma republicana, espléndido orador y escritor brillante, una de las más grandes figuras de la antigüedad y aun de todos los tiempos, un «*monstrum activitatis*», a decir de Cicerón. Descendía de la gran familia patricia Julia, cuyo origen se remontaba, según la tradición, hasta el troyano Eneas y la mismísima Venus, y descendiente, según él afirmaba, de Anco Marcio, cuarto rey legendario de Roma y nieto de Numa. Por su inteligencia privilegiada, gran me-

moria y talento oratorio poco común, se convirtió ya desde joven, por la esmerada educación recibida, en uno de los hombres más distinguidos de su época. Ya de joven, Sila reconocía que había en él «madera de muchos Marios». El lector puede calibrar el genio militar de César conociendo que sólo en la campaña para la conquista de la Galia, según refiere Plutarco, tomó mil ochocientas plazas, sometió a trescientos pueblos y venció a tres millones de enemigos, muriendo de éstos un millón y otros tantos fueron hechos prisioneros. En esta campaña dejó al descubierto la entereza y flexibilidad de su carácter, pasando de la ferocidad a la clemencia, de la energía al temple conciliador. Además, César poseía un valor que rayaba en la temeridad y electrizaba a sus soldados, los que, inspirando sus acciones en el arrojo y valor de su general, no dudaban en arrostrar los mayores peligros y en despreciar la muerte. Uno de éstos, cercado de enemigos que le intimaban a la rendición, pudo contestar, intrépido, mientras se daba muerte con la espada: «Los soldados de César acostumbran conceder la vida, pero no recibirla.» En su vida privada, consecuencia lógica del medio ambiente, de una sociedad corrompida, todos coinciden en que, rico e influyente y con poderosas dotes de seducción, fue aficionado a las aventuras amorosas. Pero hagamos justicia y no dejemos de mencionar, subyugados por sus hazañas militares, el aspecto humano de la poderosa personalidad que reflejan sus obras científico-literarias. Escribió una obra de astronomía, *De Astris;* el *Anti-Catón,* refutando el *Catón* de Cicerón; un tratado sobre los augures y auspicios; *Epigramas; De Analogía,* estudio sobre la lengua latina, elogiada por sus contemporáneos; *Apophtegmata* (sentencias). Todas se han perdido. También fue poeta, escribiendo: *El viaje,* poema que describe su viaje a España; la tragedia *Edipo y Poémata,* poesías líricas. A juzgar por los pocos versos que de ellas nos quedan, podían haberse colocado al lado de las mejores producciones clásicas. Pero de César se conservan: *Comentarios de la guerra de las Galias* y *Comentarios de la guerra civil.* Terminemos diciendo que C. Julio César poseía una desmesurada ambición, como puede deducirse de esta pequeña anécdota. Cuando, al venir por primera vez a España como cuestor militar, vio en Cádiz el busto de Alejandro Magno, exclamó con lágrimas en los ojos: «A mi edad, Alejandro ya había conquistado el mundo, y yo aún no he hecho nada memorable.»

CICERÓN, MARCO TULIO

Político, orador, filósofo y literato. Nació en Arpino (frontera septentrional del territorio volsco) el 3 de enero del 647 de la fundación de Roma o 106 antes de Jesucristo y murió el 7 de diciembre del 43 antes de Jesucristo, cayendo víctima de las proscripciones que los nuevos triunviros Octavio, Antonio y Lépido se autorizaron a ejecutar contra sus respectivos enemigos. El padre, Marco Tulio Cicerón, caballero romano, estaba alejado de la política y entregado de lleno a la educación de sus hijos. La madre, Helvia, fue de muy buena familia, siguiendo la línea de la familia Helvia, una de las más distinguidas de Roma. Respecto al sobrenombre «Cicerón», deriva de *cicer* (garbanzo); Plinio, en su *Historia natural* (XVIII, 3), mantiene la hipótesis de que alguno de la familia Tulia de Arpinas se distinguió en el cultivo de esa legumbre, como los Léntulos tomaron el nombre de las lentejas, y los Fabios, de las habas. Pero Plutarco, en su biografía de Cicerón, nos dice que «el primero de la familia Tulia que se llamó Cicerón parece ser que fue un hombre notable y que, por esta razón, sus descendientes no sólo no rehusaron este sobrenombre, sino que más bien lo aceptaron con orgullo, pese a que para muchos era objeto de sarcasmos». Y sigue Plutarco diciendo que el tal personaje de dicha familia Tulia, como tenía en la punta de la nariz una verruga aplastada, como si fuera un garbanzo, tomó dicho sobrenombre de Cicerón. Y seguimos citando a Plutarco: «De este Cicerón cuya vida escribimos se cuenta que, proponiéndole sus amigos, después de que se presentó a pedir magistraturas y tomó parte en el gobierno, que se quitara y mudara aquel nombre, les contestó con jactancia que lucharía para hacer el nombre de Cicerón más ilustre que los Escauros y Catulos. Siendo cuestor en Sicilia y al dedicar a los dioses una ofrenda de plata, hizo grabar en ella sus dos primeros nombres, el de Marco y el de Tulio, pero, en lugar del tercero, dispuso que el artífice cincelara al lado de las letras un garbanzo. Y esto es lo que hay escrito con respecto al nombre.» Cicerón también tuvo sus detractores, pero una personalidad mediocre no hubiera sido capaz de caracterizar toda una época y atraer durante siglos la mirada de la posteridad. La gloria fue su gran pasión y ambición, y hoy en día, si levantara la cabeza, como sole-

mos decir, quedaría plenamente satisfecho, porque en el curso de los siglos está comprobado y admitido que no ha perdido nada de su gloria; por el conjunto y variedad de sus obras, por la belleza de su estilo, por la elevación de sus pensamientos, por el orden de su composición, por su rica imaginación, llevando a la perfección la prosa latina, se le considera el mejor escritor de todos los tiempos. He aquí sus obras, presentadas por orden cronológico, a medida que va cumpliendo años. Usaremos de las abreviaturas *fil.*[osófica], *ret.*[órica], *mor.*[al], *teol.*[ógica]. También mencionaremos de las que sólo se conservan *frag.*[mentos], sus *tít.*[ulos] y las *ap.*[ócrifas] o de autenticidad dudosa. *Poncio Glauco* (tít., poema sobre este dios marino, escrita a sus 14 años; leído en Roma en tiempos de Plutarco [50-140], y todavía en el de Quintiliano [35-96] se conocía, pues éste lo elogia), *Los fenómenos* (poema traducido en verso, a los 18 a., del griego Arato de Soles, sobre astronomía, frag.), *Del arte militar* (tít. y ap., 19 a.), *Los Alciones* (frag., poema apócrifo, 20 a.), *Tamelastis* (frag., elegía ap., 20 a.), *Mario* (fragmento, poema ap., 20 a.), *De la Administración de la República* (tít. y ap., 21 a.), *De la invención oratoria* (dos libros, 21 a.), *«El Económico» de Jenofonte* (frag., tres libros, imitación de este tratado griego, 23 a.), *Defensa de Publio Quincio* (se trataba, para Publio, de su fortuna, de su honor y de su existencia civil) (26 a.), *Defensa de Sexto Roscio de Ameria* (27 a.), *Defensa de Quinto Roscio el Comediante* (Roscio tenía que pagar una indemnización a C. Fanio Querea, que le había confiado uno de sus esclavos para que lo formara en el arte dramático y fue muerto cuando hacía concebir grandes esperanzas) (31 a.), *Defensa de unos jóvenes nobles romanos* (acusados de indisciplina y de cobardía en la guerra) (tít., 32 a.), *Discurso al abandonar Lilibea* (terminada su cuestura en Sicilia, agradece los honores que le habían decretado y les promete su protección) (frag., 33 a.), *Defensa de P. Opio* (acusado de malversación en la administración de víveres en el ejército) (frag., 34 a.), *Defensa de L. Vareno* (frag., 34 a.), *Contra Q. Cecilio* (37 a.), *Los Verrinas* (siete discursos contra Verres) (37 a.), *Defensa de M. Fonteio y de A. Cecina* (38 a.), *Defensa de la ley Manilia* (41 a.), *Defensa de A. Cluencio Avito* y *Defensa de C. Manilo* (frag., 41 a.), *Defensa de C. Cornelio* (frag., 42 a.), *Discurso de Cicerón candidato* (contra L. Catilina y C. Antonio, que habían reunido sus fuerzas para hacer-

le fracasar) (frag., 43 a.), *De la ley agraria* (tres discursos, 44 a.), *Discurso en favor de L. Roscio Otón* (frag., 44 a.), *Defensa de C. Rabirio* (44 a.), *Defensa de L. Murena* (44 a.), *Contra Q. Metelo* (frag., 45 a.), *Defensa de P. Sila* (45 a.), *Contra P. Clodio y P. Curión* (frag., 46 a.), *Sobre su consulado* (frag.) y *Pronósticos* (poema traducido de Arato de Soles) (frag., 47 a.), *Defensa de L. Valerio Flaco* y *Discurso al pueblo y caballeros romanos* (antes de ir al destierro) (ap., 48 a.), *Discurso al Senado, Discurso al pueblo* y *Discurso por su casa* (después del regreso) (50 a.), *Sobre sus desdichas* (poema a César) (frag., 50 a.), *Defensa de P. Sextio* (51 a.), *Contra Vatini* (51 a.), *Sobre la respuesta de los arúspices* (51 a.), *Sobre las provincias consulares* (51 a.), *Pro L. Cornelio Balbo* (51 a.), *Pro M. Celio Rufo* (acusado de insulto a las mujeres, etc.) (51 a.), *Contra Calpurnio Pisón* (frag., 52 a.), *Del orador* (52 a.), *De la República* (53 a.), *Pro P. Vatinio* (acusado de corrupción) (53 a.), *Pro M. Emil. Escauro* (acusado de concusión) (frag., 53 a.), *Pro Cn. Plancio* (53 a.), *Pro C. Rabirio Postumo* (53 a.), *De las leyes* (55 a.), *Defensa de T. A. Milón* (55 a.), *Historia romana* y *De los augures* (frag. y ap., 55 a.), *De los oradores perfectos* (Esquines y Demóstenes) (60 a.), *Timeo o el Universo (Traducción de Platón)* (frag., 60 a.), *Traducción de Protágoras, Diálogo sobre las partes de la oratoria* (60 a.), *Paradojas* (60 a.), *La consolación* (61 a.), *Las Tusculanas* (61 a.), los discursos *Pro C. Marcelo, Pro L. Lagario* y *Pro rege Deiotaro* (anciano tetrarca de Galacia, acusado de haber atentado contra César) (61 a.), *Los académicos* (62 a.), *De los verdaderos bienes y de los verdaderos males* (62 a.), *Bruto* o *Diálogo sobre los oradores ilustres* (62 a.), *El orador* o *Sobre el mejor género de elocuencia* (62 a.), *De la naturaleza de los dioses* (62 a.), *De la gloria* (frag., 62 a.), *Los tópicos* (63 a.), *Del destino* (frag., 63 a.), *Catón el Viejo* o *Diálogo sobre la vejez* (63 a.), *Las filípicas* (63 a.), *Epístolas.*

CLAUDIANO, CLAUDIO

Vivió aproximadamente del 370 al 405. Nació en Alejandría; según otros, en la cercana Canopo (bajo Egipto), y murió en Roma. En Alejandría aprendió a fondo griego y latín, recibiendo su primera formación literaria, y pronto daría a conocer su nombre en la última década del siglo IV y primera del V. En el 395 pasó a Roma, componiendo ya exclusiva-

mente en latín. Claudiano es el cantor épico del general Estilicón (vencedor de Alarico en 402 en los campos de Pollenza), regente del reino y tutor de Honorio. El poeta, como secretario suyo, ocupa un lugar importante en la corte imperial de Milán y ve en el vándalo al héroe de su tiempo, al defensor del vacilante Imperio romano. Claudiano asume el significado de último poeta nacional de Roma y es para Estilicón y Honorio lo que Virgilio fue para Augusto. Vibra la nota patriótica aun en los poemas carentes de la realidad guerrera, como en el *Elogio de Serena,* esposa de Estilicón, o en el *Epitalamio de Honorio y de María.* Roma abrió su espíritu a la fascinación y al éxtasis de sus glorias seculares, y sus brillantes poemas y su elocuencia extraordinaria le granjearon pronto la admiración de sus contemporáneos; conoció los honores del patriarcado e incluso vio erigida su propia estatua en el Foro de Trajano, con una inscripción en griego que le ensalzaba como heredero de Homero y de Virgilio. En el ritmo de sus hexámetros late, palpita el arte armonioso de sus mejores predecesores. En las obras que vamos a citar hallará el lector que la voz de Roma suena por doquier en ellas, con sus fastos, ritos, afanes políticos y bélicos, instituciones y magistraturas, ya trate de asuntos cortesanos, ya ensalce las gestas de Estilicón, vencedor de Alarico y del mauritano Gildón: *De la guerra gótica, De la guerra gildónica, Panegíricos, Elogio de Serena, Epitalamios, Invectivas, Epigramas, Idilios, La gatomaquia, El rapto de Proserpina.*

COLUMELA, LUCIO JUNIO MODERATO

Escritor latino nacido en Cádiz, contemporáneo de Séneca, al cual le recuerda por la agudeza de su ingenio y la profundidad de su doctrina. El más insigne agrónomo de la antigüedad. Al principio hombre de armas, tribuno militar, floreció en el siglo I, en tiempos de Claudio y Nerón. Retirado de la milicia, se estableció en Italia, donde adquirió terrenos y casas en el Lacio y Etruria, y allí se dedicó a su ocupación preferida, el conocimiento de las prácticas para el cultivo de los campos, y en su vejez escribió su gran obra meditada sobre agricultura, en doce libros, *De re rustica,* convencido de la importancia económica y moral de la agricultura, considerándola como fuente de bienestar social, elevación humana y pureza de costumbres.

CORNELIO NEPOTE

Aproximadamente, según unos, entre 100-25 antes de Jesucristo, y, según otros, entre los 106 y los 99, nació en Pavía, o tal vez en Ostiglia, y murió en Roma el 27. Fue amigo de Cicerón y de Catulo (quien le dedicó su libro de las *nugae*), y Quintiliano no lo tiene en cuenta ni lo menciona ni aun entre los historiadores. Como era costumbre en aquella época, inició sus primeros ensayos literarios como escritor de versos eróticos. Pero destacó como compilador de hechos históricos, dejándonos su obra en dieciséis libros *De viris illustribus,* con *Las vidas de los excelentes capitanes.* También escribió su *Crónica* y *Exempla,* un conjunto de episodios característicos de hombres famosos. De la obra de dieciséis libros sólo ha llegado hasta nosotros la parte relativa a los generales extranjeros, además de la que trata de las vidas de Catón y de Atico.

CURCIO RUFO, QUINTO

Escritor latino de la época de los Claudios (14-68 d. de J. C.), del que se carece de noticias seguras. En él se da la circunstancia de haber sido en su obra *Historia de Alejandro Magno* el primer historiador romano que se ocupa de acontecimientos completamente ajenos a su país y escoge a un personaje extranjero para protagonista de su narración. La importancia que tuvo Alejandro Magno en la expansión del helenismo y, por tanto, en la evolución de la humanidad no entra en los planes de su exposición, sino que ve a su héroe en la aureola de la leyenda y hace una presentación mítica del protagonista y le convierte casi en el precursor de los caballerescos paladines de la Edad Media. Pero, en el sustrato de su narración, una serena meditación descubre la gran moraleja que nos deja y que viene a ser una constante histórica: que una ilimitada libertad tienta y destruye a todos los déspotas, y Alejandro muere víctima de sus vicios.

D

DONATO, CLAUDIO TIBERIO

Gramático latino que vivió posiblemente en el siglo V y del que no se tienen noticias, sabiéndose solamente que tenía un hijo, llamado Tiberio Claudio Domiciano, a quien le dedica su obra, un comentario a la *Eneida* de Virgilio. De este Claudio Donato existe también una *Biografía* de Virgilio, en la que figuran los famosos pentámetros con los que Virgilio desenmascaró el fraude cometido en perjuicio suyo por un poetastro.

DONATO, ELIO

No se conocen ni el año ni el lugar donde nació este famosísimo gramático, el «gramático de la ciudad de Roma» por antonomasia, a quien su discípulo San Jerónimo llamaba con reverencia «*preceptor meus*» y le sitúa en su apogeo en el 353 después de Jesucristo. Escribió *Ars gramatica (Ars minor* y *Ars maior),* siendo este libro el curso antiguo de gramática latina más completo y que se destaca tanto por su método y fines didácticos, que fue elogiado por sus contemporáneos e incluso fue libro de texto en las escuelas hasta la Edad Media y aun con posterioridad. Otras de sus obras son *Comentario a Terencio,* que nos ha llegado incompleta, y *Comentario a Virgilio.*

E

ENNIO, QUINTO

Este escritor enciclopédico, ferviente e incansable fomentador de la cultura griega, pero sintiéndose orgulloso de pertenecer al gran Estado romano nació en Rudiae (antigua Calabria, entre Brindisi y Bari) en el 329 antes de Jesucristo y murió en Roma el 169. Combatió en la segunda guerra púnica, y en el 204, hallándose en Cerdeña, fue descubierto por Catón, que regresaba de Sicilia, donde había sido cuestor, y lo llevó consigo a Roma, donde vivió modestamente, dedicándose a la poesía y gozando de la amistad de nobles patricios, como los Escipiones, el cónsul Marco Fulvio, su hijo Quinto Fulvio (gracias al cual obtendría en el 184 la ciudadanía romana) y otros nobles ilustres y amantes de la cultura helénica. En el período en que la aristocracia romana acogía y asimilaba la cultura helenística, Ennio, de acuerdo con el gusto latino, interpretó las formas de la literatura griega, traduciendo, adaptando o refundiendo obras de poetas helénicos desde Homero hasta sus coetáneos. Solía decir que tenía tres corazones, porque poseía en el mismo grado el griego, el osco y el latín. La amplitud y el carácter de su producción nos dan una idea de la extensión de sus estudios y de la importancia de su labor en la historia de la cultura romana. La mayor gloria de Ennio reside en su amplia epopeya, o mejor en su historia versificada, los *Anales*, en dieciocho libros, obra inmensa que comprendía todo el desarrollo histórico de Roma desde el arribo de Eneas a Italia hasta los acontecimientos contemporáneos. El estilo de Ennio se mantiene siempre elevado; creó un lenguaje poético y facilitó mucho la tarea a Virgilio, y demuestran su admiración por él Lucrecio, Cicerón, Horacio y Ovidio. Escribió *Sátiras* y también para el teatro, descollando más en la tragedia que en la comedia; con-

servamos fragmentos más o menos extensos de unas veinte tragedias sobre temas procedentes de la mitología helénica e inspirados en textos de Eurípides y argumentos del ciclo troyano, y dos «pretextas», *Las Sabinas* y *Ambracia*, de argumento nacional. Existen otras obras llamadas menores: el *Proteptius* o *Praecepta* (preceptos morales), *Epicharmus* (de contenido filosófico), *Sota* (en ella imitaba o traducía al poeta griego Sotades, autor de versos licenciosos), *Escipión* (evocación de la victoria del «Africano» sobre Aníbal), *Euhemerus* o *Sacra historia* (explica de manera racionalista y atea el origen de la mitología helénica, inspirándose en el griego Evemero [s. III a. de J. C.]). De todas estas obras se tiene conocimiento por referencias y escasos fragmentos.

ESTACIO, PUBLIO PAPINIO

Nació alrededor del 44 después de Jesucristo en Nápoles, donde murió entre el 95 y el 100. Hijo de un maestro de escuela y poeta, este napolitano fue también un excelente poeta e improvisador prodigioso, honrado por sus contemporáneos, y que alcanzó en Roma, a donde se había trasladado, notable fama con la recitación de sus obras ante el distinguido público de la capital. En Alba, donde poseía una propiedad, obtuvo un premio de poesía en los concursos anuales instituidos por Domiciano, pero no alcanzó éxito en el certamen capitolino. Poseía un carácter afable y vivió una existencia tranquila. Que fue muy alta la fama que poseía lo prueba ver la posición que ocupa en el «Purgatorio» de Dante (XXI-XXII). Durante doce años estuvo empeñado en su obra *La Tebaida*, que dedicó a Domiciano; la publicó poco a poco y la leyó en reuniones privadas. Escribió luego *La Aquileida*, pero la muerte le sorprendió en el segundo libro. Su obra *Selvas* estaba perdida hasta el siglo XV, cuando fue descubierta por Poggio Bracciolini, incansable investigador y feliz descubridor de códices y obras clásicas. Entre las obras perdidas de Estacio figura *Agave*, que era el texto para una pantomima.

EUTROPIO

Pocas noticias se tienen de este autor de historia, que le tocó vivir en el siglo IV después de Jesucristo, en el que

abundan los compiladores de historia. Fue *magister memoriae* (epistológrafo de la corte) bajo el emperador Valente, el cual le pidió la redacción de un compendio de la historia de Roma. Valiéndose de Suetonio, de T. Livio y de algunas crónicas imperiales, redactó su *Breviario de historia romana*.

F

FABIO PÍCTOR, QUINTO

Pocas noticias hay sobre este oficial y diplomático del siglo III después de Jesucristo, que en sus *Anales* trazó la historia de Roma desde Eneas hasta la segunda guerra púnica.

FEDRO

Fabulista latino, que, a pesar de su fama, tiene escasas y discutidas noticias biográficas. Nació en Macedonia, y como, según parece, escribió durante la época de Claudio, cabe situar su vida entre los 15 antes de Jesucristo y los 50 después de Jesucristo. Llegó a Roma en calidad de esclavo, ignorándose en qué circunstancias y posiblemente muy joven; los códices le hacen «*Augusti libertus*», es decir, liberto de Augusto. Introduce en Roma las fábulas de Esopo, y al traducirlas las embellece con anécdotas, historietas cómicas y alegorías; pinta pequeños cuadros, a menudo muy agradables, y siempre busca deducir una moraleja de sus vivaces narraciones. Sus fábulas tienen también un interés documental, revelando el estado de ánimo de una persona humilde en tiempos de Tiberio y de Calígula. De los cinco libros de que constan sus *Fábulas,* sólo poseemos extractos, en total noventa y tres composiciones. Los dos primeros libros los escribió durante el gobierno de Tiberio, y cuando compuso el quinto y último era ya, como dice él mismo, de edad avanzada.

FIRMICO MATERNO, JULIO

Nació en el siglo IV después de Jesucristo en Sicilia. Perteneció al orden senatorial y ejerció al principio de abogado, profesión que abandonó por las enemistades que le deparaba. Dedicóse, pues, al estudio y, siendo todavía pagano,

escribió una obra en ocho libros sobre astrología titulada *Matesis*. Convertido al cristianismo, compuso la obra *El error de las religiones paganas.*

FLACO, CAYO VALERIO

Durante el reinado de Domiciano (81-97) y favorecido por este emperador con la institución de certámenes poéticos en el Capitolio, se produce un renacimiento clasicista de la poesía épica, que al mismo tiempo significa reacción frente a Lucano, que no siente inclinación alguna hacia el elemento legendario, y se vuelve a Virgilio. Pero aparecen escritores de segundo orden. Tal es Cayo Valerio Flaco, nacido en el Lacio y muerto hacia el 90 de nuestra era. Compuso el poema en ocho libros *Argonauticon* («Los Argonautas»).

FLACO, VERRIO

Gramático y escritor de cultura general. Nació en Preneste, cerca del Lacio, a mediados del siglo I antes de Jesucristo, y murió hacia el 30 después de Jesucristo. Llegó a ser el más ilustre gramático de su época. En su sistema de enseñanza incitaba a la emulación entre los alumnos mediante la concesión de premios en forma de libros antiguos o raros. Al ser nombrado preceptor de Cayo y Lucio, sobrinos de Augusto, trasladó su escuela al palacio imperial. Su obra principal fue *El significado de las palabras.* Otras obras fueron *Fasti Praenestini* (calendario religioso), que acabó de componer en los primeros años del gobierno de Tiberio y de la que se sirvió Ovidio; *De obscuris Catonis,* interpretación y comentario de los pasajes de Catón que durante dos centurias habían permanecido incomprensibles; *De orthographia; Saturnus,* sobre las fiestas saturnales; *Res etruscae,* sobre la cultura y la lengua etruscas, y finalmente *Rerum memoria dignarum.* Lastimosamente, todas ellas se han perdido. Atestigua la fama que alcanzó este autor la estatua que los ciudadanos de Preneste le erigieron en el foro, en donde también fueron colocados y grabados en mármol los *Fasti Praenestini.*

FLORO, LUCIO ANNEO

Poeta, historiador y retórico del siglo II después de Jesucristo. Refleja fielmente los gustos de la época en su com-

pendio de historia titulado *Todas las guerras habidas desde hace setecientos años*, que tiene como héroe al pueblo romano, del que distingue cuatro edades: infancia, adolescencia, madurez y vejez, pero que en la época de Trajano encuentra un rejuvenecimiento. Los críticos le identifican con el retórico y poeta Publio Annio Floro, de quien a fines del siglo pasado se descubrió un fragmento, en el cual sólo figura el proemio de una controversia perdida: *Vergilius orator an poeta?* Floro habla de sí mismo diciendo que nació en el seno de una familia hispánica de África y que llegó muy joven a Roma. Al no tener éxito en un certamen de poesía, se entregó al estudio y a los viajes. Recorrió Sicilia, Creta, las Cícladas, la Galia y fue a parar a Tarraco (Hispania), donde fijó su residencia y fundó una escuela de retórica, que adquirió gran fama. Por fin regresó a Roma y, gracias a su fama de retórico, disfrutó del favor de Adriano. Digamos, finalmente, que Foro es el verdadero historiógrafo retórico, pues no se limita a narrar los hechos, sino que los comenta en tono patético y admirativo de panegirista.

FRONTINO, SEXTO JULIO

Gobernador de la Britania y experto ingeniero civil y militar, nació el 40 y murió el 103 o 104. Fue combatiente en la Galia durante la rebelión de Civilis (año 70). Fue cónsul tres veces, *curator aquarum* (superintendente de aguas) y murió siendo augur. Según Plinio el Joven, quien le sucedió en este cargo, Frontino pidió que no se le erigiera monumento alguno, pues era «un dispendio inútil por cuanto sólo a los méritos personales está vinculada nuestra memoria». Las obras de Frontino tienen un carácter técnico y práctico. De un tratado sobre *Agrimensura* sólo han quedado algunos extractos. Es autor también de un tratado (tres libros) de táctica y estrategia, *Stratagematon* («Las estratagemas»), y del libro *De aquis urbis Romae* («De los acueductos de Roma»).

FRONTÓN, MARCO CORNELIO

Abogado y retórico africano nacido en los primeros años del siglo II después de Jesucristo en Cirta (Numidia). Fue el orador más célebre de la Roma de su tiempo y maestro de Aulo Gelio. Recorrió todos los grados de la carrera consu-

lar, y Antonino Pío le encargó la educación de los futuros emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero. Fue cónsul en el 143 y murió en el 166 o algo después. Frontón forma con Aulo Gelio, su discípulo, y Apuleyo el trío del movimiento artificioso y formalista del arcaísmo. Frontón anuncia su alegría por el feliz hallazgo de «*verba insperata atque inopinata*» y las saborea mientras las va encontrando en los versos de Accio, Ennio, Plauto y Pomponio y en la prosa de Catón y de C. Graco, y por eso proclama a estos autores de la antigüedad nacional como los únicos modelos dignos de ser imitados. Esa predilección por la latinidad de sus orígenes viene a ser como el antídoto contra los barbarismos de las épocas recientes. Las relaciones de Frontón con los dos augustos discípulos prosiguieron una vez que llegaron ambos al poder (año 161) a través de las *Epístolas*. Gracias a recientes investigaciones de Ángel Mai, jesuita, cardenal y filósofo, conservamos gran parte de sus cartas. Unas fueron halladas, en 1815, en la Ambrosiana de Milán, y otras, en 1823 y 1846, en la Vaticana de Roma. Las encontró en palimpsestos de un solo manuscrito. Estas cartas tienen gran valor como documentos referentes a Marco Aurelio. El ex discípulo le hace confidencias con una respetuosa familiaridad y le consulta. Los críticos antiguos, por otra parte, hablan con gran admiración de la filología y del estilo de este autor, que si no ha dejado huella persistente en la literatura es porque se hallaba cerrado a la influencia de la lengua latina viva.

G

GELIO, AULO

No pueden darse fechas ciertas sobre el nacimiento y muerte del erudito Aulo Gelio, discípulo del gramático cartaginés Sulpicio Apolinar y de Frontón, cuyas conversaciones, «insignes por la pureza de la lengua y por la buena doctrina», dice que le fueron de enorme provecho en su adolescencia romana. Como quiera que Frontón vivió aproximadamente entre los 100 y 170 , se piensa que Gelio floreció en la segunda mitad del siglo II, entre el 130 y el 190. Tuvo en Roma, además, de maestros al retórico Antonio Juliano y a Tito Castricio y al neosofista Favorino, con el que pasaba jornadas enteras «casi pegado a él por lo dulce de su habla». En Atenas mantuvo asimismo relaciones con el filósofo platónico Calvisio Tauro, con el cínico Peregrino y con la gran figura de su tiempo, Herodes Ático. Así es que, con su espíritu abierto a las tendencias literarias en boga y al contacto con tantos y tan grandes maestros, se apasionó por toda clase de conocimientos, desde la gramática a la retórica, desde la filosofía a la historia, desde las matemáticas a la arqueología y la jurisprudencia, desde la anécdota y la fábula al hecho político y religioso. De este enciclopédico acervo de conocimientos nacieron las *Noches áticas,* en veinte libros con trescientos noventa y siete capítulos, en donde aparecen los apuntes que reunió de sus eclécticas lecturas, esbozando a veces gustos y escenas de la vida en las círculos eruditos y sofistas que frecuentaba en Atenas, y como quiera que estudió a sus autores desde el punto de vista gramatical, crítico o histórico, Aulo Gelio, con frecuencia, citaba el trozo en cuestión, y de ese modo nos ha conservado fragmentos preciosísimos; contaba, además, anécdotas, historias fantásticas, los frutos de sus estudios, de sus lecturas, de sus doctas conversaciones, y —son sus palabras— «como en una despensa literaria, las migajas de sus banquetes eruditos, de un modo promiscuo y desorde-

nado», como lo iba recordando o figuraba en sus apuntes. Precisamente del carácter de miscelánea de la obra, sin plan ni propósito, brota una vivacidad comunicativa y la fría materia se anima al aliento de su personalidad. Es una obra notable, que da a conocer el patrimonio cultural antiguo.

GENADIO DE MARSELLA

Sacerdote y escritor de temas teológicos y eclesiásticos, nacido en fecha indeterminada en el siglo V y muerto hacia el 494. Es abundante su producción teológica y apologética dedicada a combatir las herejías de Nestorio, de Eutiques y de Pelagio. Con su obra *De viris illustribus* («De los hombres ilustres»), Genadio se enlaza con la obra homónima de San Jerónimo.

GERMÁNICO, CLAUDIO (JULIO CÉSAR)

Nació el 14 de mayo del 15 antes de Jesucristo y murió el 10 de octubre después de Jesucristo. Hijo de Druso, el año 14 después de Jesucristo fue adoptado por su tío Tiberio, quien lo llevó consigo en las campañas de Germania y de Panonia, sustituyendo a Tiberio el año 13 en el mando del ejército del Rin. Logró conquistarse el favor de los soldados. Se casó con Agripina, sobrina de Augusto, de la que tuvo nueve hijos, entre ellos el emperador Calígula y Agripina, madre que fue de Nerón. Otro de los hijos fue Julia, que se casó con Lucio Casio Longino, y Calígula se apoderó de su hermana y la trató públicamente como su esposa. En contra de la voluntad de Tiberio, marchó a Egipto y entró en pugna con Eneo Calpurnio Pisón, y cuando Germánico muere misteriosamente en Antioquía, se sospechó que fue envenenado por Pisón. Fruto de su formación científica y literaria, compuso comedias griegas, epigramas y tradujo al latín los *Fenómenos*, del griego Arato, y una parte de los *Pronósticos*.

GRACIO FALISCO

Poeta latino del siglo I después de Jesucristo, de escaso relieve, del que sólo se sabe que nació en Falisco y que fue amigo de Ovidio. Dejó escrita su obra *Cinegética*, de la que sólo quedan los primeros quinientos cuarenta y siete hexámetros. Se ha dicho humorísticamente que era mejor cazador que poeta.

H

HERMÓGENES

Respecto a la vida de este jurista, ni las fuentes contemporáneas ni las posteriores ofrecen información alguna. Se conoce su nombre únicamente a través del *Digesto,* donde figuran ciento cuatro fragmentos de sus *Libri sex epitomarum* (o *Iuris epitomarum*), compilación de Derecho privado, ordenada por el emperador Justiniano.

HORACIO FLACO, QUINTO

Hacia finales del año 689 de la fundación de Roma (8 de diciembre del 65 a. de J. C.) nació en Venusa, antigua colonia latina en los confines entre Lucania y Apulia, Quinto Horacio Flaco. Su padre era liberto y poseía un pequeño campo; era un hombre de posición modesta, pero que trabajó intensamente como recaudador de arbitrios hasta hacerla bastante desahogada en el transcurso de los años. Pronto se dio cuenta de las aptitudes de aquel niño para el estudio de las letras y, no queriendo que su hijo recibiera una instrucción limitada a aquel pequeño centro provinciano y deseando para él lo que en aquel entonces pertenecía a las clases elevadas, le trasladó a Roma cuando todavía no había cumplido los doce años, para que pudiera ser educado en las mismas escuelas en que estudiaban los hijos de los senadores y de los caballeros. Fue admitido en la academia de retórica que dirigía Orbio Pupilio, quien, enseñándole a leer la *Odisea* de Livio Andrónico «a fuerza de golpes», como él mismo nos dice, y en donde también aprendió la *Ilíada,* pronto se dio cuenta de las dotes relevantes del muchacho. No quedó satisfecho con esto, y, a los veinte años, su padre le envía a Atenas, emporio y lumbrera de la cultura, adonde acudían los más nobles y pudientes de la sociedad romana. En Atenas, Horacio abrazó la filosofía estoica. Pero la

placidez de sus estudios viose pronto turbada por los acontecimientos que siguieron al asesinato de César. Él mismo se vio envuelto en ellos, enrolándose en el partido republicano y acudiendo a la llamada de las armas, y con el grado de tribuno, comandante de una legión, estuvo en la batalla de Filippos, en el 42 antes de Jesucristo. Doce años después, el recuerdo de la derrota todavía surgía en su mente, pues en el 30 escribe una oda a Pompeo Varo en la que dice: «Juntos afrontamos la derrota de Filippos y allí emprendí no gallardamente la veloz fuga, después de haber abandonado el escudo, mientras los más valientes mordían el polvo con sus rostros aún altivos.» Una vez acallada la guerra civil con el triunfo de los monárquicos, Horacio quedó en situación difícil, pero un decreto de amnistía de los triunviros le permitió regresar a Roma. Al llegar allí, fallecido su padre, se ve desposeído de los bienes hereditarios por confiscación a favor de los vencedores, viéndose obligado a aceptar un modesto empleo en el tesoro público como secretario del cuestor. Los vaivenes de la vida han afectado a su modo de pensar, no llega a la desesperación de Bruto al reconocer el poder de la fortuna sobre todas las cosas y se aleja del estoicismo para acercarse al epicureísmo, en un intento de recuperar el valor y el sentido de lo cotidiano, de encontrar, en el sentido del límite, la fuerza para sobreponerse a las dificultades y amarguras de la vida. Es en este momento cuando comienza a dedicarse a la poesía, con el deseo de obtener un medio de vida más decoroso. Pascal dice en sus *Pensamientos* que hay palabras tan claras de por sí que no necesitan definirse. Esto podía ser válido para el concepto de la poesía lírica, aunque con él podamos abarcar obras muy diferentes. Y así vemos que espíritus de diversas costumbres, religiones y culturas se han servido de ella para expresar sus más íntimos sentimientos. La poesía lírica es la patria de los poetas, el reino donde se refugian todas las grandezas y todas las miserias, todas las gracias y donaires, todas las exaltaciones, debilidades y locuras de la imaginación poética del hombre. Sin duda, el puesto singularísimo y preeminente que ocupa Horacio entre los poetas líricos de todos los tiempos debe atribuirse a su personalidad, a su genio y al hecho de haber poseído el don de ser a un mismo tiempo lírico y razonable; ninguno como él ha mantenido un perfecto equilibrio entre los tres poderes fundamentales del espíritu: razón, imaginación y sensibili-

dad. Pero este poeta contó, además, con un extraordinario vehículo de expresión, la lengua latina, rica y flexible, que, en la combinación de sílabas largas y breves, hace que la declamación resulte un canto que embelesa los oídos. Pero una lengua rica, flexible, de ritmos y metros numerosos, no es suficiente. El poeta necesita un caudal de ideas, de sentimientos, sin los cuales la lengua quedaría sin objeto, como una lira sin sus melodías. Horacio encontró ese caudal en los tiempos en que le tocó vivir. La agitación política, las revoluciones, las guerras civiles, las grandes convulsiones, las calamidades sociales, convienen a la poesía lírica; ello es así porque dan lugar a sentimientos profundos, a la exaltación del espíritu, a las emociones violentas, a grandes vicios y a veces a grandes virtudes, como en el caso de nuestro Guzmán el Bueno, que dice: «Ahí va mi daga, si es que carecéis de ella.» En el alma de los humanos se abre entonces una nueva veta de energía, tanto para el bien como para el mal, que les impide permanecer impasibles. La tranquilidad puede ser, quizá, más moral, o puede parecerlo por lo menos; pero, ciertamente, es menos apropiada para la lírica. Con razón escribió Chateaubriand: «Los poetas líricos no son buenos compañeros de los días felices.» Por el contrario, su genio se desarrolla al máximo cuando el capricho de los acontecimientos les hace atravesar rápidamente por situaciones contrarias de agitación y calma, de dicha y adversidad —ya privadas, ya públicas—, que les permiten componer un estudio completo de la vida. Es entonces cuando la naturaleza humana se les revela en toda su fecundidad por sus contradicciones: las múltiples diferencias de caracteres y, en cada carácter, la sucesión de sus transformaciones; esa facilidad con que nuestro corazón recorre todos los grados de las pasiones, sus contrastes de entusiasmo y de abatimiento, que van desde el delirio hasta la desesperación. Al correr de los tiempos borrascosos, toda esa vida febril de los humanos pasa ante los ojos del poeta y le revela, mejor que la monotonía de los siglos apacibles, la variedad infinita del ser superior. Horacio canta sus amores, sus amistades, los placeres, la riqueza, las excelencias de una libre mediocridad, dorado reino de la dicha. Estudia en las costumbres de sus contemporáneos lo que conviene evitar. No enseña el sacrificio, sino el modo de hacer un uso recto de los bienes de la vida, exprimiendo toda la virtud del presente. Su moral no obliga, sólo aconseja. Su consejo

más insistente es *«Carpe diem!»* («¡Aprisiona este día!», no dejes escapar la dicha que hay en él). Es más bien una moral negativa, por cuanto propone como ideal supremo el huir de todo cuanto pueda suponer infelicidad. Un paso más y nos acercamos a las ideas del epicureísmo, pero sin ese egoísmo habitual de muchos epicúreos, que no reconocen más patria que el pedazo de tierra en que se aíslan para gozar de una existencia estéril. Al contrario, Horacio ama entrañablemente a Roma y sus heridas le duelen en lo más íntimo. Respecto a su religiosidad, sabemos por propia confesión en la oda XXXIV de su libro I que descuidó el culto y veneración de los dioses; fue *«parcus deorum cultor et infrequens»* («parco y poco habitual devoto de los dioses»). En su madurez recuerda este desvío, propio de su juventud, y no se limita a patentizar un arrepentimiento más o menos sincero, sino que proclama luego en sus obras el respeto a los dioses, a los templos y a sus altares; así, en la oda VI del libro III (*«Delicta maiorum immeritus lues»:* «Paternas culpas pagarás, romano») muestra cómo las naciones impías se pierden por su perversidad. La madurez humana forjada en la experiencia de tiempos desdichados y la progresiva espiritualización de una vida retirada tienen mucho que ver en esta evolución, mas no puede hablarse de un ateísmo inicial, puesto que en vano buscaremos en las obras de Horacio, ni aun en las de su juventud, un grito de impiedad semejante al de Lucrecio, que rechazaba toda visión providencialista de la naturaleza y del hombre; Horacio no vacila en apoyar la grandeza de Roma en el designio benevolente de los dioses. Los primeros escritos de Horacio están recopilados en el libro de los *Épodos*. Se trata de una serie de diecisiete composiciones de notorio carácter satírico y de gran variedad temática: desde la ironía a la ofensa más zahiriente, desde las inquietudes patrióticas a la más grosera obscenidad. Tanto es así, que en la mayoría de las ediciones se omiten dos épodos, el VIII y el XII, que ofenden al buen gusto y que, aunque compuestos por el poeta, nunca fueron publicados por él. Es la etapa juvenil de Horacio, que corre entre los años 40 y 30 antes de Jesucristo, fechas extremas en que se datan los diversos épodos. Ya hacia el año 35 antes de Jesucristo empezó a publicar Horacio sus *Sátiras*. El 38 antes de Jesucristo, Virgilio y Vario, unidos en amistad de afinidad espiritual con Horacio, le presentaron a Mecenas, quien seis años después le regalaría la famosa

villa de la Sabina, al este de Tívoli, que fue para el poeta un verdadero paraíso, a donde le gustaba retirarse huyendo del «mundanal ruido» del ajetreo de Roma. En la sátira VI del libro I describe este encuentro diciendo: «Cuando te tuve delante, balbucí pocas palabras, porque la turbación me impedía hablar; no te dije que descendía de padre ilustre y que iba a caballo a visitar mis haciendas de Tarento, sino que te confié mi condición. Me respondiste, como es costumbre tuya, con pocas palabras; me fui; nueve meses después me llamaste y me admitiste en el número de tus amigos.» Las *Sátiras* entroncan con los dos libros de *Epístolas*, publicados probablemente en los años 20 y 13 antes de Jesucristo y en los que se aprecia que sus ideas morales y estéticas han madurado con los años. Como en el libro I no dedicó ninguna epístola al emperador, éste se lo reprochó, y, en el libro II, la primera epístola va dedicada a Augusto y en el último lugar figura la *Epistola ad Pisones*, más conocida con el nombre de *Arte Poética*, que trata, en cuatrocientos setenta y seis hexámetros, de la esencia del arte noble y difícil de la poesía, en la cual los únicos maestros, según Horacio, son los griegos. Sin embargo, Horacio alcanzó la inmortalidad sobre todo gracias a sus *Odas*, espléndida muestra de sensibilidad artística, de equilibrio, de belleza. El destacado comentarista M. Walckenaer dice: «De todos los géneros de poesía, el que exige una mayor variedad de ritmos y de metros, una armonía más completa y más llena de conocimientos, es la oda, y en especial la poesía lírica; porque los diversos empleos y diferentes modos de ese género de poesía dan lugar a una gran variedad de composiciones (salmos, himnos, cantatas, odas, canciones, etc.), que los latinos designaban conjuntamente con el nombre de *carmen*, esto es, versos para ser cantados: *carmina ad lyram*. En este género de poesía, el autor puede decir con toda veracidad "yo canto", y, en efecto, los primeros poetas cantaban y se acompañaban con la lira.» Sus ciento tres composiciones están divididas en cuatro libros, de los cuales los tres primeros se publicaron el 23 antes de Jesucristo, y el cuarto, unos años después. El poeta se confiesa deudor de los líricos griegos y del período clásico, en particular de Safo y Alceo, advirtiéndose en ocasiones su imitación de otros poetas del período helenístico. Pero a través de sus modelos, Horacio hace algo más que adaptar al latín la complicada métrica griega

o repetir sus temas: llega a la esencia eterna de la poesía, a la verdadera creación, que no depende de nadie y tiene vida propia imperecedera. Poesía, religiosidad y amor a la patria se funden admirablemente en el *Carmen saeculare* («Canto secular»), que Horacio escribió por encargo de Augusto en el 17 antes de Jesucristo. Hoy, tras veinte siglos, vemos que el poeta recibe el homenaje de los espíritus delicados del mundo entero. Uno de éstos es el que fue bibliotecario de la Real Academia, don Bonifacio Chamorro, mi inolvidable amigo y un entusiasta de Horacio, del que poseemos una magnífica traducción en melifluos versos, realizada con profundo respeto y consciente de la responsabilidad de su tarea. Nos solía decir, y así lo expresa en su prólogo, que: «Es destino de todo traductor de Horacio el quedar descontento. Si alguno hay que no lo está o que se ufane de haberlo traducido a la perfección, confieso que me agradaría mucho encontrar sus versiones, mas para no caer nunca en la tentación de leerlas.»

J

JUSTINIANO

Este emperador de Oriente nació en Tauresium, pueblo montañoso de Macedonia, en el 482 después de Jesucristo, en el seno de una familia de campesinos ilíricos, y murió en el 565. Desarrolló una incansable actividad a lo largo de un reinado especialmente borrascoso. Supo servirse de los mayores ingenios de su tiempo, como Belisario Narsés y Triboniano, con el fin de restaurar el viejo Imperio romano bajo el signo de Cristo. Con tenacidad y desesperados esfuerzos se desvivió por unificar y reorganizar todas las estructuras políticas, culturales y religiosas del mundo romano, que se iba desvaneciendo y en el que irrumpían nuevas fuerzas. Todas sus energías se encaminaron a reconquistar el Occidente invadido por vándalos, francos, visigodos y ostrogodos y a cerrar las brechas abiertas en las desguarnecidas fronteras del Imperio, por las que irrumpían por Oriente persas, hunos y eslavos. Y acabó por incluir en la unidad imperial gran parte de la península italiana, de la ibérica y el África romana. Pero su talento reorganizador resplandece sobre todo por haber compilado las principales normas jurídicas romanas, hasta entonces dispersas en el *Corpus juris civilis*, egregio monumento, compendio del saber del siglo, último legado espiritual de Roma, de donde todos los pueblos de Occidente sacarán normas de vida.

JUVENAL, DÉCIMO JUNIO

Poeta latino que se consagró a la sátira. A diferencia de Lucilio y de Horacio, no da en su obra noticias precisas sobre su persona y su vida. Sólo se sabe que nació en Aquino (Lacio) aproximadamente en el 55 después de Jesucristo y que murió probablemente en el 135. Después de haber sido, durante el reinado de Domiciano, abogado y retórico con esca-

sa fortuna, reconoce que se ha producido un nuevo clima moral instaurado por Nerva y Trajano, y entonces, ya en edad avanzada, se dedica con ardor a la poesía para flagelar las diversas formas de corrupción y se retrotrae a los tiempos de Nerón y de Domiciano, a quien Juvenal recuerda con odio, atacando a personas que ya habían muerto. Lo que más irrita a nuestro poeta es la desigualdad de las condiciones sociales y económicas. Dispone de un léxico rico y pintoresco, que le permite frases fuertes y expresivas, condensando su pensamiento en máximas vigorosas. Trabaja sobre «*quidquid agunt homines*» («cualquier cosa que hacen los hombres»), o sea sobre temas sacados de la realidad, como la hipocresía que disfraza la corrupción del sexo fuerte, las perversiones de las mujeres, las tribulaciones de la vida en la capital, la vanidad de los deseos humanos, etcétera. En los primeros siglos, las *Sátiras* de Juvenal fueron poco leídas, hasta que a partir del siglo IV, ya en sus postrimerías, empezaron a difundirse, y fueron ya muy apreciadas durante el humanismo y el Renacimiento. Como en la personalidad de Juvenal predomina el virulento denunciador de vicios y corrupciones, en la Edad Media fue considerado como el más elocuente testimonio de la decadencia del paganismo. Juvenal supo elevarse de los hechos que veía a una visión de conjunto, porque le animaba un deseo de fraternidad que era factible en un futuro mejor.

L

LUCANO, MARCO ANNEO

Poeta e historiador que nació en Córdoba el 3 de noviembre del 39 después de Jesucristo. Por haber participado en la conspiración de Pisón, que había de arrollar en su ruina lo mejor de los ciudadanos y literatos contemporáneos, Nerón ordenó a Lucano que se suicidase. Era el 30 de abril del 65; tenía, por tanto, veintiséis años. Según Tácito (*Ann.*, XV, 70), teniendo fríos sus miembros (se había abierto las venas, pues era el método empleado entonces, como el más suave, para el tránsito a la otra vida) a causa de la abundante hemorragia, pero intactos aún el fervor y la lucidez de la inteligencia, empezó a recitar algunos de sus versos de *La Farsalia,* en la que se describe la muerte semejante de un soldado. Empezó a escribir a los quince años, componiendo ya *Ilíaca* (sobre la muerte de Héctor); sigue luego con *Catachtonion* (cantaba el descenso al Hades) y otras obras menores: *Orfeo* y *Silvas*. Ninguna de estas obras ha llegado hasta nosotros. Su poema *La Farsalia,* que es como se denomina ahora, aparece en los manuscritos como *Bellum Civile* («Guerra civil»). En él vemos que, a diferencia de Virgilio en su *Eneida*, escoge un argumento exclusivamente romano, histórico, casi contemporáneo: la guerra entre César y Pompeyo. No siente inclinación por el elemento legendario y sustituye los dioses homéricos por abstracciones racionales, como el Destino, la Divinidad... Al tratar el argumento con una exactitud objetiva, algún crítico le califica de prosaico. Nuestro joven historiador participa personalmente en la narración épica con invectivas, juicios y expresiones, apostrofa y, a partir del cuarto libro, rotas ya las buenas relaciones con Nerón, polemiza con más violencia. Como artista, Lucano es original, y le vemos como un precursor del gusto medieval por lo insólito y macabro cuando, en el li-

bro VI, la hechicera Erito, de Tesalia, por medio de su encantamiento, hace hablar a un cadáver, que le proporciona revelaciones acerca del futuro.

LUCILIO, CAYO

Poeta satírico, nacido el 180 antes de Jesucristo en Sessa (Ausonia) y muerto hacia el 102, ignorándose dónde. De familia acomodada y del orden de los caballeros, en Roma formó parte del brillante y erudito círculo de filósofos y literatos (entre los que se contaban Lelio, Panecio, Polibio y Terencio) formado en torno a Escipión Emiliano, destructor de Cartago y Numancia y amigo íntimo de Lucilio, el cual estuvo bajo sus órdenes en el sitio de esta última ciudad (134-133). Era la tempestuosa época de los Gracos, el período que siguió a la conquista del Mediterráneo y el que precedió a las guerras civiles y a las dictaduras. Mantuvo relaciones personales con filósofos helénicos, académicos y estoicos. La afición a la crítica y su posición social indujeron a Lucilio a dedicarse a la descripción de la vida contemporánea y a escoger el género perfectamente romano de la sátira. Si bien en las primeras sátiras prevalecía el tono político, Lucilio se dedicó después a temas filosóficos: sed de placeres, amistad, adulación, el matrimonio, etc.; no dejó de lado las cuestiones de gramática y ortografía. Moralista austero, elogiado como tal por Horacio, fue enemigo de toda afectación. Compuso sus poesías poco a poco y luego las fue reuniendo en treinta libros, de los cuales se poseen fragmentos de casi la totalidad, como un millar de versos. De haberse conservado completa su obra, tendríamos un amplio cuadro de la sociedad romana de los últimos años del siglo II antes de Jesucristo.

LUCIO, SEPTIMIO

Gramático del que se tienen escasas noticias sobre su vida, situándole unos en el siglo IV después de Jesucristo y otros en la centuria siguiente. Con su nombre nos ha llegado hasta nosotros una traducción en prosa latina en seis libros de *Ephemeridos Belli Troiani* («Relatos sobre Troya»), la novela de la guerra troyana en diez libros atribuida a Ditis, cretense, a quien se le supone haber sido combatiente al lado de Idomeneo. A principios de este siglo (1907) fueron halla-

dos en una tumba egipcia restos del original griego. Durante la Edad Media, esta traducción latina fue muy aceptada y se la consideró como fuente principal sobre la guerra de Troya.

LUCRECIO CARO, TITO

Poeta latino extraordinario, que florece como tal en la época de Cicerón y de César, en la que predomina la prosa. Según San Jerónimo (que se remonta a Suetonio), Lucrecio nació en el 96 o 94 antes de Jesucristo (según los distintos códices) y murió a los cuarenta y cuatro años (o sea el 53 o 51). Acerca de su vida y su muerte nos han llegado más leyendas que noticias precisas. San Jerónimo dice que se suicidó. Fue un robusto creador de poesía, echando mano del árido material de un sistema filosófico. En su obra (seis libros) *De rerum natura* («De la naturaleza de las cosas») saluda a Epicuro como a un salvador de la humanidad. Esta obra es una epopeya didáctico-religiosa, porque de la teoría materialista hace una religión, y hoy es la principal fuente que se posee para el conocimiento de las teorías de Demócrito y de Epicuro sobre la formación del mundo. El sistema se basa en la física, y Lucrecio lo expone por orden, dedicando los dos primeros libros a la teoría de los átomos, de los que estaría compuesto todo el mundo e incluso el alma humana, hecha de materia y destinada a disolverse con el cuerpo; ello, por tanto, libra del miedo a la muerte, tirano del espíritu y pesadilla de la mayoría de los humanos. Los dioses, a quienes el vulgo contempla con terror supersticioso, «viven ocultos», sin preocuparse de las cosas terrenas, y, así, los fenómenos celestes no se deben a la ira de la divinidad, sino a causas naturales. Los libros tercero y cuarto están dedicados a la psicología (naturaleza del alma, sensaciones y pasiones), y el quinto y sexto, los dos últimos, a la cosmología, puesto que en la naturaleza y en el individuo tiene lugar una transformación y muerte. La célebre peste de Atenas da fin al poema, sin concluirlo, y así se publicó. Poeta de inspiración cósmica, de una abundante capacidad creadora, Lucrecio hace revivir la materia en la forma lírica y fantástica del sentimiento. Su mérito no estriba sólo en la belleza de ciertos pasajes líricos (invocación inicial a Venus, himno a Epicuro, el episodio de la hija de Agamenón, Ifigenia; loas a Empédocles y a Sicilia), sino que también triunfa en sus abstracciones científicas, como

cuando trata de exponer la invisibilidad de los átomos, la eterna transformación de las cosas; cuando expone los trabajos del alma y los sufrimientos del cuerpo. El espíritu de Lucrecio llena las *Geórgicas* de Virgilio, informa algunos momentos del arte de Horacio, Estacio exalta su «*furor arduus*», Frontón le califica de «sublime» y, lo que es de admirar y demuestra la perenne vitalidad de la poesía de Lucrecio (ya Ovidio presagió su inmortalidad), a los mismos escritores cristianos, mutatis mutandis (o sea, «aunque contrarios a su doctrina»), les vemos acopiando imágenes suyas para combatir las supersticiones paganas.

MACIO, GNEO

No se conoce nada sobre la vida de este poeta romano del siglo I antes de Jesucristo. Tan sólo quedan de sus escritos siete versos de una traducción suya de la *Ilíada* y unos diez fragmentos de *Mimiambos,* obra que más que una traducción es una reelaboración libre de los *Mimiambos* de Herodas o Herondas.

MACROBIO, AMBROSIO TEODOSIO

Nació tal vez en África, vivió en Roma y fue senador en los siglos IV y V, período agitado, en el que el paganismo iba cediendo poco a poco al vigoroso impulso del cristianismo. Perteneciente a la sociedad culta de su tiempo, recogió la voz del pasado a través de sus intelectuales, pensadores, eruditos y poetas. Se convirtió en portavoz de la Roma política e intelectual y, así, nos dejó en su obra más importante, los siete libros de las *Saturnales,* una serie de diálogos convivales sobre cuestiones históricas, filológicas y mitológicas, entrando, además, en otras materias, por lo que la obra viene a constituir un muy preciado repertorio de informaciones. En su obra *El sueño de Escipión,* de Cicerón, docto comentario, introduce sus criterios filosóficos inspirados en los principios del neoplatonismo contemporáneo y, por medio de calurosas discusiones sobre la naturaleza del alma, de Dios, del universo todo, abrió el camino a las interpretaciones alegóricas, místicas y astrológicas, que pasaron a la doctrina de la Edad Media. De su obra, de carácter gramatical y didáctico, *Sobre las diferencias de concordancia de los verbos griegos y latinos* se conservan algunos fragmentos.

MANILIO

Poeta latino que vivió en el período de Tiberio-Nerón, o sea en el siglo I después de Jesucristo. Sintió el estímulo de la ciencia, que intentó fundir con la poesía. Ninguno de los escritores anteriores le cita, y se le supone nacido en la Galia, en Asia o en África, e incluso se le puede considerar natural de Italia por el estilo general de la obra y el empleo de idiotismos. Con anterioridad, Cicerón ya había traducido en versos los *Fenómenos* del griego Arato, pero Manilio resulta más original, porque quiso «hacer descender del cielo los astros que, confidentes del destino, presiden la suerte diversa de los hombres». En su obra *Los astronómicos,* de cinco libros, en el poema que va dedicado a Tiberio, la astrología prevalece sobre la astronomía. Las partes que resultan mejores de la aridez de la ciencia puesta en verso son las que proclaman la firme confianza en la razón humana, que promueve el progreso de la ciencia y la elevación moral.

MARCIAL, MARCO VALERIO

Nació en Bílbilis (la actual Calatayud, en Aragón, España) alrededor del 40 después de Jesucristo, y, tras haber residido en Roma durante más de treinta y cinco años, regresó a Hispania, donde pasó los postreros años de su vida junto a una rica amiga, Marcela, que le aseguró una existencia tranquila y acomodada. Allí escribió el último de sus libros de epigramas, y murió en torno al 104. En Roma trabó amistad con sus compatriotas los españoles Séneca y Lucano, los cuales, descubierta la conspiración de los Pisones, fueron obligados a suicidarse. También tuvo amistad con el asimismo español Quintiliano y con Juvenal, con Plinio el Joven y con Silio Itálico, quienes, además, fueron unos minimecenas, obteniendo escasos recursos a cambio de elogios y adulaciones. Una casa modesta en el Quirinal y una pequeña propiedad en Nomentum no aliviaron las estrecheces de la pobre vida que llevaba llamando a la puerta de los ricos y poderosos. Esta penosa vida se prolongó hasta el año 80, fecha en que compuso una pequeña colección, *Los espectáculos,* dedicada a Tito, después de la inauguración

del Coliseo. A ella se sumaron luego poco a poco los doce libros de epigramas y, por último, dos libros más, *Xenia* y *Apophóreta,* vinieron a completar sus quince libros de *Epigramas.* Marcial quiso que su poesía tuviera como tema el hombre y fuese el espejo de la sociedad romana, y, así, nos ofrece un conjunto que viene a ser el cuadro completo y animado de la vida romana de aquella época. Marcial lo observa todo con mirada de águila imperial y expresa ese todo con un espíritu unas veces mordaz, otras irónico, otras agudo, otras burlón. Marcial queda como un fenomenal maestro del epigrama, esa breve y difícil composición poética que exige un ingenio pronto que una la sensibilidad a la observación. Y a tal maestro acudieron los epigramistas de la Edad Media, han acudido los del Renacimiento, acuden los de la época moderna y acudirán, no cabe duda, los de los tiempos venideros.

MAXIMIANO

Retórico y orador. Nació de una familia etrusca aproximadamente en el 550 después de Jesucristo y pasó su juventud en Roma. Además, fue un poeta fácil, pero poco elegante, y dejó seis *Elegías,* autobiográficas: *El poema de primavera* o *La fiesta de Venus, Historia de Apolonio, rey de Tiro,* e *Historia de la destrucción de Troya.*

N

NEMESIANO, MARCO AURELIO OLIMPIO

Nació en Cartago a mediados del siglo III después de Jesucristo, en el que, ya en decadencia, no aparecen figuras representativas y es más bien estéril para la producción literaria. Solamente se cultivaban con entusiasmo la jurisprudencia y la gramática. En el campo de la poesía vivieron algunos poetas, representados por versos de desigual valor en la *Anthologia latina*. Mejor que éstos es Nemesiano, por su cierta frescura y originalidad de expresión, que compuso su obra *Cinegéticas*, de la que se conservan 325 versos (la introducción y la parte relativa al equipo necesario para la caza). Compuso también cuatro églogas, que suelen publicarse como apéndice a las de Calpurnio, de breve extensión (unos 319 versos), que renuevan temas de Virgilio y Calpurnio.

NEVIO, CNEO

Nació en Campania, quizá de familia plebeya, en torno al 270 antes de Jesucristo, y murió en Útica, desterrado, después de salir de la cárcel, a donde fue por haberse enfrentado con los Metelos. Combatiendo en la primera guerra púnica, vivió mucho tiempo en Roma. Es el primer poeta nacional de la literatura romana. Nos hallamos en los comienzos de la poesía romana con adaptaciones del griego. De temperamento impetuoso, por su lenguaje libre y agresivo, se atrajo la hostilidad de los poderosos. Contra los Metelos escribió su mordaz saturnio, el antiguo verbo popular romano: «*Fató Metélli Római cónsulés fíunt*» («Para ruina de Roma, los Metelos llegaron a ser cónsules»), y éstos le contestaron con el siguiente: «*Málum dabúnt Metélli Naévió poétae*» («Mal le harán los Metelos al poeta Nevio»). De toda la vasta producción de Nevio sólo nos quedan títulos y fragmentos. Conocemos unas treinta comedias y el brioso frag-

mento de la *Tarentilla* (la muchacha de Tarento), la parte mejor de su obra dramática, que comprendía también tragedias imitadas del griego: *Ifigenia, La partida de Héctor, Licurgo, Dánae.* De la tragedia sacó la «fábula praetextata» (así llamada por la «toga praetexta», traje de los funcionarios romanos), con argumentos tomados de la leyenda y la historia de Roma: *Clastidium,* basada en la victoria alcanzada en el 222 por Claudio Marco Marcelo contra los galos (o celtas), y *Romulus.* Sacó también la «fábula palliata» (llamada así del *pallium,* manto griego), que, aun conservando la trama en su marco griego, contenía muchas referencias a la vida romana. Para sus obras teatrales empleó, como Andrómico, los metros griegos, pero echó mano del verbo saturnio para su obra de carácter épico *Guerra púnica,* que tuvo importancia en la historia de la literatura latina y que los romanos admiraron siempre, porque celebra, en lenguaje arcaico y austero, las tradiciones míticas y las glorias nacionales, y los poetas Ennio y Virgilio no olvidaron sus enseñanzas. Para cerrar esta breve reseña pondremos aquí el orgulloso epitafio que compuso para sí mismo, consciente de su propio ingenio:

Inmórtalés mortáles / sí forét fas flére
flerént divaé Caménae / Naéviúm poétam.
Itáque póstquam est Orci / tráditús thesaúro
oblíti súnt Romáe / loquiér linguá latína.

(«Si a los inmortales fuese lícito llorar a los mortales,
las divinidades Musas llorarían al poeta Nevio.
Y así, después de que del Orco fue entregado al tesoro,
se olvidaron en Roma de hablar en lengua latina.»)

NONIO, MARCELO

Gramático y lexicógrafo africano. Vivió en la época de Constantino, siglo IV después de Jesucristo, y nos ha dejado una extensa obra lexicográfica en veinte libros, cuyo principal mérito consiste en haber conservado para la posteridad numerosísimos fragmentos de escritores que hoy se han perdido. Por su obra *De compendiosa doctrina* conocemos, por ejemplo, la mayor parte de la obra poética de Varrón, como fragmentos del *Tratado de la lengua latina,* etc.

O

OVIDIO

Publio Ovidio Nasón nació de noble familia en Sulmona, ciudad del Abruzzo Citerior, el 13 de las calendas de abril, o sea el 20 de marzo del año 711 de Roma, que corresponde al 43 antes de Jesucristo, y murió en el destierro en Tomi (hoy Kustendjé, en Rumania), a orillas del mar Negro, entre los años 14 al 18 de nuestra era. El sobrenombre de Nasón lo heredó de su familia por la prominencia de su nariz, como el sobrenombre de Cicerón (de «cícero», que significa «garbanzo»), que heredó Marco Tulio. Las bellezas de su tierra natal causaron gran impacto en la infancia de Ovidio. Educado en Roma, frecuentó las escuelas de los más célebres maestros de la época en compañía de su hermano Lucio, un año mayor que él, fallecido a la temprana edad de veinte años. Tuvo por maestros en el arte de la elocuencia y la retórica a Plotio Gripo, el más hábil dramático de su época, según Quintiliano; a Porcio Latrón y a Aurelio Fusco. Visitó Atenas y otras ciudades de Grecia, Asia Menor y Sicilia. Poseía una exuberante fantasía, una fecundidad sin desfallecimientos, una fuerza irresistible y una afición natural a la versificación, hasta el punto de que, como nos dice él mismo con llaneza: «Las palabras venían por sí mismas a flexionarse a la medida y hacían versos de cuanto yo escribía.» Esa innata vocación irritaba a su padre, el cual consideraba los versos como una ocupación estéril y a Homero un indigente desgraciado. Así que, para contestarle, Ovidio estudió leyes. Llegó a desempeñar los cargos de juez, triunviro, miembro del Tribunal Supremo y decenviro, pero renunció al cargo de senador, por temor a no desempeñarlo bien; él mismo nos dice que no tenía ambición alguna y que no escuchaba más voces que las de las musas, como dice en su obra *Amores:* «Las musas me invitaban a la vida tranquila que mi espíritu ha amado siempre.» R. Pi-

chón nos dice: «Nada de ambiciones políticas, es demasiado fatigoso; nada de grandes pasiones, es demasiado absorbente. Vale mucho más pasearse bajo los pórticos de Livio o por la vía Apia entre ociosos..., ir a lucir su hermosa toga y sus lindos versos entre los salones de las damas o en los festines de los grandes señores y, de tarde en tarde, leer en las salas de lectura poemas de amor en un tono fino y galante, con gestos amanerados. Jamás ha sido más brillante la vida mundana... No hay más que divertirse..., ociosidad, seguridad, riqueza, cultura intelectual y artística... Ovidio está encantado; sus obras forman parte de la decoración mundana de la época... El mundo le señala su misión: agradar, divertir a toda costa...» La vida mundana y licenciosa de la sociedad romana, las fiestas, que dan ocasión propicia para encuentros galantes, constituyen el ambiente de la época, que influye sobre su vida. A Ovidio, el poeta del amor, le gusta destacarse en ese ambiente con ingenio, tomando el arte como un juego intelectual, y presentará las cosas más escandalosas con formas atrayentes y seductoras; no inventará ningún vicio, pero los revestirá de formas más elegantes y las ofrecerá sin groserías. Sus obras serán efecto, consecuencia, pero a la vez instrumento, de la corrupción moral de la época en que vive. Este ambiente general influye en su vida íntima. Todavía era muy joven cuando ya había repudiado a dos mujeres. La primera era «*nec digna nec utilis*», y este matrimonio sin hijos acabó en divorcio; un segundo enlace con una mujer de buenas costumbres, pero «sin diplomacia», incapaz de mantener por largo tiempo la convivencia, terminó también al poco tiempo. En cuanto a la tercera esposa, era inteligente y le fue devota y fiel. Pertenecía a la *gens* Fabia, relacionada con la familia imperial, conservando siempre su amor al poeta, tanto en los días felices como en los adversos, y aunque habló siempre de ella con afecto, no fue obstáculo para seguir entregado a los placeres más o menos fáciles, dejándose querer por todas las mujeres a quienes entusiasmaba la lectura de sus poesías eróticas. Todo poeta tenía su gran ilusión, su gran amor, y, como él nos dice con pasmosa sinceridad, encontrándose con grandes dificultades para componer poemas eróticos, el Amor, para allanarle el camino, hizo que se enamorara de Corina. Unos opinan que el nombre de Corina encubría el de Julia, la hija del emperador Augusto (tradición de la que se hizo eco Sidonio Apolinar, poeta lati-

no nacido en Lyón en el siglo V d. de J. C.), o tal vez el nombre de Livia, la propia esposa de Augusto, o el de Julia, la hija de Tiberio; pero todo ello no pasa de ser conjeturas, puesto que Ovidio no comunicó nunca su secreto. Otros, sin embargo, creen que el objeto de su pasión no existía más que en su imaginación y en la de sus comentadores. El amor, para Ovidio, no sería más que un tema poético, estudiando todas las incidencias a que puede dar lugar una pasión amorosa y refiriéndonosla de la manera más seductora y atrayente. Conozcamos la fecunda obra del poeta. El volumen de sus versos es enorme. Las obras de contenido erótico son: *Amores,* colección de elegías, primero en cinco libros y luego en tres, en las que se canta a Corina a través de temas diversos. *Heroidas,* una colección de veintiuna cartas amorosas, en las que antiguas heroínas escriben a sus maridos y míticos amantes y en las que en las seis últimas son por parejas: Paris escribe a Helena; Leandro, a Hero, y Acontios, a Cidipa, y las mujeres contestan. *De los medicamentos de la cara,* un poema en cien versos sobre los cosméticos que reparan los estragos con que el tiempo y los excesos dañan la belleza femenina. *El arte amatoria,* la obra maestra de la poesía erótica latina, poema en tres libros: los dos primeros para los hombres, en los que se les dan instrucciones amorosas, y el tercero para las mujeres, en el mismo sentido. *Remedios de amor,* en el que se sugieren los remedios para curar las penas del corazón, es como el antídoto para la pasión amorosa. ¿Cuál fue el motivo de la aparición de esta obra? *El arte amatoria* había sido un éxito arrollador; las matronas se lo arrebataban de las manos. Se dice que Augusto, que estaba metido en el empeño de sanear las costumbres, llegando, incluso, a desterrar a Julia, su propia hija, llamó a Ovidio a palacio y le amonestó severamente por el escándalo erótico que había producido su obra. El poeta le prometió proporcionar el antídoto, y fue cuando publicó *Remedios de amor,* que vino a ser peor remedio que la propia enfermedad. En estas obras, Ovidio se nos presenta como un precursor de la literatura libertina que alcanzó su vértice en el siglo XVIII. Cerrando este ciclo amoroso, aparece hacia el año 3 después de Jesucristo el ciclo heroico y nacional con las *Metamorfosis* y los *Fastos.* Las *Metamorfosis* es un vasto poema en quince libros, escrito en hexámetros, que hace desfilar todos los mitos y leyendas en las que tiene lugar alguna transformación des-

de los orígenes del mundo hasta los tiempos de Augusto. En las ciento sesenta y dos transformaciones que nos brinda, la materia prima la proporcionan la mitología y la literatura helénicas, y hay mucha habilidad en la ejecución poética que hace Ovidio, ya que, debido al acervo de erudición del que no puede prescindir, la intención de agradar al satisfacer la curiosidad de cosas maravillosas presentaba un obstáculo, que, como digo, quedó superado. Nos encontramos a Ovidio ya en el año 8 hondamente preocupado cuando ha de abandonar Roma y emprender el largo camino del destierro a orillas del mar Negro, y arroja a las llamas el manuscrito de esta obra (*Tristia*, 5, 7, 10 y ss.). Esto le aliviaba de la amargura de que apareciera la obra que consideraba imperfecta por no haber podido revisarla. Pero como sabía que existían copias en poder de sus amigos, solicitaba que, si el poema tenía que sobrevivir, llevara por lo menos esta advertencia: «No la ha publicado el poeta; pero casi es un funeral. El poema es imperfecto, pero lo tendrías completo y enmendado si me lo hubierais permitido.» Y es que Ovidio, como todo buen escritor, sigue el consejo de Horacio, el cual dice que hay que repasar bien el borrador de una obra y no hay que aprobar ninguna de ellas a la que el autor no hubiera dedicado muchos días y borrones en su corrección, cosa que, a pesar de su fatiga, es necesaria para su perfección (*Ad Pisones*, vv. 290-294). Los *Fastos* detalla las costumbres populares. Poema en seis libros al quedar interrumpida su elaboración por el destierro y que ya estaba concebido y esbozado por completo (*Tristia*, II, vv. 549-552), en dísticos elegíacos en honor del calendario romano, del que sólo hay de enero a junio, da a conocer las fiestas y ritos anuales, por los que Augusto se sentía sumamente celoso, como príncipe custodio de la religión patria. Destaquemos aquí las rústicas «Palilia», en honor de Palés, diosa de los pastores y los pastos (IV, vv. 721 y ss.), que se celebraban saltando hogueras y tenían por objeto purificar rebaños y pastores. Costumbre ésta que conserva el cristianismo en las vísperas de San Juan (24 de junio). Nos quedan por mencionar las obras escritas en el destierro, el cual destrozó las fibras de un hombre que no estaba preparado para soportar el cambio brusco de la veleidosa y caprichosa Fortuna. *Las tristes*, poema en cinco libros de elegías conteniendo exquisitas y bellas expresiones de hechos que le ha tocado vivir, como el abandono de Roma,

separación de su esposa, tormenta en el Egeo... «A mi corazón —dice— vienen Roma, mi casa, la nostalgia de los lugares queridos y todo lo mío que ha quedado en la ciudad perdida.» *Epístolas del Ponto*, poema elegíaco en cuatro libros, en el que figuran lamentos, invocaciones a los amigos lejanos, adulaciones inútiles al emperador con el fin de obtener el perdón. *Ibis*, una sarcástica invectiva en 322 dísticos contra un innoble amigo, perseguidor suyo. *La pesca*, del que nos quedan 135 hexámetros. *Nux*, una elegía de 182 versos, que figura en los manuscritos como obra de Ovidio. Hoy se propende a reconocer como autor a Ovidio, con el que habría querido representar su condición de desterrado con esta bella alegoría: un nogal que está en la margen de un camino se queja de las pedradas que recibe como inicua recompensa a su útil fecundidad. Se ha perdido la tragedia *Medea*, de sus años juveniles y muy elogiada por Tácito y Quintiliano. También un panegírico en lengua gótica (indoeuropea) en honor de Augusto, escrito en el destierro.

P

PACUVIO, MARCO

Poeta y filósofo y creador de neologismos. Nació en Brindisi el 220 antes de Jesucristo y murió en Tarento el 130. Sobrino de Ennio, en Roma formaba parte del círculo de políticos y literatos que rodeaban a la familia de los Escipiones. Escribió *Tragedias* y la «pretexta» *Paulus*, de las cuales sólo nos quedan unos cuatrocientos versos. Sus tragedias tenían éxito en la escena romana. También escribió sátiras al estilo de su tío y de las cuales no ha quedado nada.

PALADIO, RUTILIO TAURO

Escritor latino del siglo IV antes de Jesucristo y del que nada se sabe sobre su vida. Nos ha dejado una obra sobre las labores del campo en las cuatro estaciones. La obra, con el título de *Agricultura*, consta de catorce libros, el último de los cuales explica en verso el injerto de los árboles frutales y ha sido descubierto recientemente. Los otros libros alcanzaron gran difusión en la Edad Media.

PERSIO FLACO, AULO

Malogrado poeta del período de Tiberio a Nerón. Nació el 14 de diciembre del 34 después de Jesucristo en Volterra (Toscana), en el seno de una familia de elevada condición, entroncada con la nobleza romana, y murió el 24 de noviembre del 62, en una villa de su propiedad en la vía Apia, a ocho millas de Roma. A esta ciudad se trasladó a los doce años y tuvo buenos maestros de gramática y retórica, realizando pronto sus primeras tentativas literarias. Entró en la

escuela del estoico L. Anneo Cornuto, a donde acudía también el poeta Lucano. Fueron asimismo sus amigos los miembros más cultos de las familias aristocráticas romanas. Rígido discípulo de las doctrinas estoicas, es un moralista severo que desdeña incluso la expresión agraciada. Dejó su biblioteca a Cornuto y le encargó la destrucción de sus obras juveniles; así es que sólo publicó las *Sátiras*. Éstas, en número de seis, nos hacen ver a un joven con un gran caudal de conocimientos, de carácter huraño, que lo poco que ha podido conocer de la vida le disgusta. Hay que detenerse en su lectura y estudiarlo con penetración, pues tiene la gravedad intelectual y la oscuridad de un doctrinario filosófico. A pesar de su estilo oscuro, conciso y retorcido, sus sátiras, donde no faltan trozos penetrantes en sus diálogos, atrajeron la atención de los lectores cultos, y Persio tuvo ilustres admiradores, como Dante y Petrarca, entre otros.

PETRONIO ÁRBITRO, CAYO

Escritor de ingenio, de costumbres singulares, considerado *arbiter elegantiae* («árbitro de la elegancia») en la corte imperial de Nerón, del que fue favorito. Fue la tercera víctima, con Séneca y Lucano, de la conjuración de Pisón. Tácito, en sus *Anales*, nos dice que Tigelino, omnipotente y prefecto del pretorio, acusó a Petronio de que había tomado parte en la citada conjuración. Por sus óptimas dotes, demostradas durante su proconsulado en Bitinia y luego en su consulado, al ser admitido en la intimidad de Nerón, este personaje, inteligente, refinado, considerado «árbrito de la elegancia», que dictaba leyes de buen gusto en la corrompida corte, provocó la envidia de Tigelino. Petronio se abrió las venas, pero luego se las ató para retrasar la muerte. Antes de morir conversó sobre temas frívolos con unos amigos, castigó o premió a algunos esclavos y, después de escribir, sellar y mandar a Nerón una documentada relación de las vergüenzas y vicios de este emperador, se desató las ligaduras y murió. Se le considera ya, tras el paso de los siglos, como el autor de la obra *Satiricón*, en prosa y verso, en la cual hay novela, historia maravillosa, poema serio, parodia de las novelas de amor griegas y caricatura bufonesca. En esta obra, de la que sólo han llegado hasta no-

sotros dos libros, tal vez los últimos (XV-XVI) y además incompletos, la sociedad neroniana aparece en su opulencia desvergonzada, descrita con el mismo alegre cinismo y señorío que caracterizaron la vida y la serena muerte de Petronio. Es un escritor profundamente original, que adopta dos estilos, según sea el relato de personajes plebeyos o el de romanos cultos y refinados, respetando las respectivas características de condición y carácter, por aquello que nos dice Horacio: «Se tendrá muy en cuenta si el que habla es un dios o un héroe; un anciano o un joven...; un [cruel] habitante de la Cólquida o un [delicado] asirio; un [rudo] tebano o un [culto] hijo de Argos» (*Ad Pisones*, vv. 114-118). «*Intererit multum Divusne loquatur an heros...*» El *Satiricón* es un muy preciado documento del «latín vulgar». También se han conservado muchos *Epigramas* de Petronio.

PLAUTO, TITO MACCIO

Poeta cómico, que nació en Varsina (Umbría) aproximadamente el 254 antes de Jesucristo y murió el 184. Pertenece, como sus contemporáneos Nevio y Ennio, al período arcaico de la literatura latina. Pasó a Roma como humilde obrero al servicio de empresarios teatrales y después empleó los ahorros en aventuras comerciales, que fracasaron. Reducido a la pobreza, se empleó como mozo en casa de un molinero, y es allí cuando ya le vemos hecho un comediógrafo, que con el tiempo llegaría a ser fecundísimo. Costumbres populares, intriga, lirismo, comedia *palliata*. Crea figuras vivas, llenas de humanidad y destinadas a perdurar, como el astuto Pséudolo, el avaro Euclión, las hermanas Báquides, etc. Pero en cuanto a tipos no es muy variado: el hijo descarriado, el padre severo, el siervo fiel o bribón, el oficial petulante, la cortesana astuta, y rara vez recurre a los «contrarios», a esos elementos necesarios para el contraste: un hijo de buenas costumbres, una cortesana enamorada, un padre afectuoso, etc., y como el motivo, en última instancia, digamos que es el amor sensual y, por lo tanto, hay apremiante exigencia de dinero, los personajes de Plauto se ven envueltos en complicadas y divertidas tretas. En su teatro nos ha dejado la imagen que es una «constante» en la vida de la humanidad: la de un mundo en el que triunfa el cinismo de los pícaros y bribones, personajes

que han gustado en todos los tiempos. Sus contemporáneos Nevio y Ennio cultivaron los géneros trágico, épico, satírico y didáctico, pero Plauto redujo su actividad a un solo campo: el de la comedia. Se le atribuyen unas ciento treinta comedias, pero Varrón, el gran enciclopedista latino (116-27 antes de J. C.), limita su número a veintiuna, las que unánimemente se le reputan como auténticas, si bien está convencido de la paternidad de otras cuarenta. Aparentemente, da la sensación de que se dedicó a traducir o arreglar al gusto romano la obra de la llamada «comedia nueva» griega, casi siempre de Menandro, Filemón, Difilo o Demófilo. La acción siempre tiene lugar en una ciudad del mundo helénico: Atenas, Corinto, Sición, Cirene, Epidamno... Pero lo que distingue técnicamente la *palliata* de Plauto de los modelos directos griegos es la introducción de partes cantadas y el uso de variados metros y, por tanto, de variado ritmo, lo que más bien se relaciona con la comedia antigua de Aristófanes. La excelencia de la obra de Plauto reside en el lenguaje, explotando todos los recursos del latín; con su pura y rica lengua expresa las ideas de la gente vulgar sin vulgaridad, y a la comicidad grosera, elemento meramente teatral, le sirve de contrapeso el dominio de la lengua, que es una de las más puras. Y, así, dijo un gramático: «Las musas habrían usado de la lengua de Plauto si hubiesen tenido que hablar en latín.» Las tramas, caracteres y situaciones de las comedias de Plauto han agradado en todos los tiempos y reviven en Boccaccio como en Ariosto y en Aretino, en Shakespeare como en Molière. He aquí la relación de sus comedias: *Amphitruo* («Anfitrión»), única de argumento mitológico (el engaño de Júpiter para gozar de Alcmena); *Captivi* («Los prisioneros»); *Rudens* («La amarra»); *Aulularia* («La comedia de la olla»); *Miles gloriosus; Asinaria* («Comedia de los asnos»), derivada del *Onagós* («El arriero») de Demófilo; el *Curculio* («El gorgojo»), un insecto que roe el trigo; la *Cásina,* tomada de los *Klerúmenoi* («Los que echan suertes») de Difilo; *Epídico; Mostellaria* («Los espíritus»), derivada de *Fasma* («El espectro»), de Filemón; *Pséudolus* («La trampa»); *Poenulus,* tomada de *Ho Karkhedónios* («El cartaginés»), de Menandro; *Trinummus* («Las tres monedas»), derivada del *Thesaurós* de Filemón; el *Truculentus* («El patán»); la *Cistellaria* («Comedia del cesto»); *Stichus* y *Bacchides,* que toman como modelo a Menandro, y *Mercator,* tomada de Difilo.

PLINIO EL JOVEN (CAYO PLINIO CECILIO SEGUNDO)

Sobrino de Plinio el Viejo, tiene como fechas aproximadas de su nacimiento y muerte el 62 y el 113 después de Jesucristo, respectivamente. Nació en Novum Comum (Como) y, al morir su padre poco tiempo después de haber contraído matrimonio con una hermana de Plinio el Viejo, fue confiado a la educación de su tío, el cual le adoptó en su testamento. Esta educación del tío y padre adoptivo, junto con la recibida de sus maestros Nicete Sacerdote y M. Fabio Quintiliano, contribuyó a su excelente formación espiritual, con dos vertientes, la cívica y la literaria. A sus doce años inició su brillante carrera de abogado, la que siempre estaba al servicio de los amigos que más necesitaban de su ayuda o al de la defensa de las leyes del Estado con una fidelidad a su ideal de honradez y probidad cívica. Emulando a Cicerón y repitiendo la carrera del que tomó el modelo de vida en política y en literatura, recorrió casi todos los cargos del Estado: tribuno militar, tribuno de la plebe, decenviro, cuestor, pretor, prefecto del erario militar, prefecto del Tesoro, cónsul, y precisamente en agradecimiento al emperador por esta dignidad otorgada en el año 100 escribió su *Panegírico a Trajano.* También fue procurador del lecho del Tíber, y, ya en el 101 hasta su muerte, augur, concedido también este cargo por el emperador Trajano. Plinio contrajo matrimonio tres veces y no tuvo hijos. De su última esposa, Calpurnia, se conserva una descripción amorosa en sus cartas. En su epistolario, Plinio nos ha dejado una imagen fiel y amable de la sociedad intelectual y culta de la época de Trajano. En ellas aparece como hombre optimista, funcionario concienzudo, cordial con los inferiores, filántropo, un estadista enérgico, pero tolerante con los cristianos. Sus cartas, repartidas en nueve libros, abarcan un período que va del 97 al 109. Un décimo libro contiene la correspondencia que mantuvo con Trajano, sobre todo durante el año que gobernó Bitinia, a la que fue enviado como legado imperial (111-112, o bien 112-113). El epistolario viene a ser también como una crónica de la vida que llevaba en la capital y en las suntuosas residencias campestres una clase rica, pero aficionada a los placeres intelectuales; discute de literatura y filosofía, funda bibliotecas y escuelas. Sus obras juveniles en verso, en las que figuraba también una tragedia en griego y endecasílabos, se han perdido. Su

obra en prosa la constituyen dieciséis libros de discursos (de éstos, sólo nos ha quedado el ya citado *Panegírico a Trajano*) y de cartas.

PLINIO EL VIEJO (CAYO PLINIO SEGUNDO)

Nació a finales del 23 o en los primeros meses del 24 después de Jesucristo, en Novum Comum (Como), y murió en Stabia, en el golfo de Nápoles, el 25 de agosto del 79, víctima de la erupción del Vesubio. En una de sus epístolas, su sobrino Plinio el Joven relata con todo detalle la última jornada de su tío, diciendo que, a la una de la tarde, la hermana le llamó la atención sobre la gigantesca nube, de forma extraña, que apareció en el horizonte. Cuando ya estaba disponiéndose para dirigirse a una nave ligera para estudiar el fenómeno *in situ*, he aquí que le llegan las primeras y apremiantes peticiones de socorro. (A la sazón estaba al mando de la escuadra del Tirreno, anclada en el cabo Miseno, al noroeste del golfo de Nápoles.) Para acudir a salvar al mayor número posible de damnificados por la erupción del Vesubio, ordenó echar a la mar las cuadrirremes y dirigirse al lugar del peligro, al fondo del golfo. Iba dictando a su secretario notas de cuanto observaba, desde la cubierta, de aquel dantesco y pavoroso fenómeno. A pesar de la lluvia de cenizas, iba atravesando el golfo, pero, al hacerse de todo punto inaccesible la costa de Herculano y Pompeya, se refugió en Stabia, en casa de su amigo Pomponiano, y se dispuso a descansar, después de bañarse y de haber cenado. A la mañana siguiente cundió el pánico, pues, atacada de pleno también Stabia por la furia del volcán, todos trataban de llegar al mar, y Plinio, ya en la playa, sufrió un ataque al corazón al no soportar los vapores sulfurosos que contaminaban el aire. A través del epistolario de su sobrino Plinio podemos conocer las extraordinarias dotes de la fuerte personalidad de este hombre, que en medio de las onerosas ocupaciones, a las que atendía puntualmente, no dejaba sus metódicas lecturas (solía decir que no había libro alguno tan malo que no contuviera algo útil y digno de ser aprendido) y no cesaba de tomar apuntes, sustrayendo horas al sueño, pues en verano y en invierno, entre las doce y las tres de la madrugada, ya estaba trabajando y, salvo pequeñas interrupciones, prolongaba su tarea hasta el anochecer. Con esta asombrosa e infatigable actividad logró reunir un inmenso

material de erudición, que sólo utilizó en parte en sus obras, dejando, al morir, el resto, que en apretada escritura llenaba unos 160 legajos. Nos confiesa que compila en todos los órdenes del conocimiento, fundándose más en los escritos de sus predecesores que en sus propias observaciones, dando crédito a sus autorizadas afirmaciones por aquello de «*magister dixit, ergo veritas*» («[lo] dijo el maestro, luego [es] verdad»). Le han suministrado la materia unos 150 escritores latinos y 327 griegos, con unos dos mil volúmenes. Su última y más importante obra, que, ciertamente, es la única que ha llegado hasta nosotros, la *Historia natural*, es una maravillosa y grandiosa enciclopedia, fruto de un trabajo que inició en tiempos de Nerón. Fue presentada en treinta y seis libros por Plinio a Tito, a quien iba dedicada, en el año 77 y publicada dos años después, o sea en el 79, por su sobrino, con la inclusión de otro libro (el I), que contiene catálogo de las fuentes y sumario general de la obra. Sus obras perdidas trataban de historia (veinte libros sobre la guerra de los romanos en Germania y treinta y uno como continuación de la historia de Aufidio Baso), oratoria (tres libros que, por su extensión, iban en seis volúmenes), y así expuestas con amplitud todas las ciencias: cosmología, geografía, etnografía, fisiología, zoología, botánica, etc. Debido al caudal inmenso de noticias científicas y curiosidades, la Edad Media le reconoció fama de sabio universal y los estudiosos de la Edad Moderna tienen que agradecerle, incluso los más exigentes, un manantial sin estiaje de informaciones del mundo antiguo.

PLOCIO SACERDOTE, MARIO

Notable gramático latino, del que sólo se sabe que floreció probablemente bajo el reinado de Diocleciano (284-305). Compuso una obra de gramática latina: *Artium grammaticarum libri III* («Arte de la gramática»). La crítica considera posible que la obra, por la falta de unidad, no pertenezca a un solo autor, y tanto es así, que la parte referente a la morfología se atribuye a Probo, filólogo del siglo I después de Jesucristo.

POMPONIO, LUCIO

Escritor que en la época del dictador Sila (siglos II y I a. de Jesucristo) introdujo en la literatura latina las *Atelanas*,

que se mantuvieron entre el pueblo mucho tiempo en forma de una representación burlesca, cuyo argumento y comicidad se basaba en el ridículo y cuyo espíritu consistía en el chiste obsceno, abundando las frases de doble sentido y expresiones contrarias a la decencia. Inició su actividad alrededor del año 100 y no han quedado noticias de su vida, sabiéndose sólo que nació en Bolonia. Su obra se ha perdido y únicamente se conservan unos setenta títulos y escasos fragmentos, como este verso, que tiene un cierto colorido social: «Hace cinco días que no trabajo; si sigo así tres más, moriré de hambre.»

PORFIRIO, PUBLILIO OPTACIANO (U OCTAVIANO)

Poeta latino del siglo IV después de Jesucristo que vivió en la corte de Constantino. Desterrado en el año 325, dirigía sus versos al emperador para que le permitiera regresar a Roma; conseguido esto, fue prefecto de la ciudad el año 330. Sus *Poemas* contienen combinaciones del acróstico y otras fantasías, y en ellos las palabras pueden leerse también según líneas diagonales, teniendo distinto significado en uno u otro caso. Porfirio fue imitado por los poetas de la Edad Media en lengua latina.

PRISCIANO DE CESAREA

Este gramático latino nació en Cesarea (Mauritania), pero, residente en Bizancio en la época de Justiniano (siglo VI), se dedicaba a la enseñanza. Fue autor, entre otras obras, de la más completa gramática latina: *Institutio de arte grammatica* («Institución del arte gramatical»), que gozó de gran favor en la Edad Media y que, en dieciocho libros, comprendía morfología y sintaxis. Además de esta obra, nos quedan: *De figuris numerorum, De metris fabularum Terentii* y *Praexercitamina rhetorica,* dedicadas a Símmaco, cónsul en 485; *Panegírico* al emperador Anastasio (491-518), de 312 hexámetros; *Periégesis de la tierra,* de 1.087 hexámetros, traducidas al latín del griego Dionisio el Perigeta.

PRISCIANO, TEODORO

Médico, también africano, que vivió alrededor del año 400 después de Jesucristo. Compiló un tratado, primero en

griego y luego en latín, sobre medicamentos. De los cuatro libros de la obra nos han quedado tres y fragmentos del cuarto.

PROBO, MARCO VALERIO

Filólogo y gramático latino del siglo I después de Jesucristo (aproximadamente entre los años 20-100), nacido en Beritós (Beirut, en Siria). Escribía poco, prefiriendo transmitir verbalmente sus enseñanzas. Estudió las escrituras de la época republicana y trató de restablecer el texto siguiendo el método de los gramáticos alejandrinos. Sus juicios como gramático y filólogo fueron muy bien acogidos y seguidos por los eruditos posteriores. Dejó sus *Comentarios a Terencio, Lucrecio, Virgilio y Horacio.* Se le atribuyen también, pero son apócrifas: *Ars catholica, Instituta artium, De nominis, De ultimis Syllabis* y la conocida obra *Appendix Probi* (siglo III), que es una de las fuentes más importantes para el conocimiento del latín vulgar.

PROPERCIO, SEXTO

Notabilísimo poeta elegíaco, nacido en el seno de una noble familia en los alrededores de Asís, en una localidad no lejana de la brumosa Mevania (Umbría), hacia el 47 o 46 antes de Jesucristo, aunque se dan también estas fechas límite: 50-16 antes de Jesucristo. Es el cantor de Cintia en los primeros tres libros de sus *Elegías*, que con mucho éxito fueron publicados entre los años 28 y 22. En el primer poema del libro IV nos da las pocas noticias seguras que poseemos referentes a su vida. Establecido en Roma al tomar la toga viril, se dedicó a la poesía y amó a diversas mujeres, entre ellas a Licina, que era esclava. Pero en el año 29 antes de Jesucristo, como nos dice en un bello hexámetro: «*Cynthia prima suis miserum me cepit ocellis*» («Cintia [es la mujer más singular], la primera [que] con sus ojitos cautivó al infeliz de mí»). El nombre verdadero de este apasionado amor es Hostia, pero, como era costumbre entre los poetas el cambiar el nombre de la amada, Propercio lo sustituye por el de Cintia, conservando el número de sílabas con su cantidad métrica y que tienen la medida de un dáctilo (una sílaba larga y dos breves), pie usado en el hexámetro y pentámetro de las elegías: Cintia por Hostia, y

Lesbia por Clodia. Propercio le debe a Cintia lo mismo que Catulo a Lesbia, y durante los cinco años que dura su pasión encuentra el modo de experimentar en cuerpo y alma y cantar todos los aspectos del amor: ansiedad, éxtasis, enojos, celos, ruptura, reconciliación, júbilo del retorno... Se siente que Cintia es una mujer de carne y hueso, cuerpo hermoso, cuya belleza le extasía y la proclama única fuente de su inspiración, no dejando de admirar y calibrar ese «ello» que irradia de su cultura nada común y refinado gusto y que, aparte ese cuerpo que arde, quema y consume, le cautiva y esclaviza. En esos cinco años, de los dieciocho a los veintitrés, de ardor amoroso, apasionado y exclusivo (de su parte), va componiendo esa maravillosa sinfonía de sus hexámetros y pentámetros, como en este pentámetro en el que dirá de su apasionado amor: «*Traicit et fati litora magnus amor*» («Traspasa incluso las riberas de la muerte un gran amor»). Pero debido, sin duda, a los devaneos e infidelidad de la bella amada, en el corazón del poeta se va produciendo gradualmente un enfriamiento, y ya en los dos últimos poemas, el XXIV y el XXV del libro III, surge un himno a la liberación al cesar los episodios, a menudo tempestuosos, de un amor que había durado cinco años, pudiendo apreciar que tras la tempestad llega la calma. Es entonces cuando, accediendo a los deseos de su amigo Mecenas, compone el libro IV, un canto a las antigüedades nacionales y mitos del Lacio: las transformaciones del dios Vertumno, el de Hércules y Caco, el de Júpiter Ferreiro y la leyenda de Tarpeya, la cual resulta ser la mejor, tal vez porque vuelve en ella el tema del amor. En estas composiciones se nos pone de manifiesto el talento pleno de vigor de Propercio, apto para tratar cualquier argumento que tenga pasión, conmociones profundas y sentimientos que inquietan el alma, y para las susodichas obras se inspiró en la superestructura artificiosa de los alejandrinos Calímaco y Fileto y en su contemporáneo Virgilio, al que le anuncia con entusiasmo una gloria futura. Pero así tenía que ser para un amor que «traspasa las riberas de la muerte»: es la sombra de la muerta Cintia la que, por última vez, vuelve de nuevo junto a su amado. Así canta la famosa elegía 7 del libro IV: «Los manes son realidad, pues no todo con la muerte termina; la sombra pálida del alma se levanta y huye de la pira. Cintia, que está sepultada junto a una fuente, viene a posar su rostro junto al mío mientras yo estoy llorando el frío

reino de mi lecho. Sus cabellos y sus ojos son iguales; el vestido y el anillo, a medio quemar, y sus labios, salpicados por las aguas del Leteo.» Y ella le dice: «Arranca de mi tumba esa hiedra tortuosa que aprisiona mis huesos con sus tenaces ramas.» Le invita a vagar juntos aprovechando la noche que libera las sombras, ya que, al amanecer, a las primeras luces tienen que volver a embarcar en el triste Leteo, donde Caronte, inexorable, espera. «Ahora son otras mujeres —dice— las que fugaces te poseen, pero pronto seré solamente yo quien te posea; estarás siempre conmigo y nuestros huesos se verán unidos *in aeternum*.»

PUBLILIO SIRO

Poeta latino, autor de *Mimos* y de *Sentencias*, que vivió en el siglo I antes de Jesucristo. Llegado de Antioquía como esclavo a Roma, aquí fue manumitido por sus dotes intelectuales. Junto con el caballero romano Décimo Laberio, quien le desafió y al que venció en una famosa competición pública celebrada en presencia de César, fue el principal representante de las farsas latinas. De sus *Mimos* sólo se conservan dos. Sin embargo, en sus máximas o sentencias, si bien algunas tienen carácter bufonesco e incluso licencioso, las hay donde abundan las notas moralizadoras, que agradaron a escritores como Séneca y San Jerónimo, quien las emplea en sus escritos.

Q

QUINTILIANO, MARCO FABIO

Famoso gramático, retórico y abogado que nació en Calagurris (España Tarraconense) entre los años 35 y 40 después de Jesucristo y murió en el 96. Estudió en Roma con el gramático Remio Palemón (también maestro de Persio) y después con el famoso orador Domicio Afro. Es el más influyente representante del clasicismo orientado hacia Cicerón. Tuvo éxito y fama tanto en el ejercicio de la abogacía como en el de la enseñanza, y empezó con el cargo retribuido de maestro público de arte retórico, otorgado por Vespasiano, que ejerció durante veinte años, y entre sus discípulos se contó Plinio el Joven. El emperador Domiciano le otorgó las insignias y el título de cónsul y le confió la educación de sus bisnietos, los hijos de Flavia Domitila. Después de veinte años de enseñanza y de ejercicio de la abogacía, recoge su experiencia en los diez libros de *Institución oratoria*, su obra más importante, tratado completo de pedagogía con observaciones psicológicas, y ataca el mal gusto del público, los extremismos de la retórica, la superficialidad de las declamaciones, y expresa que la salvación consiste en la vuelta a la sencillez, en la que son maestros los clásicos, en especial Cicerón. Quintiliano fue considerado en la Edad Media como autoridad en la historia de la educación, de la retórica y de la crítica literaria romana. Y en el Renacimiento, los humanistas hallaban tal semejanza de su estilo con el de Cicerón, que discutían acerca de la preeminencia entre el maestro y su émulo como modelo de perfección. Se sabe de otras obras suyas perdidas: *De causis corruptae eloquentiae;* un discurso, el único publicado por él, titulado *Pro Naevio Arpiniano; Artes rhetoricae,* apuntes de sus lecciones, que se publicaron contra su voluntad. Además, dos *Declamationes,* que están publicadas con su nombre, pero de las que no es autor.

R

RUTILIO LUPO, PUBLIO

Retórico romano que vivió en la primera mitad del siglo I antes de Jesucristo. De él solamente conocemos un compendio en latín de la obra *Las figuras del concepto y de la expresión,* del griego Georgias de Atenas, que fue maestro del hijo de Cicerón durante el año 44 después de Jesucristo.

RUTILIO NAMACIANO, CLAUDIO

Poeta latino, miembro de la aristocracia gala, que vivió durante el siglo V de nuestra era. Fue un entusiasta pagano y el último de los poetas romanos. Durante el gobierno de Honorio desempeñó en Roma el cargo de *magister officiorum* (maestro de los deberes) en el 412, y dos años después el de *praefectus urbi* (prefecto de Roma). Es ya septiembre del 416 y Rutilio tiene que abandonar la ciudad y dirigirse a su patria por vía marítima, porque las hordas bárbaras hacen frecuentes incursiones por el territorio y las vías terrestres son inseguras. Está enamorado de la poderosa Roma, «reina bellísima de un mundo», «acogida entre los astros del cielo». Nos ha dejado la obra *De reditu libri duo,* en dísticos elegíacos, y tiene un gran valor poético, ocupando un puesto singular en la historia de la cultura. Describe la navegación a lo largo de las costas italianas hasta Luni. Del segundo libro sólo existen 68 versos, quedando interrumpida bruscamente la obra, ignorándose el porqué. Con dolor, este aristócrata de cuna y de sentimientos contempla el ocaso de Roma, que atribuye a la lucha contra el paganismo, a la presión ejercida por los bárbaros, a los hebreos y a los monjes (cuyos conventos ya pueblan las islas), a los que llama *lucifugi viri,* hombres que huyen de la luz, locos despreciables. Pero su fe en Roma, a la que le dice: «Gracias a tus templos estamos próximos al cielo», repito, su fe

inmarcesible le sustenta y el agobiante presente no le abate, proclamando así la misión histórica de Roma en estos dos bellos hexámetros: «*Feciste patriam diversis gentibus unam*» («Hiciste una sola patria para pueblos diversos») y «*Ordo renascendi est crescere posse malis*» («La ley de tu renacimiento es poder crecer por medio de tus calamidades»). Y este entusiasta poeta pagano entona como el último canto a la religión que agoniza: «Muchos besos he impreso sobre estas puertas que debo dejar; de mala gana mis pies atraviesan el sagrado umbral. Llorando pido perdón, ofrezco loas como sacrificio en cuanto el llanto me permite hacer uso de la palabra...»

S

SALUSTIO, CAYO CRISPO

Historiador, nacido en Amiterno (que en aquel entonces pertenecía a la Sabina) el 86 antes de Jesucristo y muerto el 35, según San Jerónimo, cuatro años antes de la batalla de Accio, que tuvo lugar en septiembre del 31. Pertenecía a una familia plebeya, no rica pero acomodada, lo que le permitió adquirir una buena formación literaria en la capital. Empezó a escribir historia después de la muerte de César, del que fue un seguidor fiel y bien recompensado. Entregado de lleno a la política tras la cuestura, consiguió el tribunado de la plebe en el 52, año agitado y turbulento de las guerras civiles. Dos años después, en el 50, debido a una vaga acusación de libertinaje, concretamente de adulterio, fue expulsado del Senado por los censores A. Claudio Pulcro y L. Calpurnio Pisón, pero la realidad era que deseaban tener alejado a uno de los amigos más resueltos de César. Llegóse a la Galia junto a César y estuvo en el paso del Rubicón. Al año siguiente, César le hizo nuevo cuestor, y con ello volvió a abrirle las puertas del Senado. Siguió recibiendo honores, y como pretor llevó a cabo la campaña africana, realizando, al frente de una sección de la flota, una afortunada incursión contra la guarnición pompeyana de la isla de Cercina, donde se apoderó de abundante provisión de trigo. Al terminar esta campaña africana en el 46, César le otorgó el título de procónsul en el gobierno de la nueva provincia de Numidia. Aquí se enriqueció considerablemente, y al regresar a Roma hizo que le construyeran entre el Quirinal y el Pincio un suntuoso palacio rodeado de extensos y espléndidos jardines, que alcanzaron fama con el nombre de «Horti Sallustiani». En este suntuoso retiro, tras el asesinato de César, experimentando una aversión intensísima por la política, inició la ocupación de escritor, y en sus escritos se encarnizó contra la aristocracia derribada por el dictador, esa aristocracia corrompida, clase di-

rigente desgastada por su debilidad, consecuencia de sus vicios. Aflora en Salustio el primer verdadero historiógrafo romano, que investiga escrupulosamente las causas de los acontecimientos, entrelazándolas con las virtudes y los vicios, las grandezas y las miserias de los personajes históricos, y empiezan sus *Historias*. En los nueve años de su productivo ocio, su *bonum otium*, consigue la gloria de escritor, pasando los últimos años de su vida en el estudio y la compañía de algunos eruditos. Quiso tratar algún acontecimiento importante de la vida nacional y escogió la conjuración de Catilina y la guerra contra el rey númida Yugurta. Para ello se preparó con un concienzudo estudio de documentos y fuentes y escribió y dio a luz dos monografías muy esmeradas. Escogió primero y compuso *La conjuración de Catilina*, por ser el tema de «uno de los hechos más memorables, por la novedad tanto del delito como del peligro». Procuró describirlo con la mayor veracidad posible, pero se le reprochan inexactitudes cronológicas y apasionamiento por César, deseando limpiar su memoria de cualquier complicidad en tal conjuración. También se le quiere juzgar como que desea llevar el agua a su molino, pues atribuye todo lo bueno al partido de su predilección, esto es, al partido democrático. La monografía *La guerra de Yugurta* es más extensa que la anterior, puesto que sobrevienen más acontecimientos, más personajes y el campo de acción (África y Roma) es más extenso. Los hechos que empieza a considerar son el mal gobierno de la nobleza senatorial, convertida en deshonesto árbitro del Estado; la inevitable aparición de una oposición democrática, y el encumbramiento de su líder Mario. El autor está al margen de los partidos, pues aprecia la integridad y juicio del aristócrata Metelo, a pesar de su severidad con la nobleza, pero asimismo reconoce los intentos sediciosos de la plebe; prodiga elogios a Sila, como también censuras a Mario. De su última obra histórica, la fundamental, *Cinco libros de historias*, que, continuando el relato de Cornelio Sisenna, trataba de los doce años tempestuosos desde la muerte de Sila hasta la subida de Pompeyo, sólo se conservan algunos pocos fragmentos, aunque algo extensos, y una colección de cartas y alocuciones extraídas de la referida obra. De las cartas vamos a mencionar dos, dirigidas a César. En la primera, redactada probablemente en el año 50, aparecen los aristócratas responsables de la corrupción de Roma, que había conocido la

armonía de la vida pública cuando la mayor autoridad residía en el Senado y la fuerza del pueblo, y que ahora sólo podía llevar el espíritu de renovación y la concordia a los ciudadanos el genio de César y el reprimir el *studium pecuniae*, es decir, el desaforado afán de riqueza, único impedimento que se oponía, según Salustio, al buen gobierno de los hombres. A propósito de esta opinión suya, digamos que Salustio, aunque con la nota infamante de adulterio en una sociedad como la romana, en la que nadie se atrevía a «lanzar la primera piedra», era muy aficionado a dar definiciones, las más veces de carácter moral, como: «Lo que entre caballeros es amistad, es ficción entre los pillos.» «Hoy, regalar los bienes ajenos se llama liberalidad; atreverse a cometer infamias, valor.» La segunda carta fue quizá redactada el año 46, dos antes del asesinato de César; terminada la guerra, existía un vencedor único; desaparecidos los dos bandos antagónicos, en Roma sólo quedaban ciudadanos y clases sociales: nobleza, pueblo y ejército, cuyos hábitos tenía que reformar el vencedor y consolidar la república con las armas de la paz. La aspiración a la concordia civil y las insistentes invectivas contra el vicio capital de la riqueza y los excesos y abusos del poder oligárquico permitían vislumbrar una república renovada por las transformaciones democráticas.

SALVIO JULIANO

Jurista del siglo II después de Jesucristo, a quien Adriano le encargó que formara la primera colección sistemática de leyes, y en el *Edictum perpetuum* recogió los edictos anuales de los pretores republicanos.

SCÉVOLA, PUBLIO MUCIO

Notabilísimo jurista y pontífice máximo (siglo II a. de J. C.), que preparó, con una notable colección de noticias de las tablas de los pontífices, la obra *Annales maximi* (ochenta libros).

SÉNECA EL JOVEN (LUCIO ANNEO)

Filósofo, la figura más representativa de este medio siglo de vida literaria (Tiberio-Nerón, 14-65). Nación en Córdoba

(la Bética) el año 4 antes de Jesucristo, en el seno de una familia noble, entregada al cultivo de las actividades intelectuales. Tuvo dos hermanos, uno mayor y otro menor que él. De muy niño pasó a Roma, en donde su padre abrió una escuela de declamación, y fue, sin duda, el padre el que le daría las primeras lecciones, que ya las recordaría siempre. Séneca poseía una exquisita sensibilidad; fino y penetrante poder de observación y análisis; imaginación fogosa, a la que se veía arrastrado poderosamente, y una inquieta avidez de saber. Ésta era tal, que, como nos dice en su carta CVIII, asistía con fruición y entusiasmo a las clases de Atalo, con el que, no contentándose sólo con escuchar sus lecciones en clase, solía hacerse el encontradizo fuera de la misma y le presentaba cuestiones y dificultades referentes a temas científicos. Su entusiasmo era tal, que, como nos dice en la referida carta, era el primero en entrar en la clase y el último en abandonarla. Para él, la filosofía resultaba como una regla práctica y se esforzaba en acomodarla a su vida. Sensible a todos sus preceptos, después de haber escuchado al pitagórico Soción, impresionado, se abstenía de comer carne y decía: «Mi alma adquiría mayor ligereza y habilidad.» El padre le reprendía por estas exageraciones y prácticas y, aprovechando que Tiberio, por medio de un edicto del Senado, proscribió los cultos judaicos y egipcios, convenció a su hijo de que la abstinencia de ciertas carnes entraba dentro de la proscripción, por ser común a esos cultos que se habían proscrito. Volvió, pues, a su alimentación usual, pero conservó hasta el final de su vida el hábito de una dieta frugal, que llegó a rayar en la austeridad, aun en los tiempos de mayor opulencia. Como Séneca era de constitución endeble y estaba sujeto a palpitaciones que le atormentarían durante toda su vida, y debido al exceso de trabajo y a las vigilias que se imponía, todo aquel esfuerzo mental acabaría por ir minando una salud tan delicada. Sin embargo, los cuidados de su familia, particularmente de su tía, que le atendía como a un hijo, y un régimen de alimentación frugal, consiguieron mejorarle. Su padre quiso que abrazase la carrera del foro, realizando en ella tales progresos, que Calígula se molestó y sintió celos, pues se consideraba el mejor orador. Al principio no hacía más que burlarse de él y decir cosas imitando a Suetonio. «Sus arengas —decía Calígula— son fragmentos académicos, arena sin cal.» Este juego divertido le estaba disimulando el trabajo

que la envidia iba realizando en él, convirtiendo los celos en odio. Según Dión, este odio llegó a su punto culminante cuando, en una brillante defensa en el Senado y en presencia de Calígula, éste quiso hacerle morir. Se libró entonces de la muerte gracias a su delicada salud y a que una de las concubinas de Calígula le disuadió de ello, diciéndole que no llegase a esa determinación extrema, ya que la tisis que aquejaba a Séneca pronto le quitaría de en medio. A partir de entonces, éste se dedicó de lleno a la filosofía, abrazando la estoica, y no tenía más oyentes que los estoicos. Renunció a la buena mesa, al vino, a los perfumes, y durante un año, según nos dice, no se alimentó más que de vegetales. Su padre le volvió a llevar a los negocios, y desde entonces le vemos en los cargos públicos, llegando a ser cuestor. Pero no se apartó del estudio y enseñanza de la filosofía, abriendo una escuela en Roma, en donde se atrajo a la juventud romana. Tras un concienzudo estudio de eminentes humanistas, como B. Aubé, se ha generalizado la idea de que en Séneca hubo siempre dos hombres, en pugna constante el uno con el otro. El uno, ya pitagórico, ya estoico, escribió las más bellas máximas de pureza de la vida; era entusiasta de la virtud; en él se hallaban todas las sublimidades del pensamiento humano, la elevación del espíritu; pero en su carta XLV dice que no quiere ser esclavo de la autoridad de nadie. Por su filosofía tan elevada hasta se le ha hecho pasar por cristiano, y existe una curiosa falsificación de su correspondencia mantenida con San Pablo. El segundo, el otro hombre, era el abogado, el hombre del foro, que buscaba la profundidad, los éxitos, la amistad de los poderosos y codiciaba las riquezas, adquiriendo fincas en casi todos los lugares mejores de Italia. Era víctima de la circunstancia que le tocó vivir durante cinco años; en una corte donde campeaban todos los vicios, donde a plena luz del día se perpetraban los mayores crímenes y toda clase de infamias, Séneca comprendía sus defectos y sus contradicciones, y así, al contemplar la poca correspondencia entre su vida y las palabras y lecciones que daba, nos dice en su carta XVIII: «*Haec non pro me loquor... Aliter loqueris, aliter vivis*» («No digo estas cosas por mí, pues yo me encuentro en un profundo lugar de vicios, sino [que hablo] por aquel que tiene algo por hacer. Hablas de una manera y vives de otra»). «*Cum potuero, vivam quomodo oportet*» («Cuando podré, viviré como conviene»). Y así fue: más ade-

lante se retiró a su casa de campo cuando Nerón pasó, de los buenos años, debidos a sus consejos, a las más espantosas crueldades y lujurias. Mesalina, mujer de Claudio, insaciable en su lujuria, que buscaba sus amantes entre la servidumbre, arrancó a Séneca del numeroso auditorio de su escuela y le involucró en sus siniestros planes. Como era enemiga de Julia, la hija de Germánico, la acusó de adulterio, dando como cómplice a Séneca. Triunfó la acusación. Claudio desterró a Julia, que moriría en el destierro, y a Séneca lo desterró a Córcega, donde permanecería unos ocho años. Pasados los dos primeros años, Séneca perdió su entereza y empezó a intentar su regreso a cualquier precio. Se le ha criticado el haberse humillado y, en el escrito que solicitaba el perdón, el haber adulado servilmente la estupidez de Claudio y el orgullo de su liberto y ministro Polibio, con el que Séneca tenía amistad y al que dirigió el libro *Ad Polibium de Consolatione.* Algunos también le afean el que se hubiese humillado ante un hombre de baja estirpe para conseguir el perdón; pero téngase en cuenta que en el libro que le dedicó se nos dice que Polibio era, además de filósofo, uno de los más entusiastas admiradores, un verdadero apasionado de los excelsos poetas Horacio y Virgilio. Pero también hay quien opina que escribió el citado libro para que lo leyese al emperador o bien para que, al oír comentarlo, le concediera el perdón. Al cabo de cinco años, Agripina, que se había casado con Claudio, su tío, y que se había adueñado del imperio con sus intrigas, súbitamente hace regresar a Séneca, le colma de atenciones y le da el cargo de cuestor y también el de cónsul, si bien algunos dicen que no ejerció el cargo en propiedad. No se detiene aquí Agripina y le confía la educación de su hijo Nerón, al que Claudio, su esposo, había adoptado. Agradecido, Séneca se mostró tan devoto de la emperatriz, que pasó por ser considerado como su amante. Séneca no pudo llegar a hacer de Nerón un orador, tal vez porque se contentó con ser un poeta. Es, pues, este emperador el que, rompiendo con la tradición de sus predecesores, recurre a la elocuencia de otro. El elogio fúnebre de Claudio que Nerón pronunció a la llegada al imperio lo escribió Séneca, así como también una sátira amarga: *Apocolocyntosis.* No vamos a seguir paso a paso a Nerón en su vorágine de crueldades. Había concentrado su odio contra parientes y familiares. No se salvó de ello Séneca. Debido a la conspiración de Pisón contra el emperador y

acuciado por los enemigos de Séneca, que no eran pocos, Nerón quiso verlo implicado en ella y, hallándose el filósofo en una de sus casas de campo a cuatro kilómetros de Roma con su esposa Pompeya Paulina, vieron la casa rodeada de soldados. Le llevaban la orden del emperador de que se abriera las venas. Pidió tablillas para escribir su testamento y, como se las negasen, les dijo que, puesto que se le negaba el que reconociera sus servicios, les dejaba el único bien que le quedaba: el ejemplo de su vida. Y como viera que empezaban a derramar lágrimas, les reconfortó diciéndoles: «¿Ignoráis la crueldad de Nerón? El asesino de su madre y de su hermano ¿podría perdonar a su maestro?» Quiso consolar a su esposa Paulina, que decidió también morir con él abriéndose las venas. Como la sangre de Séneca se resistía a salir de aquel cuerpo extenuado por la edad y la abstinencia, pidió a Paulina que, para que no se quebrantara su decisión a la vista de lo que él sufría, consintiera en ser trasladada a otro aposento de la casa. Paulina sobrevivió, y Nerón dijo que no tenía nada contra ella. Séneca, como no moriría ni después de haber tomado un veneno, pidió que se le trasladara a un baño caliente. Al entrar arrojó agua sobre los esclavos que estaban más cerca de él y, después de decir: «Yo ofrezco estas libaciones a Júpiter Libertador», se arrojó dentro. Era el año 65 después de Jesucristo y el octavo del reinado de Nerón. Las obras de Séneca que sobreviven tienen asegurada una vitalidad profunda que le atrae lectores y admiradores en todos los siglos y nos muestran su actividad casi enciclopédica. Sus tratados son de retórica, filosofía y ciencias. *De la cólera* (o *De la ira*), *De la Providencia, De la constancia, De la brevedad de la vida, Del reposo y del retiro del sabio, De la tranquilidad del alma, De la vida feliz (Diálogos).* Tres escritos de carácter consolatorio: *Consolación a Helvia, Consolación a Polibio, Consolación a Marcia. De los beneficios* (ocho libros), *Cuestiones naturales* (siete libros). Una chanza sobre la muerte de Claudio César, libelo violento llamado *Apocolocyntosis.* Escribe también tragedias, cuyo fondo filosófico común a todas ellas se basa en las doctrinas estoicas, y son: *Hércules furioso* y *Hércules eteo, Las troyanas, Las fenicias, Medea, Fedra, Edipo, Agamenón* y *Tieste.* Seguramente no es de Séneca la «pretexta» *Octavia.* La obra considerada más importante: una colección de ciento veinticuatro cartas morales en veinte libros: *Epístolas morales a Lucilio.* Ta-

les son las obras que han llegado a nosotros, pero otras muchas se han perdido, como las *Exhortaciones*, muchas monografías científicas y tratados filosóficos, una *Philosophia moralis*, cartas, etc.

SÉNECA EL VIEJO (ANNEO)

Escritor retórico latino, nacido en el seno de una familia noble de Córdoba hacia los años 58-54 antes de Jesucristo y muerto entre el 37 y el 41 después de Jesucristo. Tenemos ya el panorama literario transformado. La decadencia, iniciada a finales de la época de Augusto, se manifestó ya a las claras en Ovidio (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.) y se fue acentuando con los gobiernos siguientes; el gusto se corrompió y descendió el nivel medio de la latinidad, y, con la afluencia a Roma de los escritores de las diversas provincias (España, Galia y África), la literatura romana se convirtió en cosmopolita, en detrimento del núcleo nacional. La retórica, el culto de la palabra por sí misma, la carencia de profundidad (incluso Tiberio y Nerón se consideraban poetas), dictan leyes para la prosa y la poesía. De su esposa Elvia tuvo tres hijos: Anneo Novato, gobernador de Acaya; Lucio Anneo Séneca, el filósofo, y Marco Anneo Mela, padre del poeta Lucano. A ruego de sus hijos recoge en la vejez sus recuerdos de escuela y compone las *Controversias* y las *Suasorias*, dándonos las mejores noticias sobre los retóricos, resultando unos libros, aunque incompletos, valiosos para el conocimiento de las tendencias estéticas.

SILIO ITÁLICO

Poeta latino, que nació probablemente en Padua el 25 después de Jesucristo y murió el 101, al dejarse morir de hambre para abreviar los sufrimientos que le producía un tumor incurable. Dedicóse a la actividad política, y durante el gobierno de Nerón adquirió mala fama de delator. Le vemos alcanzar el consulado el año 68 y apoyar al futuro emperador Vitelio. El año 77 gobierna la provincia de Asia con el cargo de procónsul. Después de una afortunada carrera política abandona ésta y su vida transcurre en un espléndido retiro, en la Campania, donde posee ricas haciendas y suntuosas quintas, rodeándose de libros, objetos de arte y una selección de amigos eruditos, con los que mantiene

largas conversaciones en sus ratos de ocio. Y en este ocio productivo de su vejez es cuando compone los diecisiete libros de *Punica*. Según Plinio el Joven, sus versos estaban compuestos «con más cuidado que ingenio». En la obra parafrasea el relato de la segunda guerra púnica y lo versifica según los modelos de Homero y de Virgilio. Teniendo ya en su vejez cierta debilidad por la erudición, Silio hace uso, en vez de los oropeles de la retórica, del majestuoso material de la epopeya. También se le atribuye, pero todo parece indicar que su autor es un maestro de la escuela de la segunda mitad del siglo I, una *Ilíada latina,* un compendio de la *Ilíada* de mil setenta hexámetros, que gozó de gran favor en la Edad Media, por dar a conocer episodios o hechos del gran poema homérico a quienes no conocían la lengua griega.

SÍMACO, QUINTO AURELIO

Poeta, orador y político eminente, nacido alrededor de los años 340-345 después de Jesucristo en Roma, donde murió entre 402 y 405. Nacido en el seno de una noble familia romana, su padre, Lucio Aurelio Araunio, que había desempeñado elevados cargos públicos, le dejó como herencia, a la vez que numerosos bienes materiales, su prestigio político y un espíritu prudente y moderado. Símaco fue una personalidad representativa de aquel siglo, uno de los últimos escritores paganos y el representante más ilustre de la aristocracia romana. Fue cortés con los cristianos y respetuoso con la libertad de conciencia ya decretada. En un discurso dirigido a Valentiniano II le pide al emperador tolerancia para los restos de la antigua religión y que se autorice la restauración del templo de la diosa Victoria. Le dice, entre otras, estas hermosas palabras: «Lo que todos adoramos debe ser la esencia única. Todos dirigimos la mirada a las mismas estrellas, común es el cielo, un mismo mundo nos circunda. ¿Qué importa el camino por el que cada uno busca la verdad?...» Va ascendiendo los diversos grados de los honores: gobernador de Lucania (año 365), procónsul de África (373), prefecto de Roma (384), cónsul y además pontífice máximo, siguiendo el ejemplo de los antiguos patricios. La fama de político de altos vuelos, estimado de sus adversarios por su rectitud de carácter y admirado

de todos por su doctrina y saber, fue igualada por su autoridad como literato. Como poeta, canta las playas de Bahía, región de volcanes. Orador elocuente, fue muy celebrado como autor de panegíricos perfectos (uno dirigido a Graciano y dos a Valentiniano I) y de *Discursos.* Prosista elegante se muestra en sus cartas, que su hijo, según el modelo de Plinio el Joven, reunió en diez libros (los nueve primeros de cartas privadas, que arrebataban a las personas de buen gusto, y el décimo de *relationes* oficiales a los distintos emperadores). Como crítico, admiró al poeta Ausonio, preceptor que fue del que había de convertirse en emperador, Graciano, y al que Símaco comparó en cierta ocasión con Virgilio, descubriendo, además, al retórico obispo Paladio y a San Agustín. Lastimosamente, no podemos apreciar una serie de detalladas crónicas de la vida ciudadana contenidas en *Indículus,* obra que se ha perdido.

SIMFOSIO (O SIMPOSIO), CELIO

Poeta, que se cree que vivió hacia el año 500 después de Jesucristo, del que tenemos una obra titulada *Enigmas,* que, en número de cien, vienen en tercetos de hexámetros, la cual podemos definir como de entretenimientos ingeniosos, propios para pasar una velada agradable entre amigos al calor de la lumbre.

SOLINO, CAYO JULIO

Poco se conoce de este escritor de los siglos III-IV después de Jesucristo, que compuso una extensa obra, *Collectanea rerum memorabilium* («Colección de cosas memorables»), una compilación con material de Plinio, Pomponio Mela y Suetonio, que reafirma la esterilidad en producción y decadencia de este siglo III.

SUETONIO, CAYO TRANQUILO

Notable escritor, del que ninguno se preocupó de dejarnos una biografía, por breve que fuera. Poco se conoce sobre su vida, pero se sabe que fue contemporáneo de Tácito y de

Plinio el Joven. Los únicos datos que se poseen sobre su vida son los contenidos en algunas cartas de Plinio el Joven, unos pocos fragmentos de sus obras y una mención del biógrafo Esparciano en la *Vida de Adriano*. Referente a la fecha de su nacimiento, hay opiniones sobre si fue el 69, el 71 o el 77, y la de su muerte, el 145 o el 160. Tampoco sobre el lugar de su nacimiento hay certeza alguna. Según Voss, en su *De historia latina*, I, 31, podría suponerse, por su amistad con Plinio el Joven, que era oriundo de Cisalpina, pero es muy probable que naciera en Roma, en donde su familia ya residía desde hacía mucho tiempo. Se desconoce el nombre de la madre, pero el de su padre nos lo facilita él mismo cuando, en la biografía de Otón, cap. X, dice: «En esta guerra intervino mi padre, Suetonio Leto, como...» También dice que intervino en la decisiva batalla de Briaco. Suetonio estudió en Roma, donde siguió el ciclo de enseñanza de los demás niños de su condición: el profesor de lengua, el de gramática y el de retórica. Parece ser que enseñó gramática y que ejerció la abogacía. Durante el reinado de Adriano fue secretario *ab epistolis*, es decir, jefe del departamento de la correspondencia del emperador, gozando de gran favor en la corte, hasta que en el año 122 cayó en desgracia por motivos que no pueden determinarse con toda certeza. Quiérese saber que, basándose en una frase de sentido oscuro del biógrafo de emperadores Esparciano (*Vida de Adriano*, II, 3), en una ocasión en que el emperador Adriano estaba ausente, Suetonio faltó al respeto a la emperatriz, Sabina, mujer de extraordinaria belleza y de grandes virtudes. A partir de entonces es, pues, cuando Suetonio entra de lleno en el febril campo de su fecunda producción literaria, que, desprovista de toda ambición, con un espíritu despegado y libre, le viene a ocupar esta postrera etapa de su vida. El período que más conocemos de la vida de Suetonio es el de cuando tenía veintiocho años hasta sus cuarenta y cuatro, o sea desde el 97 al 113, y ello debido a algunas cartas de su amigo Plinio, de las que, debido a la investigación del historiador, filólogo y premio Nobel en 1902, Mommsen, parece que puede admitirise la definitiva cronología de sus cartas. No se conoce cuándo se inicia la amistad de Suetonio con Plinio, pero en el 97, cuando Suetonio tenía veintiocho años y Plinio treinta y cinco, se lee en una carta de éste como recomienda a un tercero que interceda cerca del propietario de un pequeño campo, por

el que Suetonio se encuentra interesado, para que se lo venda a un precio no exagerado, haciendo hincapié en lo del precio. Este detalle del precio nos demuestra que Suetonio no era rico, aunque gozaba de una posición desahogada. Esta preocupación de Plinio por satisfacer un deseo, una ilusión de Suetonio, es signo de la amistad que le profesaba, aparte que también le llama *contubernalis*, amigo íntimo. Como dato final para probar esta amistad, digamos que Plinio pide al emperador Trajano para Suetonio, entonces casado pero sin hijos, el *ius trium liberorum* (el derecho de familia numerosa, diríamos actualmente), petición que Trajano, por la sola petición de Plinio, acoge favorablemente, otorgándole el privilegio solicitado. Se habrá de mencionar también que cuando Plinio muere en el 113, fecha en la que se pierde toda noticia de Suetonio, aquél tuvo la previsión, ese detalle de la verdadera amistad que nos describe maravillosamente Cicerón, de dejarle un nuevo protector, C. Septicio Claro, uno de sus mejores amigos. Con más o menos fundamento se atribuyen a Suetonio numerosas obras que prueban la fama que tenía de erudito. Compilador sabio y enciclopédico se muestra en *Prata* (*Los prados*), una miscelánea de carácter enciclopédico que trataba de los más diversos asuntos: leyes, costumbres, ciencias, etcétera. De esta obra se tienen escasas menciones, pero que sí se prodigaron hasta la Edad Media. Contenía un libro titulado *De vitiis corporalibus*, citado por Servio y que el alemán Schanz cree que venía a tener unos doce libros, constituyendo como un compendio de historia natural. *De viris illustribus* es una obra fragmentada, notable por las anécdotas y la parte personal de los poetas, los gramáticos y los retóricos. Esta obra tenía el objeto de dar a conocer las glorias de la literatura latina, agrupando Suetonio a sus personajes en cinco categorías: los poetas, a partir de Livio Andrónico; los oradores, desde Cicerón; los historiadores, desde Salustio; los filósofos, y finalmente los gramáticos y los retóricos. Pequeñas *Biografías de Terencio, Horacio, Lucano, Plinio el Viejo,. Juvenal* y *Persio*. El filólogo y gramático Suidas da referencia de varias obras que se han perdido: *Sobre los juegos griegos*, en la que se mencionaban los juegos de los niños y de los jóvenes, así como el de los dados; *Sobre las palabras injuriosas o ciertamente de mal agüero y de dónde cada una*, partiendo de las empleadas por Homero hasta los términos más recientes, sa-

cados de los escritores o de la vida cotidiana; *Sobre los signos en los libros*, de crítica y de abreviatura, y una apología sobre *De republica*, de Cicerón, obra de la que se conserva poco. Estudiosos comentaristas opinan que estas cuatro obras que se mencionan ahora, bien hubieran podido aparecer con el nombre genérico de *Roma: Sobre los juegos y luchas de los romanos* (dos libros), *Sobre el año romano, Sobre los nombres de personas y clase de vestidos, calzados y otras cosas con las que uno se viste; De genere vestium*, título latino de esta obra, dejado por Servio y de la que se conservan cinco fragmentos; *Sobre Roma y sus usos y costumbres*, de la que hay un fragmento muy corto. Además, existen noticias sobre las obras siguientes: *De institutione officiorum* («De la institución de los deberes»), título conservado por Prisciano, gramático de Cesarea (siglo VI) y que se cree escrita por Suetonio cuando era secretario *ab epistolis* de Adriano, por haberse efectuado importantes reformas en los servicios del Estado y del palacio; *De regibus*, que constaba de tres libros, en los que Suetonio enumeraba los reyes de Europa, Asia y África; *De rebus variis*, que trataba de cuestiones gramaticales, según el único fragmento auténtico que se conserva, aunque no era el único tema tratado, si atendemos al título. Totalmente completa nos queda una obra que a través de los tiempos ha tenido varios títulos: *Vitae Caesarum* o *De duodecim Caesarum vita*, o bien el que Suetonio podía haberle dado: *De duodecim Caesarum vita, libri VIII* («Vida de los doce Césares»). Unas biografías documentadísimas y amenas, pues Suetonio, amigo de la anécdota, nos muestra a los emperadores en sus vidas públicas y privadas, siguiéndoles en todo momento, en sus intimidades, en sus gestos cotidianos; en resumen, en sus grandezas y sus miserias. En esta obra desfilan: Cayo Julio César, el divino Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio (Tiberio Claudio Druso), Nerón (Nerón Claudio), Galba (Servio Sulpicio Galba), Otón (Salvio Otón), Vitelio, Vespasiano (Tito Flavio Vespasiano), Tito (Tito Flavio) y Domiciano (Tito Flavio Domiciano). También escribió un libro *Sobre las meretrices célebres*, cuyo título da en griego Joannes Lydus, sin que ello quiera decir que fuera escrito en griego, si bien se sabe que por ló menos dos partes las escribió en esa lengua, pues, en aquella época, el estudio de la lengua y literatura griegas era un sello de aristocracia intelectual y se tenía a gala el poseerlas.

SULPICIA

Poetisa latina de la segunda mitad del siglo I antes de Jesucristo. Perteneció a una familia noble de Aquitania y se casó con un amigo de Marcial, llamado Galeno. Escribió una *Sátira* sobre el edicto de Domiciano, que echó de Roma a los filósofos. Sus pequeños epigramas elegíacos, en total unos cuarenta versos, es la única producción femenina que tenemos de la literatura latina.

SULPICIO SEVERO

Nació aproximadamente en el 360 después de Jesucristo, en el seno de una noble familia de Aquitania, y murió hacia el 413, en Prémillac (Périgord). Estudió en Burdeos y se casó con una joven de linaje consular, pero tras la muerte de ésta entró en una crisis espiritual, dejó la abogacía y, vendiendo todos sus bienes, se retiró de la vida mundana en Prémillac. Visitó a San Martín, obispo de Tours, del que escribió la vida. Otras obras fueron: *Crónica [latina]*, en dos libros, y *Diálogos de Postumiano y Galo*. De sus cartas sólo se consideran como auténticas las dirigidas a Eusebio, a Aurelio y a su suegra Bassula.

T

TÁCITO, CORNELIO

Notabilísimo historiador, de fuerte personalidad, último de los clásicos, que se destaca en toda la evolución de la literatura romana y es uno de los representantes más auténticos del espíritu, la cultura y la grandeza de Roma. En este escritor, el pensamiento alcanza insólita y admirable profundidad. Se desconoce el lugar de su nacimiento (que pudiera ser Terni, Roma o la Galia), teniendo aproximadamente estas fechas límites: 54 o 55 y 116 a 120 después de Jesucristo. Que la fecha de su nacimiento fue el 54 o 55 se funda en que Plinio el Joven, en una de sus cartas, se envanece de ser condiscípulo de Tácito, del que se dice «casi coetáneo» y en que se da como muy probable la diferencia de siete u ocho años entre ambos (recordemos que Plinio nació en el 61 o 62 d. de J. C.). Tácito fue de familia noble por el censo y por su dignidad pública; poseyó una muy elevada educación y pronto inició el *cursus honorum*, debido a su fama de orador y literato, al buen nombre de la familia (hijo de Cornelio Tácito, caballero romano y procurador de la Galia Bélgica) y a la magnificencia de su matrimonio con la hija de Gneo Julio Agrícola, personaje de elevada talla político-militar. Celebróse el matrimonio en el 78, teniendo Tácito unos veinticinco años, cuando acababa de dar cima a una etapa notable como abogado y orador, atrayéndose la simpatía del gran mundo de Roma. Es en estos años jóvenes cuando compone la obra titulada *Diálogo de los oradores*, discusiones entre tres oradores de distintas tendencias y un poeta. Se sabe con certeza que inició el *cursus honorum*, esa escala de honores, durante el reinado de Vespasiano, pues en el prólogo a su obra *Historias* dice: «Debo confesar que mi dignidad pública, empezada con Vespasiano y

acrecentada con Tito, fue mejorada por Domiciano.» Según costumbre, pues no existen referencias explícitas, debió de empezar por el cargo de tribuno militar, entre 76-77. Cuestor en el 79, y luego el de edil o tribuno de la plebe. En el 88, y ya bajo Domiciano, fue pretor. Ingresó en el colegio sacerdotal y, como tal, participó en los juegos seculares (*Annales*, V, 11, 1). Aquí se abre una laguna de cuatro años, en la que se desconoce dónde vivió Tácito con su esposa. Hay hipótesis sobre un destierro de Domiciano, sobre si tenía un cargo administrativo o militar en los países del noroeste del Imperio, sobre si era legado legionario en la Germania o legado propretor en la Galia Bélgica. En el año 93, cuando su suegro Agrícola, valeroso conquistador de la parte central de Britania, murió a los cincuenta y cuatro años, Tácito no se hallaba en Roma. El profundo dolor, la intensa amargura que le causó esta defunción, atribuida por algunos a la perfidia de Domiciano, el «insidiosísimo príncipe», cuya etapa de terror tuvo lugar en 93-96, dio pie a que se desahogara, con una ternura y emoción más que filiales, en la célebre conmemoración fúnebre, en una encomiástica biografía titulada *De vita et moribus Julii Agricola*. Tácito, a quien le tocó vivir uno de los períodos más turbulentos del imperio, nos ha dejado, siempre intolerante en cuanto signifique opresión, con esa libertad e independencia de juicio que domina en toda su producción histórica y con una aristocrática dignidad, un juicio sereno, «sin amor ni odio», sobre hombres y hechos. Citemos, finalmente, su obra del año 98, *De origine, situ, moribus ac populis Germanorum* («Del origen, situación, costumbres y pueblos de los germanos»). Tácito alternó siempre sus tareas de escritor con las de carácter político y forense. Precisamente, ya en el año 100, sostuvo la acusación contra el procónsul Mario Prisco, ex gobernador de África, ante el Senado presidido por el emperador, a petición de los moradores de esa provincia y junto con Plinio el Joven, quien (*Epist.*, 2, 11, 17) dice que Tácito «habló con admirable elocuencia y, virtud excelsa de su palabra, majestuosamente». En torno a los años en que Plinio el Joven (112-113) marchó como legado imperial a Bitinia, Tácito recibió el nombramiento de procónsul de Asia, cosa que se sabe tan sólo desde hace unos años, según una inscripción griega en mármol descubierta en Mylasa (Caria inferior) a finales del siglo pasado.

TERENCIANO, MAURO

Muy pocas noticias tenemos sobre este gramático de los siglos II-III, que nació en Mauritania y que compuso un manual en verso con el título de *Sobre las letras, sílabas y metros de Horacio.*

TERENCIO AFRO, PUBLIO

Notable comediógrafo latino, nacido aproximadamente hacia el 195 antes de Jesucristo en Cartago, en el seno de una familia oriunda de Libia. Siendo todavía niño, se lo llevó como esclavo a Roma el senador Terencio Lucano, el cual le dio una excelente formación, entrando en ella, desde luego, el estudio de la lengua y literatura griegas, según era costumbre de la época entre las personas de clase acomodada y del gran mundo. Gracias a su talento e ingenio se le concedió la libertad, y fue acogido con simpatía por la nobleza y la sociedad intelectual de Roma, llegando a ser íntimo del vencedor de Cartago y Numancia, Escipión Emiliano, y del culto amigo de éste, Lelio, los dos famosos amigos que dialogan en el tratado *De la amistad,* de Cicerón. Animado por sus amistades al ver sus excelentes dotes y sus vastos conocimientos de la lengua y de los comediógrafos griegos que dejaba entrever en las amenas reuniones que tenían, le alientan para que, como autor, se dedique al teatro cómico. Emprende su labor, y todas sus comedias se basarán en intrigas de amor y, después de las complicadas vicisitudes de la «nueva comedia» ática, conservando las sutiles agudezas del texto griego, tendrán un desenlace feliz. Para las personas cultas, siempre fue más agradable que Plauto, pues les complacía más su elegante expresión, la nitidez de la forma y la ausencia de la vulgaridad y de chistes de mal gusto. Resultaba más moral que Plauto; en Terencio, el mal fracasa y la justicia se ve reconocida. Esto, claro, no satisfacía a Rosvita de Gandersheim, la noble dama germánica del siglo X después de Jesucristo, que, ingresada ya de adolescente en un convento, tuvo por una de sus maestras a Gerberga, sobrina del emperador Otón el Grande y abadesa del monasterio. Inspirándose en Terencio, escribió su *Dramas,* con el propósito de desviar a los numerosísimos admiradores del cómico latino de sus «nefastos» textos, contra-

rios a la doctrina cristiana. Debido sin duda a que en Terencio causaron gran impacto sus años de esclavitud, se deja traslucir en sus obras una melancolía difusa hacia las cosas humanas, apareciendo más humano que su modelo Menandro. Tan hermosa labor quedó truncada por una muerte prematura en el 159, a los treinta y seis años. Según unos, murió en un naufragio, y según otros, en Arcadia (Grecia), entristecido por haberse perdido en un naufragio un conjunto de traducciones de textos de la «comedia nueva» de Menandro. De Terencio han llegado hasta nosotros seis comedias, representadas desde el 166 al 160. Éstas son: *Andria* (año 166); *La suegra* (165), la cual constituyó un fracaso, hasta que en su tercera representación, cinco años después, alcanzó el favor del público; *Heautontimoroúmenos* («El verdugo de sí mismo») (163); *El eunuco* y *Formión* (ambas el 161), y, por último, *Los adelfos* («Los dos hermanos») (160). En su *Orestíada* nos dice Esquilo por boca de Agamenón: «Pocos hombres tienen como natural inclinación el rendir homenaje, sin un cierto movimiento de envidia, al amigo que consigue éxito. Cuando el veneno malévolo infecciona el corazón, constituye un doble sufrimiento para el que lo lleva en sí: siente el peso de sus propias desgracias y gime ante el espectáculo de la felicidad ajena.» Los adversarios de Terencio llegaron incluso a decir que las comedias presentadas por él eran fruto de sus nobles amigos. Al contrario de lo sucedido con las comedias de Plauto, las de Terencio tardaron en obtener el reconocimiento justo de su arte y acabaron por parecer dignas de figurar, al lado de las de Plauto, entre las obras maestras del teatro cómico latino.

TERTULIANO, QUINTO SEPTIMIO FLORENCIO

Nació en Cartago el 160 después de Jesucristo y murió en el 240. Su padre fue centurión en la cohorte proconsular, y en la misma Cartago, centro cultural, Tertuliano realizó los estudios de retórica y abogacía. Su inteligencia, abierta a la verdad y a la belleza, ardía en inquietud dialéctica, y nos dejó, entre ortodoxas y heréticas, en unas treinta obras didácticas, apologéticas, ascéticas y morales, la evolución de su pensamiento, viniendo a constituir el documento de una lucha acérrima y despiadada. Nacido en el seno de una fa-

milia pagana, a sus treinta años se convirtió al cristianismo, sin que se sepa de qué modo fue, quizás en el curso de una estancia en Roma y tal vez intensamente influido por la heroica serenidad de los cristianos en el martirio. Llegó a ser el más acérrimo defensor de la Iglesia contra toda clase de enemigos. Impetuoso y agresivo, muéstrase excesivamente severo, ofreciendo un fuerte contraste con la moderación, compostura y serenas palabras de Cristo. Atraído por la rígida y severa doctrina del sacerdote frigio Montano, se adhirió a su secta, el llamado «montanismo», que, entre otras de sus puritanas leyes, tenía la de prohibir las segundas nupcias, que declaraba ser adulterio. Vino, pues, a crear la facción de los «tertulianistas», que sobrevivió un siglo a su muerte, ocurrida en edad muy avanzada y sin llegar a reconciliarse con la Iglesia. Lamentábalo San Jerónimo cuando dijo que fue «ejemplo famoso, en la antigüedad cristiana, de la dolorosa caída a la que se hallaban expuestas algunas inteligencias ilustres». Tertuliano empleó todo el fervor de su alma y la luz de su inteligencia en sus obras, que vamos a reseñar, en las que, con su vasta erudición, el ejercicio de la retórica y el empleo de los recursos jurídicos, consigue demostrar brillantemente sus excepcionales dotes de polemista, doctor y moralista. Al año 197 pertenecen la obra *Ad nationes* y su obra más célebre, *Liber cristianae religionis apologeticus* . Esta obra estaba dirigida a los gobernadores de las provincias romanas, por la pasividad que mostraban frente a las violencias anticristianas de las poblaciones. En esta obra puede apreciarse que el paso de su ortodoxia a la herejía es debido no al rechazo de la razón a la fe, sino a la naturaleza de su ardoroso temperamento, que le arrastra insensiblemente al exceso sin que pueda detenerse en el justo medio manteniendo un saludable equilibrio. Al final de esta obra hay una frase que se ha hecho famosa: «Tal es el contraste entre las cosas divinas y las humanas, que, cuando vosotros nos condenáis, Dios nos absuelve.» De temas polémicos son también *Excepciones dilatorias contra los herejes, Contra Marción* y *Del alma.* Como obras didácticas deben citarse: *De los espectáculos, De la penitencia, De la oración* (una bellísima interpretación del padrenuestro), *De exhortatione castitatis, A su esposa* y *De fuga in persecutione* (Tertuliano es, según las doctrinas montanistas, contrario a que el cristiano huya para librarse de la persecución). Unos pequeños poemas en hexámetros,

De Sodoma y *De Jona*, anónimos, son atribuidos también por algunos a Tertuliano.

TIBULO, ALBIO

Poeta elegíaco, cuyos datos biográficos son, aproximadamente, que nació entre el 54 y el 48 antes de Jesucristo, en el seno de una familia del Lacio acomodada y del orden ecuestre, y que, por su dignidad de caballero romano, se vio obligado al servicio de las armas. No obstante, las incomodidades y las fatigas de la milicia no estaban hechas para este poeta, melancólico y enfermizo, que soñaba en horas idílicas en soledades campestres entre abrazos de doncellas enamoradas. Consciente de sus inclinaciones, con un completo conocimiento de sí mismo, dice en la elegía que inicia el libro 1: «No, no me preocupa la gloria, ¡oh Delia mía! Con tal que pueda vivir junto a ti, prefiero que me juzguen indolente e inerte. ¡Pueda yo contemplarte cuando llegue mi hora suprema y darte, moribundo, la mano cada vez más débil.» Aparte que amó a un joven, Marato, al que canta en alguna poesía, amó particularmente a dos mujeres, a Delia y a Némesis, a cada una de las cuales dedicó uno de los cuatro libros de sus *Elegías*. Y no se ha llegado a saber si podemos identificar con una de estas dos mujeres a «Glicera», de cuya infidelidad Horacio quiere consolarle en su oda 33 *(«Albi, ne doleas...»)* del libro 1, diciéndole: «No te atormentes en demasía, Albio, / con el recuerdo de la infiel Glicera, / ni tristes elegías / te inspiren tus querellas...» Albio muere como los amados de los dioses, joven, entre los veintinueve y los treinta y cinco años, el 19, el mismo en que murió Virgilio. Por cierto que Ovidio, en su fantasía (*Amores*, 3, 9), ve al melancólico y enfermizo poeta, que murió asistido por Delia y Némesis, las dos mujeres a las que amó con ternura y pasión y las celebró en su canto. Amigo de Horacio y de Valerio Mesala Corvino, a cuyo círculo literario pertenecía, acompañó a éste en diversas campañas: en el 31 o en el 30, a la de Aquitania, en la cual alcanzó recompensas militares; en el 29, a una de Oriente, pero en el trayecto, parece que enfermo, se detuvo en Corcira (Corfú). Esta lejana ausencia de su madre y de Delia le hace sufrir por ese afecto que busca y no encuentra, por el deseo que llama o bien finge imposibles felicidades. Su inspiración, en alas de la fantasía, le lleva a imaginar un mundo irreal

de contornos imprecisos, en el que gusta refugiarse, para huir de la vida presente; no le importa, ya nos lo ha dicho, que se le tenga por «indolente e inerte»; cualquier dato de la vida que vive puede sumergirle en ese ámbito de ensueño. Un epigrama anónimo, atribuido a Domicio Marso, relaciona la figura de Albio Tibulo con la de Virgilio diciendo: «También tú, ¡oh Tibulo!, fuiste enviado todavía joven por la injusta muerte a los Campos Elíseos, junto a Virgilio, para que nadie más contara en metro elegíaco las dulces penas del amor, o en metro heroico las guerras de los reyes.»

TITO LIVIO

Notable historiador, nacido el 50 o el 59 antes de Jesucristo en Padua, antiguo municipio incorporado por Augusto, con la Galia Cisalpina, a «Italia», y muerto en su patria el 17 después de Jesucristo. Representa la prosa de la época de Augusto en su monumental obra histórica de ciento cuarenta y dos libros, que parece tituló *Ab urbe condita libri* y de la cual quedan en conjunto treinta y cinco (I-X y XXI-XLV, el último incompleto). De la parte no conservada se conoce el contenido gracias a resúmenes *periochae)* correspondientes a la época de Adriano o de Trajano, según algunos autores, o a otras fuentes. En esos treinta y cinco libros conservados tenemos la primera década, o sea el relato desde la fundación de Roma hasta la tercera guerra samnita; la tercera década, es decir, las guerras púnicas, y después la cuarta y parte de la quinta décadas y, además, fragmentos de las obras perdidas. El último relato acaba con la muerte de Druso (el 91 a. de J. C.), pero Tito Livio parece que quería continuar hasta la muerte de Augusto y llegar a los ciento cincuenta volúmenes. Tito Livio era conservador por convicción y por instinto, hombre recto y religioso, contribuye a la regeneración moral que tanto interesaba al emperador Augusto con su fe ciega en las antiguas virtudes del pueblo romano: religiosidad, valor, fidelidad a sus dioses y celoso custodio del *mos maiorum* («costumbres de los mayores»). Amante de la libertad, consta que en los libros que se han perdido tributaba honores a los últimos defensores de la libertad, Pompeyo y Bruto, y que Augusto respetó la independencia de sus opiniones, porque le tenía como hombre honrado e intachable. Con su obra desea levantar un monumento a la patria; desea enseñar, mostrando el ca-

mino que siguió el Estado romano para llegar a la grandeza actual. Pero el lector no hallará en la historia de Tito Livio un estudio de las causas humanas y las conexiones de los acontecimientos, como lo hizo Polibio, al que recurrió para enriquecer sus conocimientos, sino que, como «poeta de la historia», como se le ha llamado, conserva del mito una verdad ideal en el símbolo de la virtud romana, personificada en las distintas figuras legendarias, llegando a tener el mito, en Tito Livio, el valor normativo y educativo adecuado al concepto de la historia como *magistra vitae*. No veamos, pues, a este historiador como un filósofo de la historia, sino como un poeta de la historia.

TURPILIO, SEXTO

Comediógrafo latino, uno de los últimos autores de la comedia «paliata». Aunque más famoso que Terencio, poco se sabe sobre su vida, sino que murió en el 103 antes de Jesucristo, de edad muy avanzada. Respecto de sus obras, tan sólo se conservan fragmentos de las *Comedias*. De los trece títulos que se conservan, todos ellos en griego, seis pertenecen a Menandro, su modelo preferido.

V

VALERIO, JULIO

Puede considerársele autor de una divulgación latina de la novela del seudo Calístines *Empresas de Alejandro Magno* entre los siglos III y IV después de Jesucristo, pues dicha obra se divulgó entre los años 270 y 361. Es posible que fuera cónsul, ya que es seguro que desempeñó altos cargos. Llevó a Occidente la novela sobre Alejandro, que en la Edad Media era uno de los títulos preferidos.

VALERIO MÁXIMO

Escritor latino de temas históricos durante el reinado de Tiberio. Nació probablemente el 15 antes de Jesucristo y murió el 35 después de Jesucristo. Se cree que vivió pobremente y estuvo bajo la protección de Sexto Pompeyo (cónsul el año 14), quien el 27 se llevó a Valerio a la provincia del Asia, cuando fue nombrado gobernador de la misma. De regreso a Roma, emprende la labor de escribir los nueve libros de *Factorum ac dictorum memorabilium* («Hechos y dichos memorables»), como un compendio, que deleita por los muchos ejemplos históricos y anécdotas que contiene y el estilo esmerado en que se expresa. En esta obra, dedicada a Tiberio, Valerio emplea material de Tito Livio, Cicerón, Varrón, César, Salustio y otros, tanto griegos como romanos. En el capítulo 7 del libro I relata un sueño de carácter profético que tuvo Cicerón. Petrarca (siglo XIV) le tomó por modelo para su obra *De las cosas memorables.*

VARRÓN, MARCO TERENCIO

Considerado como el mayor erudito de la antigüedad, Marco Terencio Varrón nació en Rieti en el 116 antes de Jesucristo y murió de noventa años en el 27. La formación filosófica y literaria que recibió le permitió abarcar tan vasta y múltiple doctrina, que se le juzga el primer gran enciclopedista latino. Tuvo por maestro al primer verdadero filólogo, pues comentó el *Carmen Saliare* y las leyes de las Doce Tablas y trabajó para establecer la autenticidad de las comedias de Plauto. Luego, en Atenas, se relacionó con Antíoco de Ascalón, el último filósofo platónico de la tercera Academia pasado al estoicismo. En su juventud, conservador de profundas convicciones, tomó parte en las guerras civiles, alistándose en las filas de Pompeyo. Confirma sus notables dotes militares la corona naval que obtuvo en el año 67, honor que no consiguió nadie más que Agripa. Cuando estalló la guerra civil, se encontraba en España como legado de Pompeyo en la Bética. Se reconcilió pronto con César, dedicándose exclusivamente a los estudios, componiendo en su larga vida no menos de setenta obras, con un total de seiscientos veinte volúmenes. Pero no solamente escribía, sino que además empleaba su tiempo en la lectura. Por cierto que esta enorme y extraordinaria actividad causaba el asombro, incluso, de San Agustín, quien dice: «Es tal el número de libros leídos por Varrón, que no se comprende cómo haya podido quedarle el tiempo necesario para la composición de los suyos; por otra parte, ha escrito tantos, que mal puede entenderse cómo pudiera leer tal cantidad.» Desgraciadamente, sólo han llegado hasta nosotros fragmentos, además de títulos, tanto griegos como latinos, teniendo que lamentar la pérdida de la obra completa. De tan vasta producción sólo han llegado completos hasta nosotros los tres libros de *Rerum rusticarum libri tres*, dedicado a su madre y escrito cuando ya era octogenario. Tenemos de él, como poeta, fragmentos de sus *Sátiras menipeas* (ciento cincuenta libros en verso y prosa), que debieron de ser una de las obras más geniales de la literatura romana. Deben destacarse también los tratados filosófico-morales en setenta y seis libros que iban en su obra *Logistóricos.* Aparecen sus grandes dotes de investigador en los cuarenta y un libros de *Antiquitatum rerum humanarum et*

divinarum, libri XLI. La segunda parte (*Rerum divinarum*: «De las cosas divinas») de esta obra la dedicó a César el año 47, y éste, en correspondencia a tal homenaje, le encargó la organización de la proyectada biblioteca de Roma según el modelo de la de Alejandría. Cicerón, que no sentía mucha simpatía por Varrón, elogió, sin embargo, su mérito como estudioso investigador de las antigüedades nacionales, diciendo que Varrón había hecho volver a su patria a los romanos, que hasta aquel entonces habían sido forasteros en su propia ciudad. Junto a esta obra *Antigüedades* pueden ir las diversas menores, como *La vida del pueblo romano, La raza del pueblo romano* y las tres obras, con tres libros cada una: *De su vida, De las legaciones* y *De Pompeio*. Como obra didáctica, fruto de sus conocimientos enciclopédicos, es la titulada *Disciplinarum, libri IX*, en la que, aparte la medicina y la arquitectura, se trata de las ciencias que en la Edad Media se denominaban del *trivium*, que eran la dialéctica, la gramática y la retórica, y las del *quadrivium*, o sea las de aritmética, geometría, música y astronomía. Hay que citar un diccionario biográfico ilustrado en quince libros, en el que aparecían los perfiles de setecientos hombres ilustres de Grecia y de Roma, con el retrato de cada uno, con un breve elogio en verso, y cuyo título era *Imaginum libri quindecim* («Quince libros de retratos»). De la obra en veinticinco libros *De lingua latina* se conservan, aunque en lamentable estado, del quinto al décimo libro. Otra obra es *Hebdomades*. Sobre el teatro de Plauto escribió *Quaestiones Plautinae* y *De comidiis Plautinis*. Varrón, que deseó dejar para la posteridad una rica herencia espiritual, lo consiguió, y fue tal su fama, que pudo ver su propio busto en la biblioteca de Asinio Polión: excepcional reconocimiento.

VEGECIO, RENATO FLAVIO

Vivió a finales del siglo IV y principios del V. Desempeñó un alto cargo en el Imperio romano y fue cristiano por su religión y cultura, y tal vez por encargo del emperador Teodosio I (379-395) nos ha dejado un tratado de arte militar, *Epitome de las instituciones militares*, una serie abreviada de informaciones entresacadas de diversos autores y libros. También se le atribuyen: una obra de veterinaria, *Digesto-*

rum artis mulomedicinae libri III («Tres libros sobre las divisiones de la veterinaria»); otra obra de veterinaria, una *Ars veterinaria* con el nombre de *Pelagonio* en treinta y cinco libros, de los que han llegado hasta nosotros treinta y uno, si bien no tiene nada de científica.

VELEYO PATÉRCULO, CAYO

Historiador romano, que nació aproximadamente el 19 antes de Jesucristo y murió el 31 después de Jesucristo. Actuó como oficial en las expediciones militares del emperador Tiberio. En su obra sobre la historia romana en dos libros, *Historias,* dirigida a M. Vinicio, cónsul en el año 30, encontramos algunas noticias sobre la actividad y las tradiciones militares de su familia, de las que se siente orgulloso. Entre sus antepasados maternos figuraban Decio Mayo y Minacio Mayo; el primero, cuando Aníbal ocupó Capua, permaneció fiel a Roma, y el segundo obtuvo la ciudadanía romana como recompensa de haber luchado al lado de Roma con una legión en la guerra social. Su padre militó en Germania, en la caballería. Veleyo fue tribuno con Augusto y luego, con Tiberio, durante nueve años, prefecto de la caballería y legado en Germania y Panonia; el año 6 fue cuestor, y el 15, pretor. A partir de esta fecha es cuando ya debió de entregarse a la composición de su obra historiográfica. En esta obra esboza un conciso compendio de la historia romana, en la cual la parte más notable es la constituida por los capítulos referentes a la cultura y a las letras, y es interesante la última porción de la obra, única descripción contemporánea de los reinados de Augusto y Tiberio, al que dirige exagerados elogios, lo que en cierto modo establece un equilibrio al disminuir la acritud de los juicios emitidos por Tácito y Suetonio. En la obra alude a la «prisa» que le acosa, pero dice que en la historia conviene la brevedad, pues realza lo esencial.

VIRGILIO MARÓN, PUBLIO

Nació el 70 antes de Jesucristo en Andes, hoy Piétola, aldea cercana a Mantua. Fue hijo de Marón y de Magia Pola. Su padre, un modesto alfarero, consiguió a fuerza de trabajo, sacrificios y privaciones reunir recursos para dar a su hijo una educación esmerada. En Cremona, el joven estudió gramática y, luego de que a los quince años vistiera la toga vi-

ril, pasó a Milán, para ampliar sus conocimientos, el 17 de marzo del año 55, día en que se suicidó Lucrecio, gran poeta y maestro de Virgilio. Al cabo de un año se trasladó a Nápoles (aquí es donde probablemente conoció a Horacio), y en esta ciudad se entrega al estudio de los autores griegos, en especial de Homero, Teócrito y Hesíodo, tan a fondo leídos y asimilados, que luego en sus obras se habría de notar su benéfica influencia. Téngase presente que los romanos no poseían por aquel entonces una literatura propia y que el Lacio se encontraba, en este aspecto, en mantillas; en Roma enseñaban maestros griegos y los jóvenes que tenían recursos se trasladaban a la propia Grecia, centro y faro luminoso de toda creación literaria y artística. En las obras virgilianas aparecen ideas, imágenes, comparaciones e incluso párrafos de los autores griegos que hemos mencionado, a los que Virgilio, numen de Roma, cambia unas veces el ropaje y otras, sencillamente, el colorido, con lo que se muestran con matices más humanos, más alegres, más llenos de encanto. Bellessort, un sutil, entusiasta y fino comentarista, nos resume en un ejemplo la seducción que se apodera del alma del lector de Virgilio, valiéndose de un paralelismo en el modo como Teócrito y Virgilio desarrollan una misma idea. Teócrito dice: «Galatea trata de alcanzarme con una manzana.» Virgilio, en cambio: «Galatea me tira la manzana y se oculta detrás de los sauces, deseando ser vista.» El comentarista subraya así la superioridad de Virgilio sobre su maestro griego: «Hace más de mil novecientos años que esa manzana rueda ante nuestros ojos y que los sauces nos avisan con guiños que allí está Galatea.» La habilidad y sensibilidad del poeta son inconmensurables. Los tres grandes autores de la literatura griega, Teócrito, Hesíodo y Homero, son acaparados en la literatura latina, y los tres géneros que representan (Teócrito el bucólico, en los *Idilios;* Hesíodo el didáctico, en *Los trabajos y los días;* Homero el épico, en la *Ilíada*) quedan realizados por una misma persona, Virgilio, con sus tres inmortales obras: *Églogas* o *Bucólicas,* género pastoril; las *Georgias,* género didáctico, y la *Eneida,* género épico, poemas que fueron escritos en este mismo orden cronológico. Después de haber permanecido en Nápoles cinco o seis años, Virgilio llega a Mantua, a los veintiuno, con una cultura vasta y selecta; ha estudiado filosofía, retórica, matemáticas, cosmología, historia, derecho y medicina. Aquí se ocu-

pa con gran celo de la heredad paterna, pero por tres veces se ve despojado de ella y en una de las ocasiones tendrá que arrojarse al río para salvar la vida ante las violentas amenazas de la soldadesca. Son los años turbulentos que siguen al asesinato de Julio César. Por intervención de Mecenas, ministro de Augusto, y favorecido por el mismo emperador, se le devuelven sus tierras y se le otorga una indemnización en metálico. Ya en la paz de los campos de Mantua, puede escribir sus *Églogas*, dechado de primores artísticos y literarios, y expresa su agradecimiento en dos de los diez breves poemas pastoriles de que consta la obra. Las *Églogas* o *Bucólicas* fueron escritas entre el 42 y el 39 antes de Jesucristo. Es notable la perfección formal de sus hexámetros, y quizá debamos ver en ellas, si no lo mejor de la obra virgiliana, sí lo más genuino de su producción literaria, en el sentido de que la personalidad del poeta parece decantarse más puramente en este género pastoril que en el didáctico e incluso que en el épico, en donde, en ocasiones, Virgilio se mueve con cierta dificultad. El poeta siente las cosas en cuanto son bellas, hasta el punto de idealizarlas y de reflejar más su propio sentimiento de belleza que el misterio de las cosas en sí mismas. Esto equivale a una evasión de la realidad, que en el caso de Virgilio no es una actitud consciente y pretendida, sino absolutamente ingenua e instintiva casi. En vista de esto, no hay que hablar de esteticismo, pero sí subrayar en el poeta una particular vivencia de lo bello, ya se trate de la naturaleza, del mito o de los valores morales o religiosos. Así, no puede extrañarnos que el universo virgiliano se pueble de alegorías, evocaciones y presagios, donde los hechos pierden un poco su propio valor y su importancia, para convertirse en luminosos destellos de *otra* realidad: la que el poeta siente. Al acercarse a la naturaleza, Virgilio sabe captar como pocos su relación con el hombre; no la describe ni la canta, sino que la reconstruye a través de impresiones visuales, táctiles, sonoras, que obedecen y nos revelan su propio estado de ánimo. Del mismo modo, cuando aborde el tema épico (que él mismo reconoce superior a sus fuerzas), lo más valioso de su obra no será la vasta concepción del poema, sino su extraordinaria riqueza de detalles. Virgilio es, en efecto, un poeta de detalles. Lo de menos es la artificiosidad de un lenguaje que muestra una clara voluntad de arte y ofrece huellas de laboriosos retoques, siempre aspirando a la per-

fección. Lo de menos son también la significaciones alegóricas o incluso las referencias adulatorias que se leen entre líneas o descaradamente. Todo ello cede cuando, a través de un verso, de un adjetivo acaso, se nos revela la soberana belleza de su mundo interior. Virgilio representa el encuentro de las dos culturas, la arcaica, desde Livio Andrónico (240-278), y la nueva; y en política tenemos un paralelo en Augusto, su protector, en cuyo reinado las instituciones republicanas moderaban las tendencias de un cesarismo de tipo oriental. El poeta poseía un espíritu selecto; era un observador sutil, pertinazmente reflexivo y dotado, además, de una gran memoria. Virgilio vivía subjetivamente el asunto que tratara, a diferencia de su modelo, Teócrito, y de su experiencia personal (sentía una simpatía por los humildes y los sufrimientos ajenos). Sumamente humano hacia sus semejantes, le afectaban en lo más vivo las angustias, las contrariedades y los problemas de la vida. Respetaba piadosamente a las divinidades y sentía aversión por todo lo nefasto, pero era comprensivo y misericordioso. Con el tiempo, los padres de la Iglesia se sentirán sumamente atraídos por la grandeza de su alma, y llegarán a definirla como *«anima naturaliter christiana»* («alma espontáneamente cristiana»), juicio un tanto apasionado y, en cierto modo, exagerado. Lo que sí puede afirmarse es que su personalidad no era nada común y, dado el ambiente en que le tocó vivir, se le podía considerar como un hombre perfecto y ejemplar, y estaba por encima de las mezquindades que le rodeaban. Poseía también un fino y delicado humor. Veamos un hecho anecdótico que le retrata certeramente. Es el caso que cierto día debía celebrarse en el circo de Roma un festival entre los más nobles de la ciudad, pero la víspera se desencadenó un furioso temporal de agua, que impidió la realización del espectáculo. En la puerta del palacio imperial apareció este dístico: *«Nocte pluit tota, redeunt spectacula mane. / Divisum imperium cum Iove Caesar habet»* («Llovió toda la noche, se celebran las fiestas por la mañana. / César comparte el imperio con Júpiter»). El dístico había sido escrito por Virgilio, pero un tal Batilo pretendió que era suyo, para conseguir una recompensa del emperador, quien sin duda iba a mostrarse generoso con el poeta que había sabido transformar una solemnidad pasada por agua en una prueba de su familiaridad con Júpiter, el dios supremo de los elementos. Virgilio, indignado, escribió en

la misma puerta otro dístico, repitiendo cuatro veces los dos primeros pies del segundo verso de esta forma: «*Hos ego versiculos feci; tulit alter honores. / Sic vos, non vobis... / Sic vos, non vobis... / Sic vos, non vobis... / Sic vos, non vobis...*» («Yo hice estos versos; otro se llevó los honores. / Así vosotros, no para vosotros... / Así vosotros, no para vosotros... / Así vosotros, no para vosotros... / Así vosotros, no para vosotros...») Esperaba que el tal versificador completara el pentámetro en sus cuatro líneas, pero el tal Batilo fue incapaz de rellenarlas, y Virgilio, demostrando su habilidad métrica, las completó así: «*Sic vos, non vobis nidificatis, aves. / Sic vos, non vobis vellera fertis, oves. / Sic vos, non vobis mellificatis, apes. / Sic nos, non vobis fertis aratra, boves*» («Así vosotras, no para vosotras, hacéis nido, aves. / Así vosotras, no para vosotras, lleváis lana, ovejas. / Así vosotras, no para vosotras, fabricáis miel, abejas. / Así vosotros, no para vosotros, lleváis arados, bueyes»). Se cuenta también que Virgilio mantenía relaciones ilícitas con una dama patricia de peregrina hermosura; pero, al parecer, ésta tenía un corazón duro y era amiga de gastar bromas pesadas. Por encargo suyo, una dueña o esclava propuso al poeta introducirlo en secreto, durante la noche, en la habitación de su señora, que se hallaba en lo alto de una torre que flanqueaba el palacio. El único medio, pues, que Virgilio tenía para llegar allí era el de meterse en una cesta que, suspendida de una cuerda, la esclava cuidaría de izar. El poeta aceptó de buena fe y, en efecto, la cesta comenzó a subir hasta alcanzar la barbacana de la torre. Pero allí se detuvo, sin que nadie acudiera a descolgarlo; y Virgilio se encontró entre el cielo y la tierra, expuesto a las burlas de los madrugadores, que se regocijaron con la estratagema de que había sido víctima el genial poeta. Nuestro Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, se hace eco de este suceso cuando escribe en su *Libro de buen amor:* «Al sabidor Virgilio, como dice en el testo, / engañó la dueña cuando lo colgó en el cesto, / coidando que lo subían a la torre, por esto.» A esta anécdota se refiere también un grabado de Lucas de Leyden, de 1525, en el que se representa a Virgilio dentro de un cesto y colgado de la ventana de una casa, mientras que en otra ventana próxima se ve a una mujer que incita a los transeúntes a burlarse de él. Por espacio de unos cuatro años trabajó Virgilio en la realización de sus *Églogas,* obra primera en la que el vate se nos muestra magnífico, excelso

y ya formado. Las hay de dos tipos: las que imitan a Teócrito, bastante aproximadas al modelo griego, y las que vienen a constituir los idilios a base de alusiones y alegorías, que resulta un género híbrido, pues introduce la actualidad política en un cuadro pastoral con el que no concuerda. El crítico y poeta francés Charles-Augustin de Sainte-Beuve (1804-1869) nos dice que «Virgilio llevaba en sí las claras y abundantes fuentes que sólo esperaban una señal y un plano inclinado para saltar y convertirse en río cudaloso»; ambas cosas iba a encontrarlas en Mecenas. Este, que lo apreciaba sinceramente, se hallaba interesado en encauzar las energías de su pueblo hacia la agricultura, un tanto desprestigiada por aquel entonces, como oficio de esclavos. Con el fin de ensalzarla, encomendó a Virgilio un trabajo sobre este tema. Y fue así como, marchando a Nápoles, lejos del barullo de la urbe, escribió el poema geopónico que lleva por título *Geórgicas*. Esta obra ocupó a Virgilio durante casi ocho años, del 37 al 30 antes de Jesucristo. Había ya un lejano precedente (siglo X a. de J. C.) en un poema de Hesíodo —*Los trabajos y los días*—, y, en ciertos aspectos, existía una tradición literaria de este tipo mantenida por algunos poetas alejandrinos. Pero al primero sólo es deudor en el sentido religioso de su obra, y de los alejandrinos no toma nada más que el modelo poético. Cabe reseñar otras fuentes de mayor importancia en los escritos de Varrón —*De re rustica*, publicado el 37 a. de J. C.— o en los de Catón y Julio Higino, que Virgilio debió de utilizar sin duda para documentarse. Pero es a Lucrecio a quien debemos remitirnos para encontrar la verdadera fuente de la inspiración virgiliana en este poema. Cierto que entre los dos se da una notable diferencia: Lucrecio es un personaje filosófico y se asoma a la naturaleza a través de una meditación interior que proyecta en ella las luces y las sombras de su agitado espíritu; Virgilio, en cambio, se siente unido a la naturaleza como el campesino, que vive con sus estaciones, que aspira sus esencias, que siente mecida el alma por el mismo viento que agita las hojas de los árboles. Éste es su secreto. Convencido de la importancia social de la clase agrícola en el Estado romano y atendiendo al proyecto del emperador Augusto de levantar la agricultura de la crisis de las guerras civiles (en Oriente tienen lugar las decisivas batallas entre Octavio y Augusto), se propone dotarla de una guía segura, y en sus cuatro libros tratará, respectivamen-

te, del cultivo de los campos, del de los frutales (singularmente la vid), de la cría de los animales domésticos y de la apicultura. El aludir a Hesíodo al denominar «ascreo» a su canto cuando dice (II, 176): «*Ascraeumque cano romana per oppida carmen*» («Canto a través de los pueblos romanos el poema de Hesíodo»), es más bien el reconocimiento al alto valor de un poeta clásico, una aproximación ideal al mismo, puesto que sólo tiene de común con el griego el sentido religioso y moral del trabajo. El poeta ha alcanzado ya la cima de la gloria literaria. Su prestigio está asegurado y puesto muy por encima de sus contemporáneos. Pero aún le quedaba por escribir su obra más ambiciosa: el gran poema épico de Roma, la *Eneida*. Poco sabemos acerca de su génesis, pero es de suponer que, como las *Geórgicas*, el impulso previo vendría dado por alguna instancia superior, en la línea de la política de Augusto y de sus colaboradores. Éstos, quizá más que el propio poeta, sentían la necesidad de dotar a Roma de un poema épico nacional. Consciente de la importancia de semejante proyecto, Virgilio no regateó esfuerzos para llevarlo a término. Así, vemos que, para mejor estudiar sus modelos, se traslada a Grecia y visita las comarcas del Asia Menor donde había situado Homero las acciones de sus poemas. Residió en Patrás, Corfú, Creta y Atenas. La *Eneida*, ya desde su misma aparición, fue considerada unánimemente como una obra excepcional, que representaba la síntesis de la civilización antigua. Llegaría a ejercer una poderosa influencia en las naciones herederas de aquella cultura. No pueden, pues, extrañarnos los grandes elogios que le tributaron Ovidio, Propercio, Quintiliano y muchísimos otros autores de la antigüedad y de todos los tiempos. En España la veremos influyendo en los castellanos Arcipreste de Hita, Garcilaso, fray Luis de León, Herrera..., y a los catalanes Bernat Metge, Ausias March, Verdaguer, etc. Modelo de gramáticos y de retóricos, es como un cristalino manantial de frases, sentencias morales, temas de lectura y declamación, en que han bebido, sin que llegue a agotarse, cultos y estudiantes por casi dos milenios. La forma o ropaje del idioma es pura y perfecta; su estilo, sobrio y elegante. La elocución y métrica consagran el hexámetro virgiliano como una maravilla rítmica y expresiva, la cual será luego objeto de múltiples imitaciones, sobre todo con el Renacimiento, ya sea íntegro o dividido en hemistiquios. La *Eneida*, poema épico nacional, no podía me-

nos de despertar el interés del pueblo romano, pues venía a colmar su orgullo demostrando el origen divino del pueblo y de las grandes familias patricias. Era éste un hecho admitido por todos, patricios y plebeyos. Ya Julio César, en la oración fúnebre por su tía Julia, había dicho: «Es la diosa Venus, de donde arrancan los Julio, origen de nuestra familia.» Pero con ello no hacía sino recordar una antigua tradición, que el Senado había consagrado muchos años antes, concretamente en el 282 antes de Jesucristo. Lo que Virgilio se esfuerza en conseguir en su obra es una síntesis de todas aquellas tradiciones, a la vez que hallar una explicación reveladora del sentido de la historia. Así, sobre todo, la dura pugna sostenida con Cartago en los siglos precedentes por conquistar la hegemonía del Mediterráneo se justifica por el frustrado amor entre Dido y Eneas, secuela inevitable de aquel triste suceso; y otro tanto puede decirse de la enemistad de Juno, enfrentada al glorioso destino de Roma, que ha de imponerse inexorablemente. Sin duda, esto no es más que una «mitología» de la historia, pero su belleza suple con creces la ausencia de una objetividad que no sería lógico exigir de un poeta. La crítica —digamos más bien algunos críticos— ha pretendido rebajar la categoría de la *Eneida*, acusando a Virgilio de falta de originalidad. En efecto: encontramos en ella ideas, imágenes e incluso frases y pasajes enteros tomados de Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides y Apolonio de Rodas. Pero éste es un reproche superficial, porque no atiende a la auténtica re-creación que ha hecho de ellos el poeta mantuano. En particular, la figura de Eneas aparece como una de las creaciones más originales y audaces de la poesía, llegando a romper la concepción tradicional del héroe épico. Eneas es el primer personaje épico que nos subyuga por su vida interior tanto más que por sus hazañas; aspecto éste que sólo volveremos a encontrar en otro gran poema épico mucho más tardío, concretamente en el *Cantar de mío Cid*. Más aún: al contrario de los personajes que aparecen en la *Ilíada* o en la *Odisea*, que desde el principio al fin mantienen su carácter sin ningún cambio, en Eneas advertimos una fina evolución psicológica: no es el mismo hombre en los últimos libros que en los primeros. El entusiasta virgilinista y particular amigo Javier de Echave-Sustaeta dice en su libro *Virgilio y nosotros. El libro de Troya* (1964): «Frente a la actitud de los héroes homéricos, limitados a sí mismos, penetrados de la

idea de que los dioses les niegan a los mortales lo que más desean en este mundo..., el alma de los héroes virgilianos traspone el cielo de bronce que pesa sobre el hombre y le separa de los dioses. Acude de continuo a la divinidad en demanda de valimiento, de mediación directa en su infortunio...» Todo esto hace que los personajes creados por Virgilio muestren una particular densidad humana, como seres que se mueven en un mundo real, en el que ni siquiera la inexorable fuerza del destino atenúa con su racionalidad a ultranza el momento fugitivo e incomprensible de la emoción. A este propósito añade Echave-Sustaeta: «La mente desolada del poeta, al hacer sucederse las ideas bajo el apremio de la emoción, no acierta a embridar su ansiedad y hace saltar la segunda sobre la primera en desconcertante anticipación impresionista. Uno de los más llamativos ejemplos de esta constante —de que está lleno el libro II—, el más conocido quizás, irrumpe en el desesperado arrebato de Eneas al arrojarse al frente de los suyos a una lucha sin esperanza: "*Moriamur et in arma ruamur*" ("Muramos y lancémonos en medio de las armas enemigas" (*Aen.*, II, 353). A la mente del poeta aflora primero la obsedente idea esencial: "corramos a la muerte..."». Y más abajo, el excelente comentarista del libro II de la *Eneida* continúa diciendo: «Estas muestras, entre otras muchas que podríamos aducir, nos revelan una firme directriz de su alma, vuelta a nosotros como ninguna de la antigüedad clásica. Da suelta a las emociones agolpadas en su mente sin pasarlas por el tamiz de la razón, tal como asoman al plano de su cerebro. ¿Hemos de buscar la explicación en la extrema susceptibilidad del alma virgiliana, en su exquisita desazón, urgida a apremios, a vislumbres, a avizoramientos de un arte y un mundo mejor, insatisfecha en sus logros, en incesante afán de perfección y renovación, o en esa su patente impulsión hacia la claridad entrevista a través de las sombras, hacia la luz verdadera presentida por "el alma más sensible, más humana, más púdica de la antigüedad"?» En Atenas, pues, teniendo terminada ya la *Eneida*, se encontró con el emperador Augusto, que regresaba de Oriente. Quiso éste que el poeta volviera con él a Roma, lo cual hizo; pero Virgilio falleció al llegar a Brundusium (hoy Brindisi), muy quebrantada ya su precaria salud por las fatigas del viaje. Esto ocurría el 19 antes de Jesucristo. Fue trasladado luego a Nápoles y sus restos fueron incinerados en Putéoli, cerca

de la ciudad, en cumplimiento de su voluntad. Sobre su tumba se grabó el siguiente epitafio: «*Mantua me genuit; Calabri rapuere; tenet nunc Partenope; cecini pascua, rura, duces*» («Mantua me engendró; Calabria me ha arrebatado; ahora me aguarda Nápoles; fui cantor de los prados, los campos, los caudillos»). Virgilio dejó como herederos suyos a Valerio Prócul, Augusto, Mecenas, Lucio Valerio y Plocio Tucca. En su testamento ordenó que se quemara la *Eneida;* pero Augusto, que en otras cosas cumplió fielmente la última voluntad del poeta querido y admirado, no respetó esta cláusula y ordenó a sus amigos que la publicaran sin quitar ni añadir un solo verso. El francés Pichon ve en el poema de Virgilio tres fusiones entre elementos diversos: *a*) entre la epopeya legendaria y la histórica, pues aunque el poeta trate un asunto mitológico, por medio de frecuentes alusiones lo vincula con la realidad contemporánea; *b*) entre el ciclo griego y el romano, porque Eneas es al mismo tiempo el superviviente de la conquista de Troya y el yerno del rey Latino, así como el padre de Ascanio o Julio, progrenitor de la gloriosa estirpe Julia; *c*) con la *Ilíada* y la *Odisea,* puesto que los seis primeros libros son las peregrinaciones de Eneas, y los seis restantes, sus guerras en el Lacio. Digamos, finalmente, que la Edad Media consideró a Virgilio como un mago, poseedor de toda la sabiduría, y que Dante, en su *Divina comedia,* convierte a Virgilio en el símbolo de la más elevada sabiduría humana.

VITRUVIO POLIÓN, MARCO

El tiempo se ha encargado, inexorable, de borrar las huellas de la vida y casi enteramente los restos de la labor de este gran arquitecto y oficial ingeniero en las guerras de César y de Augusto, quienes en su ancianidad le ayudaron con una subvención vitalicia, prueba de su reconocimiento. Se desconocen la fecha y el lugar donde nació. Hay versiones sobre si vino al mundo en Verona, en Plasencia o en Mola de Gaeta (antigua Formia). Se ignora dónde murió, pero se sabe que fue a edad avanzada. Trabajó en las construcciones imperiales. Levantó una espléndida basílica en la población de Fano y un arco de triunfo augustal, aún visible. Fue superintendente de los acueductos de Roma y experto en balística. En Roma también, en los últimos años de su vida, escribió el famoso tratado en diez libros *De ar-*

quitectura, de gran valor tanto desde el punto de vista filológico como por la manera sistemática de tratar el argumento. En el campo de la técnica se le debe la invención del «módulo quinario» en la construcción de los acueductos; proyectó máquinas de guerra y edificó muchos monumentos. La versión original del tratado, ilustrado por él mismo, se perdió, pero en la primera década del siglo XV se descubrió la copia manuscrita. El nombre de Vitruvio se halla vinculado actualmente a su tratado, el más célebre de la historia de la arquitectura. Bradbury escribe: «Sus cinco órdenes construyeron Italia y siguen construyéndola todavía.» En realidad, este autor se ha quedado corto, puesto que en cualquier país y época, desde los tiempos de Roma hasta nuestros días, el neoclasicismo arquitectónico ha basado sus normas en los órdenes griegos reducidos al esquema de Vitruvio. También permanece de Vitruvio el orden humano en el que identificó las leyes inviolables de una arquitectura eterna, que dejó establecidas para la posteridad. Al lector le ofrezco, al hablar de su arquitectura en «Obras», el placer de ver cómo traza los lejanos orígenes de la misma este extraordinario y genial Vitruvio, al que constantemente acudieron los arquitectos de los países de cultura mediterránea, donde todavía pueden verse, *¡ay dolor!*, por las arenas de sus doradas playas, restos gloriosos de capiteles y columnas cuya perfecta belleza debió de imaginar este arquitecto según el estilo de los griegos.

OBRAS

A

ACADÉMICOS, CONTRA LOS

De San Agustín, este tratado filosófico está escrito en forma de diálogo, con una extensión de tres libros. La lectura del *Hortensius* de Cicerón cuando tenía diecinueve años le orientó hacia el estudio de la filosofía, y este diálogo *Contra los académicos,* de cuyo escepticismo nuestro Agustín se vio muy alejado, fue escrito en el período de su estancia en Cassiciacum (Casciago).

ACUEDUCTOS DE ROMA, DE LOS

De Sexto Julio Frontino (siglo I d. de J. C.), gobernador de la Britania y experto ingeniero militar y civil. Nombrado por el emperador Nerva, en el 97, superintendente de las aguas de la ciudad de Roma, se puso a estudiar a fondo la organización de la urbe en este sentido. Consecuencia de este concienzudo estudio, al año siguiente, en el 98, ya bajo el reinado de Trajano, publica, para que fuese útil para sus sucesores, esta monografía sobre los acueductos de la capital, con carácter de informe administrativo. De manera clara y sencilla enumera las diversas conducciones de aguas de la urbe, cuándo fueron construidas, cómo se ejerce su vigilancia, cómo se atiende a su conservación por personal especializado, cómo se distribuye el agua en cada barrio y en las habitaciones de las casas, cómo puede presentarse el fraude, etc. Es, pues, una obrita de gran valor para el conocimiento de la arquitectura e ingeniería romanas y de datos arqueológicos de notable importancia, sacados de fuentes latinas ya perdidas.

ADELFOS, LOS

De Publio Terencio Afer (siglo II a. de J. C.). Esta comedia es la última de las seis que nos han quedado de este dramaturgo y fue escrita y representada el año 160. Toma como modelo a Menandro, y Julio César, copiando algunos versos que Suetonio cita en la breve biografía de Terencio y discutiendo su estilo, le llama «*dimidiatus Menander*» («un medio Menandro»), apreciando su amor a la pureza del lenguaje y esa dulzura en sus escritos, pero lamentando la falta de fuerza, que hubiera igualado su talento cómico al de los griegos. Aquí tenemos como tesis el candente tema de nuestro siglo XX: las relaciones entre padres e hijos, el choque de las exigencias de una generación nueva y la experiencia de la generación anterior. En la comedia hay dos hermanos viejos (Mición y Demea) y dos hermanos jóvenes (Esquino y Ctesifón), hijos de Demea; pero Esquino es adoptado por su tío Mición. Éste educa a Esquino muy liberalmente, en la actualidad diríamos muy «a la moderna», mientras que Demea educa a Ctesifón en la austeridad propia de haber vivido siempre en el campo al lado de su padre, diríamos «a la antigua». Y aquí está la trama, presentando el fuerte contraste entre la dos formas de educación, que aparece desde el comienzo de la comedia, cuando Esquino ha provocado un formidable escándalo por haber entrado en casa del alcahuete Vanión, quien así le facilita el rapto de la bella Baquis. Este proceder es el resultado de esa educación «a la moderna» que Mición ha dado a su hijo adoptivo. Pero este rapto, tras una sorprendente sucesión de escenas, va a resultar que es una muestra del amor fraternal de Esquino por Ctesifón; éste es el que está enamorado de Baquis, puesto que Esquino tiene su amor puesto en una muchacha libre, Pánfila, que espera ser madre; con ella querría casarse aunque no tenga dote. Un amigo de la familia, Egión, ha informado a Demea de lo sucedido y su decisión de hacer valer los derechos ante la ley. Demea, indignado de la bribonada de su hijo educado «a la moderna», acude a su hermano Mición para decidir de común acuerdo lo que debe hacerse. Para abreviar, diremos que nunca el anciano Demea llegó a imaginarse que Ctesifón, el hijo a quien tenía por austero y ejemplar, que había estado siempre alejado del deslumbrante atractivo y corrupción

de la ciudad, fuese el verdadero amante de la bella Baquis. Al entrar en su casa le sorprende en un espléndido banquete con su amante. Se derrumba su sistema educativo y, en vez de castigar a sus hijos, apreciando la bondad del sistema educativo de su hermano Mición, facilita el matrimonio de Pánfila con Esquino y permite que Ctesifón compre a Baquis y se la lleve a casa como concubina.

AGAMENÓN

De Lucio Anneo Séneca (siglo I d. de J. C.). Esta tragedia y las ocho restantes de Séneca, de las que iremos hablando, son muy importantes, por ser las únicas tragedias romanas que nos han llegado completas y las últimas derivaciones del drama griego. Estas tragedias de Séneca ejercieron poderoso influjo sobre los teatros inglés e italiano del Renacimiento y sobre las tragedias de Corneille y de Racine. Son obras más bien destinadas para la lectura y no para la representación. La psicología de los protagonistas tiene poderoso interés, ofreciendo una introspección de los caracteres profunda y consciente en extremo. El fondo filosófico es común a todas, basado en las doctrinas estoicas. La tragedia de Séneca *Agamenón*, el legendario rey de Argos y Micenas, que inspiró diversas tragedias llevando este título, figura entre las más antiguas después de la de Esquilo, primera de las tres que componen *La Orestíada* y todas derivadas de la de Esquilo. La de Séneca da comienzo con la lectura del prólogo por la sombra de Tiestes, que recuerda los delitos cometidos por los atridas y vaticina como inminente el asesinato de Agamenón por mano de Egisto. Canta el coro la inconstancia de la Fortuna. Clitemnestra cuenta a su nodriza que está sumamente irritada con su marido y le confiesa su pasión por Egisto, sosteniendo una lucha entre el remordimiento y el crimen, cuya indecisión resuelve Egisto disponiéndola a obrar con él. Euribato anuncia la inminente llegada de Agamenón y narra las penalidades que la flota griega ha soportado durante su regreso a través de un mar tempestuosamente hostil. Casandra, la cautiva troyana, hija de Príamo y profetisa, presa del furor profético, describe el asesinato que va a perpetrarse, y Agamenón entra en el momento en que Casandra se desmaya. Agamenón la reanima y trata de consolarla, mientras ella, en voz baja, le predice su inminente desdicha. Agamenón penetra en pa-

lacio, donde Egisto y Clitemnestra esperan para asesinarle. Afuera, Casandra describe la escena. Electra, hija de Agamenón, sale despavorida del palacio intentando salvar a su pequeño hermano Orestes, y en ese preciso momento se presenta el rey de la Fócida, Estrofio, amigo de Agamenón, quien, en compañía de su hijo Pílades, se lleva al pequeño Orestes en su rápido carro. Electra queda en palacio a merced del furor de su madre y de Egisto. Casandra es condenada a muerte y tiene tiempo de predecir a Clitemnestra que será muerta por su hijo Orestes.

AGRICULTURA, DE

De Marco Porcio Catón (234-149 a. de J. C.). Altiva figura de patriota, combatiente contra Aníbal y acérrimo oponente del poderío cartaginés *(«Delenda est Carthago»)*, a quien se le llamó «padre de la prosa latina». Aunque conocía a Tucídides y a Demóstenes, su patriotismo le inspiró cierto desdén por la invasión del griego en una literatura que poseía una lengua que ya se había consagrado como instrumento de expresión poética. Esta obra sobre agricultura no está redactada con arreglo a un plan orgánico, sino que es más bien como una curiosa miscelánea con apuntes, recetas culinarias, medicinales, preceptos agrícolas, manipulación del aceite y del vino, consejos sobre la ordenación de la propiedad agrícola y de la casa, sobre los trabajos agrícolas en las diversas estaciones del año. He aquí uno de los muchos consejos: si se quiere tener mosto para todo el año, dice: «Pon el mosto en un ánfora, que taparás con corcho y sumergirás en la piscina. Sácala de allí después de treinta días. Así tendrás mosto para todo el año.» Lo que se conserva viene a ser como un compendio del libro original.

AGRICULTURA, DE

De Lucio Junio Moderato (siglo I d. de J. C.), español nacido en Cádiz y contemporáneo de Séneca. Nos dejó esta obra meditada de su vejez, convencido de la importancia económica y moral de la agricultura. La obra, dedicada a Silvino, propietario de unas tierras lindantes con las suyas, contiene doce libros en prosa, a excepción del décimo, que está escrito en 430 hexámetros de imitación virgiliana. He aquí las cuestiones tratadas en cada libro: en el primero, temas

generales referentes a la tierra; en el segundo, el cultivo de los campos; en el tercero y cuarto, el cultivo de la vid; en el quinto, de los árboles frutales; en el sexto y séptimo, de la cría del ganado; en el octavo, de las aves y los peces; en el noveno, de las abejas; en el décimo (escrito en verso a instancias de Silvino), de los jardines, y en los dos últimos, el undécimo y duodécimo respectivamente, de las obligaciones del labrador y de su esposa. Según nos dice Columela en el prefacio de la obra, se sirvió de los técnicos de la materia que le precedieron, dándonos una lista de las fuentes a las que acudió, tanto griegas como latinas. La obra nos revela un profundo amor a la agricultura y su vida sencilla y austera, sintiendo la añoranza de los tiempos antiguos.

AGRICULTURA, DE

De Rutilio Tauro Quintiliano Paladio (siglo IV d. de J. C.). El tratado sobre agricultura de Paladio está escrito en doce libros en prosa y un decimotercero en dísticos, que habla de los injertos y que, comparados con la prosa, los versos se ven inferiores y algo pesados. Consiguió tener mucho éxito incluso en tiempos recientes. Para la obra se sirvió de las fuentes griegas, latinas y del cartaginés Magón.

AGRICULTURA, DE

De Marco Terencio Varrón Reatino (116-27 a. de J. C.). Pasando ya de los ochenta años y coincidiendo con Virgilio cuando éste elaboraba el plan de sus *Geórgicas*, Varrón compuso este tratado sobre agricultura en tres libros y lo dedicó a su mujer, Fundania, deseando dejar su abundante erudición para los más jóvenes y que sirviera también para la posteridad. Este tratado está redactado en forma dialogada y en prosa, con diferentes personajes para el diálogo de cada libro, y se lee a gusto por la clara exposición de la materia. Comienza el tratado con una invocación no a las musas helénicas, sino a las divinidades nacionales del campo: Ceres, Líber, Robigo, Flora, etc., e inmediatamente entra en materia, desarrollando cada parte con un orden preestablecido, observándose un vivo afecto hacia las cosas del campo. El primer libro trata del cultivo de los campos, de la heredad y de la granja, de los aperos, las viñas y los olivares. He aquí un fragmento del capítulo 55 de este pri-

mer libro, en el que Varrón da consejos acerca de la cosecha de la aceituna: «La que se puede alcanzar, bien desde el suelo o desde una escalera, es mejor recogerla con la mano que varearla, porque al golpearla se estropea y da menos aceite. La que se coge con las manos es mejor hacerlo sin dediles, porque la dureza de éstos no sólo aprieta demasiado las bayas, sino que también descorteza las ramas y las deja expuestas al hielo. Las ramas que no se puedan alcanzar, es mejor sacudirlas con cañas que con pértigas; porque una herida grave necesita siempre al médico. Quien golpea las ramas, no lo haga al revés, porque, a menudo, el olivo golpeado en esa forma pierde también los retoños nuevos y, por tanto, en los años siguientes se tendrá esterilidad. Ésta no es la última razón por la que se dice que los olivos dan fruto un año sí y otro no...» De esta manera deliciosa que se expresa en este fragmento puede formarse el lector una idea del resto de todo el tratado. El segundo libro trata del ganado ovino, de cerda, asnal y caballar; de los pastores y de los productos del pastoreo, como leche, queso y lana. El libro tercero trata de los edificios de la hacienda y de la cría de aves, abejas, pollería, estanques con vivero de peces y otros animales, como liebres e incluso jabalíes, que por aquel entonces se criaban en las grandes haciendas. También para los caracoles y los lirones dedica Varrón sendos capítulos.

ALMA, DEL

De Quinto Septimio Florencio Tertuliano (siglos II y III después de J. C.). Esta obra es la primera psicología ideada sobre una base cristiana, creando una teoría psicológica racional completamente opuesta a Platón en su doctrina del conocimiento basada en la reminiscencia. El sentimiento religioso en el hombre es innato. El alma es inmortal, por cuanto ha sido creada por el soplo divino; es una, uniforme y racional; está provista de funciones distintas y, creada buena pero libre, está inclinada al bien, aunque imperfecta; goza del libre albedrío y puede obrar el mal por extravío a causa de falsas teorías y maias costumbres. Desde el momento de la procreación, el alma se une al cuerpo y hereda de sus padres la culpa del pecado original. Va desarrollándose, pues, con el cuerpo y se libera de él, sólo parcialmen-

te, en el sueño y en el éxtasis. Es solamente en la muerte cuando esa separación del alma y del cuerpo es completa.

AMORES

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C. - 18 d. de J. C.). Esta obra, de contenido erótico, pertenece a sus años juveniles, cuando frecuentaba el mundo elegante, y contiene tres libros en su segunda edición, que es la que se conserva; su primera edición contenía cinco libros. Los tres libros de elegías narran el amor del poeta por Corina, un amor imaginario, enriquecido con alguna elegía extraña al tema amoroso, como la descripción que hace de un cortejo sagrado de la diosa Juno y el epicedio que dedica a la muerte de Tibulo, en donde palpita el afectuoso pesar de su Delia. He aquí cómo lo tradujo nuestro Menéndez y Pelayo: «¡Oh celestial cantor! La llama fiera / ¿tu pecho consumió, de amores nido? / ¿Cebarse en tus entrañas ha podido? / ¿Ardió tu cuerpo en funeral hoguera?... / Al menos hoy en su postrer partida / los ojos te cerró, madre amorosa, / y tu ceniza recogió amorosa; / ¡triste recuerdo de tu amarga vida! / Y suelta la flotante cabellera, / tu hermana lamentó tu muerte triste, / que al lado de tu madre siempre asiste, / en su dolor y llanto compañera. / Con sus besos los tuyos han unido / tu Némesis, tu Delia juntamente; / de entrambas se escucha el son doliente / mientras era tu cuerpo consumido. / Así al partir tu Delia suspiraba, / dejando con pesar la triste hoguera: / "¡Felice era yo, que tus amores era! / Felice fuiste mientras yo te amaba".» Ovidio es un poeta que se burla del amor, no es un poeta enamorado. Si a Corina la comparamos con la Cintia de Propercio, la Delia de Tibulo o la Lesbia de Catulo, no hallamos rasgo alguno que la distinga; todas las mujeres que rodean a Ovidio demuestran una superficialidad, común a todas ellas, que sólo busca libertinamente la satisfacción sensual. El poeta se alaba de amar, de poder amar a dos mujeres a la vez: a la libertina y a la honesta, a la morena y a la rubia, a la inteligente y a la ignorante, etc., y pone un tono tan elegante y de salón, que el menor adjetivo retórico nos acentúa la impresión de vacío. No obstante, es agradable y gustan los detalles, como son los vivaces cuadros de vida contemporánea, las agudezas y los madrigales maliciosos. Creemos ver en esta obra una sátira de la novela erótica.

AMPHITRUO (ANFITRIÓN)

De Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). Esta comedia de Plauto es la única de argumento mitológico y pone en escena el engaño de que se valió Júpiter para poseer a la reina de Tebas (Grecia), Alcmena, cuyo esposo, Anfitrión, se halla en la guerra. Esta obra servirá de tema fecundo en extremo para comediógrafos de Portugal, Francia, Alemania, Italia (incluso para una ópera), Gran Bretaña y también en nuestra España. He aquí el argumento de la comedia: Júpiter desciende a la Tierra acompañado del mensajero de los dioses, Mercurio. Se presenta en palacio con las ropas de Anfitrión, y Alcmena le recibe creyendo que es su esposo y, conmovida por su valor en la guerra al frente de su ejército, se entrega a él en una noche pletórica de amor y de ternura. En el ínterin llega el verdadero Anfitrión con su criado Sosias. Se suceden las escenas de chispeante hilaridad, de jocosa farsa. En la trama surge una nueva ficción: a la entrada del verdadero Anfitrión en escena ya no se sabe cuál de los dos es el falso Anfitrión. Alto valor tiene en la comedia la duda que surge en Anfitrión y su criado Sosias sobre la identidad de sus propias personas. Y la pieza se acaba con el anuncio del nacimiento de dos gemelos: de un hijo de Anfitrión y del semidiós Hércules, fruto de los amores de Júpiter y Alcmena.

ANALES

De Lucio Accio (170-84 a. de J. C.). Poco se conoce de esta obra en hexámetros, y parece ser que estaba compuesta de un buen número de libros y trataba con preferencia las fiestas religiosas, ritos y cultos. El intento de sistematización cronológica que el autor realiza en su obra *Didascalia,* al hacer historia de la poesía dramática griega y latina, halla su exacta correspondencia en estos anales, de los que quedan unos pocos fragmentos.

ANALES

De Quinto Ennio (239-169 a. de J. C.). Época arcaica de la literatura latina. Esta obra es un extenso poema heroico na-

cional, compuesto en treinta mil hexámetros contenidos en dieciocho libros. Es de lamentar que tan sólo nos hayan quedado, dispersos y fragmentados, unos seiscientos hexámetros. Esta epopeya nacional, o mejor podría decirse historia versificada, glorifica las vicisitudes de Roma desde la llegada de Eneas a Italia hasta los acontecimientos contemporáneos. Empieza el poema con una invocación a las musas para que le inspiren y pueda cantar un fantástico sueño, en el que se le aparecía Homero revelándole que su alma de poeta y cantor de las épicas gestas nacionales de los griegos había vuelto a nacer en él, para que proclamara y glorificara la romanidad. Esta metempsicosis de Homero en Ennio no iba a causar extrañeza, puesto que las ideas de los pitagóricos a este respecto ni habían desaparecido ni se habían olvidado a la sazón en la magna Grecia. En los dieciocho libros se describen con una idea de continuidad todas las vicisitudes de los romanos. La herencia homérica aparece en el momento en que se interrumpe el hilo de la narración de Ilión. Caída Troya y muerto su rey Príamo, Eneas huye de su patria en llamas hacia las lejanas tierras de Occidente, fiel al destino que se le ha impuesto y guiado por su madre, Venus. Se narran todas las vicisitudes de Eneas hasta formar el reino de Italia. De Ilia, hija de Eneas, nacen Remo y Rómulo. Se inicia la monarquía romana. Rivalidad de Roma y Alba Longa. El rapto de las sabinas. Tito Tacio es recibido en el cielo por los dioses con el nombre de Quirino. A su reinado siguen los de Numa, Tulio y Anco. Duelo entre Horacios y Curiacios. A los reyes romano-sabinos se oponen los reyes etruscos. La lucha de Roma con el helenismo itálico por asegurar al poderío romano las costas del Adriático y del Jónico. Guerras púnicas. Guerra con Filipo de Macedonia. El Oriente también ataca las costas europeas, y Antíoco, rey de Siria, no volverá a atacarlas tras la derrota de Magnesia. Con el asedio de Ambracia que Fulvio Nobilior establece abate la soberanía de la liga etolia. Las grandes empresas han acabado. Ennio, en la parte histórica, se ha ido deteniendo en ensalzar las personalidades de los caudillos militares. Pero Ennio desea seguir contando los hechos más recientes del pueblo romano; así que continúa narrando la guerra ístrica y las guerrillas contra ligures, sardos y corsos. El estilo de la obra es elevado, y su lengua, arcaica y homérica, contiene múltiples armonías imitativas (aliteraciones) muy del gusto itálico. El empleo de algunas

licencias poéticas, como el fragmentar las palabras, no disminuye el mérito de haber creado un lenguaje poético, del que se aprovecharía Virgilio, y algo quiere decir que reconozcan y admiren su ingenio Lucrecio, Cicerón, Horacio y Ovidio, entre otros.

ANALES

De Cornelio Tácito (55-116 d. de J. C.). Esta obra, de dieciséis libros, está conservada en los manuscritos con muchas lagunas. Se conservan íntegros los cuatro primeros y en parte el V y el VI; luego, la mitad del XI y los restantes hasta la mitad del XVI. Falta también parte de los reinados de Tiberio, Claudio, Nerón y todo el reinado de Calígula, y por eso no se puede tener idea del punto culminante de la obra, que es la caída del siniestro Seyano y el final de Nerón y de la dinastía de la *gens* Julia. A pesar de estas mutilaciones, el que lee las páginas de Tácito se ve presa de una muy profunda impresión por esa singularísima y portentosa representación psicológica de los personajes y de los hechos. Cada uno de los retratos están tratados con incisiva evidencia. Moralista por temperamento, Tácito nos proporciona máximas y sentencias lapidarias. Vemos el triste cuadro de un mundo donde a las violencias y los excesos de un tirano se contrapone el cobarde miedo del Senado. Pone ante nuestros ojos con pasmosa desnudez la grandeza y las miserias de la Roma imperial: abundantes hechos dramáticos, empresas gloriosas, tenebrosas intrigas, catástrofes... Investiga los propósitos y los actos de los dirigentes y marca con fuego culpas, vicios y horrores.

ANDRIA

De Publio Terencio Afer (siglo II a. de J. C.). Esta comedia, *Andria* (o *La muchacha de Andro*) fue la primera que escribió y representó, en el 166 antes de Jesucristo. Dos padres deciden casar a sus respectivos hijos: Simón quiere casar a su hijo Pánfilo con la hija del rico Cremes. Pero resulta que el tal Pánfilo, ayudado por Davo, criado de la casa, hace tiempo que mantiene relaciones con una joven que llegó de la isla de Andro, Gliceria, que vive con Crisis, una cortesana muy conocida en la ciudad. Crisis, a quien se la creía her-

mana de Gliceria, muere, y entonces se descubren las relaciones de Pánfilo y Gliceria. Cremes, temiendo el escándalo, no quiere concederle su hija, y Simón, para aplacar la cólera de aquél, ordena que su hijo abandone a su amiga. Pánfilo, en contra de su voluntad, ha de casarse con la muchacha rica, abandonando a la que ama. Esto irrita a Davo, quien, si Pánfilo se doblega a la voluntad de su padre, no dándose por vencido, va a tratar de impedirlo. Cremes había sido convencido por Simón y se hacían los preparativos nupciales y el matrimonio es anunciado públicamente. La consternación es general en los jóvenes: esto supone una catástrofe. Gliceria está desesperada, pues aquel día va a tener un hijo de Pánfilo, que se ve perdido. Pero he aquí que Davo conoce a Carino, un joven que está enamorado de la hija de Cremes, y piensa que si éste se entera de que Gliceria no sólo ha sido amiga de Pánfilo, sino que ha tenido un hijo de él, no cabe duda de que se opondría a ese matrimonio. Decidido a obrar, el intrigante criado se lleva al niño recién nacido, exponiéndolo en el umbral de la casa de Cremes. Éste se entera, indignado, de que ahora Pánfilo ha de casarse con Gliceria. Todo acaba placenteramente, con un final inesperado: Gliceria es, en realidad, una ateniense que se había salvado de un naufragio en la isla de Andro, en compañía de su tío paterno Fanias, pero como éste era hermano de Cremes, resulta que Gliceria es la otra hija de éste, a la que se tenía por muerta. Pánfilo se casa con su amada Gliceria, y Carino con la otra hija de Cremes. El triunfo del intrigante Davo es completo, y su atrevimiento, descaro y falta de escrúpulos ha puesto en movimiento y resuelto los diversos problemas de aquellas dos casas y conciliado los intereses de viejos y jóvenes.

ANTIGÜEDADES, LAS

De Marco Terencio Varrón Reatino (116-27 a. de J. C.). Esta obra, fruto de una exhaustiva y larga labor de investigador, contenía cuarenta y un libros, que trataban de las antigüedades humanas y de las divinas *(Rerum humanarum et divinarun libri XLI)* e ilustraban el pasado nacional, dándonos a conocer la historia de las ruinas y monumentos, haciendo hincapié en lo beneficioso de las influencias griegas. En la primera parte, o sea en lo referente a las anti-

güedades humanas, en sus veinticinco libros, trata de los hombres (libros II-VII); lugares donde viven (VIII-XIII); del tiempo en que transcurren (XIV-XIX); acciones que efectúan, civilización primitiva, historia antigua de Roma, geografía, etc. (XX-XXV). La segunda parte, o los dieciséis libros de las antigüedades divinas, fueron dedicados a Julio César, y en ellos se ilustraban las instituciones, ritos sagrados, pontífices, augures, sacerdotes (XXVII-XXIX); templos, santuarios y lugares religiosos (XXX-XXXII); fiestas y juegos (XXXIII-XXXV); consagraciones, cultos privado y público (XXXVI-XXXVIII), y finalmente varias divinidades (XXXIX-XLI). Esta obra la compuso Varrón hacia sus sesenta años y se perdió en el siglo IV; nos es conocida por la magnífica obra *Ciudad de Dios,* de San Agustín.

APOLOGÉTICO

De Quinto Septimio Florencio Tertuliano (finales del siglo II y principios del III; fechas aproximadas: 160-240). Este discurso (llamado *Apologeticum* o *Liber christianae religionis apologeticus*) iba dirigido, en el año 197 de nuestra era, a los gobernadores de las provincias romanas por la actitud pasiva que adoptaban frente a las violencias anticristianas de las poblaciones. En el aspecto jurídico, es una pieza forense extraordinaria, con argumentos firmes, con una vigorosa dialéctica, sujeta a las reglas de la retórica y formada con el arte del hábil abogado que era y conocedor de las leyes y costumbres de los romanos. La pieza se encamina no a obtener gracia de los perseguidores, sino a sacar a luz las múltiples vejaciones e ilegalidades. Consta de varias partes. Introducción: reprocha a los paganos que condenan a los cristianos sin saber lo que son verdaderamente, el que sean condenados sin comprobación de delito alguno, sólo por el mero hecho de llevar el nombre de cristianos; muestra lo contradictorio del procedimiento empleado de perseguir a los cristianos y dejarlos libres cuando niegan serlo. Primera parte: demuestra la injusticia de las leyes opresoras y rechaza las acusaciones lanzadas contra los cristianos de celebrar cenas antropofágicas, de cometer infanticidios e incestos. Estos delitos comunes de que son acusados los vuelve en contra de los acusadores con suma habilidad, denunciando violenta, vigorosamente, las orgías, bacanales e inmoralidades paganas. Segunda parte: realiza

la defensa de acusación de sacrilegio («lesa religión») y de «lesa majestad», porque se niegan a rendir culto al emperador. Al refutar la acusación, pasa al ataque: critica el politeísmo y la irregularidad pagana y muestra que los cristianos no adoran una cabeza de asno, sino a un Dios verdadero, único, creador y ordenador del mundo, reconocido por toda alma sincera, que le ve reflejado en las Sagradas Escrituras, en los profetas y en Cristo, maestro de las gentes. Tercera parte: establece las diferencias sustanciales entre religión y filosofía, afirmando que el cristianismo es una religión. Todo el discurso está impregnado de la profunda conciencia de la fuerza cristiana. Por la violencia de las réplicas, se distingue de las apologías griegas, y ésta, por ser la primera en latín y por su disposición jurídica, ha influido en las apologías posteriores y para el planteamiento del problema de las relaciones entre Iglesia y Estado. Y como una consecuencia de lo expuesto, como un preciado broche de oro y piedras preciosas, cierra el *Apologético* con estas palabras: «*Ut est aemulatio rei divinae et humanae, cum damnamur a vobis, a Deo absolvimur*» («Tal es el contraste entre las cosas divinas y humanas, que, cuando vosotros nos condenáis, Dios nos absuelve»). Este pequeño fragmento ilustrará al lector sobre la fuerza de expresión de Tertuliano: «¡Trate el emperador de combatir al cielo, de hacerlo prisionero tras su carro triunfal, de vigilarlo con centinelas, de imponerle tributos! No puede hacerlo... El emperador procede de allá de donde vino como hombre; un mismo origen tienen su poder y su aliento vital. Nosotros los cristianos elevamos la mirada al cielo y —con las manos abiertas porque no llevamos armas, sin velos en la cabeza porque no nos avergonzamos, sin un sacerdote que nos sugiera porque hablamos con el corazón— oramos. Siempre oramos por nuestros gobernantes, implorando para ellos larga vida, reinado tranquilo, familia feliz, ejército fuerte, Senado fiel, pueblo honrado y paz en el mundo; en una palabra, todo lo que puede desear un hombre y un césar. Pero esto no puedo pedirlo sino a Aquel del cual sé que lo conseguiré, porque es el único que manda y yo soy su siervo, dispuesto a dejarme matar por Él, el siervo que le ofrece la víctima opima y grande deseada por Él mismo: una plegaria que viene de un cuerpo púdico, de un alma inocente... Esto lo ofrezco y no míseros granos de incienso, lágrimas de una planta de Arabia, dos gotas de vino puro o la sangre

de un buey enfermo y ansioso de morir, y, junto a tanta inmundicia, también una conciencia sucia... Me asombro de ver que, entre vosotros, las víctimas son examinadas por sacerdotes llenos de vicios; ¡cuánto mejor sería, en cambio, examinar las vísceras de los mismos sacrificadores! Venga, pues; para nosotros, que estamos con el alma puesta en Dios, preparad garfios de hierro que desgarran, cruces para colgarnos, llamas de hogueras, espadas que hienden, fieras que devoran; el cristiano, recogido en su plegaria, está preparado para todos los suplicios. Ea, valientes magistrados, probad a destrozar el alma que ruega a Dios por el emperador. ¡Declarad que hay delito allá donde hay verdad y religión!»

APOLOGÍA (o DE MAGIA)

De Lucio Apuleyo (siglo II de nuestra era). Natural de Madaura (África), en el límite entre Getulia y Numidia (Túnez y Argelia). Es una de las figuras más curiosas de la literatura latina, el más brillante del período de los Antoninos. Cultiva todos los géneros, compone en griego y en latín. Esta obra es un discurso judicial que, después de pronunciado, fue escrito en dos libros. Apuleyo, en Roma, había estudiado leyes y la ciencia de la abogacía. Completó sus estudios viajando por Oriente, Grecia e Italia. En estos viajes estudió las diversas teologías de los países que visitaba, y se hacía iniciar en toda clase de ceremonias religiosas «por amor a la verdad y por deber a los dioses», como él mismo nos cuenta. Y no se contenta con profundizar en las teorías de Platón, de las que después sería en África el intérprete y apóstol; se preocupa de los encantamientos, maleficios y prácticas de la magia. Con un asombroso acervo de conocimientos que ya había adquirido, viaja a Egipto y visita el museo y la famosa biblioteca de Alejandría, la que es bien conocido que contenía verdaderas maravillas. Y, según él mismo dice, fatigado y a causa del intenso frío, pasa a la ciudad de Ea (Trípoli). Aquí es donde su vida iba a tomar un nuevo rumbo, pues cierto día se presentó un joven de la ciudad de Ea, llamado Ponciano, al que había conocido en Atenas. Éste le propuso que se trasladara a casa de su madre, para que se restableciera mejor. Apuleyo acepta y allí vive durante dos años una vida feliz y libre de inquietudes. Ponciano, al término de estos dos años, le ofrece la

mano de su madre. Apuleyo acepta y a sus treinta y un años se casa con Pudentila, de cuarenta y cinco, en una casa de campo que ésta poseía en los alrededores de la ciudad. A este matrimonio se oponía Rufino, futuro suegro de Ponciano, el cual se casó poco después que su madre y que murió muy pronto. El hermano menor, Pudens, junto con Emiliano, su tío paterno y tutor, presentó contra su padrastro la acusación de magia, equivalente a la del asesinato de su hermano. Los acusadores intentan demostrar que Apuleyo, por medio de un filtro amatorio, había seducido a la rica Pudentila para apoderarse de la dote. La vista de la causa no tuvo lugar en Ea, sino en Sábrata, ciudad vecina, en donde el procónsul romano Claudio Máximo tenía su tribunal. Apuleyo asumió su propia defensa y obtuvo un rotundo éxito, con la vergüenza de sus enemigos. En la mayor parte del discurso emplea Apuleyo, consciente de su superioridad y de su éxito, un tono irónico y burlesco, mostrándose como un sabio austero y un filósofo severo. Demuestra su desprecio por el dinero, ensalza la pobreza, socorre a sus maestros en la indigencia, casa a muchachas que carecían de dote. Su oratoria deleitó al numeroso público que asistió a la vista de la causa.

AQUILEIDA

De Publio Papinio Estacio (siglo I d. de J. C.), poeta napolitano, de ingenio, gran improvisador. El mito de Aquiles, pasando por tradición de Grecia a Roma, inspiró a Estacio la *Aquileida,* que dedicó a Domiciano. El poema épico quedó interrumpido a la mitad del segundo libro, en el verso 1.127, por la muerte prematura de su autor, que en su obra daba muestras de unas dotes de gracia y frescura. Vemos al pequeño Aquiles educado por el centauro Quirón. Se anuncia la guerra de Troya, y su madre, Tetis, temiendo por el destino del héroe, quiere sustraerle a los riesgos de la guerra, y para ello lo lleva a Esciro, donde con disfraz de mujer logra tenerle fuera de las pesquisas de los griegos durante un tiempo, pero no mucho, pues el astuto Ulises, acompañado de Diomedes, logra desenmascarar a Aquiles y vencer su amor por Deyanira. Aquiles sale de Esciro y en este viaje hacia Troya iba narrando la historia de su lejana infancia, y es aquí donde queda interrumpida la obra por la prematura muerte del autor.

ARATEA

De Julio César Germánico (15 a. de J. C.-19 d. de J. C.), príncipe de la casa imperial, hijo de Claudio Druso Nerón y adoptado por su tío Tiberio. Esta obra, poema en 725 hexámetros sobre astronomía, es una traducción en latín de los *Fenómenos* (1.251 hexámetros) del griego Arato de Soles (siglos III-IV a. de J. C.), y sus hexámetros están modelados sobre los de los grandes poetas Lucrecio, Virgilio y Ovidio. Germánico muestra mayor conocimiento del tema que Cicerón y Avieno, quienes también lo habían traducido. Este poema estaba dedicado probablemente a Tiberio y, en el proemio, las alabanzas al emperador sustituyen a las que en el original griego se dirigen a Zeus. En la obra *Aratea* van también unos doscientos versos de los *Pronósticos*, asimismo de Arato y sobre el mismo tema, pero con texto en prosa. *Aratea* tuvo mucha aceptación en la Edad Media y fue un texto fundamental de ciencia astronómica.

ARGONAUTAS, LOS

De Cayo Valerio Flacao (se supone que nació en el Lacio y que murió el año 90 d. de J. C.). Esta obra, llamada también *Las Argonáuticas*, tomando por modelo su homónima de Apolonio de Rodas, poeta griego de la época alejandrina (siglo III a. de J. C.) y dedicada al emperador Vespasiano, consta de ocho libros, quedando incompleto el poema al interrumpirse el libro octavo en el verso 467, faltándole el asesinato de Absirto, el regreso de los argonautas y la traición de Jasón. Valerio Flaco le imprimió el sello romano al asunto helénico, al hacer de Jasón el héroe de una gran empresa cultural, la primera navegación. Valerio Flaco abrevió los cuatro libros de Apolonio, imprimiendo más relieve a los caracteres y dándonos una pintura opima del personaje por esa magnífica introspección psicológica que hace de las crisis de conciencia y del erotismo morboso.

ARQUITECTURA, DE

De Marco Vitruvio Polión (finales del siglo I a. de J. C.-siglo I d. de J. C.). Oficial ingeniero en las guerras de César y de Augusto, escribió, ya en edad avanzada, hacia el año 27

antes de nuestra era, esta obra en diez libros, de alto valor, tanto en el aspecto filológico como por la manera sistemática de tratar el argumento, y la dedicó al emperador Augusto, su bienhechor. Es el único tratado orgánico de arquitectura que nos ha dado la antigüedad. Conozca el lector cómo nos describe Vitruvio los lejanos orígenes de la arquitectura: «Antiguamente, los hombres nacían, igual que las bestias, en las selvas, en los antros, en los bosques, y vivían nutriéndose con alimentos silvestres. Pero un día, en algún lugar, los árboles rotos por el fuerte viento, frotando entre sí sus ramas, produjeron el fuego. Ante ese espectáculo, los hombres que se encontraban cerca huyeron atemorizados por la altura de las llamas. Después, recuperando el ánimo, se acercaron y descubrieron que el calor del fuego daba mucho bienestar; lo conservaron poniendo más leña y condujeron a otros a que lo viesen, dando a entender con gestos las ventajas que les proporcionaba. Al nacer la comunidad, las distintas emisiones de sonidos, con la cotidiana costumbre, formaron palabras; después, por la necesidad de indicar las cosas, se desarrolló el habla, y de esta manera los hombres aprendieron a discurrir entre sí. Habiendo, pues, el descubrimiento del fuego originado la convivencia entre los hombres, a los cuales la naturaleza les había dado el privilegio de caminar erguidos, a diferencia de los animales, contemplaban la magnificencia del cielo y de las estrellas, y con las manos y con los instrumentos fabricaban fácilmente lo que querían; algunos se dedicaron a construir techados con ramas; otros, a excavar cavernas en los montes; otros, imitando los nidos de las golondrinas, con ramas y barro se improvisaron guaridas. Al mismo tiempo, observando cada uno el trabajo de los otros y descubriendo con reflexión cosas nuevas, día a día mejoraron sus cabañas. Y puesto que los hombres, por su propia naturaleza, aprenden fácilmente e imitan de buen grado, envaneciéndose cada uno de sus pequeños descubrimientos, se mostraban recíprocamente los resultados de su trabajo; de esta manera estimulaban el ingenio, y gracias a la emulación progresaban rápidamente. Al principio, colocando palos en forma de horquetas e insertando ramas en los intervalos, construyeron paredes de barro. Otros recurrieron a terrones de barro unidos con madera y, para resguardarse de las lluvias y de los calores, idearon techos de cañas y de hojas. Después, como estos techos no eran resistentes contra los

aguaceros invernales, los revistieron de barro y los inclinaron para que escurrieran las aguas. De que éstos hayan sido los orígenes podemos darnos cuenta observando las construcciones que aún hoy día hay en los pueblos extranjeros, en la Galia, España, Lusitania, Aquitania, formadas con estacas de roble y cubiertas de rastrojo...»

ARS GRAMMATICA

De Elio Donato (s. IV d. de J. C.). Fue maestro de San Jerónimo y redactó *Ars Grammatica* en dos versiones: una, *Ars minor*, para los iniciados, para los que empiezan, y que se refiere a las ocho partes del discurso, y la otra, *Ars Maior*, para el provecho de todos y que contiene tres secciones: fonología, morfología y estilística. Estos dos manuales fueron textos de gramática para la enseñanza en la Edad Media.

ARTE AMATORIA, EL

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-17 d. de J. C.). Esta obra, *Ars amatoria o Ars amandi* («El arte amatoria», que así es como se la conoce), de gran humorismo, fue escrita por el poeta llamado «del amor», un libertino de buen gusto, y consta de tres libros, de los que el primero y el segundo están destinados a los hombres, y el tercero, a las mujeres. En el primero dice a los hombres en dónde pueden hallar a las mujeres y cómo han de seducirlas; en el segundo les enseña los medios de que han de valerse para conquistarlas. En el tercero, dedicado a las mujeres, señala a éstas el modo de agradar y hacerse amar por largo tiempo. Esta obra tuvo un éxito arrollador, real y rápido. Se la arrebataban entre sí de las manos, y durante siglos fue muy leída. Se encontraron citas de ella en los muros de Pompeya, reminiscencias en los siglos siguientes y en numerosísimos manuscritos de la Edad Media. La gente grave de Roma encontró demasiado atrevida la obra de Ovidio, e incluso el emperador Augusto le reconvino, y, para paliar sus efectos, el poeta cantó la palinodia publicando *Remedios de amor*, en el que enseñaba a no amar, pero, según dijo un crítico, el remedio fue peor que la enfermedad. Ovidio empleó un lenguaje figurado, que le salva de la franca obscenidad, a tal punto, que Voltaire dice que *El arte amatoria* «es un libro muy inocente, escrito muy decentemente y en él no se halla ni una palabra obscena». No lo había juzgado así Augusto,

el propio emperador de la Roma pagana, la de las bacanales y orgías desenfrenadas, el cual desterró al autor el año 8 de nuestra era, y murió en el destierro unos diez años después, contribuyendo a ello, entre otras causas, tales publicaciones.

ARTE DE LA GRAMÁTICA

De Mario Plocio Sacerdote (siglo III d. de J. C.). Esta obra, en tres libros, tuvo éxito en las escuelas. En el primer libro trata de las partes del discurso y de la retórica aplicada al discurso sobre los defectos y las traslaciones. El segundo libro habla de las declinaciones y de las conjugaciones y de cómo emplear la sintaxis. El libro tercero trata de la métrica, con más ejemplos griegos que latinos, y en él existen bastantes errores, hasta el extremo de que hay quienes piensan que no es del mismo autor.

ARTE POÉTICA

De Quinto Horacio Flaco (siglo I a. de J. C.). Esta obra es conocida también con el nombre de *Epistola ad Pisones* (o simplemente se cita: «Horacio, *Ad Pisones*»). Horacio compuso dos libros de epístolas, en los que da consejos; el primero trata de asuntos morales, y el segundo, en el que aparece en tercer y último lugar esta obra, la *Epistola ad Pisones,* trata cuestiones de buen gusto y literatura. Consta de 476 hexámetros, y en ella se traducen las influencias helénicas, como en todas sus obras, viniendo a ser como un testamento artístico que deja a padre e hijos Pisones. La obrita viene a constituir como unos treinta preceptos literarios. Veámoslos. I: *Homogeneidad de la obra* (vv. 1-13). Pregunta Horacio a los Pisones si no se reirían a carcajadas si presenciaran el capricho de un pintor (¡oh tiempos, oh costumbres!; no conocía a Dalí y otros genios) que presentara un cuadro que, con un cuello de caballo, varias plumas y miembros reunidos aquí y allá, resultara un monstruo marino, con la parte superior de una mujer hermosa. Este efecto causará un libro cuyas ideas, cual insomnios de un cerebro calenturiento, se hayan forjado sin ton ni son, de modo que ni el principio ni el fin se amolden al conjunto de la obra. Concedemos libertad a pintores y a poetas, pero no hasta permitir que hermanen los corderos con los tigres.

II: *Supresión de todo adorno que distraiga del fin principal* (vv. 14-23). Un autor ha empezado con un asunto serio, pero de pronto se pone a divagar con descripciones de hermosos paisajes, como los bosques y templo de Diana o las riberas del Rin, pero que no venían al caso. Es como un remiendo de brillante púrpura puesto a un traje viejo; como el alfarero que, empezando un ánfora, acaba por salirle un cántaro. III: *Variedad de estilo* (vv. 24-31). Se ha de proceder con tino y dirección si no queremos caer, al intentar huir de un defecto, en otro mayor. Si quiero ser breve, por ejemplo, soy oscuro; si empleo el estilo suave, me falta alma; si trato de grandes gestas, doy en estilo hinchado, etc. Y así, el autor que presente un asunto sencillo con galas extraordinarias causa el efecto de un pintor que nos presenta un delfín en los bosques o un jabalí en el mar. IV: *Conocimiento no de una, sino de todas las partes del asunto* (vv. 32-37). Si yo intento hacer una obra, no querré parecerme a Emilio, ese escultor que sacará al vivo las uñas de una escultura y en el bronce imitará la suavidad de los cabellos, pero el conjunto de la obra carecerá de perfección. Del mismo modo, no me conformaría yo en causar sensación por mis ojos y cabellos negros, si tuviese una nariz deforme. V: *Elección del asunto proporcionado a los conocimientos* (vv. 38-41). El que se ponga a escribir escoja la materia proporcionada a sus posibilidades, como hace un «mozo de cordel», que no cogerá un bulto que no puedan sostener sus hombros. VI: *Máxima atención al orden de las partes* (vv. 42-45). La eficacia y belleza del orden de las partes consistirá en la elección del momento oportuno en que deban decirse las cosas, dejando las que deban decirse en mejor ocasión. En una obra larga, adopte unos pensamientos y deseche otros. VII: *Precaución en el empleo de vocablos* (vv. 46-72). Nunca estará de más el ser cauto en el empleo de vocablos. Si se necesitan palabras nuevas para expresar cosas desconocidas hasta entonces, se te concederá esta licencia de invención si, tomándolas del griego, las latinizas. Siempre será, como fue, lícito inventar una palabra que guarde analogía con otras voces usadas y se ajuste al parecer de los doctos, costumbres del pueblo y de uso corriente. Como los árboles cambian de hojas en el otoño, así caen las palabras antiguas con el tiempo, viniendo a reemplazarlas otras que con vigor florecen juveniles. Nosotros y nuestras cosas nos debemos a la muerte; ¡cuánto menos duradera ha

de ser la hermosura de una palabra! Muchos vocablos que se perdieron se renovarán y, al contrario, quedarán en desuso los que ahora gozan de nuestra estimación si así lo quiere el uso, que es juez y norma del lenguaje. VIII: *Según el asunto, tal es la métrica empleada* (vv. 73-85). Homero nos enseñó en qué especie de metro han de escribirse las grandes empresas: guerras, acciones de reyes y de esforzados capitanes... Los asuntos de queja, primero se escribieron en hexámetros y pentámetros; luego, a esa métrica se asignó el sentimiento alegre. El yambo fue invención de Arquíloco y se adoptó para comedias y tragedias. IX (1): *Estilo apropiado al poema, decoro del lenguaje, atención al corazón del oyente* (vv. 86-113). X: *Al presentar el personaje se tendrá en cuenta su nacimiento, estado, edad y género de vida* (vv. 114-130). XI: *En la imitación de los antiguos se evitará el seguir el hilo de la fábula, poniendo otros pensamientos y variando la elocución; evítese un principio arrogante* (vv. 131-152). XII: *Téngase presente la edad del personaje representado, dándole la inclinación que para las etapas de la vida humana (niñez, juventud, edad varonil y vejez) tiene establecida la madre naturaleza* (vv. 153-178). XIII: *Decoro en las cosas que en el teatro se representen* (vv. 179-188). XIV: *No se dé más ni menos de cinco actos a un drama* (vv. 189-190). XV-XVI: *Prescíndase de la divinidad para la resolución de la trama; no se pongan a hablar cuatro personas* (vv. 191-192). XVII: *Función educadora del coro, viniendo a ser como el defensor de las buenas costumbres* (vv. 193-219). XVIII: *Del decoro que debe guardarse en las sátiras* (vv. 220-233). XIX: *Decoro de personajes y de elocución que deben guardarse en las sátiras* (vv. 234-239). XX: *El orden y disposición de un asunto común exige un delicado arte* (vv. 240-243). XXI: *Las expresiones de los sátiros deben mantenerse entre la demasiada urbanidad y la excesiva grosería* (vv. 244-250). XXII: *Sobre el verso yambo* (vv. 251-259). XXIII: *No usar de la licencia de los espondeos; meditar los modelos griegos y repasar bien el borrador de la obra* (vv. 260-308). XXIV: *Para escribir bien se necesita primero un caudal de conocimientos; la lectura de los filósofos puede suministrárnoslo* (vv. 309-322). XXV: *Para llegar a ser poeta famoso se necesita empezar a componer versos desde niño* (vv. 323-332). XXVI: *El fin de todo poeta es el instruir o el agradar, o ambas cosas a la vez, debiendo*

---

(1) A partir de este precepto tan sólo daremos el título.

procurar la brevedad en la exposición (vv. 333-337). XXVII: *El adorno en una obra debe ajustarse a lo verosímil, deleitando y a la vez instruyendo* (vv. 338-365). XXVIII: *La medianía en un poeta no es admisible; renuncie al nombre de poeta quien no posea un don especial* (vv. 366-384). XXIX: *No se lance una obra a su publicación sin antes haberla retenido para su repaso y corrección* (vv. 385-418). XXX: *Procurar que el censor de nuestra obra sea desinteresado e imparcial* (vv. 419-476).

ARTES

De Aulo Cornelio Celso. Era una vasta enciclopedia sobre agricultura, medicina, retórica y ciencia militar, aparecida durante el reinado de Tiberio (siglo I d. de J. C.). De tan voluminosa obra tan sólo se han conservado los ocho libros correspondientes a la medicina. El primer libro expone la división general: dietética, farmacéutica, cirugía y, además, la polémica entre médicos racionalistas y empíricos; el segundo trata de patología general; el tercero y el cuarto, sobre las enfermedades particulares; el quinto y el sexto, sobre la posología; el séptimo, sobre la cirugía, y el octavo, sobre la histología. Celso se inclina por los conocimientos racionalistas y prácticos, sin que llegue a desdeñar los conocimientos médicos empíricos.

ASINARIA

De Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). Esta comedia tomó de modelo la griega *El onagós* («El arriero»), de Demófilo. La burla y el engaño aparecen entretejidos en el enredo amoroso del joven enamorado Argiripo, que para rescatar de su madre medianera a la doncella Filenio, se vale de una treta, en unión de su propio padre, Dermeneto, para apoderarse de veinte minas, producto de la venta de unos asnos (de ahí el título de la comedia). La madre de Argiripo, con el administrador Saurea, no permite que su marido, al que tiene tiranizado, ayude (aunque no desinteresadamente) al hijo en esta costosa operación amorosa. Al presentarse un mercader para hacer entrega de las veinte minas a Saurea, Argiripo hace fingir a un esclavo suyo que es Saurea, el administrador, y se apodera del dinero, con el que rescata a Filenio y prepara un gran banquete en casa de su

amiga, al que asiste también Dermeneto. De pronto se presenta la mujer de éste, que se había enterado del engaño, le sorprende y le castiga. De este modo, el viejo libertino paga la pena de la intriga tramada de acuerdo con su hijo.

ASNO DE ORO, EL (1)

De Lucio Apuleyo (siglo siglo II d. de J. C.). *El asno de oro* es, como dice muy bien Schoell en su *Historia de la literatura latina,* un romance satírico, en el que Apuleyo se mofa con mucha originalidad de las ridiculeces y los vicios de su siglo y de la superstición en general. Lo que en España decimos «vale lo que pesa» o «tiene un corazón de oro», es, como si dijéramos, lo que al lector, por una especie de admiración, le ha ido incitando a dar a *La metamorfosis* el nombre de *El asno de oro,* que es como vulgarmente se conoce. Siempre que queremos expresar la excelencia de una cosa, nos referimos al precioso metal, empleando muchas veces la matáfora. Así, decimos «Siglo de Oro» para indicar esa época de esplendor de las letras. Entre los antiguos ya vemos, por ejemplo, que Cicerón, en el diálogo «Los académicos», llama *Libellum aureum* a un excelente libro, y Plinio el Joven también vemos que emplea el adjetivo *aureus* para una fábula. Y cuando el propio Apuleyo, en su libro V de esta obra, hace decir a las hermanas de Psiquis que se sienten felices por el hijo que ésta lleva en su seno, le llaman «*infantis aurei*», para indicar un bello niño; y más adelante dice que Venus se va al «*aureum thalamum*», para decir, con sinécdoque y metáfora, «a su espléndida mansión». (Véase «La metamorfosis», donde damos más información.)

ASTRONÓMICOS, LOS

De Marco Manilio (siglo I a. de J. C.). En esta obra, en cinco libros, sobre astronomía, si bien en ella prevalece con mucho la astrología sobre la astronomía, Manilio procura animar la aridez del tema dándole una correcta versificación. Canta en ella los planetas, las constelaciones y su influencia en la vida humana. El libro primero sirve de producción a los otros cuatro; el segundo habla de las propiedades de los cuerpos celestes; el tercero, de los modos de

---

(1) Publicada por Editorial Juventud, «Colección Z», núm. 255.

hacer los horóscopos; el cuarto y el quinto exponen cómo influye cada constelación sobre la índole y el destino de los hombres. Las partes mejores de la obra vienen a ser las que proclaman una firme confianza en la razón humana, cuyos progresos promueven la ciencia y son fuente de elevación moral. Dedicada al emperador Tiberio, la obra, que en lo poético toma por modelo a Lucrecio, en lo filosófico opone un panteísmo estoico al ateísmo epicúreo de éste.

ATELANAS

De Lucio Pomponio (siglos II-I a. de J. C.). La «fábula atelana», que vio sus orígenes entre los oscos de la Campania, en la ciudad de Atella, floreció y se mantuvo entre el pueblo durante mucho tiempo bajo la forma de una improvisación burlesca, y su comicidad se basaba en el ridículo, preponderando el chiste obsceno. Pero propiamente como inventor de este género literario, en la época de Sila, se erigió Lucio Pomponio, que dejó tamaño, oscurecido, a su contemporáneo Novio, del que se conservan cuarenta títulos y un centenar de versos. Las atelanas de Pomponio son unas sesenta y cuatro máscaras típicas, que con el tiempo se habían ido perfilando: Pappus es un viejo vicioso, a quien le gusta la bebida; Maccus, el estúpido y comilón; Bucco, el criado astuto y charlatán; Dossenus, deforme y pillo. Daremos unos cuantos títulos, en atención a la brevedad: *Pappus agrimensor, La novia de Pappus, La hernia de Pappus, Maccus disfrazado de muchacha.* En otras atelanas, el personaje no figuraba en el título, pero con sus chistes y bufonadas dominaba la escena. He aquí unas cuantas: *Agamenón, hijo epicúreo, La paga del lavandero, La muchacha con dote, La tocadora de lira, El cerdo enfermo, La cerda parida, La muchacha pura, Las acompañantes de niños, Los viejos muchachos,* etc. Todas ellas abundan en frases de doble sentido y en expresiones contrarias a la decencia.

ATTIS

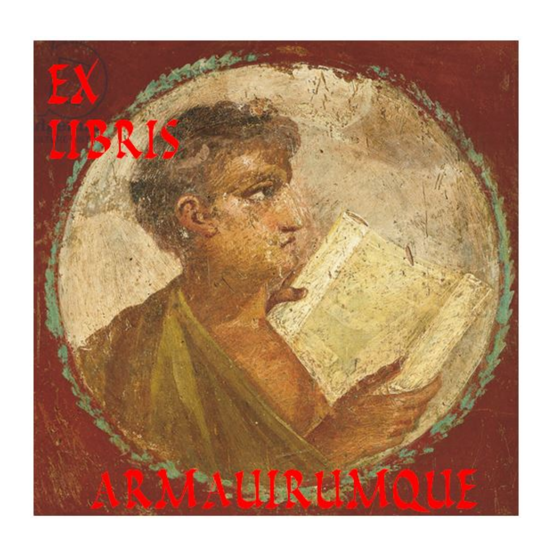
De Valerio Catulo (siglo I a. de J. C.). Pequeño poema en versos galiambos, que viene a ser una de las obras más curiosas de la producción poética romana. Difunde la pesada atmósfera de los crueles ritos en honor de la diosa Cibeles: el episodio de un rito oriental penetrado en Roma. Llega de

Frigia un joven llamado Attis, quien, apenas pisa el bosque de la diosa Cibeles, loco y furioso, se castra y se convierte en una mujer. Coge el tímpano, incita a sus compañeras, las galas, que también están castradas, y las conduce al templo de Cibeles; pero él, rendido, se queda en la puerta y se duerme. Al despertar por la mañana, recuerda la patria lejana, su virilidad perdida y se dispone a huir, pues no quiere permanecer siervo de la diosa Cibeles; pero ésta envía a su encuentro un león, y el joven, aterrorizado, regresa al bosque, donde quedará esclavo durante toda su vida.

AULULARIA (LA OLLA)

De Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). Comedia en la que Plauto nos presenta, con la peculiar vivacidad y comicidad que imprime a sus personajes, las tribulaciones, inquietudes y sudores que le causa una olla en donde guarda y tiene escondido su tesoro el avaro Euclión. Con el fin de disimular sus riquezas, siempre en continuo sobresalto por temor a que le roben, vive en la mayor indigencia, compartida por su buena hija Fedra, a la que desea como esposa Megadoro, un vecino entrado en años, el cual prefiere como mujer una muchacha sin dote y virtuosa. El padre, receloso y sospechando que sabe algo sobre su tesoro, se opone al principio a este matrimonio, pero al fin consiente: Megadoro no quiere hacer economías, y para los preparativos invade la casa de la novia una multitud de criados, cocineros y músicos, a los que Euclión echa de casa con malos modos, viendo en cada uno de ellos a un posible ladrón. A todo esto, un gallo, picoteando y escarbando, está a punto de dejar al descubierto la olla, por lo que Euclión mata al gallo y, pensando en otro escondrijo para su tesoro, lo lleva al cercano templo de la diosa Fidelidad. Mientras está rogando a la diosa que proteja su tesoro es escuchado a escondidas por Estróbilo, criado de Licónides, sobrino de Megadoro y que hacía ya nueve meses que había violado a Fedra sin que nadie lo supiese. Estróbilo va al templo para apoderarse de la olla, pero Euclión, que vigila su tesoro cual si tuviera los cien ojos de Argos, echa al criado y vuelve a coger la olla, llevándola ahora a enterrar a un bosque lejano, apartado de todos. Pero Estróbilo, que le había seguido a hurtadillas, cuando se queda solo se apodera de la olla. Euclión vuelve al bosque; la olla había desaparecido. Desesperado, loco de

dolor, vuelve corriendo a su casa, y allí se encuentra con que Eunomia, la hermana del novio Megadoro y a la vez madre de Licónides, comprende que es mejor que Fedra se case con Licónides, padre de su futuro hijo, que con su maduro hermano Megadoro. La presunta pobreza de Fedra no será ya inconveniente, porque en ese preciso momento llega Estróbilo con la olla, la dote de la novia. Queda burlado el avaro Euclión, y el siervo Estróbilo recibe como premio la libertad.



B

BENEFICIOS, DE LOS

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). Esta obra filosófica, en ocho libros, es un tratado de ética, que teoriza sobre el amor al prójimo y los deberes sociales, y se fundamenta en la comunicabilidad. «El bien ha de ser difusivo.» El beneficio es el máximo vínculo de la sociedad humana, y el dar y el recibir proporciona gozo. Los tres primeros libros consideran el beneficio en sí, el agradecimiento y la ingratitud. El beneficio actúa considerando primero las cosas necesarias; después, las útiles, y, en último término, las agradables. Hay que otorgar el beneficio alegremente, de buena gana, sin vacilación. La ingratitud consiste en negar, en ocultar o en olvidar o no recompensar el beneficio. Los últimos libros nos ofrecen diversos actos de beneficencia, de caridad, de gratitud, alternándolos con la confutación de algunas paradojas estoicas.

BÍSULA

De Décimo Magno Ausonio (siglo IV d. de J. C.). Breve poema que forma parte de la colección «Idyllia», en cuyos versos canta la hermosura de una esclava sueva que le había dado a Ausonio el emperador como parte del botín de una expedición contra los alemanes. Éstos son unos versos a la esclava: «Delicia, caricia, juego, amor, placer; / ¡bárbara, pero vences a las doncellas del Lacio! / Bísula: nombre demasiado áspero para ti, tan tierna; / rudo para el que no está acostumbrado, / pero tan querido y hermoso para el que te posee.»

BODAS DE PELEO Y TETIS, LAS

(Véase «Poesías» de Catulo.)

BREVIARIO DE HISTORIA ROMANA

De Eutropio (siglo IV d. de J. C.), alto funcionario imperial, a quien el emperador Valente encargó esta obra histórica, que en diez libros y en doscientos veinticuatro capítulos abarca once siglos de historia, desde la mítica fundación de Roma (754 a. de J. C.) hasta la muerte del emperador Joviano (16 de febrero del 364 d. de J. C.). Era la época de los grandes compendios, epítomes y sumarios, en la que no quedaba tiempo para las grandes lecturas. Pronto esta historia resumida de Eutropio se convirtió en un gran éxito en todos los siglos. Peanio hizo una traducción en griego y, posteriormente, Capitón de Licia realizó una segunda traducción griega. Abundantes códices atestiguan la gran aceptación que esta obra tuvo en la Edad Media.

BUCÓLICAS

De Tito Calpurnio Sículo (siglo I d. de J. C.). Las siete églogas las escribió Calpurnio durante el reinado de Nerón, al que glorifica en ellas con repetidas alusiones, y contienen trozos descriptivos no desprovistos de originalidad. En ellas imita a Virgilio en sus *Bucólicas (Églogas)* y a Teócrito en sus *Idilios.*

BUCÓLICAS

De Marco Aurelio Nemesiano (s. III d. de J. C.). Tiene cuatro églogas, imitación de las de Virgilio y Calpurnio, que suelen publicarse como apéndice a las de este último.

BUCÓLICAS

De Publio Virgilio Marón (70-19 a. de J. C.). Virgilio escribió diez poesías de carácter idílico pastoral entre los años 42 y 39. De ellas, unas son imitaciones de Teócrito, bastante aproximadas al original griego, y otras son unos idilios a base de alusiones y alegorías, resultando un género híbrido y artificioso, puesto que introduce la actualidad política en un cuadro pastoril con el que no concuerda. Los personajes políticos con disfraces alegóricos entremezclados con los personajes irreales, la trama bucólica y novelesca; todo

está entretejido de ficción y realidad. Teócrito es indiferente ante su propio tema, mientras que a Virgilio le hiere y lo vive subjetivamente, sintiendo una fuerte, una honda simpatía hacia los sufrimientos humanos, convirtiéndose, en expresión de Chateaubriand, en «amigo del hombre solitario, en el compañero de las horas secretas de la vida». Conozca el lector algunos hermosos versos: «Aquí, al pie de la elevada roca, el leñador dará su canto al viento... / Y a lo lejos humean las techumbres de los caseríos, / y de los altos montes caen inmensas sombras... / Mira, los novillos llevan los arados colgados del yugo, / y el sol poniente dobla las sombras que crecen... / Así, tu canto a nosotros, divino poeta, [es] cual sueño sobre la hierba a las cansados, como en el calor / apagar la sed con la dulce agua que mana del regajo...» El inspirador de estas composiciones fue su amigo Asinio Polión, que a la sazón era gobernador de la Galia Cisalpina. Primera égloga: Melibeo pierde su hacienda para dar alojamiento a los «veteranos». Encuentra a Títiro, a quien se le ha respetado la suya. No siente envidia al considerar la felicidad ajena, pero medita sobre las dos diversas fortunas: el amigo podrá quedarse en su heredad, mientras que él, desterrado, ha de renunciar para siempre a su casa. Segunda égloga: Coridón siente un ardoroso amor por Alexis, siervo predilecto de un rico propietario de la ciudad, que no se cuida del pobre pastor. Éste, desdichado, dirige a los montes y a los bosques sus desconsoladas palabras de amor, y se da cuenta entonces de que, en medio de la tortura de amor por Alexis, ha olvidado sus trabajos. Tercera: Dametas, mientras está guardando el ganado, ve que llega Menalcas. Éste, porque lleva muy adentro un antiguo rencor, empieza a injuriar a su compañero, y acaban desafiándose a ver quién canta mejor, obteniendo el que gane, por premio, unas copas de madera de haya cinceladas artísticamente. Como juez actuará Palemón, quien, después de doce réplicas que versaban sobre varios temas, declara a los dos iguales en méritos. Cuarta: en esta égloga, sexta, pero cuarta en el orden de los manuscritos, escrita en honor de un niño y dedicada a su amigo Polión, los exegetas cristianos, dada la atmósfera tan vaga, veían en ese niño al propio Niño Jesús. El poeta anuncia un bienestar para el género humano, y a ese niño le está reservada la ventura de dar comienzo con sus años a la renacida época de oro, ya perdida desde hace siglos, y a medida que vaya creciendo llegará a la

perfección. Quinta: Menalcas y Mopso entonan sus cantos; Menalcas canta la aflicción del orbe por la muerte de Dafnis, y Mopso, la apoteosis de éste. Complacidos los dos pastores y con la mutua admiración, se dan regalos. Sexta: Cromis y Mnasilo encuentran dormido a Sileno y, mientras le van hablando, le atan con guirnaldas de flores. Se despierta y, luego de que se lo piden, entona su canto sobre leyendas míticas (Deucalión, Prometeo, Faetón, entre otras más) y no cesa en su canto hasta la caída de la tarde. Séptima: Melibeo cuenta que escuchó a Coridón y a Tarsis en una competición de canto, en la que salió vencedor Coridón. No refiere toda la competición, en la que cantan estrofas alternas sobre temas variados. Octava: compiten dos pastores componiendo dos cantos de amor. Damón se declara traicionado por Nisa, que va a casarse con Mopso. Para su desesperación, no encuentra otra solución que el suicidio. Alfesibeo refiere el canto sobre una mujer abandonada por el pastor Dafnis. Sobre éste obran unas prácticas mágicas, que acaban por restituirle su amado. Novena: Lícida y Meris se encuentran cuando éste va a llevar los cabritos a su nuevo amo, un «veterano» del ejército triunviral que ha echado a Menalcas de su casa. Los dos pastores se deleitan escuchando algún trozo poético de éste, y hubiesen estado más tiempo escuchándole a no ser por la prisa de Meris por presentar a su nuevo amo. Décima: la naturaleza, los pastores, las divinidades olímpicas y pastorales procuran consolar a Galo, abandonado por Licórida, que se va con un militar. El valor perdurable de esta su primera obra, *Las bucólicas* (o *Las églogas*), como el de las otras, está asegurado por su habilidad y por su exquisita sensibilidad. Los elementos que intervienen en la obra están impresos con esa extraordinaria viveza que nos da la sensación de ver bajo la máscara de esos pastores el rostro y el alma del poeta, pero donde más se nos presenta ese carácter autobiográfico es en las églogas primera y novena.

C

CABELLERA DE BERENICE, LA

De Cayo Valerio Catulo (87-54 a. de J. C.). Esta obra, que es una muy elegante traducción de la misma de Calímaco (poeta griego del siglo III a. de J. C.), nos permite conocer esta bella elegía, ya que la original, en dísticos elegíacos, se ha perdido, quedando tan sólo unos pocos versos. La reina Berenice, esposa de Tolomeo III Evergetes, en el momento en que éste parte para la guerra contra Seleuco II de Siria, promete ofrecer sus trenzas al templo de Arsinoé Cefiritida si el rey regresa sano y salvo de la guerra. Así sucedió, y Berenice cumplió su voto.

CANTO SECULAR

De Quinto Horacio Flaco (65-8 a. de J. C.). Por encargo del emperador Augusto, Horacio compuso este poema *(Carmen Saeculare)* para las fiestas seculares celebradas el año 737 de la fundación de Roma (17 a. de J. C.), siendo ésta la quinta celebración desde que fueron instituidas. El himno lo cantarían, en honor de los dioses protectores de la ciudad, en especial de Apolo y de Diana, veintisiete doncellas y otros tantos jovencitos, elegidos entre los más nobles y cuyos padres viviesen todavía. Estas fiestas, empezadas la noche del 31 de mayo, durarían tres noches y tres días sin interrupción. En este poema, no pudiendo inspirarse en Alceo y Safo, mostró su originalidad y su ortodoxia imperialista al exclamar con voz firme y sonora: «*Phoebe silvarumque potens Diana*» («Oh siempre honorados Febo y tú, Diana, que en los bosques reinas...»), culminando su fe en el imperio cuando dice, unos versos más adelante: «¡Nunca tus ojos, sol, vean cosa más grande que la romana gloria!»

CARMEN DE MORIBUS

De Marco Porcio Catón (234-149 a. de J. C.). Esta obra, que se ha perdido, debió de contener apotegmas y un epistolario y en ella debía de aparecer el Catón moralista enemigo de la invasión del griego en la literatura latina y de los griegos corrompidos, «que no servían para nada».

CÁSINA (LA SORTEADA)

De Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). Es la comedia de la esclava Cásina, sacada de la comedia griega *Oi Kerúmenoi* («Los que echan suertes»). Cásina había sido recogida de pequeñita y criada por Cleóstrata hasta la edad de dieciséis años. El marido y el hijo han puesto los ojos en la jovencita y cada uno la quiere para sí. Para eludir la vigilancia de la esposa y madre, piensan ambos casarla con un criado distinto: el padre, con su intendente, y el hijo, con su escudero Calino. Cleóstrata está de parte del hijo, pero, al echar suertes, queda favorecido el marido y, por tanto, Cásina se casará con el intendente. Pero madre e hijo no se dan por vencidos, y es entonces cuando los dos maquinan un engaño: el escudero, con el vestido nupcial que debía ponerse la novia, ocupará el puesto de ésta en la ceremonia nupcial. Después, cuando el viejo y el marido (el intendente) intenten manifestarle el cariño, se descubrirá el engaño y les dará una soberana paliza. Como final feliz, un vecino reconocerá a la muchacha como hija natural, y ella se casará con el joven enamorado, dejando burlado al viejo libertino. En esta comedia, una de las más licenciosas de Plauto, se nos presentan dos situaciones de una gran comicidad: una, la sustitución de la esposa por un hombre (cuyo tema de risa lo tomaría, entre otros, Shakespeare en *Las alegres comadres de Windsor*), y la otra, la rivalidad entre el padre y el hijo, que acaba con el ridículo del viejo libertino.

CAUTIVOS. LOS

De Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). Esta comedia sobre el juego de trueque de personajes, de gran efecto teatral, está compuesta en torno a las vicisitudes de Tíndaro y Filopólemos, que han sio hechos esclavos. Tíndaro, de niño,

es raptado por el esclavo Estalagno y vendido en Elida, y Filopólemos cayó prisionero en la guerra contra los eleos. Egión, el padre desventurado, no hace más que comprar esclavos, para así poder cambiarlos por su hijo Filopólemos. En una de estas compras está Tíndaro, que figura como siervo de Filócrates. El desenlace feliz llega después de las numerosas acciones bruscas y afectuosas que sugiere a Egión su amor paternal, ricas en bromas, bufonadas y juego de palabras. Egión quiere mandar a Tíndaro a rescatar a Filopólemos, quedándose su amo como rehén. Tíndaro convence a su amo Filócrates para que trueque el papel con él, fingiéndose siervo. Queda Tíndaro y, denunciado por otros esclavos el engaño, pasa a la cárcel. Filócrates viene de Elida con Filopólemos, y, obligado a declarar, Estalagno dice que Tíndaro, el que está en la cárcel, es el que lo vendió al padre de Filócrates, quien se lo dio a su hijo como siervo particular. Y de ese modo, en el mismo día, Egión recobra a sus dos hijos.

CINEGÉTICA

De Gracio Falisco (siglo I a. de J. C.), contemporáneo de Ovidio. Pequeño poema, del que sólo nos quedan 541 hexámetros, en los que se consideran las armas del cazador: redes, lazos, dardos, caballos y, sobre todo, el perro. Es apreciable por la vivacidad descriptiva y por la elegancia de estilo, y en el poema se percibe la imitación de los dos grandes modelos: Lucrecio y Virgilio.

CIUDAD DE DIOS, LA

De San Agustín (354-430 d. de J. C.). Esta grandiosa obra, que representa la acción de Dios en la historia de la humanidad y que, por exigencias del alfabeto, va antes que *Las confesiones*, que representa la acción de Dios en el corazón del individuo, fue compuesta y publicada después; esta obra colosal es como una derivación conceptual de la otra, obra que, pese al avance de las ciencias históricas, está viva y palpitante y no cesa de cosechar lectores. Como acicate, aparte su impulso interior, de ese fuego interior que pugna tumultuoso por salir al exterior y como torrente incontenible de abrasadora lava, dejará tras de sí la tierra en disposición de poder germinar con fecundidad,

como acicate, digo, fue la acusación de los paganos de que el saqueo infligido por los godos de Alarico (410) a la ciudad de Roma fue debido a causa del abandono del culto de los dioses tradicionales impuesto por el cristianismo. San Agustín devolverá la acusación. Demostrará, en su contraataque, a la luz de la historia de Roma, que los «males morales» y los «males físicos» afligieron también cuando el culto de los dioses estaba en flor y el cristianismo aún no existía. Los estragos y las devastaciones hechos por los godos no han dañado lo que verdaderamente vale. En la obra, San Agustín refuta sin acritud a Cicerón, Virgilio, Séneca y Platón, tratándolos como adversarios dignos de respeto y simpatía, y parece alegrarse cuando en ellos encuentra coincidencias con la doctrina cristiana. Es más, en una de sus cartas expresa el noble deseo de que entre los que Cristo libre del infierno se encuentren todos los poetas, oradores y filósofos antiguos dignos de admiración por la austeridad de su vida, por la pureza de su carácter, por su desprecio de la muerte. La obra consta de veintitrés libros, con varios capítulos cada uno. Libro I, con treinta y seis capítulos. Cap. I: De los enemigos del nombre de Jesucristo. Cap. II: Jamás los dioses de los paganos han dejado de proteger a los vencidos de los vencedores. Cap. III: Imprudencia de los romanos al ponerse bajo la protección de los dioses penates, que no habían tenido el poder de proteger a Troya. Cap. IV: El templo de Juno no salvó a ninguno de los que allí se refugiaron. Cap. V: Temor de César sobre lo que sucede de ordinario en la toma de una ciudad. Cap. VI: Los romanos no perdonaron jamás los templos de las ciudades que tomaron. Cap. VII: Que los actos de crueldad que cometieron los bárbaros en Roma deben atribuirse a las leyes de la guerra; los actos de clemencia, al nombre de Jesucristo. Cap. VIII: Que los buenos y los malos de este mundo son comunes a los buenos y a los malos... Cap. IX: Por qué los buenos son afligidos en este mundo con los malos. Cap. X: Que los santos no pierden nada al perder los bienes naturales. Cap. XI: Se muere siempre bien cuando se ha vivido bien. Cap. XII: La falta de sepultura no podrá perjudicar a los cristianos. Cap. XIII: Por qué hay que amortajar los cuerpos de los fieles. Cap. XIV: De la cautividad y de sus consuelos. Cap. XV: La piedad de Régulo hacia sus dioses no impidió que los cartagineses le mataran. Cap. XVI: ¿Ha causado perjuicio la violencia a la castidad de las mujeres

cristianas? Cap. XVII: De la muerte voluntaria por miedo al castigo o al deshonor. Cap. XVIII: De la violencia que sufre el cuerpo sin que el alma participe. Cap. XIX: De la muerte voluntaria de Lucrecia. Cap. XX: Nada podrá autorizar a un cristiano para darse la muerte. Cap. XXI: Excepción a la ley que defiende el homicidio. Cap. XXII: Jamás hay grandeza de alma al darse muerte. Cap. XXIII: De la muerte de Catón. Cap. XXIV: Régulo, superior a Catón. Cap. XXV: Que no debe evitarse un pecado por otro. Y siguen las capítulos desde el XXVI hasta el XXXVI. Libro II, con veintinueve capítulos. Libro III, con veintiún capítulos. Libro IV, con treinta y cuatro capítulos. Libro V, con treinta y seis capítulos. Libro VI, con doce capítulos. Libro VII, con treinta y cinco capítulos. Libro VIII, con veintisiete capítulos. Libro IX, con veintitrés capítulos. Libro X, con treinta y dos capítulos. Libro XI, con treinta y cuatro capítulos. Libro XII, con veintisiete capítulos. Libro XIII, con veinticuatro capítulos. Libro XIV, con veintiocho capítulos. Libro XV, con veintisiete capítulos. Libro XVI, con cuarenta y tres capítulos. Libro XVII, con veinticuatro capítulos. Libro XVIII, con cincuenta y cuatro capítulos. Libro XIX, con veintiocho capítulos. Libro XX, con treinta capítulos. Libro XXI, con veintisiete capítulos. Libro XXII, con treinta capítulos. Esta obra es la más grandiosa apología del cristianismo, fruto de un intenso trabajo durante el período 410-426. En ella, San Agustín expone su propia concepción: desde Caín y Abel en adelante, en el mundo coexisten dos ciudades en perpetuo antagonismo: la divina y la terrena. La «ciudad divina» se caracteriza por el «*amor Dei ad contemptum sui*» («el amor de Dios [conduce] al desprecio de sí mismo»); la «ciudad terrena», por el «*amor sui ad contemptum Dei*» («el amor a sí mismo [conduce] al desprecio de Dios»). Con esa metafísica de la sociedad, con lo que hay de permanente en lo mutable del comportamiento de los humanos, de esas fuerzas secretas que deciden esa diversidad de comportamiento de individuos y de naciones, va examinando la historia a través de los siglos, dirigiendo al final su mirada al futuro, a esa meta de la vida eterna, que será alcanzada solamente con la derrota del Anticristo y después del aniquilamiento de la ciudad terrena. San Agustín poseía una sensibilidad exquisita, clara inteligencia y nobleza de carácter, y de él dice el crítico alemán Norgeu que «fue el poeta más grande de

la Iglesia antigua, aunque, al igual que Platón, escribiera poquísimo en verso. Ambos se destacan como los más grandes poetas filósofos de todos los tiempos». Su cristianismo se ha llegado a definir como un platonismo coronado por la gracia.

COMEDIAS

De Cecilio Estacio (siglo II a. de J. C.). Se le conocen unas treinta y nueve comedias de las llamadas «paliatas», todas ellas fragmentarias, de argumento y ambiente griegos y la mayoría imitando a las comedias de Menandro, traduciendo incluso sus títulos. Se sabe que vivió en la misma casa de Ennio; que Varrón le alaba por su argumento, y que Gelio, comparando un pasaje suyo con el de Menandro, le juzga un artista mediocre. Las comedias de Estacio tienen personajes más bien seniles y, a diferencia de Plauto, no logra el éxito a base de chistes y donaires, sino que, con abundantes frases sentenciosas y preceptos morales, prefiere conquistar un público culto y de buen gusto con la pintura delicada de caracteres, con airosas intrigas y esmerándose en los detalles. He aquí unos versos suyos sobre la vejez y la sabiduría: «De veras, vejez, aunque al venir / no trajeras otro mal contigo, / éste solo basta: el que vive mucho, / ve muchas cosas que no quisiera.» «También a menudo bajo un sucio manto / se encuentra la sabiduría.»

COMEDIAS

De Sexto Turpilio (segunda mitad del siglo II a. de J. C.). Comediógrafo que nació en Padua y compuso comedias de ambiente griego, conocidas con el nombre de «paliatas», de las que hay noticia de una docena aproximadamente. Los mismos títulos denotan personas y cosas de Grecia, como *Paedium* («El niño»), *Hetaera* («La cortesana»), *Philopater* («El hijo que quiere a su padre»), *Trasyleon* («Trasileón»), etcétera. Turpilio, sin degradar a los personajes, les dio un lenguaje plebeyo para halagar al pueblo haciéndole creer que salían de la viva voz del pueblo las máximas de sabiduría, como la de este verso, que encierra una verdad eterna: «La riqueza protege al hombre no menos que el escudo.»

COMENTARIO A CICERÓN

De Quinto Ascanio Pediano (3-38 d. de J. C.). Este comentario histórico-político a Cicerón (concretamente a estos cinco de sus discursos: *Contra Lucio Pisón, En defensa de Marco Escauro, En defensa de Milón, En defensa de Cornelio* y *En toga candida*) lo compuso para su hijo, por lo que su tono era familiar, sin que los argumentos que emplea Ascanio lleguen a ser vulgares. Lo referente a la gramática y al estilo pasa a segundo término, y el texto de Cicerón se convierte en un repertorio de historia antigua, dando información sobre la naturaleza de la Constitución romana cuando todavía era republicana. Esta obra se dio a la publicidad en los primeros años del reinado de Nerón, antes de que éste pasara a convertirse en un monstruo de refinada crueldad, ya que su retraso hubiese supuesto la imposibilidad de su publicación.

COMENTARIOS SOBRE LA GUERRA DE LAS GALIAS

Esta obra *(Commentarii de Bello Gallico)*, a través de los tiempos ha tenido diversos títulos: *C. Julii Caesaris Commentarii, Rerum Gestarum* («Comentarios de las gestas de C. Julio César»), con el subtítulo *Bellum Gallicum* o *Belli Galici* («La guerra de las Galias» o «Las guerras de las Galias»). Y ya en ediciones de fines del siglo XV aparece el título de *Caesaris Commentarii de Bello Gallico*. Estrabón tradujo la palabra *commentarii* por *hupomnémata*, o sea «memorias», y Plutarco, por *ephemerídes*, equivalente a «diarios». Estas dos palabras, traducción del *commentarii* latino, dieron un concepto particular a la obra de César, que no le da un sentido exacto, pues *commentarii*, en latín clásico, no corresponde a «memorias» ni a «diario», sino que en nuestro idioma decimos «comentarios», esto es, unos apuntes de relativa extensión comentados o razonados. No existía en César la pretensión de componer una historia de la guerra de las Galias, sino facilitar el material para una futura y posible historia. Corroboran esta tesis las opiniones de Cicerón y de Aulio Hircio. El primero dice en *Bruto* o *Diálogo de los oradores*: «*...voluit alios habere parata unde sumerent qui vellent scribere historiam*» («...quiso que los otros que desearan escribir una historia tuvieran

preparados los materiales de donde pudieran echar mano»). El segundo, Hircio, en el prefacio del libro VIII nos dice: «[*commentarii*] *qui sunt editi, ne scientia tantarum rerum scriptoribus deesset*» («[los comentarios] que han sido sacados a la luz, para que el conocimiento de tan grandes acontecimientos no faltara a los escritores»). Los *Comentarios* (ocho libros) están escritos con sobriedad a veces castrense, dando la sensación al lector de que está leyendo un comunicado; tienen la concisión de unos apuntes y sin más pretensión que la de servir de materia para que otro pueda escribir la historia. Esta obra está considerada como modelo digno de imitación por la claridad y método de exposición. César narra de modo brillante y ameno colorido, sin salirse de esa austeridad que reclama el género histórico. Cicerón le alaba en su ya citado *Bruto* cuando dice: «Sus *Comentarios* son desnudos, simples y elegantes, despojados de toda ornamentación oratoria...; no hay nada más agradable en la historia que una brevedad pura y luminosa.» Aulo Hircio, general y lugarteniente de César, que escribió el último libro, el VIII, de esta obra, dice en el ya citado prefacio a L. Cornelio Bulbo: «...tal es el mérito que cada uno le atribuye, que parece que los *Comentarios*, en vez de facilitar la tarea de los historiadores, se la vuelve más imposible.» Respecto de qué forma fue escrita la obra, puede afirmarse que la escribió toda a la vez el 52 antes de Jesucristo y en tres meses (octubre, noviembre y diciembre). En apoyo de esta rapidez podemos citar las palabras de Hircio, llenas de admiración, cuando exclama: «Nosotros sabemos cuán fácil y rápidamente los ha llevado a cabo [los siete libros].» Esa rapidez también la apoya el deseo de que esta obra le defendiera, ante la opinión pública, de sus enemigos, que eran muchos. He aquí un bosquejo de los libros de la obra: Libro I: La Galia y sus habitantes. Los helvecios. Orgetórige. Su muerte. Preparativos de la emigración de los helvecios. César se apresura a cerrarles le paso. Los helvecios atraviesan el país de los secuanos gracias a los buenos oficios de Dumnórige, yerno de Orgetórige. Medidas de César. Los helvecios pasan el Arar (hoy Saona). Embajada del helvecio Divico. César persigue a los helvecios. Combate de retaguardia. Mala voluntad de los heduos. Diviciaco y Lisco denuncian a Dumnórige. Diviciaco implora clemencia para su hermano, abrazando a César. Derrota de los helvecios junto a Bibracte; éstos se someten. Los helvecios regresan a

su país, y en el campamento se encuentra un documento estadístico. Los galos piden ayuda a César contra Ariovisto. En nombre de todos habla el heduo Diviciaco. Se intenta negociar con Ariovisto. Embajadas de César y altivas respuestas del germano. Nuevas quejas contra Ariovisto. César ocupa Vesonción (hoy Besanzón) antes que Ariovisto. Pánico en el ejército romano. Discurso de César, y las tropas, recobrada la moral, marchan contra Ariovisto. Entrevista de César y Ariovisto. Proceder indigno y astuto de Ariovisto. Se entabla la batalla, y victoria de César. Fuga de Ariovisto; muerte de sus dos esposas en la fuga; de sus dos hijas, una muerta y otra hecha cautiva. Cuarteles de invierno, a cuyo mando César deja a Labieno y marcha a la Galia Citerior para celebrar sus asambleas. — Libro II: Agitación en Bélgica y medidas de César. Éste pasa el Aisne y los belgas atacan Bibracte. Batalla del Aisne y sumisión de suesiones, belovacos y ambianos. Batalla del Sambre. Posición de los dos ejércitos. Maniobra de los nervios. César arenga a las tropas. El ala derecha y el centro contraatacan victoriosamente, pero el ala izquierda queda en situación crítica. Cunde el desconcierto entre los romanos, que resisten heroicamente. Labieno manda la décima legión en ayuda de la séptima, y el enemigo es rechazado. Se elogia el heroísmo de los belgas, y los nervios se someten. Los atuatucos se encierran en una sola ciudad y mandan una embajada a César. Destrucción de la ciudad y, después de quedar sometidos los pueblos de los vénetos, unelos, osismos, coriosolitas, esuvios, aulercos y redones, pueblos marítimos que tocan el océano, pacificada la Galia con estas campañas, César lleva las legiones a los cuarteles de invierno y marcha a Italia, en donde, como consecuencia de su informe, el Senado decreta por primera vez quince días de rogativas públicas. — Libro III: Servio Galba, a quien César, al marchar a Italia, había confiado la misión de tener abierta la ruta a través de los Alpes, recibe informes alarmantes y considera crítica la situación. El enemigo ataca. Galba convoca a los centuriones. Se hace una audaz salida, se derrota al enemigo y Galba se retira. Se reanuda la guerra en la Galia. Se sublevan los vénetos. Los navíos enemigos y su táctica. Victoria naval de Bruto. Los vénetos se someten. Sabino vence a los unelos. P. Craso derrota y somete a los sociates. Coalición de los aquitanos y llamamiento a los españoles. Craso acaba victorioso la campaña y Aquitania se somete. César, en el

ínterin, ha derrotado a los morinos y a los menapios, quienes se internan en los bosques después de perder a muchos de los suyos. Para evitar sorpresas, César hace talar la selva y todos los árboles, para evitar un ataque de flanco; se colocan de cara al enemigo y se les amontona a ambos lados, a modo de valla. Presentada la borrasca y como se prolongara, César conduce su ejército al territorio de los aulercos, los lexovios y demás ciudades que no habían acabado de hacer la guerra y lo dispone en los cuarteles de invierno. — Libro IV: Los usípetes y los tenetheros, pueblos germanos, acosados por los suevos, pasan el Rin, invadiendo la Galia. Costumbres de los suevos. César decide la campaña contra los germanos. Éstos mandan una embajada. Piden un plazo, y César lo deniega. El Mosa y el Rin. Se concierta una tregua, que los germanos rompen. Ataque de los romanos y victoria de César. No resignándose a mantenerse a la defensiva, decide pasar el Rin y en diez días construye un puente, obra maestra de ingeniería. Después de dieciocho días y de haber incendiado aldeas, edificios y segado el trigo, se retira a la Galia y destruye el puente. Campaña contra Bretaña. Resistencia del enemigo. Derrota de los britanos, que piden la paz. Una súbita tempestad impide el desembarco de la caballería. El enemigo se prepara y ataca con caballería y carros de combate. Es derrotado y pide la paz. César exige el doble del número de rehenes que antes y, con viento favorable, leva anclas después de medianoche, llegando todos sin novedad al continente. Terminadas estas acciones de guerra, el Senado decreta, a la vista del informe de César, veinte días de acciones de gracias. — Libro V: Se hacen los preparativos para una nueva expedición a Britania. Luego de arreglar los asuntos de la Galia, incluida la expedición contra los tréveres, que tiene la caballería más fuerte de todos los pueblos de la Galia, se dirige a Puerto Icio, que dista apenas unas treinta millas de Britania. Se efectúa la travesía con más de ochocientas naves y unos cuatro mil jinetes. Noticias sobre Britania, su geografía, sus habitantes. Los combates y tácticas de los britanos. Se cruza el Támesis. Campaña contra Casivelauno, el cual, después de haber sometido varios pueblos, se somete también. César regresa a la Galia, reembarcando el ejército en dos convoyes, pues tenía muchos prisioneros. Después de celebrarse en Samarobriva (hoy Amiens) una asamblea de los galos a causa de la escasez de trigo debido

a la sequía, César se ve obligado a dispersar el ejército en varios cuarteles de invierno. Y a lo largo de todo este libro se suceden las batallas, traiciones de pueblos sometidos que se rebelan, y se producen sensibles pérdidas para el ejército romano, que ha de hacer frente a una agitación general. Se realizan actos de heroísmo, como el de los centuriones T. Pulón y L. Voreno. Acaba el libro relatando la muerte de Induciamaro, al que, por orden de Labieno, sus soldados se dedican a perseguir en la fuga y lo traen muerto. Después de este hecho, César tiene más apaciguada la Galia. — Libro VI: César refuerza su ejército. Los galos se preparan para otra guerra. Se someten los nervios, los senones y los menapios. Labieno derrota a los tréveres. César cruza el Rin. Los ubios le informan sobre los suevos. A continuación, César hace una digresión y nos habla de las costumbres de los galos. Rivalidad entre heduos y secuanos. Las clases sociales. Sobre los druidas. Los caballeros, la religión y los dioses de los galos. La tradición, derechos de la familia y funerales. Los secretos de Estado. Continúa sobre las costumbres de los germanos. Su agricultura. La guerra, el pillaje y la hospitalidad. Descripción de la selva Herciniana (hoy Selva Negra). La fauna, los alces y los uros (toros salvajes, que se extinguieron en el siglo XVIII). César penetra en la Galia y marcha contra Ambiórige a través del bosque de las Ardenas, y la caballería de L. Minucio Basilo establece contacto con Ambiórige, que se fuga. Catuvolco se envenena con tejo, árbol que abunda en la Galia y en Germania. César aniquila a los aburones. Los germanos cruzan el Rin en busca de César. Nuevas acciones, con actos de heroísmo y abnegación por parte de los romanos, que sufren sensibles pérdidas. Después de establecer el ejército en los cuarteles de invierno y de abastecersee de trigo, César marcha a Italia para tener allí sus reuniones. — Libro VII: Conjuración general de la Galia aprovechando la estancia de César en Italia. Principal cabecilla: el rey de los arvernos, Vercingetórige. Terrible matanza de romanos en la ciudad de Cénabo. César sale para la Galia. Concentra fuerzas en territorio de los helvios; se apodera de Velaunoduno y de Cénabo; se le rinde Novioduno. Se establece el asedio de Avarico por los romanos. La ciudad realiza una hábil defensa. Los sitiados hacen una salida y se entabla un combate nocturno. Al día siguiente y lloviendo se efectúa el asalto y saqueo de Avarico. Actividad y medidas de Vercin-

getórige. César se dirige a Gergovia. César y Vercingetórige toman posiciones ante Gergovia. Convictolitavis y Litavico traicionan a César. Éste, después de haber sido informado por el heduo Eporedórige, sale al encuentro de los heduos. Tienen lugar numerosas batallas, encarnizadas y con sensibles pérdidas para los romanos, como la del heroico centurión M. Petronio, que muere por salvar a los suyos. En un combate mueren también cuarenta y seis centuriones. Al final se rinde Vercingetórige y se efectúa la sumisión de los heduos y los arvernos. Tras estos hechos, César envía las legiones a los cuarteles de invierno. Devuelve casi veinte mil cautivos a los heduos y a los arvernos. Tito Labieno va con dos legiones y la caballería al territorio de los secuanos y lo asigna a M. Sempronio Rutilo. Sitúa al legado C. Fabio y a L. Minucio Basilo con dos legiones en el país de los remos, para que no sufran vejaciones de sus vecinos los belovacos. Con una legión cada uno envía: a C. Antistio Regino, a los ambivaretos; a T. Sextio, a los bitúrigos, y a C. Cavinio Rebilo, a los rutenos. Coloca a Q. Tulio Cicerón y a P. Sulpicio en Cavilón y Matiscón (país de los heduos), sobre el Arar (Saona), para el abastecimiento de trigo. César decide invernar en Bibracte. Conocidos los hechos en Roma por un correo de César, se celebran rogativas públicas durante veinte días. — Libro VIII: Empieza Hircio dirigiéndose a Balgo, quien no había cesado de instarle a que escribiera este libro, y le dice: «...he tomado la dificilísima tarea: he añadido a los comentarios de la guerra de la Galia de nuestro querido César lo que allí faltaba y he rellenado esa laguna con los escritos siguientes del mismo autor... Ojalá que los que los han de leer puedan saber cuánto he violentado mi voluntad para escribirlos, para librarme con más facilidad del crimen de necedad y arrogancia al tener que ponerme entre los escritos de César...» Y termina diciendo: «Pero yo, mientras voy reuniendo todas las razones de mi excusa para que no se me compare con César, ciertamente en esto voy cometiendo mi crimen de presunción, porque creo que alguien puede llegar a compararme con César.» Empieza diciendo que se llega a saber que muchas ciudades renuevan sus propósitos de guerra y se conjuran. Campañas contra bitúrigos y belovacos. Contra éstos se distinguen los germanos que luchan al lado de César, y narra el final del jefe de los belovacos, Correo, que no escucha la invitación de que se rinda y sucumbe combatiendo con muchí-

simo valor e hiriendo a muchos romanos. Sigue relatando nuevas sublevaciones y actos de bandidaje de diversas ciudades y acaba su libro dando noticias sobre política. Pone de manifiesto que, el invernar en Bélgica, César tenía el único propósito de mantener bajo su alianza a las ciudades y no darles motivo de guerra. Mantuvo en paz la Galia, cansada ya de tantas batallas adversas, tratando honorablemente a las ciudades, recompensando con largueza a sus principales ciudadanos y no añadiendo ninguna carga nueva. Cuenta los acontecimientos políticos del año 50, la acogida triunfal de César en la Cisalpina, la intriga de Marcelo contra César. Éste acata el decreto del Senado de que Pompeyo y César deberán enviar cada uno una legión para la guerra de los partos. Termina Hircio su libro diciendo que, «habiendo llegado César a Italia, conoce que las dos legiones que él había repatriado para ser llevadas a la guerra de los partos, según decreto del Senado, habían sido entregadas a Pompeyo por el cónsul Marcelo y que estaban retenidas en Italia. Nadie dudaba ya de lo que se tramaba contra César, pero éste decidió que debía soportarlo todo mientras quedase alguna esperanza de arreglar legalmente el conflicto antes de recurrir a las armas».

CONFESIONES, LAS

De San Agustín (354-430 d. de J. C.). Esta obra, con *La ciudad de Dios*, de la que ya hemos hablado, son las dos más importantes de toda su producción literaria. Fue escrita cuando ya era obispo de Hipona, alrededor del 400, y viene a constituir, como obra filosófica y una dramática autobiografía, un documento único en la producción literaria mundial, obra por la que sentía gran predilección Petrarca, quien decía de San Agustín que no creía pudiera ser igualado por nadie y que era demasiado inaccesible. De los trece libros de la obra, los nueve primeros nos hacen recorrer los años de su vida desde que, en su infancia, robaba peras del huerto de su vecino Tagasta, hasta que, en Milán y a sus treinta y tres años, es bautizado, después de haber sostenido una impetuosa y titánica lucha consigo mismo y de haber renunciado a todo lo que le había sido grato. En el libro IX asistimos a la muerte de su venerada madre Móni-

ca. Los últimos cuatro libros tienen un carácter principalmente doctrinal. En toda su ansiosa y constante investigación actúa la fórmula del *«intellige ut credas, crede ut intelligas»* («entiende para que puedas creer, cree para que puedas entender»), fórmula que en el transcurso de los siglos asimilarían grandes cabezas, como Santo Tomás de Aquino, quien, después de que creía porque entendía, y entendía porque creía, se preguntaba: «¿La razón y la fe se repelen?», y se contestaba: «No, al contrario, se atraen.» *Las confesiones* tienen por materia al hombre y por meta a Dios. Conozca el lector algún fragmento y aspire la suave fragancia que de él se desprende. *La inmensidad de Dios* (libro I): «¿Te abarcan el cielo y la tierra, por aquello de que los llenas? ¿Es acaso que, llenándolos, sobra todavía algo que no te puede contener? ¿Y adónde derramas eso que de ti queda tras haber llenado el cielo y la tierra? O acaso tú, que contienes todas las cosas, ¿no tienes necesidad de ser contenido por tus criaturas, porque todo lo que llenas lo llenas con contenerlo? Porque no están llenos los vasos de ti para darte estabilidad, porque si también se rompen, no por eso tú te derramas. Y cuando sobre nosotros te derramas, no lo haces descendiendo, sino levantándonos; no te desparramas, sino que nos recoges. Y así, colmando todas las cosas, ¿las llenas todas con todo tu ser o, porque todas no pueden contenerte todo, contienen una parte de ti? Y esta parte tuya, ¿la contienen todas y a la vez, o cada una la suya, mayor las mayores, y las menores más pequeña? Pero ¿es que existen en ti partes mayores y menores? ¿Será, acaso, que estás íntegro en todo lugar y ninguna cosa te contiene todo? ¿Qué eres, pues, Dios mío? ¿Qué eres, por piedad, sino el Señor Dios?... Sumo, óptimo, potentísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo...» *El tiempo no es una realidad* (libro XI): «Dios no está en el tiempo, ya que el tiempo no es una realidad, sino un acto psíquico, una distensión del alma, que la vienen a constituir tres inexistencias: el pasado, que no es ya; el futuro, que no es todavía, y el presente, que, por pequeño que sea, está constituido siempre de pasado y de futuro. Sólo es real lo eterno, y es en la eternidad donde se halla Dios.» *La omnipotente Trinidad* (libro XIII): «¿Quién entenderá la omnipotente Trinidad? Rara es el alma que, hablando de ella, sabe de qué habla. Hay porfías, hay disputas... Quisiera que los hombres reflexionaran en sí mismos estas tres cosas. Muy

diferentes son estas tres cosas de aquella Trinidad. Sólo las digo porque mediten y prueben y se den cuenta de cuán lejos están. Las tres cosas que digo son: *ser, saber* y *querer.* Pues yo *soy, sé* y *quiero; soy* quien sabe y quien quiere; *sé* que soy y quiero, y *quiero* ser y saber. Comprenda quien pueda en estos tres fenómenos cuán inseparable sea la vida: una vida, una inteligencia, una esencia...» El conocimiento de Dios, según San Agustín, es innato en el hombre por estas tres certidumbres inseparables: *ser, saber* y *querer.* Y estas tres certidumbres son los símbolos de la Trinidad innatos en el hombre: *ser* absoluto (el Padre), *saber* absoluto (el Hijo) y *amor* absoluto, *voluntad* absoluta del bien (el Espíritu Santo).

CONSOLACIÓN DE LA FILOSOFÍA, DE LA

De Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio (hacia 480-524), ministro del arriano Teodorico y ajusticiado por sospechas de alta traición. Esta obra, la más importante de su producción, fue escrita mientras estaba en la cárcel de Pavía y, por tanto, entre el 523 y el 524; consta de cinco libros en prosa y versos de varios metros y pertenece tanto a la literatura como a la filosofía. Va unida a la corrección de la forma una nobleza de pensamiento, que puede parecer cristiana, en especial en los tres últimos libros, que tratan de Dios como verdadero y único fin de todas las cosas y como única fuente de felicidad. En la obra se va desarrollando un diálogo entre el autor y su visitante, la Filosofía, la cual, mientras él, en la prisión, estaba buscando en la poesía alivio a sus miserias, se le ha aparecido bajo la figura de una mujer de aspecto venerable y con un hermoso vestido, en el que abajo hay bordada una letra «P» y arriba una «T», las que simbolizan la división platónica de la filosofía en P(ráctica) y T(eórica), y esas letras están unidas por unos escalones, que recuerdan el otro concepto complementario de la ascensión de la práctica a la teoría. Boecio se queja a su visitante de los males en que se ve consumido, y ella le contesta que, en realidad, él ha tenido de la Fortuna más bienes que males. Además, la culpa es suya por haber confiado en ella, ya que es inconstante y falsa, y por haber dado valor a bienes, como la fama, el poder, el

placer, que producen no felicidad, sino desventura. Esa fortuna que el mundo conceptúa adversa, por el contrario, aprovecha mucho más que la próspera,· porque libera al alma, elevándola a la verdad y a la virtud, a la verdadera felicidad y a Dios, aspiración suprema del pensamiento humano. Habla de la Providencia de este modo: Al objetar Boecio de que el vicio debería ser siempre castigado, y premiada la virtud, le contesta la Filosofía que esa injusticia de la distribución es sólo aparente: la Providencia proporciona los bienes y los males según los méritos, y nosotros lo entenderíamos si pudiésemos conocer la causa de todo. El conocimiento de Dios es atemporal; Dios vive en un presente eterno. Por encima de todo está, como espectador, Dios presciente de todos los acontecimientos, y la eternidad, siempre presente en su visión, se concierta con la futura cualidad de nuestros actos, dispensando recompensas a los buenos y castigos a los malvados. No en vano se le dirigen esperanzas y plegarias, que, si son rectas, no pueden ser ineficaces. «Oponeos, pues, a las culpas, cultivad las virtudes, levantad el alma a las rectas esperanzas, elevad al cielo humildes plegarias; grande es para vosotros la necesidad de ser buenos, ya que obráis ante los ojos de un juez que lo ve todo.» Así acaba esta obra, que inspiró toda la literatura y filosofía cristianas de Occidente desde los siglos VIII al XIV, hasta llegar a palidecer al advenimiento del Renacimiento. El lector habrá podido apreciar en los fragmentos que he citado la delicadeza de un estilo educado clásicamente. Dante sacó de esta obra consuelo en los primeros años que siguieron a la muerte de Beatriz, y en su *Divina comedia* coloca a Boecio (canto X, vv. 122-129) en el Paraíso, en compañía de Santo Tomás de Aquino, Alberto Magno y Dionisio. León XIII, por medio de un decreto (1879), ratificó el culto tributado *ab immemorabili* a la memoria de Boecio, dada la constante tradición de que el filósofo cayó víctima del arriano Teodorico por su sólida fe católica.

CONSPIRACIÓN (O CONJURACIÓN) DE CATILINA, LA

De Cayo Salustio Crispo (86-35 a. de J. C.). Escribió esta obra en sesenta y un capítulos, siendo los primeros a manera de prefacio. Nos habla Salustio en tono filosófico de la vida de los romanos, y ya en el capítulo IV nos dice que, ha-

biendo conseguido encontrar la calma «*ub animus ex multis miseriis atque periculis requievit*» («cuando el alma descansó, fuera ya de las muchas miserias y peligros»), tiene el propósito de contar brevemente y con la mejor fidelidad posible la conjuración de Catilina, porque este acontecimiento histórico lo juzga digno de ser recordado «por la novedad del crimen y del peligro». En el capítulo V empieza a darnos a conocer las condiciones físicas y morales de Catilina (le atribuye el asesinato de su madre y de su hijo y el comercio incestuoso con su hermana Sergia, casada con el caballero romano Q. Cecilio), y dice que su depravada vida se veía estimulada por las costumbres corrompidas del Estado, al que atormentaban dos grandes males: la lujuria y la avaricia. Catilina, digamos aquí que, según Plutarco en la *Vida de Cicerón*, «corrompió una parte de la juventud, porque suministraba a cada uno los placeres a los que la juventud está inclinada: como banquetes, amores de locas mujeres, y les proporcionaba dinero con largueza para sostener todos estos gastos». Nos dice Salustio que la república se engrandeció a fuerza de tesón y trabajo, y que los mismos romanos que antes arrostraban valerosamente los peligros y las vicisitudes fueron vencidos por el placer y las riquezas. Hace una bonita distinción entre ambición y avaricia. Sigue describiendo la disolución y la perversidad, campo propicio para Catilina, que se asocia para la conjuración con la gente depravada que encuentra entre nobles, plebeyos y soldadesca veterana de Sila. Intenta derribar al gobierno de Roma regido por los cónsules Cicerón y Antonio. Secretamente apoyan a Catilina César y Craso. Tras el fracaso de las dos intentonas de conjuración, la del 688 y la del 690, vuelve a conspirar por tercera y última vez, encontrando la muerte. Y en el capítulo LVII nos cuenta que L. Metelo Céler cierra el paso de los Alpes a Catilina en su intento de huir a la Galia Cisalpina. Después de encontrarse encerrado por los montes y las legiones de Metelo, arenga a sus tropas y les recomienda que, en caso de que la fortuna les sea adversa, no perezcan sin venganza. La batalla fue encarnizadísima, y se encontró a Catilina moribundo, lejos de los suyos, sobre un montón de enemigos. Los más bravos murieron o quedaron con heridas muy graves. Mucha sangre y lágrimas costó al pueblo romano la victoria. Al levantar un cadáver, uno veía al amigo; el otro, al huésped; quién, al pariente, y algunos, a decir verdad, hallaron a sus

enemigos personales. Todo el ejército estaba agitado de diverso modo: había sentimientos de alegría, tristeza, duelo y goce.

CONTROVERSIAS, LAS

De Séneca el Viejo, Anneo (54 a. de J. C. a 40 d. de J. C.). Las mejores noticias acerca de los retóricos, cuya actividad era principalmente oral, nos vienen en esta obra de diez libros de retórica, a los que va añadido el libro de *Las suasorias* («Suasoria»). *Las controversias* desarrollan setenta y cuatro temas, con inclusión de fragmentos de discursos. Cada libro contiene de seis a nueve controversias. Esta obra nos ha llegado incompleta, faltando los libros III, IV, V, VI y VIII. La controversia, que era la declamación preferida del público, seducía a nuestro Séneca por el vivo interés y la tensión dramática que ofrece el hombre sometido a la acción judicial. *Las suasorias* son siete discursos sobre hechos históricos y leyendas heroicas.

CORPUS JURIS CIVILIS

Del emperador de Oriente, Justiniano, que reinó del 528 al 564. Es el legado espiritual de Roma, en el que se compendian las experiencias y el saber de siglos y del que irán sacando normas y disciplinas de vida todos los pueblos de Occidente. En su primera Constitución de febrero del 528 nombra una comisión de juristas, cuyos principales artífices serán Triboniano y los cuatro profesores de derecho, sus grandes colaboradores, Teófilo y Cratino, de Constantinopla, y Doroteo y Anatolio, de Berito. Hasta de 1.265 obras se sirvieron los juristas para llevar a cabo esta monumental obra, en la que, además del derecho civil, comprende numerosas partes del derecho público en general y del derecho penal en particular. El *Corpus juris civilis*, fundamento de la sabiduría jurista romana, está dividido en *Código* (sacado de los tres ya existentes: *Teodosiano, Hermogeniano* y *Gregoriano*) y *Digestas* o *Pandectas*, al que se le añaden las *Institutiones* y las *Novelas* (1).

---

(1) Constituciones justinianas.

CRÓNICA

De Flavio Magno Aurelio Casiodoro (alrededor de 485-580). Antes de retirarse a la vida monástica, que fue en 540, escribió, por encargo de Eutarico, presunto sucesor de Teodorico, una *Crónica,* en forma compendiada de tablas cronológicas, que abarca desde los orígenes del mundo hasta el año 519 después de Jesucristo, con un total de 5.721 años. Es de importancia el útimo período, que trata de las denominaciones consulares y que comprende del 509 antes de Jesucristo al 519 después de Jesucristo. Empieza la obra por la historia hebrea; pasa luego a la asirio-babilónica, y de ésta a la greco-romana. Para compensar la aridez de las tablas cronológicas da noticias de orden literario y cultural, y en ellas Casiodoro, a través de objetivas exposiciones de hechos, conceptos y sucesos, nos da a entender cómo el poderío romano se halla ahora bajo el dominio de los godos, para quienes fue escrita en realidad esta *Crónica.*

CRÓNICA

De Cornelio Nepote (alrededor de los 100 a 25 a. de J. C.). Su *Crónica (Chronicorum libri tres)* era como un compendio de cronología greco-romana. Para la parte griega, Cornelio tomó como modelo la de Apolodoro, en trímetros yámbicos, y para la historia romana, la de Casio Emina. De la *Crónica* sólo han quedado seis fragmentos. Los acontecimientos principales de la historia griega y romana venían relacionados entre sí por medio de una serie de sincronismos. Además de los hechos históricos, la obra hablaba también de escritores griegos (Homero, Hesíodo, Arquíloco) y casi seguro que también de latinos.

CUESTIONES ACADÉMICAS («ACADEMICA»)

Obra filosófica de Marco Tulio Cicerón (106-43 a. de J. C.). En el año 45 compuso dos libros de diálogos sobre el problema del conocimiento según los dictámenes de la Academia, que en este siglo se encontraban alejados de su fundador, Platón, abrazando el escepticismo. Estos dos libros se llamaron *Academica priora* («Primeros académicos»), y sus interlocutores son Catulo y Lúculo, llegando hasta no-

sotros solamente el libro II. Posteriormente y con nuevos materiales hubo una segunda edición, llamándose *Academica posteriora* («Segundos académicos»), en cuatro libros, de los que sólo se conserva el I, pero muy mutilado, siendo los principales interlocutores Ático y Varrón. Común a todos estos filósofos académicos es la convicción de que ni la verdad es accesible por medio de los sentidos, ni el conocimiento humano puede jamás poseerse por absoluto, por lo que aquello que parece verdadero al hombre, mejor se haría si lo llamáramos verosímil.

CUESTIONES NATURALES

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C. a 65 d. de J. C.). Además de retórico y filósofo, se dedicó también a investigaciones científicas, que después reunirá en esta obra *(Quaestiones naturales)* en siete libros, que gozó de gran favor en la Edad Media. Es ya una obra de su edad avanzada, que le da pleno convencimiento de que en el universo existe una jerarquía de valores, y quiso añadir al conocimiento del alma el de la naturaleza, y con la luz que le proporciona su filosofía ve con mayor nitidez y profundiza más hondamente en la realidad de las cosas. En la obra intenta reducir a la unidad, hallando su origen común, los fenómenos meteóricos y celestes, como los cometas, el fuego, las tempestades, el rayo, las nubes, el agua, el granizo, la nieve, el viento y los terremotos. La meteorología ocupa los libros I, II, IV, V y VI; la geografía, el III, y la astronomía, el VII. Muestra estas inquietudes de la investigación científica ya en su juventud, componiendo obras sobre la India *(De situ Indiae)*, de Egipto *(De situ es sacris Aegyptiorum)* y de los terremotos *(De motu terrarum)*, todas las cuales se han perdido.

CURCULIO, EL

Comedia de Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). El protagonista es Curculio (1), un parásito, un gorrón, que emplea toda clase de astucias y embrollos para que Fédromo, su protector, consiga a la doncella Planesia, de la que

---

(1) Nombre alegórico de un insecto, el gorgojo, que roe insaciable los cereales y destruye los granos.

está enamorado, a la cual un rufián llamado Capadocio tiene encerrada en su casa. Fédromo tan sólo logra verla, mientras está ausente Capadocio, valiéndose del soborno del cancerbero que guarda la puerta, que es una vieja que se pirra por el vino. Para rescatar a Planesia le hace falta dinero, y Curculio viaja para cobrarle un antiguo crédito, viaje que resultó infructuoso a este respecto, pero muy valioso para la consecución de lo deseado: el casarse con la doncella Planesia. En el viaje resulta que conoció a un soldado fanfarrón, de nombre Terapontígono Platagidoro, el cual había comprado la joven al perverso Capadocio, depositando la suma convenida en casa del banquero Licón, con la expresa condición de entregar la joven cuando se presentase el portador de una carta suya provista de su legítimo sello. Es, pues, el astuto Curculio quien, aprovechándose de la embriaguez del soldado, se había apoderado del anillo con el sello, y con éste, estando de acuerdo con Fédromo, sella una falsa carta que le pondrá a éste en posesión de su apasionado y casto amor. El engaño surte efecto: el banquero entrega la suma de dinero al rufián Capadocio, quien hace entrega de la joven. Ésta, en el ínterin, en el ajetreo de los trámites, ha visto en el dedo de Curculio el anillo del soldado, que había pertenecido a su padre y por el que conoce a su propio hermano en su pretendiente fanfarrón. Éste, satisfecho y contento por haber encontrado a su hermana, la cede a Fédromo como esposa. Carga con todos los gastos el rufián Capadocio, que por haber tratado como esclava a una mujer libre se le obliga a que devuelva el dinero recibido. Curculio, en premio a su lograda astucia, será mantenido a expensas del esposo.

D

DESCRIPCIÓN DEL MUNDO, LA

De Rufo Festo Avieno (siglo IV d. de J. C.). Esta obra es un pequeño poema geográfico escrito en 1.393 hexámetros, en el que parafrasea la *Periégesis tés Gés* («Descripción de la Tierra») del griego Dionisio de Alejandría (siglo II a. de Jesucristo).

DÍA DE CUMPLEAÑOS, EL

De Censorino. Obra notable de este autor, compuesta en el 238 después de Jesucristo, en la que, con finura y esmerado estilo, trata cuestiones relacionadas con el día del cumpleaños (como el ofrecimiento de regalos en señal de sincera amistad), conservándonos noticias interesantes. Este tratado sobre el nacimiento del hombre, en relación con su genio protector, es estudiado en el misterio de su procreación, encontrándose su vida influida por el curso inmutable de los astros.

DIÁLOGO DE LOS ORADORES («DIALOGUS DE ORATORIBUS»)

De Cornelio Tácito (55-116 d. de J. C.). Funcionario en tiempos de Domiciano, se puso a escribir a la muerte del tirano (año 96), a la vuelta a la libertad con Nerva. En él alcanza insólita profundidad el pensamiento humano. En esta obrita intervienen cuatro dialogantes en las discusiones, dos a favor de la elocuencia: Marco Apro y Julio Segundo, y dos en defensa de la poesía: Curiacio Materno y Vipstano Mesala. De los varios discursos pronunciados, sólo se conserva íntegro el de Apro. Éste defiende con vehemencia la elocuencia de los tiempos actuales frente a las más célebres de épocas anteriores. Es partidario de una evolución natu-

ral que sustituya la simplicidad desaliñada por un refinado empleo de los adornos y una profundidad de pensamiento. Del mismo modo, dice, una mansión es opulenta no sólo porque preserva del viento y de la lluvia, sino porque además deleita la vista. Vipstano Mesala ridiculiza la oratoria moderna, extendiéndose luego en la exposición de las causas de su decadencia. Los antiguos educaban, dice, a los hijos en casa entre ejemplos de virtud pública y privada, adiestrándolos en el arte militar, la jurisprudencia y la elocuencia, con miras al servicio de la patria; pero los niños de hoy son puestos en manos de nodrizas mercenarias, y los peores vicios les son enseñados por el ejemplo de los padres y en las escuelas de retórica, en las que se atiende con particular énfasis a la forma, descuidando las necesidades y las leyes de la vida y de la patria. Anterior a esta discusión, como Marco Apro había reprochado a Curiacio Materno el que hubiese abandonado la elocuencia por la poesía, éste le contesta con una conmovida defensa de la poesía, que es «manantial de purísimos y secretos goces», dice.

DIÁLOGOS DE SÉNECA

Una serie de pequeños tratados filosóficos de Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.) fueron luego reunidos con este título. *Diálogos de Séneca* no está escrito en forma de diálogo más que aquel que lleva por título *De la tranquilidad del alma.* Y es que a partir de Platón, como era costumbre que los temas filosóficos se desarrollaran en conversación de dos o más interlocutores, se siguió llamando diálogos a estos tratados. Estos de Séneca son: *De la Providencia,* en el que se desarrolla el concepto de que las desgracias mejoran lo bueno y son casi un signo de la predilección que por él tiene la divinidad, que quiere ejercitar la virtud de los más buenos. El hombre tiene que seguir su destino duro y agradecer a la Providencia el que le haga digno de luchar y de salir victorioso de sus pruebas. *De la constancia del sabio* es un elogio de la filosofía estoica; demuestra que el verdadero sabio nunca puede ser ofendido, ya que su virtud es invulnerable y ni los reveses de la fortuna ni los ultrajes de los malvados pueden perturbarle. *De la ira* (o *De la cólera*) explica que el estímulo impetuoso que incita al hombre al acto de violencia constituye el obstáculo para la obra individual y social del bien. Este tratado cons-

ta de tres libros, siendo los dos primeros los que estudian los caracteres de ese estímulo, de esa pasión y de la razón, así como los límites de la moral. El libro tercero trata de la ira como enfermedad social y sugiere los remedios adecuados. Conozca el lector algunos fragmentos, para que se percate del pensamiento y del arte de nuestro genial filósofo. «Si anhelamos ser siempre jueces ecuánimes, sobre todo persuadámonos de que ninguno de nosotros está limpio de culpa; en efecto, lo que más nos irrita brota de la idea "yo no he pecado en nada, yo no he cometido mal alguno". ¡Di más bien que no quieres reconocerlo! Cuando nos indignamos por haber recibido un reproche o un castigo, en aquel instante erramos precisamente, porque al agravio añadimos la arrogancia y el desprecio. ¿Quién osa proclamarse inocente ante toda la ley? Incluso admitiendo que así sea, ¿qué inocencia mezquina no es ser bueno según la ley? ¡Cuánto más vasto es el campo de los deberes que las reglas del derecho! ¡Cuántos actos nos piden la piedad, la humanidad, la generosidad, la justicia, la fidelidad, cosas todas que no están en el código!... Pensando en todo esto, seamos, pues, más justos con quien peca y escuchemos mejor a quien nos reprocha; no nos enojemos con los buenos... y mucho menos con los dioses... Vendrán a decirte que alguien ha hablado mal de ti; piensa si tú antes no has hecho lo mismo, piensa de cuántos hablas mal.» Y para no encolerizarse súbitamente si uno le ofende, le aconseja decirse a sí mismo: «Yo también he obrado así.» Sigue el tratado *Consolación a Macia.* Esta dama virtuosa, que había perdido a su hijo, es a quien Séneca anima a soportar la adversidad haciéndole consideraciones sobre la brevedad de las cosas y la providencial necesidad de la muerte. *De la vida feliz* pretende demostrar que se puede amar la pobreza aun viviendo fastuosamente, y define así la vida feliz: «Puede llamarse feliz aquel que, gracias a la razón, ha llegado a no desear y a no temer. Es cierto que también las piedras y los animales carecen de pasión y que nadie por eso los llamó dichosos; pero es porque los mantiene en ese estado la falta de inteligencia. Tú puedes comparar estos seres inanimados y bestias con aquellos hombres que no tienen conciencia de sí mismos. No hay diferencia entre el que está privado de razón y el que tiene una razón desviada o perversa que le daña en lugar de servirle, ni tampoco puede decirse feliz el que no se ha rodeado de verdad. Por consiguiente,

una vida feliz, segura y permanente depende del juicio recto y seguro, y la mente está pura e inmune de todos los males cuando... se defiende sin titubear de las circunstancias que le propone el destino adverso.» En *De la vida contemplativa* dice a Sereno, a quien va dedicado este tratado, que la naturaleza nos ha engendrado para la vida contemplativa y también para la vida activa y nos ha dado el modo de proveer al bien del prójimo. En *De la tranquilidad del alma* dialogan Sereno y Séneca. Aquél, presa del tedio de la vida, duda entre el mal y aquel bien que no tiene fuerzas para emprender. Séneca le amonesta; la tranquilidad no conoce las turbaciones; es preferible asistir al espectáculo de la inmoralidad pública con ánimo tranquilo. «No debemos —dice— preocuparnos por cosas inútiles ni por aquellas que no llegamos a conseguir; en otras palabras, no debemos anhelar lo que no está a nuestro alcance ni lo que después, con mucha vergüenza, reconoceremos que no tiene valor. Que la fatiga no sea en vano, ni el resultado, indigno; el fracaso o el éxito que produzcan vergüenza, engendran, asimismo, tristeza. Es necesario, pues, poner un límite a aquel correr de un lado a otro al que se entregan gran parte de los hombres, siempre en movimiento por casas, teatros y plazas... Pregúntale a uno de éstos al salir de casa: "¿Dónde vas? ¿Qué piensas hacer?" Te responderá: "No lo sé de fijo, pero iré a ver a alguien y seguramente haré algo." Sin un fin concreto vagan en busca de ocupación y hacen no lo que se habían propuesto, sino aquello con lo que topan... Alguien ha definido su manera de vivir como una ociosidad trabajosa. A veces sentirás lástima por algunos que corren como si fueran a apagar un incendio: tropiezan con los que encuentran, empujan a otros...; todo eso para... seguir el funeral de alguien a quien conocen o para asistir... al nuevo casamiento de quien no hace más que casarse y divorciarse. Después, cuando vuelven a casa víctimas de una inútil fatiga, juran que ni siquiera saben para qué han salido ni dónde han estado, y al día siguiente hacen lo mismo. ¡Sea, pues, todo esfuerzo dirigido a un fin útil! Los inquietos que se fatigan sin motivo son necios que creen en imágenes ilusorias...» En *De la brevedad de la vida,* Séneca nos dice que ésta se nos antoja breve por el hecho de que nos parece que tenemos que vivir siempre. Los dos últimos tratados de los *Diálogos de Séneca* son *Consolación a Polibio* y *Consolación a Elvia,* que fueron escritos durante

su destierro en Córcega, y tratan sobre cuestiones morales y del problema de la muerte según las doctrinas de la filosofía estoica.

DIDASCALIA

De Lucio Accio (170-84 a. de J. C.). Es una obra, mezcla de prosa y de verso, que traza la historia de la poesía dramática griega y romana. Su título, derivado del griego, significa noticias sobre obras escénicas representadas. Ha llegado hasta nosotros fragmentariamente y viene a ser una vasta obra de erudición, un ensayo crítico-histórico, que abarca la literatura griega desde Homero y la latina hasta mediado el siglo II. Se ocupa de Homero, Hesíodo, Livio Andrónico y comedias de Plauto.

DIOS DE SÓCRATES (TRATADO DEL)

De Lucio Apuleyo (siglo II d. de J. C.). Este pequeño tratado sobre el «daimon» socrático nos presenta a Lucio Apuleyo más como un místico que como un filósofo. En él aparece muy fuerte la creencia en los «daímones» intermediarios entre el Dios supremo y los humanos, intercesores a semejanza de nuestros ángeles custodios.

DISCIPLINAS, LAS

De Marco Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.). Esta obra enciclopédica *(Disciplinarum libri IX)* fue escrita en su ancianidad y ha llegado a nosotros en fragmentos. Trataban estos nueve libros sobre gramática, dialéctica, retórica (tres artes liberales que en la Edad Media constituían el llamado «Trivio»), geometría, aritmética, astronomía y música (las otras artes liberales que formaban el llamado «Quadrivio»). Los dos últimos libros versaban sobre medicina y arquitectura.

DISCURSOS

De Marco Porcio Catón (234-149 a. de J. C.). Cicerón alababa los discursos civiles y políticos de Catón, cuyo patriotismo y rectitud de ideas y nobleza de intenciones le prestaban alas para elevarse en su elocuencia. Tenía un precepto

de cuatro palabras, que compendia el secreto de la elocuencia: «*Rem tene, verba sequentur*» («Domina el tema y no te faltarán palabras»). También de él se recuerda su patriótico y vehemente apóstrofe: «*Delenda est Carthago!*» («¡Cartago debe ser destruida!») Venían a ser más de ciento cincuenta discursos, de los que se conservan fragmentos de casi ochenta. En ellos se puede apreciar esa especie de cruzada que, como censor y moralista, llevaba a cabo contra los patricios, los Escipiones, las matronas entregadas al lujo, los griegos y los cartagineses.

DISCURSOS

De Quinto Aurelio Símaco (alrededor del 345-405 d. de J. C.). Tenemos ocho discursos, en parte fragmentarios, de este romano, de familia noble y prefecto de Roma. Tres de sus discursos fueron pronunciados en honor de los emperadores Valentiniano I y II. Cortés con los cristianos y respetuoso con la libertad de conciencia prescrita por el edicto, es, no obstante, uno de los últimos y más convencidos del paganismo y del culto e instituciones de la antigua Roma. En uno de esos discursos dirigido a Valentiniano II le pide tolerancia y que se restaure el altar de la diosa Victoria, símbolo del pasado y de la fe de los mayores. «Lo que todos adoramos —dice— debe ser la esencia única. Todos dirigimos la mirada a las mismas estrellas, común es el cielo, un mismo mundo nos circunda. ¿Qué importa el camino por el que cada uno busca la verdad?...» Además de estos discursos, se tienen noticias de otros, que no han llegado hasta nosotros.

DISCURSOS DE CICERÓN (Véase, en AUTORES, «Cicerón», Marco Tulio»)

DRAMAS

De Lucio Livio Andrónico (270-207 a. de J. C.). Llegó a Roma prisionero como esclavo desde Tarento. Libre por su inteligencia, enseñó griego y latín y preparó a los romanos, pueblo militar y rudo, para comprender la literatura en forma helénica. Les tradujo la *Odisea*, cuyos armoniosos hexámetros griegos se convirtieron en latín en los macizos

versos saturnios; así, el primero, por ejemplo, el «*ándra-moi énnepe, Músa, polýtropon, hós mála pollá...*», en latín es «*virúm mihí, Caména, inseçé versútum...*». El ciclo troyano le inspiró las tragedias que compuso, de las que se conservan unos cuantos fragmentos y nueve títulos: *Aquiles, Ayax, Mastigoforo, Andrómeda, El caballo de Troya, Tereo, Hermiona, Dánae* e *Ino*. Andrónico se inspiró en el ciclo troyano, por el que el público latino se interesaba porque a través de Eneas, que abandonó Troya en llamas, se relacionaba con la historia de Alba y de Roma. En una de sus pocas comedias, titulada *Gladiolus* («El espadín»), aparece por vez primera el «*miles gloriosus*» («el soldado fanfarrón»), que luego Plauto inmortalizaría en su *Miles gloriosus* con el personaje Pirgopolinices, y Terencio con Tracón, en su *Eunuco*.

E

EDIPO

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). El mito de Edipo, que mata a su padre y se casa con su madre, ha dado argumento a obras literarias a través de todos los tiempos hasta nuestros días. El *Edipo* de Séneca, sacado del *Edipo rey* de Sófocles, se inicia con un diálogo que sostienen Edipo y Yocasta, su esposa, sobrecogidos por la peste que asuela la ciudad. Creonte, hermano de Yocasta, llega con la respuesta del oráculo de Apolo, al que acudió a consultar por encargo de Edipo qué medios debían emplearse para conjurar la calamidad que los aflige, y su contestación es de que hay que desterrar al asesino del rey Layo, primer esposo de Yocasta, muerto misteriosamente. Edipo acude al adivino Tiresias, quien, al consultar las vísceras de las víctimas, observa unos presagios siniestros, aunque oscuros. En presencia de Creonte evoca la sombra de Layo, quien indica expresamente a Edipo como asesino suyo. Edipo, al principio, se cree víctima de una conspiración tramada por ambos, pero de pronto recuerda que un día, en estado de embriaguez, dio muerte a un desconocido, que resulta ser Layo. Por fin se entera de que no son sus padres los reyes de Corinto, que lo habían acogido al huir para evitar que se cumpliera el oráculo de que mataría a su padre y se casaría con su madre. Horrorizado de ser culpable de parricidio e incesto, mientras Yocasta se mata, él se ciega como castigo y sale desterrado para liberar a Tebas de su presencia impura.

EFEMÉRIDES, LAS

Esta obra, llamada también *Los quehaceres de un día (Totius diei negotium),* es de Décimo Magno Ausonio (310-396) y viene a ser como un diario íntimo, en el que un grupo de

poesías va describiendo las ocupaciones del día a través de las horas desde la mañana a la noche, con variedad de metros: una oda sáfica al amanecer, una serie de dímetros yámbicos para los baños, una plegaria a Dios en hexámetros, concluyendo con el «amén» de los cristianos, y, además, siempre cambiando la métrica, describe el paseo, la invitación a la mesa, etc., y, por último, el sueño. Todo ello con observaciones inspiradas en pensamientos morales. Obra poética que, por la originalidad de la idea, bien podría ser considerada como una autobiografía poética.

ELEGÍAS

De Maximiano, retórico (siglos V-VI d. de J. C.). Fue contemporáneo de Boecio, y en esas elegías, en número de seis, canta los amores por mujeres que se ocultan bajo los seudónimos de Licórides, Cándida y Aquilina. Se puede apreciar que, más bien que amores, son lamentos los que profiere, al rememorar goces pasados, una vejez ya impotente que ama la vida y a la vez la odia; desea la muerte, pero la teme. Maximiano mezcla la elegía con lo priapesco, un crudo naturalismo que ni en los clásicos había tenido una forma de representación tan descarnada.

ELEGÍAS (ELEGIARUM LIBRI IV)

De Sexto Propercio (50-14 aproximadamente a. de J. C.). Cuando Propercio era un muchacho de dieciocho años quedó profundamente enamorado, presa de los ojos de Cintia, como bien dice en este hexámetro: «*Cinthia prima suis miserum me cepit ocellis.*» Se enamoró de veras y los sufrimientos aumentaban su ardor amoroso, que a ratos se convertía en «furor», locura. Como a Catulo atormentó Lesbia con su veleidosa y demoníaca sensualidad y la intensidad del sentimiento hizo florecer en él al verdadero poeta, así Propercio arde por Cintia, culta, poetisa, rica y de familia distinguida, mujer de carne y hueso, de hermoso cuerpo, y los pocos momentos felices que le proporciona la sensualidad son pagados con largas horas de inquietud, reproches injustos, dudas torturantes, certezas desoladoras, altercados y reconciliaciones, y esa pasión, que duró algo más de cinco años; ese vivir febril, cuya expresión es una necesidad para el poeta, le lanza a componer, y sabe

plasmarlo con vigor. Exclama en este pentámetro bellísimo: «*Traicit et fat litora magnus amor*» («Incluso las riberas de la muerte traspasa un gran amor»). Los tres primeros libros se publicaron entre los años 28 y 22 y fue con gran éxito. En los dos primeros predomina Cintia, la mujer amada; en el tercero, el amor cede el sitio a la glorificación de personalidades romanas. Pasados ya más de cinco años de esta atormentada pasión, Propercio se rebela y rompe definitivamente sus relaciones con Cintia. Para distraerse o tal vez para satisfacer a Mecenas, se dedica a la arqueología y compone el cuarto libro de elegías cantando las antigüedades nacionales, las antiguas leyendas de Roma: el dios Vertumno, la leyenda de Tarpeya, de Hércules y Caco, de Júpiter Feretrio y la victoria de Augusto, siendo como el broche de diamantes de todo el libro el epicedio a la muerte de Cornelia, la nuera de Augusto, en el que se confirma el talento vigoroso y la gran potencia imaginativa que posee Propercio tanto para describir las varias situaciones como para penetrar en la intimidad del alma humana. Propercio posee extraordinarias aptitudes para tratar cualquier argumento que tenga ardor de pasión, sentimientos, conmociones profundas, que requieran poner toda el alma.

ELEGÍAS

De Albio Tibulo, contemporáneo de Virgilio y de Horacio, del que era amigo, y murió el mismo año que Virgilio, el 19 antes de Jesucristo, siendo todavía joven, tal vez a los treinta y cinco años. Por su dignidad de caballero romano se vio obligado a la vida militar, las asperezas e incomodidades de la cual no estaban hechas para él, cuyo corazón suspiraba por abrazos de doncellas enamoradas y por horas idílicas en soledades campestres. Enfermizo, melancólico, sentimental y sencillo, no desea parecer más de lo que vale, y, así, exclama: «Pase mi vida sin laurel ni fama, / arda siempre en mi hogar tranquila llama, / lejos de mí la lid, lejos la pompa.» En esta obra de las *Elegías de Tibulo (Elegierum libri IV)*, en realidad tan sólo son de Tibulo dos libros, cada uno de los cuales lleva, respectivamente, por título el nombre de las dos mujeres que amó. El primero, *Delia*. Esta joven fue siempre fiel al poeta hasta que, conquistada por el dinero de un viejo rico, se casó con éste. El libro fue compuesto entre los años 30 y 25 y contiene diez

elegías, que fueron publicadas por él mismo. El libro segundo, *Némesis*, contiene seis elegías, publicadas póstumamente. Némesis fue el nuevo amor, cuando, olvidándose de Delia, puso su corazón en esta muchacha, ávida de dinero, pero no de versos. Los libros tercero y cuarto son recopilaciones de autores muy jóvenes y diversos, que vienen a formar como una antología de grupo. Los libros de Tibulo, o sea el I y el II, nos reflejan la biografía del poeta: su familia de caballeros y de buena posición; sus relaciones con Mesala Corvino, al que acompañó en sus expediciones militares a Aquitania y a Oriente. Apuesto y gentil, Tibulo tenía éxito entre las mujeres y el amor ocupa lugar muy importante en su vida y en sus versos. La décima elegía cierra el primer libro con un canto a la paz. Las I, III, V, VI y VII narran sus amores con Delia, y las IV, VIII y IX se refieren a su amor por el jovencito Marato. Respecto a las recopilaciones de los dos últimos libros ya citados, los poetas autores son muy jóvenes, como se ha dicho, y se reconocen, por lo menos, a Ligdamo, a Sulpicia y al autor del *Panegírico a Mesala.* Citaremos primero a Sulpicia, sobrina de Mesala, la cual figura con seis cartas a su gran pasión, el joven Cornuto, al que llama con el nombre griego de Cerinto. Éste, por su condición social, no puede aspirar a la mano de Sulpicia, quien le confiesa su amor y le dice que no le importa la maledicencia. Siente un júbilo inmenso al verse correspondida por él, y con viva sinceridad y ardiente sentimiento exclama: «¡Por fin ha llegado el Amor! ¡Implorada con mis versos, Citerea me lo ha traído en su seno y lo ha depositado! ¡Venus cumple sus promesas!» En su última carta le confiesa haber cometido la mayor necedad de su vida, porque la noche anterior no le demostró todo su amor. De Ligdamo diremos que canta su amor por Neera, pero, divagando en rodeos retóricos, carece de ese sentimiento auténtico que contrasta con la escuela de Tibulo, cuyas características son la sinceridad y la espontaneidad, y, así, vemos que le dice a su amada Delia: «Mas yo, cautivo de tus hermosos ojos, / ¡oh Delia!, estoy, y ante tu puerta dura, / alegre me consumo en vida oscura / por sólo un beso de tus labios rojos.» Deseamos hacer saber al lector que los poetas elegíacos romanos, precursores de los trovadores de la Edad Media, solían cambiar el nombre de la mujer amada por otro del mismo número de sílabas y la misma cantidad métrica de ellas; en estos casos que vamos a citar, dichos

nombres forman un dáctilo (o sea una sílaba larga y dos breves): *Delia* por Plania, *Cintia* por Hostia (en Propercio) y *Lesbia* por Clodia (en Catulo); este pie, junto con el espondeo (dos sílabas largas), son los únicos que se usan en el hexámetro y el pentámetro, pies en los que están escritas las elegías.

ENEIDA, LA

De Publio Virgilio Marón (70-19 a. de J. C.). El magistral Bellessort dice en su estudio sobre *La Eneida* que «su composición es de una seguridad y de una habilidad incomparables. No conocemos un poema mejor ni tan bien compuesto como *La Eneida*... Sus libros son como una galería de cuadros, cuyo esplendor nos hace pensar a menudo en la suntuosidad luminosa de los grandes maestros del Renacimiento». *La Eneida* contiene dos partes: la primera (libros I-VI) es imitación de *La Odisea*, narrando los azarosos viajes de Eneas hasta su llegada a Italia; la segunda (libros VII-XII) es propiamente la epopeya, relatando las guerras por la conquista del Lacio, hasta la fundación del reino de Lavinio. Ante tanta grandiosidad, los que tenemos la osadía (1) —porque realmente es así— de emprender la tarea de poner en conocimiento de nuestros compatriotas las bellezas de esta obra maestra de la literatura, quedamos como adormecidos por el aroma que desprende y, en parte, nos hacemos por eso mismo ineptos para lograr ese difícil cometido. La experiencia nos dice que, muchas veces, la mente se detiene en un verso, que se lee y vuelve a leerse casi instintivamente, mientras en lo profundo del subconsciente brota una admiración muy queda, silenciosa, y el tiempo se desliza insensiblemente. He aquí un breve resumen de sus doce libros. Libro I: Empieza *La Eneida* no precisamente por el principio lógico, sino con una especie de llamada a la atención del lector sobre el ya antiguo antagonismo de las diosas Juno y Venus. Vemos ya al héroe troyano en medio del mar, en la travesía de Sicilia a Libia, combatido por la tempestad, en pos del destino que le fijaron los dioses; por él, para cumplirlo, Eneas resistirá a toda la fuerza que se le oponga, incluso —como lo hiciera Ulises con Circe y con la

(1) Aconsejamos al lector *La Eneida* traducida en esta «Colección Z», número 181.

voz de las sirenas— a la sutil violencia de una pasión fogosa: la de la reina Dido. Ésta se encuentra absorta en la febril construcción de las murallas de Cartago. Perseguido por Juno, la rencorosa esposa de Júpiter, llega aquí Eneas. ¿Cómo presentarse? Venus resuelve la incertidumbre de su hijo y acude con solicitud maternal para aconsejarle que se dirija a la reina de Cartago. La presencia del héroe troyano subyuga irresistiblemente a Dido, y todavía más cuando entra en escena el Amor, quien, a petición de su madre Venus, consiente en tomar la apariencia de Ascanio o Iulo, el hijo de Eneas, a quien ha ido a buscar a las naves Acates por orden de Eneas, con el encargo de que traiga ricos presentes. — Libro II: Cuenta Eneas su odisea, a instancias de Dido, la cual está pendiente de sus labios, y luego, en el libro IV, dirá a su hermana: «*Ana soror, quae me suspensum insomnia terrent! / quis novus hic nostris successit sedibus hospes!*» («¡Ana, hermana mía, qué visiones nocturnas me aterrorizan dejándome en suspenso! ¡Qué extraordinario huésped ha entrado en nuestra casa!»). Eneas empieza su apasionante relato por el momento en que los griegos fingen que han abandonado el asedio de Troya, dejando ante la ciudad el colosal caballo de madera, al parecer como desagravio a Minerva por el robo del Paladión. Cuenta cómo Príamo, en otros tiempos señor del Asia, se compadece de lo que explica Sinón, el cual finge a las mil maravillas y logra atraerse la confianza de los troyanos. Laocoonte recela; pero a la muerte trágica de éste y de sus hijos por dos enormes serpientes que salen de la próxima isla de Ténedos, donde se encuentra emboscada la flota de los griegos, los troyanos creen que es un castigo del sacrílego sacerdote de Neptuno y dan entrada al caballo. Llega la noche y con ella regresa sigilosamente la flota griega. Eneas duerme y se le aparece Héctor ensangrentado, cubierto de polvo y con los pies destrozados por las correas con que le atara Aquiles. Tales son sus palabras (vv. 289-295): «¡Ay! Huye, hijo de una diosa, y sálvate de este incendio. El enemigo ocupa los muros. Troya se derrumba. Se hizo cuanto cabía por la patria y por Príamo; de haber podido ser defendida Pérgamo, tal defensa se hubiera realizado ya por mí. Troya te confía sus objetos sagrados y sus penates; toma a éstos como compañeros de tu destino y busca para ellos unas grandes murallas...» Eneas, por su amor filial y por su respeto a la voluntad de los dioses, recibirá de

Virgilio el calificativo de «piadoso». Tras largos forcejeos, abandona su casa acompañado de su padre Anquises, de su hijo y de Creusa, su esposa. Pero ésta desaparece, y Eneas, desesperado, se interna en las montañas. Ante los ojos del lector pasarán el asalto e incendio de Troya y la muerte de Príamo, narrados de forma bella y magistral. — Libro III: Eneas continúa su relato. Una vez construida su flota, zarpa en busca de las tierras de Hesperia. El oráculo de Apolo en Delos le dice que debe buscar la tierra de donde salió su raza. Anquistes recuerda entonces que sus antepasados vinieron de la isla de Creta, y hacia allí se dirigen; pero tienen que abandonar precipitadamente la isla a causa de la peste. Las naves son arrojadas a la costa de las Estrófadas, en el mar Jónico, donde —según la predicción de Celeno— se ven afligidos por las Arpías. Nuevamente se adentran en el mar, llegan al Epiro y marchan a la alta ciudad de Brutoto, donde hallan a Andrómaca, la esposa de Héctor, que se hallaba ofreciendo los presentes fúnebres a las cenizas del héroe troyano. Sin dar crédito a lo que ven sus ojos, el corazón de la esposa amante y solícita se desgrana en un murmullo (vv. 311-313): «*Verane te facies, verus mihi nuntius afers, / nata dea? vivisne? aut, si lux alma recessit, / Hector ubi est?*» («¿De verdad es tu cara? ¿Eres tú realmente quien viene a mí como mensajero, hijo de una diosa? ¿Vives? O, si te abandonó ya la dulce luz, [dime], ¿dónde está Héctor?»). Luego las naves troyanas costean Sicilia y llegan a la ribera de los Cíclopes. Allí hablan con el griego Aqueménides, quien les aconseja que se alejen para escapar de aquellos gigantescos monstruos. Luego de evitar a Escila y Caribdis, se ven de nuevo envueltos en una tempestad. En este libro, al final, el piadoso hijo menciona brevemente la muerte del padre: «¡Ay! Pierdo aquí a mi padre Anquises, / consuelo de todas mis cuitas y desdichas. » Y dos versos más adelante se queja de que ni el adivino Heleno ni la terrible furia Celeno nada le hubieran anunciado sobre esta desgracia, a pesar de las calamidades sin cuento que le predijeron. Con esto concluye Eneas su relato ante la reina Dido. — Libro IV: Seducida Dido por las palabras y el valor del héroe troyano, siente nacer en ella una pasión que es «llama que devora sus tiernas entrañas y herida callada que anida en su corazón» (versos 96-97). De ello hace confidente a su hermana Ana, quien le hace entrever la posibilidad de una unión que

pueda asegurar su felicidad. Interviene Juno, que a toda costa quiere retener a Eneas en Cartago. Pero Júpiter envía a Mercurio para ordenar a Eneas que abandone África y se dirija a Italia. El héroe se dispone a obedecer, pero, al enterarse Dido de los preparativos —«*quis fallere possit amantem?* («¿quién puede engañar a una mujer que ama?»), dirá Virgilio en el verso 296—, le apostrofa dolorida y, fuera de sí, le dice: «Moriremos sin ser vengadas, pero muramos. Así, de este modo, quiero ir al reino de las sombras. Que el cruel dárdano vea con sus propios ojos este fuego desde alta mar y se lleve consigo el maldito presagio de mi muerte.» La agonía se prolonga porque la infeliz reina ha anticipado voluntariamente su fin, sin aguardar a que lo dispusieran los dioses. Juno, empero, se compadece de ella y envía a Iris para que le corte el rubio cabello que mantiene su alma unida al cuerpo. Al instante huye el calor de Dido y su alma se disipa en el viento. — Libro V: Desde alta mar, los troyanos divisan el esplendor de la pira que enrojece las murallas de Cartago. ¿Qué está sucediendo allá lejos, en tierra? Ignoran qué puede ser aquello, «...pero bien saben cuán duro es el sufrimiento de un gran amor profanado y lo que puede hacer una mujer apasionada; por ello, un negro presentimiento invade el corazón de los teucros» (vv. 4-7). Los vientos tempestuosos les obligan a desembarcar en Sicilia, donde son recibidos amistosamente por Acestes, descendiente de antepasados troyanos. El piadoso Eneas dispone que se celebre el aniversario de la muerte de Anquises con unos brillantes juegos —regatas, tiro al arco, carreras, etcétera—, que Virgilio describe con gran galanura. El grupo fugitivo de Troya parece haber encontrado ya en Sicilia una patria en la que establecerse; las mujeres, sobre todo, querrían permanecer allí, en vez de aventurarse nuevamente por el mar rumbo a la desconocida Italia. Deseosa siempre de que los troyanos renuncien a su propósito de arribar a esas tierras, Juno incita a las mujeres a que tomen las antorchas que iluminan la tumba de Anquises y prendan fuego con ellas a la flota mientras los hombres asisten a los juegos. Avisados éstos por Eumelo, acuden presurosos a sofocar el incendio, y el primero en llegar, Ascanio, increpa a las mujeres. Éstas huyen despavoridas a ocultarse en los bosques y en los roquedales. Júpiter apaga el incendio enviando una lluvia torrencial, y las pérdidas se reducen a sólo cuatro naves. Durante la noche, Anquises

se aparece en sueños a su hijo para decirle nuevamente que ponga rumbo a Italia; al llegar allí, la Sibila de Cumas le guiará y acompañará a los Campos Elíseos, donde Eneas podrá ver a su padre y conocer lo que el destino les depara a él y a sus descendientes. Antes de partir funda la ciudad de Acesta, en recuerdo de Troya, y prosigue viaje a Italia, protegido por Neptuno, a quien ha suplicado la diosa Venus. El mar en calma hace que el timonel Palinuro se confíe excesivamente; el sueño se apodera de él y le lleva al encuentro de la muerte. — Libro VI: Los troyanos están en Cumas, ciudad de Italia. Eneas consulta a la Sibila y recibe sus instrucciones. Luego de ir en busca de la rama de oro, de enterrar a Miseno, uno de sus valerosos compañeros, y de ofrecer sacrificios a Plutón y a Proserpina, las divinidades infernales, Eneas desciende a los Infiernos guiado por la Sibila. Maravillosa descripción del Tártaro, donde se hallan los condenados, y de los Campos Elíseos, «reunión de las personas piadosas». La sombra de Anquises se presenta al hijo y le hace ver la serie de descendientes que forjarán la grandeza de Roma. Eneas y la Sibila salen de los Infiernos por la puerta de marfil. La flota abandona Cumas y gana el puerto de Cayeta. — Libro VII: De nuevo las naves zarpan, pasan junto a la isla de Cirice y por fin anclan en la desembocadura del Tíber. Desde allí, Eneas envía una embajada al rey Latino. Éste, a quien los oráculos habían anunciado ya la llegada de los troyanos, ordena que los embajadores sean acogidos cordialmente y les encarga que en su nombre ofrezcan a Eneas la mano de su hija Lavinia, junto con unos ricos presentes. Con ello vuelve a desatarse la cólera de Juno, que ve que los troyanos van a establecerse en Italia. Llama a Alecto, diosa de la venganza, y le dice que la ayude para que la gente de Eneas no pueda embaucar a Latino con el casamiento de su hija y se instale en la tierra italiana. Lavinia había sido solicitada en matrimonio por Turno, y esta unión la deseaba su madre Amata. A ésta se dirige, pues, Alecto, para despertar la viva oposición de la esposa de Latino contra el proyectado matrimonio de su hija con Eneas, al tiempo que excita también la furia de Turno y compromete a los troyanos en insidiosas maquinaciones. Latino pierde el control de la situación e, impotente para mantener la paz, se encierra en su palacio. La guerra es inevitable, y toda Ausonia se levanta en armas contra Eneas abrazando la causa de Turno. Y Virgilio, en un solo hexá-

metro (v. 518), plasma los horrores y sufrimientos que la guerra lleva consigo: «*...et trepidae matres pressere ad pectora natos*» («...y las madres, temblorosas, estrecharon a sus hijos en el regazo»). — Libro VIII: Turno enarbola el estandarte de la guerra y convoca a sus aliados. Eneas se halla perplejo, pero se le aparece en sueños el dios del Tíber para decirle que no tema la guerra y aconsejarle que busque también aliados en Italia: tales serán los árcades, con su rey Evandro, y los etruscos de Tarcón, que se han sublevado contra el déspota Mezencio. Venus, en el ínterin, obtiene de Vulcano que forje una armadura para Eneas, y el dios se aplica a ello en su gigantesca fragua del Etna, asistido por los Cíclopes. Aprovechando un momento en que Eneas se encuentra solo a la orilla del río, Venus se le aparece para infundirle valor y energía y deposita ante él las brillantes armas, en las que Vulcano ha cincelado las escenas más impresionantes de la futura historia de Roma. Es bellísima la descripción del escudo, que da pie a Virgilio para componer un soberbio cuadro, en el que historia y fantasía se mezclan y confunden por la virtud evocadora del verso. — Libro IX: No cede la cólera de Juno. Envía a Iris para que Turno ataque el campo troyano aprovechando la ausencia de Eneas. Al no conseguir atraer a los troyanos a la llanura, intenta prender fuego a su flota. Corren los jóvenes enarbolando antorchas, aguijoneados por la presencia de Turno, que blande en sus manos un pino encendido. Y a los teucros libró de tan pavoroso incendio la diosa Cibeles, madre de Júpiter, la que en otro tiempo había cedido a Eneas los pinos sagrados de su monte Ida para que éste construyera su flota. Su ruego es escuchado por Júpiter, quien le contesta que les quitará su forma mortal y hará de ellas diosas del anchuroso mar. De este modo las naves sueltan sus amarras y se adentran en el mar convertidas en ninfas. Para avisar a Eneas de lo que está sucediendo en el campamento troyano, Niso y Euríalo intentan atravesar las filas enemigas a favor de las sombras de la noche. Casi están a punto de conseguirlo, después de haber dado muerte a las patrullas de vigilancia, cuando la inexperiencia de Euríalo hace que sean descubiertos. Buscan abrirse camino a toda costa, y Niso rompe el cerco; pero entonces observa que su compañero, más joven, ha quedado atrás, y acude en su socorro, lanzándose en medio de los enemigos que le acometen. La muerte valerosa de ambos sella definitivamente su

amistad. Esta victoria enardece a los rútulos, que ahora atacan el campo troyano por todas partes. Turno logra forzar el recinto amurallado y se encuentra solo dentro de él, desasistido de los suyos. Los troyanos le acosan, pero él se defiende con ímpetu. Por fin, cuando está a punto de perecer, salva su vida arrojándose al Tíber. — Libro X: En el ínterin, los dioses están reunidos en asamblea en el Olimpo. Venus y Juno intentan mover a Júpiter para que éste decida la contienda en favor de sus protegidos; los dioses se muestran divididos en sus simpatías por uno u otro bando y quieren tomar parte en la lucha. Pero Júpiter proclama su imparcialidad y les ordena que no intervengan, dejando que sean los destinos de ambos pueblos quienes diriman su supremacía. Los rútulos lanzan ahora un nuevo ataque contra los troyanos, que desfallecen por momentos. Pero ya Eneas se acerca de regreso al frente de una flota aliada, y agita su escudo desde la proa de la nave para sostener el ánimo de los suyos. En vano intentan los rútulos impedir que desembarque. Se entabla una terrible batalla, y en ella muere gloriosamente Palante, hijo de Evandro. Eneas muestra su dolor y venga la muerte de su joven amigo capturando a ocho jóvenes rútulos, a los que sacrifica junto a la pira funeraria de Palante, para que su sangre aplaque a los manes. Juno obtiene de Júpiter el poder de sustraer a Turno de la muerte. A tal fin envía un fantasma que, bajo la figura de Eneas, se ofrece a Turno y le incita a perseguirle; de este modo aleja a Turno del centro de la batalla y le libra momentáneamente del furor vengativo de Eneas, que, entre tanto, da muerte a Lauso y a Mezencio, padre de éste. — Libro XI: Se narran en este libro las solemnes exequias en honor de Palante, cuyo cuerpo es enviado a Evandro, su padre. Los latinos piden una tregua para enterrar a los muertos, a lo que accede Eneas. Al recibir el cadáver de su hijo, Evandro se desespera y exclama (vv. 151-155): «No era esto, Palante, lo que habías prometido a tu padre, tú que no querías exponerte sino con prudencia a los peligros de Marte. Pero yo no ignoraba cuán grande es el aliciente de la primera gloria en el combate ni la enorme dulzura de la victoria.» Hay disensiones entre los latinos: tanto el rey como algunos notables abogan por la paz con los troyanos. Pero Turno se muestra decidido partidario de continuar la lucha hasta el fin, les reprocha su cobardía y se ofrece incluso a combatir él solo contra Eneas. Parece, no obstante, que la

mayoría desea la paz; pero mientras está reunido el consejo, los ejércitos troyanos se han puesto en camino hacia la ciudad, decididos a presentar batalla. Esto hace que se imponga el parecer de Turno y que las tropas se armen para la lucha definitiva. A las órdenes de Camila, reina de los volscos, la caballería de los aliados latinos marcha a enfrentarse con la caballería troyana, mientras que Turno se dirige a las montañas para preparar una emboscada por donde Eneas debe pasar con sus tropas de a pie. Sin embargo, en la lucha muere Camila y se provoca con ello el derrumbamiento de los volscos y de los latinos. Informado de esto, Turno abandona sus planes de emboscada y vuelve a la ciudad. Eneas atraviesa así fácilmente los desfiladeros. La noche obliga a los dos ejércitos a acampar bajo lo muros de la ciudad. — Libro XII: Las desmoralización ha cundido entre los latinos. A pesar de que el rey Latino juzga inútil toda resistencia y de que la reina Amata trata de disuadirle, Turno decide enfrentarse a Eneas y le reta a un combate singular. Eneas y Latino se obligan solemnemente por un tratado que deben respetar sea cual fuere el resultado de la lucha. Pero Juturna, hermana de Turno, procura con artificios que se enconen los ánimos y provoca una refriega general, en la que Eneas resulta herido. Venus cura su herida, y Eneas vuelve al campo de batalla, donde al fin se encuentra frente a frente con Turno. Pese a los esfuerzos de Juturna por proteger a su hermano, Turno cae mortalmente herido a los pies del héroe troyano. Y Virgilio cierra su obra con un broche de oro: esta bellísima imagen del alma de Turno que abandona su cuerpo (vv. 952-953): «*Ast illi solvuntur frigora membravitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras*» («El frío de la muerte hiela los miembros de Turno, y su alma, indignada, huye gimiendo a la mansión de las sombras»). *La Eneida* es un manantial de frases, sentencias morales, temas de lectura y declamación, que sigue inagotable a pesar de que en él han bebido cultos y estudiantes durante casi dos milenios.

ENIGMAS

De Celio Sinfosio (o Simposio), que vivió alrededor del 500 después de Jesucristo. Versificados en tercetos de hexámetro, compuso cien *Enigmas*, que vienen a ser como unos en-

tretenimientos ingeniosos, que fueron muy del agrado a la enseñanza medieval. He aquí algunos de ellos:

Hago llorar, pero no de dolor.
Subo hacia el cielo, pero me detiene el aire pesado.
El que me engendró no nace sin mí. (El humo.)

Tengo el mismo aspecto que la noche, pero no soy de color negro;
a mediodía llevo conmigo la oscuridad;
ni las estrellas me dan claridad ni Cintia me da luz. (La niebla.)

En el valle hay una casa que resuena con voz clara;
suena la casa y mudo calla el huésped;
sin embargo, ambos corren, tanto el huésped como la casa. (El río y el pez.)

La noche me da nombre en su primer período.
No tengo plumas y, sin embargo, vuelo con alas (1).
Pero regreso con la oscuridad y no me fío de la claridad del día. (El murciélago.)

Me sustraje a las llamas, huí de los tormentos del fuego.
Pero el mismo remedio, siendo mi enemigo, apresura mi destino.
Ardo por el agua; mojada, me enciendo. (La cal.)

No temo ninguna insidia del fraude escondido;
pues Dios me ha dado tal forma
que nadie me mueve si antes no se mueve a sí mismo. (La sombra.)

Viniendo por mi impulso, hago ver varias imágenes;
suscito miedos vanos, sin que halle ningún peligro real;
sin embargo, sólo me ve quien cierra los ojos. (El sueño.)

EPIDICO («EPIDICUS»)

Comedia de Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.), que lleva el nombre de su protagonista, un esclavo astuto y pícaro de recursos inagotables, que no tiene más riqueza que su ingenio y un perfecto conocimiento de esa sociedad que le desprecia y le rechaza, pero que se vale de él, no obstante, para obtener sus logros. Su joven amo, Estrati-

---

(1) Juego de palabras con los términos *vesper*, «la tarde» (primera parte de la noche), y *vespertilio, onis*, «el murciélago».

pocles, que ha de ausentarse por la guerra, encarga a Epidico que le busque una esclava flautista de la que está enamorado. Y empieza el enredo. Epidico simula que Parifanes, el anciano padre de Estratipocles, había tenido de una tal Filipa una hija, que es precisamente la flautista, a la que tiene el deber de rescatar y llevar a su casa. Pero Estratipocles regresa de la guerra con una esclava, comprada con dinero tomado a usura, y Epidico se las ha de ingeniar ahora para conseguir la suma que se ha de devolver al usurero. Trama lo siguiente: hace creer al anciano padre que para alejar a aquella mujer de su hijo hay que comprarla y volverla a vender a un soldado rodio, que con toda seguridad la comprará, porque está enamorado de ella. Pero esta doble estratagema queda al descubierto cuando el soldado, a quien se le muestra la otra esclava, dice que no reconoce en ella a la joven a quien ama, y Filipa, a la que se ha llamado para que reconozca a su propia hija en la flautista rescatada, afirma que no la ha visto jamás. El anciano, irritado, amenaza castigar a Epidico, pero, en ese preciso momento, el astuto esclavo reconoce en la segunda esclava a la hija de Parifanes y de Filipa. Al recobrar el anciano a su hija natural, perdida durante tantos años, Epidico consigue no sólo el perdón, sino también la libertad.

EPIGRAMAS

De Décimo Magno Ausonio (310-395 d. de J. C.), el cual posee una visión penetrante y delicada de la realidad y nos ofrece con gusto y finura cualquier asunto que trate, como en este epigrama, en el que Eco se dirige a un pintor y le dice: «¿Por qué, ¡oh vanidoso!, te afanas en darme un rostro, / por qué osas mirar a una diosa desconocida? / Yo soy hija del aire y de la lengua, madre / del vago indicio; tengo voz, mas no mente. / Salvando del extremo fin los últimos sonidos, / bromeo y añado a las palabras ajenas las mías. / En vuestros oídos moro, yo que todo lo penetro. / ¿Quieres hallarme parecido? Pinta el sonido.»

EPIGRAMAS

De Claudio Claudiano (aproximadamente 370-405). Describe de este modo el puerto de Esmirna en uno de ellos: «La

ciudad de enfrente corona las cimas de las montañas, / asomada al mar tranquilo; el puerto como media luna, / las ondas protege contra los aquilones. / Desarmado y de tierras rodeado, el mar aprende a conocer el reposo imperturbable.»

EPIGRAMAS

De Marco Valerio Marcial, nacido en Bílbilis (Calatayud, Aragón) alrededor del 40 al 104 después de Jesucristo, habiendo residido en Roma más de treinta y cinco años. Contemporáneo de Estacio y de sus protectores Silio Itálico y Plinio el Joven, el cual decía de él que «era un hombre ingenioso, agudo y punzante, en cuyo modo de escribir había mucha sal, mucha hiel y no menos sinceridad». Llamaba a la puerta de los ricos y de los poderosos, y fue el adulador más servil de Domiciano. Marcial es, sin duda, el maestro del epigrama, el único que ha demostrado poseer las aptitudes y recursos que ofrece la pequeña y difícil composición poética, uniendo a la observación la sensibilidad. Marcial lo observa todo con mirada penetrante, expresándolo con espíritu agudo, irónico, mordaz o burlón, según las circunstancias. En erotismo y en maledicencia hay pocos que le igualen, y a veces la obscenidad del libro XI repugna; pero es fácil comprender que sus contemporáneos la admitían y la admiraban sin reservas. Marcial compuso mil doscientos epigramas en quince libros, de los que son pocos los que no son dignos de atención; pero él los califica modestamente, diciendo: «*Sunt bona, sunt mediocria, sunt mala plura*» («Son buenos, son mediocres, son malos la mayoría»). En el año 80, cuando Tito inauguró el anfiteatro Flavio, Marcial le dedicó un libro de epigramas, *Liber de spectaculis* («Los espectáculos»), que es el último de la colección, o sea el XV. En el año 84 aparece una nueva serie de epigramas inspirados en las *Saturnales*, la de los *Xenia* («Los dones de la hospitalidad») y la de los *Apophoreta* («Los regalos de la mesa»). Estos epigramas son los libros XIII y XIV. Desde el año 86 al 96 aparecen los primeros doce libros. Al morir Domiciano en el 96, para adular a Nerva, su sucesor, a quien no podía gustar el libro XI por ser muy lascivo, Marcial le dedicó el XII, que es el último en el orden cronológico. Conozca el lector algunos de sus epigramas:

Pablo compra versos, después los recita como suyos.
Tiene razón; lo que compra es suyo.

¿Cuánto saco, Lino, de mi hacienda de Mentana?
Saco esto: estar lejos de ti.

En Rávena prefiero un pozo a una viña;
allí puedo vender al agua más cara que el vino.

Tú quieres que yo te regale, Tuca, mis versos;
pero yo sé que en vez de leerlos los vendes.

Tú sólo admiras a los antiguos, Vacerra;
elogias solamente a los poetas muertos.
Perdona, pero no tengo interés
en morir por gustarte.

Siete esposas, Fileros, has enterrado en el campo.
A ti te produce el campo más que a nadie.

Quisieras casarte con Prisco: tienes buen gusto, Paula.
Pero Prisco no te quiere; también él tiene buen gusto.

El Africano tiene millones y sigue acumulando.
La suerte da a muchos demasiado, a ninguno bastante.

Filemón jura que nunca cena en casa. Es cierto;
se queda sin cenar cuando nadie le invita.

Taide tiene los dientes negros, y níveos Lecania.
Ésta los ha comprado, los de aquélla son suyos.

Los ricos, Aucto, ganan con la ira;
cuesta menos enfadarse que dar.

EPIGRAMAS

De Cayo Petronio Árbitro (siglo I d. de J. C.), favorito de Nerón y rey de la moda *(arbiter elegantiae)* en su corte. En la *Antología latina* se conservan muchos epigramas suyos sobre temas diversos y escritos en una forma refinada. Aquí damos una muestra:

Cada año tenemos cónsules y procónsules,
pero no cada año nace un rey o un poeta.

Baco y Apolo juntos llevan el fuego,
ambos nacidos de las llamas, hijos del fuego.
Ambos irradian calor con el vino o con los rayos;
uno vence la oscuridad de la noche, y el otro, la del alma.

El buitre que el hígado devora,
lacera el pecho y las internas fibras,
no es el ave que cantan los poetas,
sino la envidia, enfermedad del alma.

EPÍSTOLAS

De Marco Cornelio Frontón (aproximadamente 100-170). Protegido por Antonino Pío, le escogió para educador de sus hijos, Marco Aurelio y Lucio Vero, luego emperadores, quienes se dedicaron el uno al estudio de la filosofía estoica y el otro al del derecho, en especial al de la retórica. El jesuita italiano, cardenal y filósofo, Ángel Mai fue el primer bibliotecario de la Vaticana de Roma e, incansable investigador, se dedicó al estudio de los pergaminos palimpsestos, y en ellos descubrió gran parte de las *Epístolas* de Frontón, pertenecientes a un solo manuscrito. Son valiosas como documentos referentes a Marco Antonio, dándonos a conocer las relaciones de afectuosa intimidad con este príncipe, el cual le hace confidencias, le consulta y le trata con respetuosa familiaridad. Frontón, con su discípulo Aulo Gelio y Apuleyo, forman el trío formalista del arcaísmo, con el júbilo que siente siempre que encuentra «palabras inesperadas e inopinadas», aquilatando su razón etimológica y salvando el léxico latino contra los neologismos. Este entusiasmo le hace descuidar la lengua popular hablada, esto es, el latín vulgar, del que había de nacer una nueva lengua y literatura, la neolatina.

EPÍSTOLAS

De Plinio el Joven (Cayo Plinio Cecilio Segundo, 62-113). Plinio nos ha transmitido en sus cartas una imagen fiel y grata de la buena sociedad, intelectual y culta, de la época de Trajano, contribuyendo la resonancia alcanzada por estas sus cartas a la fama de sus amigos literatos, Tácito y Suetonio, y al prestigio de las personalidades políticas y de los miembros de familias ilustres, cuyos nombres encabezaban las mismas. Repartidas en nueve libros, Plinio nos revela en ellas su carácter de hombre honrado y probo

funcionario, propenso al optimismo, cordial con los inferiores y filántropo en el uso de sus enormes riquezas. No es amigo de lo anecdótico, no gusta de contar historietas, adopta un tono agradablemente mundano, en su aspecto de crónica de la vida que llevaban en la capital y en suntuosas residencias campestres los representantes de una clase rica, aficionada a los placeres intelectuales: discuten sobre literatura y filosofía, fundan escuelas y bibliotecas, se cruzan invitaciones para conferencias, y ese cúmulo de optimismo contrasta con el pesimismo de Marcial y Juvenal. A esos nueve libros se les añadió un décimo, que contiene la correspondencia oficial cambiada con Trajano, sobre todo las del año en que gobernó en Bitinia. A sus epístolas les proporcionan temas las críticas de la corte, las habladurías de la ciudad, los embrollos, los escándalos, de todo lo cual gusta Plinio de sacar consideraciones de índole moral. Y como se dice vulgarmente que «para muestra basta un botón», vea el lector una deliciosa epístola dirigida *A Romano:* «Me escribes que estás edificando. Bien; he encontrado un defensor. Porque también yo estoy construyendo, y ahora tu ejemplo me servirá de justificación. Además, nos parecemos también en el hecho de que tú edificas en la orilla del mar, y yo, en la ribera del Lacio. En la ribera tengo muchas quintas, pero dos me deleitan, sobre todo, y me tienen preocupado. Una está construida sobre la roca, según la costumbre de Bayas, y tiene vistas al lago; la otra, también en Bayas, toca las aguas. Por eso suelo llamar a la primera «Tragedia», y a la segunda, «Comedia»: una se posa en altos coturnos; la otra, sobre bajos zuecos. Cada una tiene su amenidad, y ambas son estimadas de su dueño por la igual variedad de distracciones que ofrecen. Ésta se halla más cerca del lago; aquélla domina un panorama más amplio; ésta, con suave curva, abraza una sola ensenada; aquélla, por su alta posición, vigila dos. Allá en la playa se extiende una avenida larga y recta; aquí otra, espaciosa, describe un gracioso arco. Aquélla no recibe las olas; ésta las rompe; desde aquélla puedes ver a los pescadores; desde ésta, tú mismo puedes pescar, tendiendo el anzuelo desde la alcoba o aun desde el mismo lecho, como si fuera una barca. Ahora estoy construyendo para añadirles lo que les falta y para mejorar lo que ya tienen. Pero ¿para qué te estoy explicando los motivos? Ya me justifica suficientemente hacer lo mismo que tú haces. Que te vaya bien» (IX, 7).

EPÍSTOLAS

De Quinto Aurelio Simaco (aproximadamente entre los años 340-405 d. de J. C.). Prefecto de Roma en el 384, conoció diversos honores, como el de gobernador de Lucana en el 365 y el de cónsul en el 391. Sus cartas nos muestran al hombre honrado, cortés con los cristianos y respetuoso con la libertad de conciencia. Estas *Epístolas* fueron publicadas probablemente entre los años 403 y 408 por su hijo Quinto Fabio Memio Símaco y divididas en diez libros. Aparecen ordenadas como las de Plinio el Joven, o sea, los nueve primeros contienen la correspondencia privada, y el décimo, las cartas oficiales dirigidas al emperador Valentiniano II, en los años 384-385, en calidad de *praefectus urbis,* siendo las más importantes por su contenido. La correspondencia privada habla de viajes, enfermedades de Símaco, de sus parientes y de sus amigos, de sus estancias en el campo, de recomendaciones, saludos, etc. Entre las del libro X tiene un lugar destacado y viene a ser la más famosa la que expresa una cálida y afectuosa defensa de las instituciones, culto y tradiciones antiguas. Estas cartas fueron muy admiradas e imitadas en su época y en las sucesivas.

EPÍSTOLAS DE HORACIO (Véase «Sátiras y epístolas», de Horacio)

EPÍSTOLAS DEL PONTO

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). A estas cartas, que en principio fueron contenidas en tres libros, posteriormente, después de la muerte de Augusto, se les añadió un cuarto libro. Fueron escritas en versos elegíacos en su destierro en el Ponto Euxino (mar Negro) y constituyen una serie de quejas, lamentaciones, súplicas e invocaciones a los amigos lejanos para que intercedan, no exentas de serviles adulaciones y alabanzas, si bien inútiles, dirigidas al emperador Augusto. Estas cartas son una muestra patética de la triste situación del poeta, pobre y abandonado, incapaz de soportar tal desgracia.

EPÍSTOLAS MORALES A LUCILIO

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). Estas cartas, en número de ciento veinticuatro, fueron escritas a su amigo Lucilio, diez años más joven que él, entre los años 62 y 65. Las cartas a Lucilio desarrollan los más variados temas, aconsejando y enseñando con afectuosa atención. En esta obra (1), el lector hallará sin duda enseñanzas aplicables con éxito a los diversos problemas que puedan presentarse en los actos a realizar en su vida, aunque se encuentre viviendo en las postreras décadas del siglo XX. Pongo ante el lector algunas de las enseñanzas a este respecto:

Lo europeo. — ¿Qué significa esa moderna concepción de la comunicación entre los hombres, qué pretende sino buscar la felicidad en ese mismo intercambio de ideas, en ese concepto, tan en boga hoy en día, de lo europeo? Séneca, conocedor del alma humana, nos dice en la carta IV que «renunciaría a la sabiduría si se le pusiera la única excepción de encerrarla en sí mismo y no pudiera comunicarla». «Ninguna posesión de bien alguno —añade— es agradable si no se comparte con alguien.» ¿De qué le sirve la musa al poeta, al músico, al escritor, a todo creador, si no tiene a alguien con quien comunicarse?

Prudencia al escalar la cumbre. — *«Redige te ad parva, ex quibus cadere non possis»* («Sitúate en un punto bajo, de donde no puedas caer») (carta XX).

Igualdad de todos los hombres. — «Ninguno nace rico; a cualquiera que ha salido a la luz se le ordena que se contente con leche y pan. Se empieza por ahí y se termina por encontrar pequeño un imperio» (carta XX). Se evitarían males incalculables si se tuvieran presentes estas líneas.

La seguridad. — Se habla, se discute, tenemos un Consejo de Seguridad en la ONU. Séneca nos dice en su carta XXII: *«Quid est tam turpius quam in ipso limine securitatis esse sollicitum?»* («¿Qué hay tan vergonzoso como en el mismo umbral de la seguridad estar inquieto?»).

Cada día morimos. — Al morir cada día, la naturaleza nos ha acostumbrado a la muerte, para que no la temamos y se-

---

(1) *Cartas a Lucilio,* publicada por Editoral Juventud, «Colección Z», núm. 248.

pamos mirarla cara a cara. Nos dice en su carta XXIV: «Cada día morimos, pues cada día se sustrae alguna parte de nuestra vida, y entonces también, cuando crecemos, la vida disminuye. Hemos perdido la infancia, la niñez luego y después la adolescencia.»

No ofende el que quiere, sino el que puede. — *«Quanta dementia est vereri ne infameris ab infamantibus!»* («¡Cuán grande locura es temer ser infamado por los infames!»).

La concordia. — España, para restañar las heridas de su guerra civil, ha estado invocando la palabra «concordia». M. Agripa, general y yerno de Augusto, cuyos éxitos fueron los únicos fecundos para el Estado, decía que mucho debía a esta sentencia que Séneca pone en su boca, si bien la lanzó Salustio en su obra *Iugurtha: «Concordia parvae res crescunt, discordia maximae dilabuntur»* («La concordia hace crecer las cosas pequeñas; con la discordia, las más grandes se vienen abajo») (carta XCIV).

El petróleo y el uranio. — Esto es una manzana de la discordia. Todos sabemos, por los medios que hoy tenemos para conocer la marcha de la triste humanidad, la aflicción y desasosiego que estas riquezas producen en las naciones todas. En su carta CX dice: «Todo lo que nos había de servir de bien, Dios, nuestro padre, lo puso a nuestra mano. No esperó a que nosotros lo buscáramos y lo dio por propia iniciativa; [sin embargo], las cosas que nos habían de perjudicar las colocó a mucha profundidad. No podemos quejarnos de nada sino de nosotros mismos, [pues] hemos sacado afuera aquellas cosas que causarán nuestra perdición en contra de la voluntad de la naturaleza que las escondía. Hemos entregado el alma al placer, y el condescender con él es el origen de todos los males. Hemos abandonado el alma a la ambición y [al deseo de] la fama y a las demás [pasiones] no menos vanas y vacías.»

Y cerremos este compendio con algunas máximas de las muchísimas que se hallan en estas cartas a Lucilio:

También para los pobres está abierto el cielo.

La suciedad del cuerpo no mancha el alma, pero un alma bella ennoblece el cuerpo.

Junto a los arruinados existe la soledad; de ahí que los amigos huyen cuando se presenta la prueba.

No desesperes sin conservar un mínimo de esperanza.

Una de las causas de nuestros males es que vivimos imitando a los demás.

No tememos a la muerte, sino a su idea.

El buen juicio, si se vendiese, no tendría comprador; la insensatez se compra todos los días.

EPITALAMIO

De Claudio Claudiano (siglo IV d. de J. C.), poeta, que compite en ingenio y talento con Ausonio, disputándose la primacía de ese siglo. En la corte de Milán ocupa un lugar importante como secretario del tutor de Honorio y regente del reino, el general Estilicón, vencedor de Alarico en los campos de Pollenza. Este *Epitalamio* es en honor de las nupcias de Honorio con María, la hija de Estilicón, que se celebraron en Milán en el año 398. El epitalamio se inicia en las bodas de Peleo y Tetis, de las que nació el héroe Aquiles, y, después de que hace intervenir a todas la divinidades, lleva la escena a Milán, donde se celebran las nupcias y, tras haberse extendido con exceso en detalles mitológicos, introduce forzadamente a los personajes contemporáneos. Siguiendo la antigua costumbre de increpar a los esposos, nacieron en Fescenio, antigua ciudad de Etruria, unos cantos breves, satíricos y obscenos, que se llamaron «fesceninos». Pues bien, junto a este *Epitalamio,* Claudiano escribió cuatro «fesceninos», que, escritos en versos líricos, a veces se agrupan en estrofas. Digamos, en fin, que Claudiano es el cantor épico de Estilicón.

EPÍTOME DE LAS INSTITUCIONES MILITARES («EPITOMA INSTITUTORUM REI MILITARIS»)

De Flavio Vegecio Renato (siglo IV d. de J. C.). La obra, conocida también como *De arte militari libri V,* fue escrita tal vez por encargo de Teodosio I el Grande. A falta de una experiencia personal acerca del tema, saca el material de fuentes diversas, de las que, entre otras, se nombran los *Orígenes* (siete libros), de Catón el Censor; las *Artes* (ocho libros), de Cornelio Celso, y las *Constituciones de Augusto, Trajano y Adriano.* Esta obra de Vegecio, que fue muy cono-

cida en la Edad Media, como se deduce por la gran variedad de manuscritos en que han llegado a nuestros días, tiene importancia porque da a conocer obras perdidas que trataban de la estrategia romana.

ÉPODOS, LOS («EPODON LIBER»)

De Quinto Horacio Flaco (65-8 a. de J. C.). Esta obra, *Libro de los épodos,* o llamada simplemente *Los épodos,* es una serie de diecisete poesías y fue escrita, junto con el segundo libro de sátiras, en el año 30. El lector se dará cuenta de que en estas poesías aparece a menudo Mecenas, al que Horacio estaba unido por una verdadera amistad. — I: «A Mecenas» *(«Ibis liburnis inter...»)* Mecenas estaba en Brindisi en espera de acompañar a Augusto en su expedición a Accio contra Antonio y Cleopatra, lo que sume a Horacio en un gran temor, porque el amigo se halla pronto a participar en los peligros que el César acomete. Prefiere ir con él, y así va a sentir menos el temor que hallándose ausente. Esta poesía es una en las que mejor se manifiesta su fino sentimiento de amistad. — II: «De la vida del campo» *(«Beatus ille, qui procul negotiis...»).* Mil veces parafraseado y traducido, este elogio de la vida del campo, como sigue luciendo en los vergeles y aun en los eriales de las más diversas literaturas, está «lleno de hechizo y de frescura, como una flor mojada en su propio rocío», según expresión felicísima de Lorenzo Riber. Para que el lector la saboree, le pongo la traducción que hice de ella: «Dichoso aquel que, alejado de negocios, / como en pasados tiempos los mortales, / con sus bueyes los campos heredados / ara y cultiva libre de usura; / ni lo despierta la cruel trompeta / ni teme al mar airado, / y el foro evita y las soberbias casas / de los más potentados ciudadanos. / Ya entrelaza en estrecho maridaje / los altos álamos / con crecidos mugrones de la vid, / y, podando con la hoz ramas inútiles,/ injerta otras mucho más feraces; / o a lo lejos divisa / en el angosto valle / el rebaño esparcido de sus vacas; / o en ánforas encierra ya las mieles / que exprimió y sacó de sus panales; / o trasquila las tímidas ovejas. / O si el otoño sobre el campo alza / su frente orlada / de sazonadas frutas, / ¡cómo se goza / cogiendo ya la pera que ha injertado / y las uvas que en su color compiten / con la brillante púrpura, / con el fin de ofrecértelas a ti,

Príapo (1), y a ti, padre Silvano, que defiendes, / proteges las haciendas. / Ahora le place bajo añosa encina / o en las gramas tenaces él tenderse, / mientras discurre el agua por la rocas / y las aves se arrullan en las selvas, / los frescos hontanares rumorean, / cosa que invita al apacible sueño. / Mas cuando llega / la estación invernal / de Júpiter tonante con sus nieves, / chubascos y borrascas, ya bien lanza / sus perros por doquier, que acosan fieros / al jabalí feroz de pelo hirsuto, / haciéndole caer en recias mallas; / o con ligera horquilla tiende redes / a los golosos tordos, / o en lazo coge asustadiza liebre / o la extranjera grulla, / agradable botín de sus trabajos. / ¿Hay quien con esto / no olvide del amor las inquietudes? / Y si la casta esposa cuida en parte / de hijos y hogar, / cual la esposa Sabina o de la Apulia / tostada por el sol; / si al regresar cansado su marido, / ha llenado el hogar con leña seca / y encierrra en los garzos bien tejidos / el alegre ganado que regresa / y sus hinchadas ubres va ordeñando, / y tras sacar del ánfora fragante / vino dulce del año y condimenta / viandas no compradas; / no han de gustarme más / las ostras del Lucrino / ni el rombo ni el escaro, si a estos mares / los echan las tormentas provocadas / por las olas de Oriente; / no a mí me gustan más / ni la gallina númida sabrosa / ni el jonio francolín / que las verdes olivas arrancadas / de los fértiles árboles, / o la acedera amante de los prados, / o las malvas, salud para los cuerpos, / o la cordera muerta en las fiestas terminales, / o el cabrito arrancado / del fiero lobo a las hambrientas fauces. / Entre estos manjares, ¡cómo agrada / ver regresar a casa las ovejas / con gran prisa, después de apacentarse!, / ver al cansino buey sobre su cuello / trayendo ya la reja del arado / vuelta hacia arriba, / y al enjambre de esclavos de la casa, / si es que ella es rica, / coronar el hogar resplandeciente. Apenas dijo esto / el usurero Alfio, se dispuso a labrar ya como rústico; / recogió su dinero por los Idus, / pero volvió a prestarlo en las Calendas.» — III: «Contra el ajo» *(«Parentis olim...»)* Invitado, según parece, por Mecenas a un plato fuerte sazonado con ajo, le sigue el poeta la broma y le dice que si algún monstruo matase a su padre, que le den por cicuta ajo, y asocia el caso, con manifiesta hipérbole, con la conquista del «Vellocino de oro», esa venganza de Medea, y también la de Deyanira, que envió la túnica envenenada a

(1) Dios de los huertos y jardines.

Hércules, a quien causó la muerte. Pero el fingido enojo se desvanece pronto. — IV: «Contra un advenedizo» *(«Lupis et agnis...»).* Invectiva contra un esclavo a quien las revueltas políticas habían elevado a la condición de caballero y tribuno militar. Va dirigida contra Sexto Mena, liberto del gran Pompeyo, el cual, después de muerto éste, unas veces fue del partido de Sexto Pompeyo y otras del de Octavio. Por ser tan taimado y altanero, se hizo aborrecible a todos, y señaladamente a Horacio. — V: «Contra la hechicera Canidia» *(«At o deorum...»).* Un grupo de hechiceras capitaneadas por Canidia, hechicera napolitana, que debía de tener con Horacio alguna cuenta pendiente, por el modo de zaherirla y exponerla a la vergüenza pública, se disponen a hacer morir a un niño, para utilizar sus entrañas para la confección de bebedizos y ungüentos. Esta ficción del poeta parece que tuvo algún remoto antecedente. — VI: «Contra Casio Severo» *(«Quid immerentes hospites...»).* Casio Severo, objeto de este épodo, era un hombre de bajo nacimiento, pero orador célebre, aunque abusaba de sus talentos para calumniar a todo el mundo, siendo, además, un maldiciente y desvergonzado poeta. Llegó a ser tan aborrecido de todos, que salió desterrado. Críticos recientes han demostrado que Casio Severo era casi un niño cuando Horacio escribió estos versos. Por eso lleva también el épodo el título de «A un maldiciente». — VII: «Al pueblo romano» *(«Quo, quo scelesti ruitis?»).* Es un grito de dolor y de protesta («¿Adónde, adónde os despeñáis, impíos?, / ¿por qué con vuestras diestras empuñáis / el acero envainado?») que le sale del alma al ver a su patria reincidir en las contiendas civiles. Se cree que alude a la reanudación de las hostilidades entre Sexto Pompeyo y Augusto, en el año 38 antes de Jesucristo. — VIII: «A una vieja lasciva». Esta oda o épodo, por respeto a los lectores, no se acostumbra presentar, por su excesivo cinismo. — IX: «A Mecenas» *(«Quando repostum Caecubum...»).* Horacio escribió este épodo apenas se recibieron en Roma las primeras noticias de la victoria de Accio, sin saberse aún la suerte que habían corrido Cleopatra y Antonio. Con júbilo empieza así diciendo: «¿Cuándo, feliz Mecenas, / alegre por haber vencido el César, / contigo beberé en tu altiva casa / (así lo quiere Júpiter) el Cécubo / que tienes reservado / para festivos días, / a los acordes de las liras dorias / y flautas frigias?» Complemento de este épodo será la oda XXXVII del libro II, escrita después de conocerse la muer-

te de Cleopatra. — X: «Contra Mevio» *(«Mala soluta navis...»).* Este Mevio era un poeta, físicamente sucio y en lo moral tampoco muy limpio, que mordisqueaba, envidioso, la naciente fama de Horacio e incluso la de Virgilio. Horacio le dedica este épodo para desearle un viaje accidentado y tormentoso como el de Ayax, y el naufragio final en una playa inhóspita, donde sirva de pasto a las aves. — XI: «A Petio» *(«Petti, nihil me sicut...»).* Esta oda es un documento de la juventud irreflexiva y licenciosa de Horacio, el cual se confiesa vencido por el amor del efebo Licisco y alterna indiferentemente el amor de los efebos con el de las muchachas. Pero se ha de hacer notar que, si bien no puede negarse esa realidad que está ahí al descubierto, hay una buena dosis de literatura en la manifestación de tales afectos, una moda al estilo griego. — XII: «A una vieja cortesana» *(«Quid tibi vis...»).* A esta vieja, que dice Horacio que es digna de tener por amantes a unos elefantes negros, le pregunta qué quiere, y, ávida de placeres como es, le dirige toda clase de ultrajes e injuriosos vituperios. — XIII: «A sus amigos» *(«Horrida tempestas...»).* Cuajado de nubes está el aire, todo es nieve y agua. Mar y selvas braman a los furiosos soplos del Aquilón. Quiere ungirse y aliviar sus penas al son de la cítara. El centauro Quirón, educador del invencible Aquiles, hijo de Tetis, le dijo: «Invencible mancebo, irás a Troya, de donde no volverás; pero allí divierte tus penas con el canto y el vino, únicos consuelos. — XIV: «A Mecenas» *(«Mollis inertia...»).* Muchos de sus amigos reprochaban a Horacio su pereza para escribir. El poeta se excusa aquí, atribuyendo su inactividad a los sinsabores amorosos, a causa de Friné, por los que está pasando. Pobre excusa, pero que le brinda la oportunidad de dedicar un bello piropo a la amada de Mecenas, comparándola nada menos que con Helena de Troya. — XV: «A Neera» *(«Nox erat et caelo...»).* Esta mujer le había jurado fidelidad, pero luego se había entregado a otro. Este otro, aunque sea bello, sabio y rico, ha de saber que también conocerá el ser abandonado por Neera; esa amargura de ser traicionado queda mitigada por el pensamiento de la futura venganza, porque piensa que él se reirá de sus lágrimas. — XVI: «Al pueblo romano» *(«Altera iam teritur»...).* Severa condena de las luchas civiles en que se deshacía Roma. Por dos siglos duran las guerras civiles; a sus manos perece Roma, contra la que no pudieron sus peores enemigos. ¿Qué hacer? Lo

que los foceos, que abandonaron su patria. Hay que ir a las islas afortunadas, en donde sin cultivo rinden sus frutos los campos, viñas y árboles; destilan miel las encinas; las cabras y las ovejas se acercan para que las ordeñen. Éstas son moradas que previno Júpiter para los buenos. — XVII: «Contra Canidia» *(«Iam, iam efficaci...»).* «Ya, ya me rindo a tu eficaz ciencia; por Proserpina, por Diana, por los libros de tus poderosos encantos, cesa, Canidia, en tus hechizos. Recabó Príamo del mismo Aquiles el cadáver de su hijo Héctor. Confieso que antes me negué, que puedes con tus encantos mudar corazones y entendimientos. ¿Qué más quieres?» Pero la hechicera le contesta que para Horacio no tendrá jamás piedad.

ERROR DE LAS RELIGIONES PROFANAS, SOBRE EL («DE ERRORE RELIGIONUM PROFANORUM»)

De Fúmico Materno (siglo IV d. de J. C.), abogado de Siracusa y seguidor del neoplatonismo. Escribió este polémico tratado entre los años 346 y 350, cuando ya se convirtió al cristianismo y cuyo fanatismo le impulsa a exhortar a los emperadores Constante y Constancio a que persigan a los secuaces de la falsa religión y les obliguen con la fuerza a que adopten la verdadera. A la obra le faltan las primeras páginas, y empieza relatando los cultos del agua entre los egipcios, de la tierra entre los frigios, del aire entre los asirios y del fuego entre los persas, demostrando lo absurdo de esto. Luego pasa a los cultos venidos de Oriente y en boga entre los paganos, como los de Isis, Cibeles, Mitra, de los Coribantes, de Adonis, etc. Y siguiendo a Evemero (filósofo griego del siglo IV a. de J. C.) en su método de interpretación de los mitos, aplica sus métodos para demostrar que todas las divinidades son hombres enaltecidos después de su muerte a los honores divinos y de cuyos pecados, que se narran en los mitos, se aprovechan los hombres para justificar los propios. Quiere explicar el origen de algunas de las divinidades con unas absurdas etimologías, como, por ejemplo, la del dios Serapis, que lo hace derivar de *Sárras païs,* «hijo de Sara», y la de Penates, de *Penus,* «comida». El principal mérito del tratado estriba en la información que ofrece de los diversos cultos profanos.

ESTRATAGEMAS

De Polieno (siglo II d. de J. C.), escritor y militar griego, retórico y abogado en Roma. Escribió esta obra en ocho libros, que es una colección de novecientas estratagemas militares y que está dedicada a los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero, que estaban a punto de marchar a luchar contra los partos. A pesar de sus defectos, que llegaron a confundir los personajes que llevan el mismo nombre e incluso a atribuir a un general las empresas de otro, como el referir las estratagemas de César y Pompeyo, de esta obra se sirvieron los emperadores Marco y Vero y sus sucesores, y todavía en el siglo IX fue utilizada por León VI el Sabio, emperador de Oriente, para sus *Consejos estratégicos.* El valor de la obra depende de las fuentes que utilizó, teniendo pasajes importantes de obras ya perdidas; se sirvió de los antiguos (Tucídides, Jenofonte, Polibio, entre otros) y de Suetonio y tal vez de Frontino. En los tres primeros libros, empezando por Baco, Pan, Hércules y los Heráclidas, nos refiere las estratagemas sacadas de la historia griega; en el IV trata de los reyes mecedonios y de los sucesores de Alejandro Magno; en el V, de Sicilia, de las islas y de las colonias griegas; en el VI y VII, con ciertas lagunas, se habla de las estratagemas de los pueblos bárbaros, y en el VIII, de las estratagemas de los generales romanos y de las mujeres.

ESTRATAGEMAS, LAS («STRATAGEMATA»)

De Sexto Julio Frontino (40-104 d. de J. C.), gobernador de la Britania e ingeniero militar y civil. Poseemos de esta obra sus tres libros, que sacan sus ejemplos especialmente de la historia romana. El primero trata de las estratagemas y astucias militares ante las batallas; el segundo, durante la batalla y después, y el tercero, durante los asedios. Se considera apócrifo un cuarto libro, que versa sobre dichos y hechos de ilustres generales. Por el interés que ofrecía la táctica y la estrategia, el tratado se convirtió en un texto de estudio militar.

EXCEPCIONES DILATORIAS CONTRA LOS HEREJES («LIBER DE PRAESCRIPTIONE HAERETICORUM»)

De Quinto Septimio Florencio Tertuliano, de temperamento impetuoso, agresivo y testarudo. Nació en Cartago alrededor del año 160 después de Jesucristo y murió de edad muy avanzada. Se convirtió al cristianismo a los treinta años y se mostró ajeno a todo compromiso. Este tratado lo compuso tres años después de su famosa obra *Apología* (o *Apologético*), que fue escrita en el 197. Tertuliano, basándose, como abogado, en el derecho romano, que especifica que «se rehusaba al adversario el derecho de exponer sus propios argumentos sobre la base de un pronunciamiento anterior», afirma categóricamente que es inútil escuchar los argumentos de los herejes y vano el refutarlos, ya que gran número de pruebas anteriores demuestran que no tienen derecho a continuar siendo escuchados. Las herejías y los falsos profetas no deben asombrar a los cristianos, ya que Cristo los profetizó. La primera *excepción* es que «nosotros no debemos permitir a los herejes la usurpación de apelar a las Escrituras; antes debemos evitar su trato y, después de una amonestación, alejarnos de ellos». Segunda *excepción:* «Cristo envió a sus apóstoles, quienes fundaron comunidades o iglesias en cada ciudad, recibiendo la transmisión de la fe, convirtiéndose en iglesias apostólicas, hijas de iglesias fundadas por los apóstoles. Siempre que la doctrina concuerda con la que profesan las iglesias apostólicas, es verdadera, porque expresan lo que antes recibieron de los apóstoles; éstos, de Cristo, y Cristo, de Dios; si una doctrina está en desacuerdo, debe repudiarse. ¿Puede admitirse que Pedro, roca sobre la que fue edificada la Iglesia, o que Juan, que reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús, ignorasen sus doctrinas?» Tercera *excepción:* el testimonio de las iglesias como el medio para descubrir la verdadera doctrina. Si algunos herejes pretenden invocar para sí una antigüedad apostólica, que presenten las listas de sus obispos y apóstoles, como lo hace la Iglesia de Esmirna, que ensalza a Policarpo, puesto en su sede por San Juan, y la de Roma, a Clemente, ordenado por San Pedro. Cuarta *excepción:* la

conducta, desorden, falta de organización, procacidad de las mujeres, que se han introducido en todos los cargos del ministerio; la inconsiderada predicación, que va dirigida más bien a pervertir a los católicos que a convertir a los paganos.

F

FÁBULAS

De Aviano (siglo IV d. de J. C.). Son unas cuarenta fábulas, escritas en dísticos, métrica no usada por los fabulistas Esopo, Fedro y Babrio, quienes son sus fuentes, resultando estas imitaciones faltas de invención. Esta paráfrasis esópica, adaptada por las escuelas, era un texto muy leído en la Edad Media.

FÁBULAS

De Fedro, esclavo de Augusto y luego liberto, del que se ignora la fecha de su nacimiento y que murió en el año 50 después de Jesucristo. Introdujo en Roma la fábula esópica, la que embelleció en la traducción y al incluir temas nuevos: anécdotas, historietas y alegorías. A diferencia de Esopo, amante de la leyenda, Fedro, hombre de historia, dio a la literatura de todos los tiempos el modo de conocer a los humanos por medio de metáforas e hipérboles de las representaciones de los animales parlantes, las cuales van siguiendo paso a paso las vicisitudes de la vida imperial romana o de la propia del poeta. Ensaya la representación psicológica, y, siempre pintando cuadritos en miniatura muy agradables, busca deducir una moraleja, haciendo la delicia del mundo de los niños, de miradas limpias y risas cristalinas, que fácilmente la intuyen por la sencillez y brevedad. La sucesión de Tiberio favoreció a toda una caterva de ladrones, delatores y malvados, que hicieron víctima al pueblo romano, representado bien por las ranas que piden al Sol un rey que no fuese estúpido y reciben, en cambio, una feroz serpiente; bien por el asno que, a pesar de cambiar de dueño, no consigue aligerar la carga. Las fábulas de Fedro tienen también un interés documental, revelando la

mentalidad y el estado de ánimo de una persona humilde, en tiempos de Tiberio y de Calígula, y cuya tristeza es unas veces resignada, y otras, iracunda. De los cinco libros de 118 fábulas, sólo poseemos extractos, con un total de 93 composiciones en versos senarios yámbicos.

FARSALIA, LA

De Marco Anneo Lucano (39-65 d. de J. C.), sobrino de Séneca. Esta obra viene a ser la más alta expresión de la idea republicana, que se unió al partido estoico de oposición a Nerón. Poema épico en diez libros, varía el ritmo de sus hexámetros para acentuar los efectos. En los ocho primeros libros, el argumento lo constituye la guerra entre César y Pompeyo, y los otros dos refieren las empresas de África y Egipto. En esta lucha entre César y Pompeyo, Lucano simpatiza con el vencido porque defendía la libertad, elevándole a símbolo de la libertad republicana. Así, en los primeros hexámetros del libro IX, dice de él: «Pero no quedaron los manes en los brazos egipcios, / ni las exiguas cenizas retuvieron alma tan grande. / Del sepulcro saltó y... / voló a las regiones / del Tonante... / Allí moran los manes semidioses..., / donde nadie sube desde ricas tumbas o urnas de oro. / Después pasó volando sobre las insignias / de César, sucio de sangre, y sobre las naves esparcidas en el mar...» En sus ocho mil versos, *La Farsalia* resulta una obra de verdadero carácter histórico, de la que se sirvieron los historiadores posteriores, siendo documento valiosísimo, ya que las décadas de Tito Livio correspondientes a esta guerra civil no han llegado hasta nosotros. En el amplio cuadro que nos presenta hombres y costumbres, ideas y pasiones de ese período tumultuoso, entre líneas, como el verdadero héroe del poema aparece Catón, el estoico y republicano por excelencia y a quien, gracias a los elogios que Lucano le prodiga, Dante lo situará en su «Purgatorio»

FASTOS, LOS

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). *Los fastos* es una obra cronológica sobre el calendario de las fiestas romanas, dedicada al emperador Augusto, antes y durante el destierro en Tomi (o Tomes), situada en la hoy

provincia rumana de Dobruya. Después de morir Augusto y sucederle Germánico, también poeta y traductor de *Aratea*, como ya dijimos en su lugar correspondiente, Ovidio quiso sacar una segunda edición de *Los fastos* dedicada a este emperador, pero la muerte le sorprendió después de refundir el primer libro, que aparece dedicado a este príncipe. Publicados póstumos los siguientes, aparecen en su forma primera. En *Las fastos* se dan detalles de costumbres populares, como, entre otras, en las fiestas rústicas «Palilia», que se describen al final del libro IV (vv. 721 y ss.), con objeto de purificar pastores y rebaños y que se celebraban saltando hogueras, costumbre que el cristianismo ha conservado en las fiestas de la víspera de San Juan (24 de junio).

FEDRA

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). Esta tragedia la escribió Séneca inspirándose y tomando por modelo la de Eurípides, dándole una estructura original. Aquí, el carácter de Fedra es más audaz que en la Fedra de Eurípides. El prólogo de la obra lo constituye un episodio de caza en el que interviene Hipólito, hijo de Teseo y de la amazona Antíope. Fedra, que lamenta la ausencia de su marido, se ve presa de una fatal pasión por su hijastro Hipólito y aprovecha la ausencia de su marido para seducir al jovencito. La nodriza hace de alcahueta y le habla al joven, y después Fedra intentará declararle su amor; pero Hipólito, horrorizado y con entereza, la rechaza. La nodriza, con el fin de salvar el honor de su reina, calumnia a Hipólito acusándole de haber querido forzar a Fedra. A Teseo, ya de regreso, se le comunica la depravada calumnia de la nodriza, que Fedra, con gran habilidad, hace que aparezca verosímil. Teseo se convence de la culpabilidad del hijo e invoca contra él la venganza de Neptuno, que manda contra Hipólito un monstruo marino, que da muerte al infortunado joven. El cadáver de éste es llevado ante Teseo, y Fedra, desesperada, confiesa su infame mentira y se suicida sobre los restos de Hipólito, a quien trágicamente amó. Teseo ordena recoger los infortunados despojos de su hijo y darles sepultura. Demos punto final con aquellas bellas palabras de Mauriac: «Un poeta somete al tribunal de Dios el proceso del amor humano.»

FENICIAS, LAS

De Séneca *(ut supra).* Esta tragedia, incompleta, está formada por dos fragmentos de dos tragedias griegas, un *Edipo* en la primera parte y un episodio de *Las fenicias* en la segunda. Primer fragmento (vv. 1-362): Edipo está ciego y, desterrado, se halla en compañía de su hija Antígona, la cual disuade a su padre de que no se suicide, presa como está de la desesperación. Edipo se refugia en la selva. En el ínterin, en Tebas surge la amenaza de la guerra entre los hermanos Eteocles y Polinices, enemigos por obtener el poder. Segundo fragmento (vv. 363-664): Yocasta, desesperada al ver que los dos hermanos se van a dar mutuamente la muerte, se precipita entre ambos e intenta su reconciliación. Pero Eteocles pretende conservar el poder y enviar a Polinices al destierro. Hay escenas sumamente conmovedoras, como la de Yocasta y sus hijos, y es muy deplorable que no tengamos completa la obra.

FENÓMENOS, LOS

De Rufo Festo Avieno (siglo IV d. de J. C.). Es una traducción en bellos hexámetros de la obra griega *Phainomena,* de Arato de Soles (siglo III a. de J. C.). En ella, en sus 154 hexámetros, se describen las constelaciones, se explican sus nombres y se determinan sus recíprocas posiciones. En la segunda parte, a partir del verso 733, conocida también con el nombre de *Prognosceis* («Pronósticos»), se enumeran los indicios que permiten prever el estado del tiempo.

FENÓMENOS, LOS

De Claudio Germánico (15 a. de J. C.-12 d. de J. C.), sobrino e hijo adoptivo de Tiberio. Esta obra traduce los *Phainomena* de Arato de Soles en su poema de astronomía *Aratea,* del que poseemos fragmentos.

FIGURAS DEL CONCEPTO Y DE LA EXPRESIÓN, LAS («SKÉMATA DIANOÍAS KAÌ LÉXEOS»)

De Publio Rutulio Rufo (siglo I d. de J. C.). Un tratado en cuatro libros del retórico griego Gorgias (siglo I a. de J. C.)

existía con el título *Skémata dianoías kaì léxeos*, y de él hizo Rutilio una traducción libre al latín, de la que sólo se conoce la segunda parte, correspondiente al léxico o la expresión, habiéndose perdido la primera, a la que correspondía el contenido o concepto *(dianoía)*. Adquirió gran aceptación en su siglo esta obra, conocida por Celso y Quintiliano, pues fue muy apreciable la correspondencia en latín de los términos técnicos del griego, que gracias a la labor de Cicerón a este respecto ya se encontraba muy adelantada.

FLORIDA

De Lucio Apuleyo (siglo II d. de J. C.), el más brillante literato del período de los Antoninos. La obra la constituyen cuatro libros de unos veintitrés extractos de conferencias y discursos y se la conoce también con el nombre de *Florilegio* o *Antología*, como un manojo de «flores», que se caracterizan por una especial musicalidad, por la disposición de los miembros de la frase y por las relaciones entre los sonidos de las palabras. Apuleyo pronunció panegíricos políticos y discursos sobre temas morales, literarios, eruditos y filosóficos. No tiene un sistema filosófico propio, pero demuestra una destreza y competencia en la divulgación de ideas de interés general y de normas espirituales.

FORMIÓN

Comedia de Publio Terencio Afer, muerto en un naufragio a los treinta y seis años, en el 150 antes de Jesucristo. Esta comedia tomó por modelo la de Apolodoro Carystos titulada *Marido adjudicado*, y fue escrita y representada en el año 161. De todas sus comedias han llegado hasta nosotros las seis representadas entre los años 166 y 160. *Formión* lleva el nombre de su protagonista, que es un parásito, entendido en leyes, perspicaz, astuto, mentiroso y amante de los líos. Fedrias y Antifón son primos, hijos de dos hermanos, Cremes y Demifón. Éstos, antes de salir de viaje, confían los dos jóvenes al esclavo Getas. Éste favorece las aventuras amorosas de los jóvenes enamoradizos y se ha esforzado, aunque inútilmente, en procurar a Fedrias las treinta minas para rescatar a una flautista a quien ama. En el ínterin ha conseguido hacer casar a Antifón con Fanio,

una bella joven, pero sin dote. Esto es debido a que Formión se ha enterado de que, por una ley, Antifón, por tener relaciones de parentesco con Fanio, debe dotarla o casarse con ella. Como Antifón carece de recursos financieros, se ve obligado a casarse, aunque con el mayor entusiasmo. En ese momento regresan los padres. El matrimonio de Antifón con una muchacha sin dote irrita a Demifón, quien, teniendo otros proyectos para con su hijo, ahora se halla dispuesto a pagar a Formión lo que sea con tal que se calle. Pero éste, en el momento en que el viejo Demifón eche de su casa a los jóvenes esposos, amenaza con promover un nuevo proceso. Llega ahora el hermano de Demifón, Cremes, al que su hijo Fedrias, aliado con el esclavo Getas y el incansable Formión, preparan una trampa para sacarle las treinta minas para el rescate de la flautista. Entonces se descubre que Cremes, casado con la fiel Nausístrata en Atenas, tuvo una hija natural en Lemnos, que es precisamente Fanio, la casada con su sobrino Antifón. Las cosas se complican hasta el punto de que el intrigante Formión ha comunicado a Nausístrata la infidelidad de Cremes. Estalla un escándalo familiar y, después de calmada la cólera de la esposa, los cónyuges se reconcilian y todo acaba bien: Antifón queda casado con Fanio, Fadrias tendrá las minas para su flautista, Getas será perdonado y Formión, el parásito, ganará con ello un opíparo banquete. Comedia ésta en la que Terencio pone frente a frente a los dos mundos que se ven distanciados: el de los jóvenes y el de los viejos, que se relacionan solamente por medio del parásito Formión.

FUNDACIÓN DE ROMA, DESDE LA («AB URBE CONDITA»)

De Tito Livio (59 a. de J. C.-17 d. de J. C.). Monumental obra histórica de Roma, en cuarenta y cinco libros, de la que tan sólo han llegado hasta nuestros días extensos fragmentos en cuatro tipos de manuscritos: *a*) La primera década, o sea desde la fundación de Roma hasta la tercera guerra samnita (año 290 a. de J. C.). *b*) La tercera década, o sea las guerras púnicas hasta el año 146; *c* la cuarta parte de la quinta década, y *d*) hasta la muerte de Druso, el año 9 antes de Jesucristo. En total, treinta y cinco libros y fragmentos de los manuscritos perdidos.

G

GEÓRGICAS, LAS

De Publio Virgilio Marón (70-19 a. de J. C.). Esta obra, en cuatro libros, que glorifica el trabajo agrícola, fuente de prosperidad para la tierra itálica y el pueblo romano, ocupó a Virgilio durante casi ocho años (del 37 al 30 a. de J. C.), mientras tenían lugar las terribles y decisivas batallas entre Octavio y Antonio, culminando en Accio el 31. Había un lejano precedente en un poema de Hesíodo *(Los trabajos y los días)* y, en otros aspectos, existía una tradición literaria de este tipo mantenida por algunos poetas alejandrinos. Pero al primero sólo le es deudor en el sentido religioso de su obra, y de los alejandrinos no tomó nada más que el modelo poético. Cabe señalar otras fuentes de mayor importancia en los escritos de Varrón *(De re rustica,* publicado en el año 37 a. de J. C.) o en los de Catón y Julio Higino, que Virgilio debió de utilizar sin duda para documentarse. Pero es a Lucrecio a quien debemos remitirnos para encontrar la verdadera fuente de la inspiración virgiliana en este poema. Cierto que entre los dos se da una notable diferencia: Lucrecio es un filósofo y se asoma a la naturaleza a través de una meditación interior que proyecta en ella las luces y las sombras de su agitado espíritu; Virgilio, en cambio, se siente unido a la naturaleza como el campesino, que vive con sus estaciones, que aspira sus esencias, que siente mecida su alma por el mismo viento que agita las hojas de los árboles. Éste es su secreto: que a pesar de que ha de echar mano de las ciencias especiales, la botánica, la geología, la astronomía y la fisiología, no deja de ser poeta, dando a sus versos gracia, donaire y elegancia, teniendo arranques líricos, como en las loas a Italia y al campo (libro II), e intermedios idílicos, como en la descripción (libro IV) del huerto del viejo de Corico. ¿Qué hacer ahora de esas legiones de ex combatientes cuando depongan las armas? Mecenas, con

buen tino político, sugiere a su amigo Virgilio la composición de este poema didáctico, pues, obtenida la pacificación universal, debe volverse al viejo ideal de los agricultores de Italia. Este poema consta, como hemos dicho, de cuatro libros. El primero trata del cultivo de los campos, y a sus humildes gentes les aconseja para cultivar mejor sus tierras y hacerlas fructíferas, escogiendo las oportunas regiones y las estaciones mejores. Les dice que los astros, en sus perennes movimientos en la bóveda celeste, influyen en la siembra, crecimiento y cosecha de las plantas, al igual que en las vicisitudes históricas de los humanos. El segundo libro se refiere a los árboles, empezando a hablar de la dura labor de la siembra, trasplante, injerto y poda. Vides y olivos pueblan las tierras que describe, y va deteniendo complacido su mirada por regiones, ríos, colinas y lagos de esa Italia fecunda cual ninguna otra, que produce frutales de toda clase. El libro tercero versa sobre la ganadería, y los pacientes bueyes y los brillantes potros animan el escenario campestre. Animales y hombres aparecen unidos por el mismo esfuerzo puesto en el trabajo fecundo. También en la vida de los animales alternan el mal y el bien: la reproducción, la cría, las feroces luchas de los machos por la posesión de las hembras, y la muerte que sobreviene con los estragos que las epidemias producen. Y el cuarto libro habla de las abejas, y se cierra con la alusión a las guerras de Oriente y a la paz de Nápoles, ciudad en donde entonces estaba residiendo.

GERMANIA («DE ORIGINE ET SITU GERMANIAE»)

De Cornelio Tácito (55-116 d. de J. C.). El título completo de esta magnífica monografía, escrita en el año 98, debiera ser: *De origine, situ, moribus ac populis Germanorum,* puesto que, además del origen y situación, nos da a conocer sus costumbres y pueblos de que se compone. Los pueblos que desde hacía más de dos siglos constituían un peligro para Roma despertaban el interés de Tácito. Precisamente al agudizarse el interés de los romanos por estas regiones y pueblos mal conocidos, cuando Trajano reforzó las fronteras del Rin, Tácito, que comprendió que era conveniente conocer al enemigo, acudió, para esta monografía, a documentarse en César y Plinio el Viejo y, además, recogió amplias informaciones de militares, viajeros y comercian-

tes, demostrándose por la ciencia moderna, a través del estudio de monumentos, la seriedad de sus informaciones. Nos proporciona detalles sobre los orígenes, la vida social y las instituciones, la lengua y la religión, distinguiendo entre las diversas tribus, y nos da un juicio elogioso de la sencillez de las costumbres y de su sólida moral. He aquí algunos fragmentos que agradarán al lector. Del libro IV: «Comparto la opinión de los que consideran a los pueblos de Germania inmunes a las mezclas con otras estirpes, formando una nación pura e íntegra, sólo parecida a sí misma. Por esto, no obstante su gran número, tienen todos el mismo aspecto: los ojos azules, con mirada fiera; rojizos los cabellos; grande su cuerpo y apto, especialmente, para el asalto...» Del libro XIV: «En la guerra es vergonzoso para el jefe ser superado en valor, y vergonzoso para sus lugartenientes no igualar el valor de su jefe. Además, es una infamia y una mancha para toda la vida sobrevivir en una batalla en que haya muerto el jefe; es arte esencial del juramento de fidelidad el protegerlo...; los jefes combaten por la victoria; los subordinados, por los jefes...» Del libro XVIII: «Para ellos, el matrimonio está rodeado de mucha austeridad, y no hay cosa que merezca mayor elogio en sus costumbres. Son casi los únicos entre los pueblos bárbaros a quienes basta una sola esposa, a excepción de poquísimos que, no por lujuria, sino por nobleza, contraen varias nupcias. Y la mujer no le ofrece dote al marido, sino él a ella...» Del libro XIX: «Las mujeres viven custodiando su pudor, sin ser corrompidas por las lisonjas de los espectáculos ni la excitación de los banquetes. Lo mismo que ellas, los hombres ignoran los embustes y secretos. En un pueblo tan numeroso, son rarísimos los adulterios; su castigo es inmediato y está en la mano del marido: en presencia de los parientes, arroja de la casa a la compañera infiel, desnuda, con los cabellos cortados, persiguiéndola a través de toda la población a golpes de fusta; no hay perdón para el honor manchado. La impúdica no puede encontrar otro marido ni con su belleza, ni con su juventud, ni con las riquezas que pudiera tener. Pero así sucede porque allí nadie aplaude los vicios, ni los hombres siguen la moda de corromper o dejarse corromper...»

GIGANTOMAQUIA

De Claudio Claudiano (370-405 d. de J. C.), nacido en Alejandría, donde estudió a fondo el griego y el latín. Este

poema mitológico nos ha llegado incompleto en su versión latina, en fragmentos que contienen 128 hexámetros. Versaba sobre la lucha que los gigantes sostuvieron contra los dioses del Olimpo cuando intentaron escalarlo.

GLADIOLUS

De Lucio Livio Andrónico (siglo III a. de J. C.). En el año 272 llega como prisionero desde Tarento, su patria, y queda esclavo. Libre por su talento, enseñó griego y latín y preparó a los romanos, pueblo militar y rudo, para comprender la literatura en forma helénica. Murió en el 207. En esta comedia apareció por primera vez el *miles gloriosus*, el soldado engreído, pedante y fanfarrón. De sus obras teatrales quedan tan sólo unos setenta fragmentos.

GUERRA DE LAS GALIAS

(Véase «Comentarios sobre la guerra de las Galias»)

GUERRA GILDÓNICA, DE LA («DE BELLO GILDONICO»)

De Claudio Claudiano (370-405 d. de J. C.). Es un poema en hexámetros sin terminar, interrumpiéndose en el verso 526, y que se abre con un prefacio escrito en dísticos sobre las guerras de Mauritania. Compara el poeta esta empresa de las legiones con las que en otros tiempos sostuvieron contra los reyes númidas Sífax y Yugurta.

GUERRA GÓTICA, DE LA («DE BELLO GETICO»)

Poema escrito en 647 hexámetros por Claudio Claudiano que constituye un panegírico para exaltar la victoria del general Estilicón en los campos de Pollenza sobre Alarico, rey de los visigodos, conocidos con el nombre de godos o de getas. Derroche de erudición mitológica, geográfica e histórica, y parangona esta victoria de su amigo Estilicón con la que Mario obtuvo contra teutones y cimbros en el 102 y 101 antes de Jesucristo, respectivamente.

GUERRA DE YUGURTA («BELLUM IUGURTHINUM»)

De Cayo Salustio Crispo (86-35 a. de J. C.). A Salustio le agradaba describir los cuadros históricos que representa-

ban las corrientes decisivas para el destino del Estado romano. Y así aparecen logrados por completo los que nos muestra en esta monografía histórica sobre la guerra que los romanos sostuvieron contra Yugurta, rey de Numidia. Yugurta, que usurpó el poder a los hijos de Micipsa, se había asegurado la connivencia del Senado mediante la corrupción. El tumulto de las masas le obligó a Roma a declararle la guerra, cubriéndose de desdoro los primeros generales enviados por el Senado y que pertenecían a la nobleza; sólo Cecilio Metelo reivindicó el honor de las armas romanas. Como la guerra continuaba y la desorganización y el descontento iban en sumento, Cayo Mario provocó una agitación contra la nobleza, se hizo nombrar cónsul y, obteniendo el mando de la guerra contra Yugurta, en dos años le venció y le entregó a los romanos. El partidismo de Salustio no enturbia su juicio; reconoce los hombres mejores de la nobleza, como Metelo y Sila, y no disimula los defectos de Mario y de las masas populares. El autor se preocupa por lo esencial y no desciende a la deformación de los detalles, y, con la asimetría de las frases y el colorido arcaico y poético, demuestra un seguro dominio del arte. Y así vemos que es propio del pensamiento salustiano el definir las cosas con un sentido moralizador, como: «Tener los mismos gustos y las mismas antipatías, he aquí la verdadera y sólida amistad.» «Lo que entre caballeros es amistad, es facción entre pillos.»

GUERRA PÚNICA («BELLUM POENICUM»)

De Cneo Nevio (hacia 270-202 a. de J. C.). Poema épico nacional en siete libros, con unos cuatro mil versos, del que sólo quedan unos pocos fragmentos. Fue compuesto durante su destierro en Útica y se inicia con la salida de Troya de Eneas; se refería a su amor por la reina Dido, a la fundación de las dos ciudades rivales, Roma y Cartago, y después a la larga lucha. El valor poético de los fragmentos conservados no es muy alto, ya que, en Nevio, el historiador prevalece por encima del poeta, dando la sensación de ser una crónica rimada; pero tiene importancia como primera tentativa de epopeya nacional.

H

HEAUTONTIMOROUMENOS («EL VERDUGO DE SÍ MISMO»)

De Publio Terencio Afer (185-159 a. de J. C.). Comedia que fue escrita y representada en el 163. El protagonista es Menedemo, un anciano padre que se impone una serie de rudos trabajos para castigarse porque con sus continuas reprensiones obligó a su hijo Clinias a huir de casa y hacerse soldado, estando enamorado de Antifila, una joven sin dote. Y como aquí el tema viene a ser el preferido por Terencio, o sea las relaciones de padres e hijos, tenemos dos padres ancianos y amigos, Menedemo y Cremes; los hijos respectivos, Clinias y Clitifón; dos jóvenes mujeres, Antifila y Baquis, y dos criados, pillos y aprovechados, Siro y Dromón. Esta duplicidad de personajes produce graciosos equívocos, de los que el viejo Cremes es la primera víctima. Clinias ha regresado de la milicia y se hospeda en casa de su amigo Clitifón, hijo de Cremes, cosa que éste comunica a Menedemo. Por medio de sus respectivos criados, Siro y Dromón, los jóvenes hacen llamar a sus amadas, Antifila, la joven sin dote, y Baquis, una cortesana. De estas dos jóvenes que entran en su casa, Cremes cree que la cortesana es la amiga de Clinias y por ello previene a Menedemo de la insensatez de su hijo. Pero los dos viejos acaban por decidir que no deben poner trabas a la determinación de las decisiones de sus hijos, si bien deben disimular su condescendencia. Aumenta el enredo, pues Cremes aconseja al esclavo Sirio que vaya a sacar a su amigo Menedemo el dinero que necesita Clinias para su Antifila; pero Siro, más pillo, enreda al propio Cremes y consigue las diez minas que Clitifón debe a la cortesana Baquis. Se aproxima el desenlace, pues Sístrata, esposa de Cremes, reconoce por un anillo que lleva Antifila, amiga de Clinias, a su propia hija, a la que su esposo Cremes, que no quería hijas, había abandona-

do como expósita. Este reconocimiento es el que da un desenlace feliz a toda la trama. Menedemo se alegra de que su hijo se case con la hija de su amigo Cremes, la cual ya no es una joven sin dote, sino hija del rico Cremes; éste está furioso porque su hijo le hizo creer que Baquis era la amiga de Clinias, y también contra Siro, a quien había aconsejado que engañase a Menedemo y quedó su propia víctima. Clitifón renuncia a la cortesana y está dispuesto a casarse con la que su padre quiera designarle. Asimismo es perdonado el astuto y pícaro esclavo Siro.

HEBDÓMADAS, LAS («HEBDOMADES»)

De Marco Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.). Enciclopedia biográfica, conocida también con el nombre de *Imágenes* («*Imaginum libri XV*»). Era como un diccionario ilustrado, una vastísima galería de todos los hombres ilustres de Grecia y de Roma, de los cuales se trazaban 686 retratos, cuyos perfiles iban en prosa y con un breve elogio de cada uno en verso. Tenía como criterio unificador el número siete, inspirado, al parecer, por la mística, mezcla de elementos caldaicos y pitagóricos. Algo le decía la existencia de las siete maravillas del mundo, los siete sabios de Grecia, los siete días de la semana, los siete juegos del circo, los siete caudillos contra Tebas. ¿Conocía acaso la Biblia, que dice que el justo peca siete veces al día y que Dios perdona no siete veces, sino setenta veces siete? Esos 686 retratos estaban divididos en los catorce libros (7+7), del II al XV, así: siete hebdómadas para cada libro, esto es, un total de 49 (7×7) retratos por libro, los cuales, multiplicados por los catorce libros, daban un total (49×14) de 686 retratos. En el libro I hay catorce imágenes (7+7), divididas en dos series de siete: Homero, Hesíodo, con otros inventores de géneros literarios, en una, y Pitágoras, Platón, Aristóteles, Curión, los Catones, los Fabios y los Escipiones, en otra.

HECHOS Y DICHOS MEMORABLES («FACTORUM AC DICTORUM MEMORABILIUM LIBRI IX»)

De Valerio Máximo (15 a. de J. C.-35 d. de J. C.). Dedicada al emperador Tiberio, es una obra de anécdotas, con ejemplos romanos y extranjeros, en nueve libros, tomadas de las más célebres narraciones históricas latinas y griegas. Con tal ri-

queza de anécdotas, esta obra tuvo pronto éxito en las escuelas. He aquí una del libro I sobre un sueño profético que tuvo Cicerón: «...Cuando la conjuración de sus enemigos lo expulsó de la ciudad, Cicerón se acogió a una casa de campo cerca de Atina y, estando allí, durante un sueño, le pareció que vagaba por lugares desiertos y regiones inaccesibles. De pronto se encontró con Mario, revestido con las insignias de cónsul, quien le preguntó por qué vagaba perdido y con el semblante tan triste. Oídas las circunstancias que le afligían, le cogió por la mano y le confió al lictor que estaba más cerca, para que le condujese al monumento elevado en su honor, diciéndole que allí estaba escondida la esperanza de un estado más feliz para él. No sucedió de otra manera, porque precisamente en el templo que Mario levantó a Júpiter, el Senado expidió el decreto que reintegró a Cicerón a su patria.»

HÉRCULES FURIOSO («HERCULES FURENS»)

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). Esta tragedia es una adaptación de la griega de Eurípides. Hércules ha bajado a los infiernos, y Mégara, con sus hijos y el anciano Anfitrión, han caído en poder de Lico, que está a punto de sacrificarlos, cuando Hércules regresa de los infiernos con Teseo y da muerte a Lico y a sus partidarios. Pero Juno turba la mente de Hércules y, en su acceso de locura, furiosamente mata a su esposa y a sus hijos. Cae en un profundo sopor tras esta crisis, y al despertar y enterarse de los crímenes que ha cometido, quiere matarse, pero, ante los insistentes ruegos de Teseo y de Anfitrión, cede de mala gana y parte para Atenas para purificarse. Son dignas de mención las dos escenas referentes a la locura y al despertar de Hércules.

HÉRCULES OETAEUS (ETEO)

De Lucio Anneo Séneca *(ut supra).* Tragedia adaptada de *Las traquinias,* de Sófocles. El tema es la muerte y apoteosis del héroe. Con la toma de Hecalia se lleva como prisionera a la hija de Eurito, Iole, con otras hecalias, y las manda a su esposa Deyanira, amante de su glorioso esposo y exacerbadamente celosa de Iole. Convencida de que la túnica empapada en la sangre del centauro Neso viene a ser un filtro irresistible para devolverle el corazón de su marido,

se la manda. Al ponérsela para ofrecer un sacrificio a Júpiter, el veneno del que está impregnada la túnica se inflama y lentamente va devorando al infortunado hasta lo más profundo de la médula. Deyanira, advertida de su fatal error, se da muerte, y Hércules, a quien su hijo Ilo advierte de la naturaleza del mal irreversible que le va devorando, hace que le levante una pira en la cumbre del monte Eta. Deja sus flechas a Filoctetes, ordena a Ilo que se case con Iole y muere en presencia de su madre Alcmena. Al hallarse ésta sumamente afligida, se le aparece desde lo alto del Olimpo y le dice que ha sido admitido entre los dioses. Termina la tragedia con un himno del coro.

HEROIDAS

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). *Las heroidas* es una colección poética de cartas amorosas, apócrifas, de hombres y de mujeres célebres de la mitología: de Penélope a Ulises, de Filis a Demofonte, de Briseida a Aquiles, de Fedra a Hipólito, de Enone a Paris, de Hipsipila a Jasón, de Dido a Eneas, de Hermione a Orestes, de Deyanira a Hércules, de Ariadna a Teseo, de Canacea a Macareo, de Medea a Jasón, de Laodamia a Protesilao, de Hipermestra a Linceo, de Safo a Faón, de Paris a Helena y de Helena a Paris, de Leandro a Hero y de Hero a Leandro, de Aconcio a Cidipe y de Cidipe a Aconcio. La colección consta, pues, de quince cartas de mujeres a sus maridos o amantes y de tres cartas de hombres a las mujeres, que, al figurar las respuestas de éstas, son, pues, seis. Un total de veintiuna, escritas en dísticos. Conozcamos algún fragmento de la primera, que dice: «Tu Penélope, Ulises, te envía esta carta con lentitud; sin embargo, tú no vuelvas a escribirme; ven tú en persona. Ignoro qué temo, pero, fuera de mí, temo todas las cosas y un amplio espacio se abre a todas mis inquietudes. Cualquiera de los peligros que el mar y la tierra encierran sospecho que son las causas de tu larga demora... Ciertamente, yo, que era una muchachita al marcharte, parecerá que me he hecho una vieja cuando de nuevo vengas.» Penélope y Helena se expresan como dos cultas damas de la corte de Augusto, y estos amores míticos los interpreta Ovidio según sus experiencias eróticas, y este viejo motivo, el amor, eternamente nuevo, hace palpitar el corazón del poeta.

HISTORIA AUGUSTA

Es una obra colectiva y en ella colaboran los seis llamados *scriptores historiae augustae* («escritores de la historia augusta»): Elio Espartiano, Julio Capitolino, Volcacio Galicano, Trebelio Polión, Elio Lampridio y Flavio Volpisco. Éstos, a imitación de Suetonio, narran las «vidas de los Césares» desde Adriano hasta Numeriano, si bien no todas las biografías han llegado hasta nosotros.

HISTORIA ROMANA, COMPENDIO DE («BELLORUM OMNIUM LIBRI DUO»)

De Lucio Anneo Floro (siglo II d. de J. C.). Refleja con fidelidad los gustos de la época y es el verdadero historiógrafo retórico, haciendo uso de la frase ingeniosa y brillante. Distingue cuatro edades en la vida del pueblo romano: infancia, adolescencia, madurez y vejez. Más que narrar los hechos, los comenta en tono patético o admirativo de panegirista.

HISTORIAS

De Marcelino Amiano (aproximadamente 330-400), natural de Antioquía y que, por ser griego, su estilo se resiente al expresarse en la lengua latina, que no conoce a fondo. En sus treinta y un libros no quedó muy lejos de Tácito, al que intentó seguir, por la seriedad con que emprende la tarea. Fue el último historiador de Roma que compuso la historia de los emperadores desde Nerva hasta Valente (96-378). De sus treinta y un libros faltan los diecisiete primeros.

HISTORIAS

De Cayo Salustio Crispio (86-35 a. de J. C.). En esta obra se ocupa del período que va desde la muerte de Galba, en el año 69, hasta la de Domiciano, el último de la casa Flavia, en el año 97. Desgraciadamente, de esta obra sólo han llegado hasta nosotros los cuatro primeros libros y parte del quinto, o sea el relato hasta los comienzos del reinado de Vespasiano.

HISTORIAS

De Patérculo Veleyo (siglo I d. de J. C.). Oficial en las expediciones militares de Tiberio, tiene un pequeño compendio de historia romana en dos libros, con unos capítulos importantes referentes a la cultura y a las letras, y es partidario de la exposición breve, porque hace resaltar las líneas importantes.

HOMBRES ILUSTRES

De Genadio de Marsella (siglo V d. de J. C.). Sacerdote, autor de muchos escritos contra diversas herejías y que se han perdido, compuso esta obra en ciento un capítulos, que dan noticias de noventa y cinco autores cristianos griegos y latinos. Es una obra continuadora de la de San Jerónimo, pero incluye noticias de escritores cristianos del siglo IV que faltan en San Jerónimo.

HOMBRES ILUSTRES, DE LOS («DE VIRIS ILLUSTRIBUS»)

De San Jerónimo (347-420 d. de J. C.). Esta obra, que fue escrita en Belén (año 392), contiene la historia de la literatura latinocristiana, en la que figuran los escritores cristianos desde San Pedro hasta el propio San Jerónimo. Se incluyen, además, algunos escritores herejes e incluso escritores no cristianos, como el judío con nacionalidad romana Josefo Flavio.

HOMBRES ILUSTRES, DE LOS («DE VIRIS ILLUSTRIBUS»)

De Cayo Suetonio Tranquilo (siglos I-II d. de J. C.). De esta obra sólo se ha conservado lo referente a los gramáticos y retóricos y parte de las vidas de los poetas Terencio, Horacio, Lucano y Persio, esparcidas en el principio de los manuscritos de las obras de estos poetas. Algún fragmento de *Los oradores* y *Los historiadores.* Son bosquejos breves, con algunas anécdotas, que sirvieron de modelo a San Jerónimo, antes citado.

I

IBIS

De Publio Ovidio Nasón (44 a. de J. C.-18 d. de J. C.). Obra poética escrita en el destierro en 322 dísticos, 664 versos satíricos, acres invectivas contra una persona a quien no nombra y que en Roma le perseguía renovando siempre el recuerdo del hecho que le valió el destierro y que incluso intentaba apoderarse de su patrimonio. Ovidio no sólo tomó el título del griego Calímaco, sino que también le imitó en el género de poesía y repitiendo las mismas imprecaciones de Calímaco.

IDILIOS

De Claudio Claudiano (aproximadamente 370-405). Estos idilios son originales por la novedad del argumento, como el de las mulas de Provenza *(De mulibus gallicis)*, que concluye con un elogio de las humildes pero preciosas bestias de tiro, que dice así: «Mira las dóciles hijas del Ródano impetuoso, listas para obedecer, cómo cambian el rumbo al oír los gritos diversos y, teniendo por bridas las voces del patrón, van con paso seguro por los nuevos caminos. Aunque no las sujeten arneses y lleven la cabeza libre del pesado yugo, obedecen como esclavas y, tenaces en la fatiga, escuchan atentas sonidos extraños. También lejos del amo respetan sus órdenes: la lengua de un hombre les sirve de freno. Ella las reúne cuando están dispersas, las dispersa si se apiñan; ella las detiene en la carrera y les hace acelerar el paso. Que gritan "¡A la izquierda!", se van por ese lado; ¿cambia el tono?, regresan a la derecha. Esclavas sin cadenas, libres, pero no selváticas, no conocen el cabezal y, sin embargo, están siempre dispuestas. Cubiertas de leonadas pieles, emulándose unánimes, arrastran los resonantes carros. ¿Te extrañará que Orfeo haya amansado con su canto a las fieras, si las gálicas mulas son dóciles a las palabras?»

INSTITUCIÓN ORATORIA, LA («INSTITUTIONES ORATORIAE»)

De Marco Fabio Quintiliano (35-96 d. de J. C.), retórico español nacido en Calahorra. Maestro de arte retórica, fue luego preceptor de los sobrinos del emperador Domiciano. Después de veinte años de enseñanza y ejercicio de la abogacía, compuso esta obra, un verdadero tratado en doce libros, más que de didáctica, de pedagogía oratoria, rico en observaciones psicológicas. Arremetiendo contra los extremismos de la retórica, la peligrosa superficialidad de las declamaciones y el mal gusto del público, manifiesta que el remedio debe buscarse en la sencillez, de la que son maestros los clásicos y en particular Cicerón. Quintiliano exige una buena preparación cultural y que tenga una información general de todo y ya de niño conozca bien la gramática, la lengua y la ortografía. Esta obra de Quintiliano es una de las mejores de la antigüedad romana, y el crítico francés Pedro Bayle decía que «sería de desear que todo aquel que quisiera escribir un libro considerase antes con la mayor atención la obra de Quintiliano».

INSTITUCIONES DE BOECIO («INSTITUTIONES»)

De Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio (480-524). Es una obra cuatripartita. Las cuatro disciplinas: aritmética, música, geometría y astronomía, son para Boecio el «cuadrivio» fundamental de la educación científica, así como la gramática, la retórica y la dialéctica forman el «trivio», fundamento de la educación literaria. Boecio, en su programa, no sólo busca un propósito utilitario y cultural al traducirnos al latín cuantos autores griegos se le iban presentando, sino que, además, se propone dar a la doctrina contemporánea los fundamentos aristotélicos y platónicos. De las cuatro *Instituciones* se conservan la *Institución aritmética*, en dos libros, y la *Institución de música*, en cinco, y se han perdido la de geometría y la de astronomía.

INSTITUCIONES DE LAS LETRAS DIVINAS Y HUMANAS («INSTITUTIONES DIVINARUM ET SAECULARIUM LITTERARUM»)

De Flavio Magno Aurelio Casiodoro (490-583 o 485-580). Tras haber llegado a primer ministro con Teodorico y sus suce-

sores, se retiró a un convento benedictino que él fundó en su hacienda de Vivario (Calabria), y allí instruyó a los monjes en la copia de manuscritos, y así el *scriptorium*, donde los *antiquarii* trabajaban afanosamente en la transcripción de códices traídos de lejanas tierras, fue un quieto oasis de cultura en medio de la barbarie que reinaba por Italia. Acarició durante un cierto tiempo el bello propósito de fundar en Roma escuelas clásico-cristianas, en las que «*unde et anima susciperet aeternam salutem et casto atque purissimo eloquio fidelium lingua comeretur*» («el alma pudiera conquistar la salvación eterna, y la conversación de los fieles sostenerse en un estilo íntegro y purísimo»). Las *Instituciones,* su obra más importante, escrita en el monasterio para instrucción de sus monjes, entre los años 543 y 555, contiene dos libros, en los que se trata de proporcionar al clero la debida cultura religiosa y profana, siendo del parecer que ésta adiestra el espíritu para comprender las escrituras sagradas. De la cultura religiosa tratan los treinta y tres capítulos del primer libro. No considera suficiente para la cultura religiosa la lectura de los libros sagrados, sino que hay que añadir el estudio de las obras latinas o griegas traducidas al latín, y para ello da una lista. El segundo libro de las *Instituciones* es un compendio en siete capítulos de las siete artes liberales: gramática, retórica, dialéctica *(trivium),* aritmética, geometría, música y astronomía *(quatriviun).* Recomienda ese estudio, que está construido sobre las fuentes clásicas y sobre algunos autores cristianos, como San Agustín y Boecio. En esta obra, Casiodoro quiere difundir y profundizar la cultura entre los monjes, poniendo en primer lugar el trabajo intelectual en las ocupaciones de los monjes. Ahora bien, los que sean menos despejados, que se dediquen al cultivo del campo, de los árboles frutales, de las flores, y que los otros se hagan útiles como amanuenses, porque «es un feliz propósito y una laudable diligencia predicar a los hombres con la mano, abrir las lenguas con los dedos, dar en silencio salvación a los mortales, y, contra las fraudulentas insidias del diablo, combatir con la pluma y con la tinta. En efecto, Satanás recibe tantas heridas como palabras escribe el amanuense del Señor...». Estas *Instituciones* fueron casi el único texto por el que se rigió la vida intelectual de los monasterios, que, gracias al impulso de los benedictinos, se convirtieron en centro único cultural de la Edad Media, donde se salvaron y

conservaron para la admiración de las generaciones venideras las maravillosas obras de las literaturas antiguas.

INTERPRETACIONES VIRGILIANAS DE LA «ENEIDA» («INTERPRETATIONIS VIRGILIANAE "AENEIDOS"»)

De Tiberio Claudio Donato (siglo V d. de J. C.). Es un comentario agudo de la *Eneida*, la cual tiene que estudiarse, según su opinión, porque de ella se derivan las mejores normas retóricas. Esto hace que Donato, a menudo, no atienda al valor poético de Virgilio, al que, sin embargo, profesa un verdadero culto. Al final del comentario se encuentra una relación de todas las cosas y nombres más notables de la *Eneida*, de gran valor para consultas.

INVECTIVAS CONTRA RUFINO Y CONTRA EUTROPIO («IN RUFINUM, IN EUTROPIUM»)

De Claudio Claudiano (aproximadamente 370-405). Esta obra está compuesta por dos breves poemas, ambos en dos libros, escritos en hexámetros, precedidos de un prólogo en dísticos. Los compuso para expresar y hacer público su desprecio y su escarnio hacia los eunucos de Bizancio, los cortesanos de Arcadio, emperador de Oriente (395-408). En los dos libros contra Rufino, principalmente nos pone frente a frente a Estilicón, a quien Teodosio, padre de Honorio y Arcadio, dejó como tutor de aquél y como defensor del imperio de Occidente, y a Rufino, tutor de Arcadio, el cual, en vez de gobernar, provocó varias veces a los godos para que irrumpieran en Italia. En el poema *Contra Eutropio*, en sus dos libros, todavía son más mordaces, acres y malignas las invectivas, ya que fustigan hasta hacerle sangrar al eunuco que tanto intervino en la política de la corte oriental. Y ante el cuadro de este personaje sin escrúpulos y carente de esas dotes morales y de esa integridad que debe caracterizar a un magistrado romano, se alza idealizado como un héroe Estilicón, el vencedor de Alarico en los campos de Pollenza.

IRA, DE LA (Véase «Diálogos de Séneca»)

L

LENGUA LATINA, DE LA («DE LINGUA LATINA»)

De Marco Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.). De esta magna obra de veinticinco libros tan sólo se conservan del quinto al décimo y en estado deplorable. Estos libros comprenden: I, Introducción; II-VII, Etimología; VIII-XIII, Morfología; XIV-XXV, Sintaxis. Su teoría del lenguaje no sólo es muy útil para nuestro conocimiento, sino también porque pueden reconstruirse en sus principales líneas directrices la lingüística de los antiguos romanos. Cicerón, que no sentía mucha simpatía por Varrón, no deja de sintetizar sus méritos como estudioso de las antigüedades nacionales al decir que Varrón había vuelto a su patria a los romanos, forasteros hasta entonces en su propia ciudad.

LETRAS, SÍLABAS Y METROS DE HORACIO, SOBRE LAS («DE LITTERIS, SYLLABIS ET METRIS HORATI»)

De Mauro Terenciano (siglos II-III). Es un tratado de prosodia y métrica en verso, que, a pesar de ser poco sistemático y científico, obtuvo gran favor en el mundo clásico. Está dividido en tres partes. En la primera trata de las consonantes; en la segunda estudia la cantidad de las sílabas con las que se forman los pies métricos. Terenciano sigue la teoría de Varrón sobre la derivación de todos los metros, del hexámetro y trímetro yámbico, ambos formados de seis pies. El tratado termina con un apéndice sobre la métrica horaciana.

LIBRE ALBEDRÍO, DEL («DE LIBERO ARBITRIO»)

De San Agustín (354-430 d. de J. C.). Tratado filosófico en forma de diálogos, iniciado en Roma el 388 (libro I) y terminado en Hipona (libros II y III) antes de finalizar el 395. En la obra se encuentran explicadas las principales doctrinas sobre la gracia, la predestinación y el pecado original.

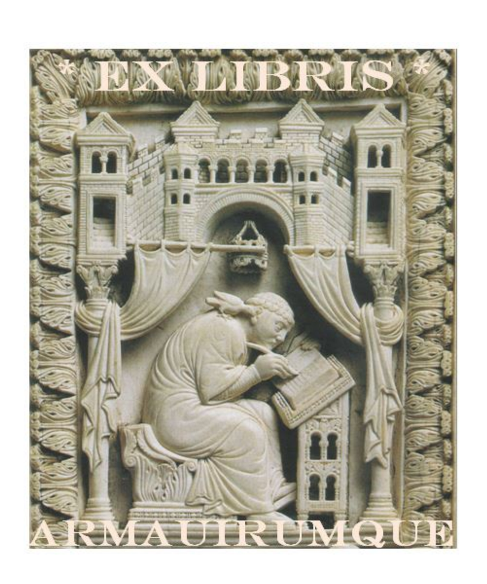
LIBROS A MI HIJO MARCO («LIBRI AD MARCUM FILIUM» O «PRAECEPTA AD FILIUM»)

De Marco Porcio Catón (234-149 a. de J. C.), quien hacia el año 84 empezó a escribir un tratado de carácter casi enciclopédico para su hijo Marco, a la sazón de unos ocho años, en el cual iba adoctrinándole sobre lo que opinaba que venía a constituir la verdadera cultura: agricultura, oratoria, medicina y arte militar, todo lo que venía a ser conocimientos prácticos y útiles para la vida, prescindiendo de lo poético y de lo metafísico. La obra sería como un compendio de *Praecepta ad filium.* Y destaca su recia y altiva figura de patriota (suyo es el grito de «*Delenda est Carthago*») cuando, en el tratado de «Medicina», atiende, más que a las prescripciones, al motivo polémico contra los médicos griegos, a los que llamaba «hediondos brujos», con lo que tenía el convencimiento de que realizaba una benemérita obra para con la patria y sus conciudadanos, no favoreciendo, desde luego, a la cultura, aunque sí a la economía nacional, al trabajo de casa.

LOGISTÓRICOS, LOS

De Marco Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.). Son unos tratados filosófico-morales agrupados en setenta y seis libros, cuyo fin, en general, consistía en presentar en el diálogo un personaje histórico versado en la disciplina que era objeto de estudio. La discusión de los argumentos se completaba con partes narrativas y la teoría estaba en consonancia con la experiencia. De estos setenta y seis libros se conservan un centenar de fragmentos en dieciocho títulos, que son: *Cato, de liberis educandis* («Catón, o de la educación de los hijos»); *Curio, de cultu deorum* («Curión, o el culto divino»); *Marius, de fortuna* («Mario, o la fortuna»); *Messalla, de valetudine tuenda* («Mesala, o el conservarse sano»); *Tubero, de origine humana* («Tuberón, u origen de los hombres»); *Atticus, de numeris* («Ático, o la cronología»); *Gallus Fundanius, de admirandis* («Galo Fundanio, o de las maravillas»); *Orestes, de insania* («Orestes, o la demencia»); *Pius, de pace* («Pío, o la paz»); *Sisenna, de historia* («Sisena, o la historia»); *Calenus* («Caleno»); *Laterensis* («Laterense»); *Nepos* («Nepote»); *Scaevola* («Scévola»); *Scaurus* («Escauro»); *De moribus*

(«Las costumbres»); *De pudicitia* («El pudor»), y *De saeculis* («Las generaciones»). Citemos el primero, el *Cato, de liberis educandis,* el más importante, por conservarse de él mayor número de fragmentos y cuyo argumento es, en síntesis: Varrón se encarga de la educación del hijo que acaba de tener el patricio historiador Quinto Elio Tuberón, y compone este tratado en forma dialogada, en el que da consejos acerca de la lactancia, la nutrición, los estudios y los juegos de los niños.



M

MATESIS («MATHESEOS LIBRI OCTO»)

De Fírmico Materno, abogado de Siracusa, quien, a mediados del siglo IV después de Jesucristo, entre los años 335 y 337, escribe un tratado de astrología en ocho libros, el más amplio de ese género que nos ha transmitido la antigüedad. Está dedicado al gobernador de Campania, su amigo Loliano Mavorcio, y se le señaló como texto fundamental de la ciencia astrológica en la Edad Media. Afirma el autor que las estrellas influyen en el alma humana y que el estudio de la astrología pone continuamente al hombre en contacto con la divinidad.

MÁXIMAS

De Lucio Accio, poeta nacido en Pisaurum (hoy Pésaro) en el año 170 antes de Jesucristo y que murió en el 86 o el 90. A este autor se le deben muchas máximas, como «Iguala a tu padre en la virtud y no en las riquezas», «El destino domina y nadie puede trazar su propia vida». Es muy célebre este hemistiquio que sintetiza el alma del tirano: «*Oderint, dum metuant*» («Ódienme, con tal que me teman»).

MEDEA

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). Esta tragedia, tomada de la homónima de Eurípides, la escribió, según él mismo dice en los *Amores*, para la lectura y la dicción y no para ser representada. Deplorablemente, se ha perdido, quedando sólo algún pequeño fragmento que demuestra su gran valía, por lo que fue apreciada por la crítica y recomendada su lectura por Quintiliano. Esta tragedia la tomó como modelo Séneca.

MEDEA

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). Esta tragedia, como las ocho restantes, está escrita con alardes retóricos y en ella desahoga su virtuosismo estilístico. Basada en la *Medea* de Eurípides e influido también por la homónima de Ovidio, sigue los cánones del buen escritor, que da el carácter que conviene al personaje y, siguiendo el precepto de Horacio en el verso 123 de *Ad Pisones*, que dice: «*Sit Medea ferox*», nos presenta una Medea cruel, la cual mata a sus hijos en presencia de todos, y aquí Séneca desoye a Horacio, que un poco más abajo, verso 185, dice: «*Ne pueros coram populos Medea trucidet*» («No mate Medea a sus hijos en presencia de todos»); pero se le puede absolver porque escribió sus tragedias para ser leídas y declamadas y no para que se representasen. He aquí el argumento: La maga Medea, con Jasón y sus hijos, se encuentra en Corinto. Se entera de que Jasón se casa con la hija de Creonte, rey de Corinto. Medea, a quien el rey ha desterrado, consigue de éste la dilación de un día, pues, en el ínterin, decide vengarse de su infiel marido. Se entrevista por última vez con éste, proponiéndole huir juntos, a lo que Jasón se niega. Le pide que al menos le deje llevarse sus hijos, lo que él no consiente. Entonces Medea ejecuta su cruel venganza: envía a la hija del rey, como regalo de bodas, un manto mágico. Apenas la infortunada se lo pone, es consumida por una llama inextinguible. Tras esto, da muerte a sus hijos en presencia del horrorizado pueblo y huye por el aire en un carro mágico arrastrado por dragones.

MEDICAMENTOS DE LA CARA, DE LOS («DE MEDICAMINE FACIEI»)

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). Es un tratado de cosmética femenina, del que sólo se conservan unos cincuenta dísticos. En la primera parte defiende la elegancia en la mujer como fuerza de seducción amorosa, atacando la sencillez y rudeza de las antiguas costumbres. En la segunda parte da un conjunto de recetas de cosméticos para la conservación y aumento de la belleza de la cara de la mujer.

MENECMOS, LOS («MENAECHMI»)

De Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). El juego del trueque de personas, que es siempre de efecto teatral, desarrolla su asunto en esta comedia, en la que el parecido de dos gemelos engendra un regocijante confusionismo. Menecmo I, que ama a la bella Herocio y le ha regalado un manto que se ha llevado del armario de su celosísima esposa, se dispone a dar en casa de aquélla una espléndida comida, a la que llevará con él al parásito Penículo. El cocinero de la bella Herocio, que ha ido de compras, se tropieza con Menecmo II, que acaba de llegar a la ciudad en busca de su hermano gemelo, del que hacía muchísimo tiempo que no tenía noticias, desde niño concretamente, y lo confunde con Menecmo I y le larga todo un discurso, que el otro, sin comprender bien lo que le dice, interpreta como que quiere llevarlo a casa de una cortesana. Al presentarse Herocio, Menecmo II, receloso, entra después de haber mandado a su criado Mesencón a la posada. Durante la comida, Herocio le habla del manto y le ruega que le haga cierta modificación, y él se marcha llevando todavía la corona de flores del banquete. Apenas sale de la casa encuentra al parásito Penículo, quien, pensando que le ha engañado dejándole sin comida, en venganza se lo cuenta todo a la celosa mujer de Menecmo I. Ella desahoga su furia contra su verdadero esposo, que llega en ese momento, y le obliga a que le devuelva el manto que le quitó. Menecmo I va a pedirle a Herocio que le devuelva el manto que ella piensa haberle entregado para su arreglo, y es arrojado de la casa de mala manera. Poco después se presenta Menecmo II con el manto en el brazo llamando a la misma casa; pero la mujer de Menecmo I, que está al acecho, le ataca y le injuria ayudada por su padre, quien, creyendo que su yerno se ha vuelto loco por sus respuestas incoherentes, va en busca de un médico. Cuando regresa, ya no encuentra a Menecmo II, sino a Menecmo I, su propio yerno, que cuanto más se sulfura y protesta para demostrar que está en su sano juicio, más aumenta en los demás la convicción de su demencia. Lo libra Mesencón, el criado de Menecmo II, el cual, creyéndole su amo, le exige la libertad, que le es concedida; pero en seguida se la deniega su verdadero amo. El encuentro y el

reconocimiento de los dos gemelos resuelve el equívoco, y Menecmo II, el tantos años perdido, pasa a vivir con la familia en su ciudad natal.

METAMORFOSIS LA[S]

De Lucio Apuleyo (siglo II d. de J. C.). Empleamos el singular en el título por considerar como única la principal transformación de Lucio en asno y su vuelta a la condición de hombre, prescindiendo de las otras, accesorias, que en ella se cuentan, a diferencia de *Las metamorfosis* de Ovidio, obra que sigue a continuación y en la que se narran por separado un gran número de diversas transformaciones, concretamente doscientas cuarenta y seis. Esta obra de Apuleyo, en once libros, conocida vulgarmente como *El asno de oro* (1), es una de las novelas más interesantes de la antigüedad, no sólo por la novedad de la trama, sino por la riqueza y variedad de los relatos secundarios (entre los que destaca la bellísima fábula «Amor y Psiquis») y por la exposición refinada, chispeante de brío y con detalles pintorescos. En esta obra, Apuleyo llega a la máxima obscenidad en alguno de sus pasajes históricos. Claro que la sociedad romana se hallaba a la sazón contaminada por los adulterios, incestos, violaciones y bacanales desenfrenadas, contaminación que incluso había ido infiltrándose en los mismos palacios de los césares. En un fragmento de la disertación latina de Bosscha sobre la vida y las obras de Apuleyo dice de la obra que nos ocupa: «Los que no quieren ver en *La metamorfosis* más que un conjunto confuso de obscenidades tienen formada sobre Apuleyo una falsa opinión. Imbuido desde su adolescencia de los preceptos de los antiguos filósofos, se ocupa continuamente en la investigación de la naturaleza y entra de lleno en la investigación de Platón y de la filosofía. Bajo los emperadores, sobre todo cuando se acreditaron los misterios de Príapo [hijo de Baco y de Venus], verdaderos antros de los más vergonzosos libertinajes, había invadido todo el mundo romano una tal corrupción, que el incesto, la violación y el adulterio habían mancillado a casi todas las familias romanas y pro-

(1) El lector puede leer la traducción íntegra en esta «Colección Z», núm. 255.

fanado la santa religión del matrimonio. A este desbordamiento nada podía oponérsele de un modo más eficaz que los misterios antiguos, la más bella institución de los atenienses, dice Cicerón, hecha para atemperar y civilizar a la especie humana; la cual no sólo daba una idea más clara de Dios y la naturaleza, sino que incluso purificaba las almas por medio de excelentes principios de moral. Apuleyo quiso, pues había sido iniciado en estos misterios, componer una obra con el fin de propagar estas santas y saludables iniciaciones, para enseñar a sus conciudadanos que, en medio de una tan gran corrupción, este remedio único y esencialmente moral les llevaría a un género de vida más conforme con la dignidad humana... Tal es el origen de *La metamorfosis.*» He aquí sus once libros, con sus títulos: libro I, «Méroe, la hechicera»; libro II, «El muerto que acusa»; libro III, «Lucio se convierte en asno»; libro IV, «Lucio en la cueva de los ladrones. Historia de Amor y Psiquis»; libro V, «Continúa la historia de Amor y Psiquis»; libro VI, «Termina la historia de Amor y Psiquis. Lucio intenta liberar a la joven cautiva»; libro VII, «El prometido, en una acción audaz, libera a la novia cautiva y a Lucio. Nuevas aventuras de éste»; libro VIII, «Lucio escucha la trágica muerte de Cárita. Lucio escapa, evitando ser castrado»; libro IX, «Lucio escapa varias veces de la muerte. Nuevas tribulaciones y nuevas historias que nos cuenta»; libro X, «Lucio nos invita a calzar el coturno para leer una tragedia. Lucio encuentra a su Pasifae»; libro XI, «La diosa Isis se aparece en sueños a Lucio. Metamorfosis de Lucio. Regreso a la patria». De esta apasionante obra cabe destacar el bellísimo poema, esa fábula maravillosa de «Amor y Psiquis», verdadero cuento de hadas, por así decirlo, que ha inspirado a escritores y artistas. En la antigüedad, esta fábula llena de ternura dio lugar a múltiples manifestaciones artísticas, representando, ya los tormentos que el amor causa en el corazón, ya las festivas situaciones de himeneo. En los museos existen piedras, esculturas, camafeos y pinturas que el arte ha dejado impresos. En el museo del Louvre hay un hermoso grupo escultórico debido al italiano Canova titulado «El Amor y Psiquis»; en el Museo Británico, un bajorrelieve antiguo: «Bodas de Amor»; de Rafael, una composición titulada «El pueblo a los pies de Psiquis», y un fresco: «Bodas de Psiquis»; un cuadro de Picot: «El Amor abandonando a Psiquis», y otras muchas es-

culturas, piedras, camafeos (que, por cierto, acostumbraban darse como regalos de boda) y pinturas.

METAMORFOSIS, LAS

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). Bien agradecerá el lector conocer el origen y universalidad del mito de la metamorfosis. La transformación observada por el hombre en los reinos animal y vegetal contribuyó, junto con otras posibles causas, tales como la cultura incipiente de la humanidad, el temor a los difuntos (debido al estado en que deja la pérdida de un ser querido, ese insomnio e inquietud al escuchar en la soledad y oscuridad de la noche unos ruidos y ver merodear animales alrededor de la casa), la alucinación y la locura, contribuyó, digo, a que se generalizara la idea de la metamorfosis en todos los pueblos; aquella costumbre de ir cubiertos con pieles de animales en las ceremonias religiosas y las propias danzas rituales debieron de contribuir a que los hombres se afianzaran en la existencia real de la misma, circunstancia propicia para que se aprovecharan los hechiceros. Todos los pueblos han atribuido a los dioses y a Satanás el poder de metamorfosearse a su conveniencia y sin delimitación alguna. En la Edad Media (siglos X, XI y XII) se admitía que los brujos, con la ayuda de Satanás, podían metamorfosearse en animales dañinos, particularmente en lobos. La forma más extendida de la metamorfosis es la licantropía (el hombre lobo). En Europa, esta transformación es la más generalizada, pero no la única; en Abisinia y África oriental, es en hiena; en otros países africanos, en leopardo, león, cocodrilo e incluso en elefante; en la India y otros países del Asia occidental, en tigre; en Borneo, en tigre y leopardo; en el Japón y en China, en tigre y zorra; en América del Norte, en lobo, generalmente; en América del Sur, en jaguar; en los países que carecen de estas especies, en gatos, zorras, etc. En Portugal y en las Azores, el hijo séptimo de una familia que no tenía hijas pertenecía a Satanás y se convertía en lobo; en España no deja de existir la creencia licantrópica entre los campesinos más primitivos de algunas regiones, pero, en general, solamente queda en las historietas y consejas que al amor de la lumbre van contándose en las largas noches de invierno. En siglos ya pasados, la patología estudió la licantropía y se dio este nombre a ciertos aspectos de la mente huma-

na, a estados neuropatológicos y psicopáticos (histerismo delirante, epilepsia con impulsos, etc.). Al separar a estos enfermos de los demás hombres, se exacerbaban los rasgos típicos de su vesania o neurosis y creaban un tipo clínico artificial, que en la actualidad ya ha sido descartado. Esta obra de Ovidio está considerada como una obra maestra de la literatura y se ha traducido a casi todos los idiomas (1). Es del género helénico, un poema mitológico que pertenece al antiguamente llamado «género cíclico». Contiene 246 leyendas mitológicas, que explican las diversas formas externas que adoptaron personajes y cosas de la antigüedad, desde el Caos hasta Julio César. Éste, el último de la obra, fue transformado en astro, y Licaón fue el primer hombre metamorfoseado en lobo por Júpiter. La obra está escrita en verso heroico, en hexámetros, y alcanza el número de doce mil. Se ha criticado mucho a Ovidio el excesivo empleo de hipérbatos en sus versos, que si bien es verdad que prestan movilidad y rapidez, en acuerdo completo con la agudeza y fuerza de su imaginación, a sus hexámetros no pudo imprimirles una perfección superior a la de Virgilio. La variedad de las composiciones en tan crecido número no permite un resumen orgánico, por lo que presentamos al lector sus quince libros, con los títulos de sus respectivos capítulos y número de los versos. Libro I: Los versos del 1 al 4 sirven de «Introducción», en la que Ovidio pide a los dioses que inspiren su empresa, pues su espíritu le inclina a escribir las metamorfosis de los cuerpos en otros nuevos y conducir este poema desde el origen del mundo hasta los tiempos en que él vive. 1, «Orígenes del mundo. El Caos» (vv. 5-20); 2, «Separación de los elementos» (vv. 21-75); 3, «Creación del hombre» (vv. 76-88); 4, «Las cuatro edades» (vv. 89-150); 5, «Los gigantes» (vv. 151-162); 6, «Licaón» (vv. 163-252); 7, «El Diluvio» (vv. 253-312); 8, «Deucalión y Pirra» (vv. 313-415); 9, «La serpiente Pitón y Apolo» (vv. 416-451); 10, «Dafne se transforma en laurel» (vv. 452-567); 11, «Io, hija de Ínaco» (vv. 568-600); 12, «Argos e Io convertida en vaca» (vv. 601-688); 13, «La ninfa Siringa» (vv. 689-746); 14, «Faetón, hijo del Sol» (vv. 747-779). — Libro II: 1, «Faetón llega y se entrevista con el Sol» (vv. 1-332); 2, «Las helíadas, hermanas de Faetón» (vv. 333-336); 3, «Cicno, rey de Liguria, se transforma en cis-

(1) El lector puede leer la traducción íntegra en esta «Colección Z».

ne» (vv. 367-400); 4, «La ninfa Calisto» (vv. 401-495); 5, «Arcas, el hijo de Calisto» (vv. 496-530); 6, «El porqué del plumaje negro del cuervo» (vv. 531-541); 7, «Coronis, convertida en corneja» (vv. 542-632); 8, «Ociroe, convertida en yegua» (vv. 633-675); 9, «El pastor Bato, convertido en una roca» (vv. 676-707); 10, «Aglaura» (vv. 709-751); 11, «La Envidia, Aglaura, convertida en estatua de piedra» (vv. 752-832); 12, «Europa es raptada por Júpiter convertido en toro» (vv. 833-875). — Libro III: 1, «Cadmo sale en busca de Europa, su hermana» (vv. 1-137); 2, «Acteón, nieto de Cadmo, castigado por Diana» (vv. 138-252); 3, «Sémele muere abrasada» (vv. 253-315); 4, «Tiresias, cegado por Juno» (vv. 316-338); 5, «Narciso, hijo de Liríope» (vv. 339-355); 6, «Narciso y Eco» (vv. 356-510); 7, «Penteo desprecia los vaticinios de Tiresias» (vv. 511-563); 8, «Penteo y los marineros tirrenos» (vv. 564-733). — Libro IV: 1, «Las hijas de Minias» (vv. 1-54); 2, «Príamo y Tisbe» (vv. 55-168); 3, «Venus y Marte» (vv. 169-189); 4, «Leucotoe y Clicie» (vv. 190-270); 5, «Salmacis y Hermafrodita» (vv. 271-415); 6, «Atamante e Ino» (vv. 416-431); 7, «Los Infiernos» (vv. 432-463); 8, «La furia Tisífona» (vv. 464-562); 9, «Cadmo y Harmonía» (vv. 563-602); 10, «Perseo, el fundador de Micenas» (vv. 603-662); 11, «Andrómeda, hija de Cefeo, rey de Etiopía» (vv. 663-764); 12, «Medusa» (vv. 765-803). — Libro V: 1, «Fineo» (vv. 1-235); 2, «Preto y Polidectes» (vv. 236-249), 3, «Hipocrene. Las Piérides» (vv. 250-340); 4, «Ceres y Proserpina» (vv. 341-408); 5, «La ninfa Cianes» (vv. 409-532); 6, «Ascáfalo, hijo de Orfne» (vv. 533-550); 7, «Las sirenas, Aretusa y Triptólemo» (vv. 551-678). — Libro VI: 1, «Palas y Aracne» (vv. 1-145); 2, «Níobe» (vv. 145-312); 3, «Los campesinos de Licia» (vv. 313-381); 4, «El sátiro Marsias» (vv. 382-400); 5, «Pélope» (vv. 401-411); 6, «Progne y Filomela» (vv. 412-674); 7, «El Bóreas» (vv. 675-701); 8, «Cetes y Calais» (vv. 702-721). — Libro VII: 1, «Jasón y Medea» (vv. 1-158); 2, «Esón» (vv. 159-296); 3, «Pelias, hermano de Esón» (vv. 297-349); 4, «Huida de Medea» (vv. 350-403); 5, «Teseo» (vv. 404-452); 6, «Eaco» (vv. 453-522); 7, «La peste de Egina» (vv. 523-613); 8, «Los Mirmidones» (vv. 614-660); 9, «Céfalo y Procris» (vv. 661-865). — Libro VIII: 1, «Niso y Escila» (vv. 1-151); 2, «El Minotauro y el laberinto» (vv. 152-168); 3, «La corona de Ariadna» (vv. 169-182); 4, «Dédalo e Ícaro» (vv. 183-235); 5, «El joven Pérdix» (vv. 236-259); 6, «El jabalí de Calidón» (vv. 260-297); 7, «Meleagro, hijo de Eneo» (vv. 298-444); 8, «Altea» (vv. 445-525); 9, «Duelo en Calidón»

(vv. 526-546); 10, «Teseo en casa de Aqueloo» (vv. 547-576); 11, «Las Equinadas. Perimela» (vv. 577-610); 12, «Filemón y Baucis» (vv. 611-724); 13, «Erisictón» (vv. 725-776); 14, «El Hambre» (vv. 777-842); 15, «La hija de Erisictón» (vv. 843-884). — Libro IX: 1, «Aqueloo y Hércules» (vv. 1-97); 2, «Neso y Deyanira» (vv. 98-133); 3, «Muerte de Hércules» (vv. 134-210); 4, «Licas» (vv. 211-238); 5, «Apoteosis de Hércules» (vv. 239-272); 6, «Alcmena y Galantis» (vv. 273-323); 7, «Dríope y Lotis» (vv. 324-393); 8, «Iolao» (vv. 394-417); 9, «Biblis» (vv. 418-665); 10, «Ifis» (vv. 666-797). — Libro X: 1, «Orfeo y Eurídice» (vv. 1-85); 2, «Los árboles que se animan» (vv. 86-105); 3, «Cipariso» (vv. 106-142); 4, «Ganimedes» (vv. 143-161); 5, «Jacinto» (vv. 162-219); 6, «Las Propétidas y los Cerastos» (vv. 220-242); 7, «Pigmalión» (vv. 243-297); 8, «Mirra» (vv. 298-518); 9, «Venus y Adonis» (vv. 519-559); 10, «Atalanta» (vv. 560-739). — Libro XI: 1, «Muerte de Orfeo» (vv. 1-66); 2, «Castigo de las Ménades» (vv. 67-84); 3, «Midas» (vv. 85-145); 4, «Las orejas de Midas» (vv. 146-193); 5, «Laomedonte y Hesione» (vv. 194-221); 7, «Peleo en casa de Ceix» (vv. 266-290); 8, «Dedalión y Chione» (vv. 291-345); 9, «El lobo de Peleo» (vv. 346-409); 10, «Ceix y Alcione» (vv. 410-582); 11, «El Sueño» (vv. 583-748); 12, «Esaco» (vv. 749-795). — Libro XII: 1, «Los griegos en Aulis» (vv. 1-23); 2, «Ifigenia» (vv. 24-38); 3, «La Fama» (vv. 39-63); 4, «Aquiles y Cigno» (vv. 64-145); 5, «Ceneo» (vv. 146-209); 6, «Combates entre los lapitas y los centauros» (vv. 210-458); 7, «Hazañas de Ceneo» (vv. 459-535); 8, «Periclímeno» (vv. 536-579); 9, «La muerte de Aquiles» (vv. 580-628). — Libro XIII: 1, «El juicio de las armas. Ayax» (vv. 1-381); 2, «Muerte de Ayax» (vv. 382-398); 3, «Hécuba. Los troyanos» (vv. 399-438); 4, «Polixena» (vv. 439-532); 5, «Polidoro» (vv. 533-575); 6, «Memnón» (vv. 576-599); 7, «La Memnónidas» (vv. 600-622); 8, «Eneas en el palacio de Anio» (vv. 623-642); 9, «Las hijas de Anio» (vv. 643-674); 10, «Las hijas de Orión» (vv. 675-718); 11, «Escila y Caribdis» (vv. 719-749); 12, «Acis, Galatea y Polifemo» (vv. 750-897); 13, «Glauco» (vv. 898-968). — Libro XIV: 1, «Escila y Circe» (vv. 1-74); 2, «Los Cércopes» (vv. 75-100); 3, «La Sibila» (vv. 101-153); 4, «Aqueménides en tierra de Polifemo» (vv. 154-222); 5, «Macareo, Ulises y Circe» (vv. 223-319); 6, «Pico y Canente» (vv. 320-440); 7, «Los compañeros de Diomedes» (vv. 441-511); 8, «El olivo silvestre» (vv. 512-526); 9, «Las naves de Eneas» (vv. 527-565); 10, «Ardea» (vv. 566-580); 11, «Eneas Indígetes» (vv. 581-608); 12, «Pomona y Ver-

tumno» (vv. 609-697); 13, «Anaxárete» (vv. 698-771); 14, «Tarpeya» (vv. 772-804); 15, «Rómulo» (vv. 805-828); 16, «Hersilia» (vv. 829-851). — Libro XV: 1, «Numa» (vv. 1-11); 2, «Míscelo y Crotón» (vv. 12-59); 3, «Pitágoras» (vv. 60-478); 4, «Egeria e Hipólito» (vv. 479-546); 5, «Tages y Cipo» (vv. 547-621); 6, «Esculapio» (vv. 622-744); 7, «Apoteosis de Julio César» (vv. 745-870); 8, «Epílogo» (vv. 871-879). Este «Epílogo» lo tengo traducido así: «Y ya he dado fin a una obra a la que no podrán destruir ni la cólera de Júpiter, ni el fuego, ni el hierro, ni el tiempo voraz. Que aquel día que no tiene ningún otro derecho más que sobre mi cuerpo, cuando quiera, ponga término al curso incierto de mi vida; sin embargo, inmortal en la parte más noble de mi persona, seré llevado sobre la alta región de los astros y mi nombre será indeleble; y por cualquier parte por donde aparezca el dominio de Roma sobre las tierras, seré leído por los pueblos y por todos los siglos; viviré, si algo de verdad existe en los presentimientos de los poetas, gloriosamente.»

MILES GLORIOSUS («EL SOLDADO FANFARRÓN»)

De Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). El protagonista de esta comedia es un soldado fanfarrón, petulante, jactancioso, que por la fuerza de sus rasgos, fuertemente marcados, ha quedado como un tipo cómico y ha dado de por sí el triunfo a esta obra, que se ha convertido en modelo de su género. Esta comedia, fruto ya de su edad madura, escrita hacia el final de la segunda guerra púnica, tiene acaso en su protagonista Pirgopolinices, el soldado fanfarrón, cierta velada alusión al gran Escipión, a ciertas fanfarronadas de tipo militar, que llegaban a disgustar al Senado y al pueblo romanos. Dejada de lado esta velada parodia caricaturesca, el tema lo constituye la acostumbrada intriga, engaño y trueque de personajes, organizados por la fantasía del esclavo Palestrión. Pleusicles ama a la cortesana Filocomasia, a la que Pirgopolinices, el soldado fanfarrón, rapta y se lleva a Éfeso. Palestrión se dispone a ir a informar del rapto a su amo Pleusicles, pero durante el viaje es capturado por los piratas, quienes le venden al soldado, encontrando a la joven raptada. El esclavo y la joven avisan a Pleusicles, el cual llega y se instala en casa de Periplecómeno, que linda con la del soldado. Debido a esa vecindad se abre un boquete en la pared que separa ambas casas, por lo que Filo-

comasia y Pleusicles tienen sus encuentros amorosos. En uno de éstos es sorprendido por Esceledro, esclavo de Pirgopolinices. A este esclavo se le hace creer que una hermana gemela de Filocomasia había llegado el día antes con su amante, y Esceledro no sabe si ha visto desde el tejado en amoríos a su ama o a la hermana de ésta. Ahora Palestrión y Periplecómeno fingen que la esposa de éste se ha cansado de su marido y que desea casarse con el soldado, del que se ha enamorado. Halagada la vanidad del soldado fanfarrón por esta nueva aventura, se las promete muy felices, y como se ha enterado de que la hermana y la madre de Filocomasia han llegado con la intención de llevarse a su cónyuge, la despide complacido, dándole, además, los obsequios que le había ofrecido como regalo. Después Pirgopolinices entra en la casa de Periplecómeno. Allí encuentra no a la mujer, sino al marido, que, con un grupo de criados y con una buena tanda de palos, pone fin a la burla.

MIMOS DE PUBLILIO

Publilio Siro (siglo I a. de J. C.) llegó a Roma como esclavo procedente de Sicilia. El género del mimo era ya conocido allí desde hacía años, y sus representaciones de música y baile eran más apreciadas por su carácter lujurioso que por su intrínseco valor artístico. Publilio, dotado de unas cualidades naturales de gracia y habilidad, poseía talento y cultura, y tan pronto como obtuvo la libertad, organizó una compañía de teatro y recorrió con gran éxito las ciudades de Italia, éxito que también obtuvo en Roma, siendo incluso del gusto de César, por el equilibrio entre el elemento cómico, chispeante, y el gnómico, que invita a reflexionar. Por cierto que, debido a este carácter sentencioso, se sacó de sus *Mimos* una selección gnomológica titulada *Las sentencias*. Se conservan dos títulos de sus *Mimos:* «El gruñón» y «Los podadores de vid».

MOSELA

De Décimo Magno Ausonio (siglo IV d. de J. C.). Bello idilio, en el que describe el curso del río de límpidas aguas, que atraviesa parajes amenos entre cerros dibujados de viñedos, prados y villas. La *Mosela* fue compuesta en Tréveris en el 370.

MOSTELLARIA («EL FANTASMA» O «LOS ESPÍRITUS»)

Comedia de Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.), sacada del *Fasma* («El espectro») del griego Filemón. Un pequeño espectro se ha adueñado de una casa deshabitada. Esto, en realidad, es producto de la fuerza imaginativa y de la astucia del esclavo Trianón, porque lo que está sucediendo es que el hijo de la casa, Filólaques, en compañía de su amigo Calidámates y de dos muchachas, está armando una juerga de padre y muy señor mío y derrochando gran parte del patrimonio del padre, que hace ya tiempo se halla ausente. El esclavo Trianón se dirige a advertir a Filólaques de la llegada de su padre, pero, al ver el lamentable estado de embriaguez en que se hallan todos, su pronto ingenio decide recurrir a la siguiente estratagema. Tras haber salido y cerrado la puerta de la casa con llave, espera pacientemente a que Teoprópides llame. Fingiendo que pasaba por allí casualmente, saluda a su amo y señor y le aconseja que se aleje pronto de la casa, deshabitada desde hace tiempo, pues por ella ronda el fantasma de un asesinado, que ha obligado a huir a su hijo a vivir en el campo. Rápidamente inventa una segunda mentira. Un usurero acreedor de Filólaques llega para exigir que Teoprópides salde la cuenta de su hijo. Sin titubear, Trianón dice que el referido dinero ha servido como prenda para adquirir una nueva casa, porque la antigua era inhabitable. Teoprópides asiente y quiere ver la casa. Inagotable en sus astutos recursos, Trianón trama otra mentira, y será la casa del vecino Simón la que se preste al engaño. En efecto, el taimado esclavo, con el consentimiento de Simón, finge que se halla en venta. Teoprópides la visita y queda satisfecho. Todo este proyecto se viene abajo, pues dos criados fieles, que se han enterado de la llegada de su señor, vienen a saludarle, y por ellos se entera de lo sucedido en verdad. A todo esto, Trianón, en el ínterin, después de haberse dirigido a la casa y de advertir a Filólaques y a Calidámates de lo sucedido y de aconsejarles que se presenten al furioso padre, se refugia junto a un altar por lo que pudiera pasar. El padre, ante la hábil perorata de Calidámates, que promete pagar todas las deudas del hijo derrochador, perdona a éste y al criado que ha montado este ingenioso y chispeante engaño.

MUNDO, DEL («DE MUNDO»)

De Lucio Apuleyo (aproximadamente, 125-180). Esta obra viene a ser una falsificación griega que lleva el nombre de Aristóteles. Aquí se nos presenta Apuleyo con una fuerte creencia en los «daímones», que interceden por los hombres ante el Dios supremo. En este aspecto, Apuleyo es sumamente original, puesto que es el único que refleja la inquietud religiosa de los tiempos, esa ansiosa necesidad de milagros y de revelaciones.

N

NATURALEZA DE LAS COSAS, LA («DE RERUM NATURA»)

De Tito Lucrecio Caro (98-55 a. de J. C.). Magnífico poema en seis libros, escrito en hexámetros, que viene a ser una epopeya didáctico-religiosa, ya que de la teoría materialista hace una religión, lo que motivó que fuera el blanco predilecto de los polemistas cristianos. Esta obra facilita el conocimiento de las teorías de Demócrito y Epicuro sobre la formación del mundo. El fin que con ella se propone Lucrecio es exponer la doctrina física de Epicuro, no como una sólida estructura de un sistema interpretativo de los fenómenos del universo, sino que, con una mente encendida y una voluntad tensa de estremecimientos, su numen poético la expone al contemplarla en ese armonioso y fatal componerse y disolverse de las cosas y la posición del individuo, parte de un todo destinado a perecer sin aniquilamiento, porque «la muerte no destruye las cosas anulando la materia; sólo disgrega sus elementos para darles otra vida en un mundo nuevo; les hace cambiar de forma, de color y significado adquiridos y se los devuelve luego en el tiempo determinado (libro II). Lucrecio nos expone el sistema con orden. Los libros I y II los dedica a la teoría de los átomos; el III y el IV, a la psicología y fisiología (naturaleza del alma, sensaciones y pasiones), y el V y el VI, a la cosmología. Como notables cabe señalar ciertos pasajes líricos que embellecen el libro I (invocación a Venus, himno a Epicuro, el episodio de la hija de Agamenón, Ifigenia, las loas a Empédocles y a Sicilia). El último libro, que trata de determinados fenómenos celestes y terrestres, pasa luego a exponer el mecanismo del contagio, acabando con la descripción de la devastadora peste de Atenas, otra parte notable de la obra. Ésta fue publicada póstumamente y quedó sin acabar.

NOGAL, EL («NUX»)

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). Un nogal situado en la margen de un camino se queja de las pedradas recibidas como inicua recompensa a su tan útil fecundidad. Es una elegía de 182 versos, como una alegoría de su triste condición de desterrado.

O

OCTAVIA

De Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). Tragedia erróneamente atribuida a Séneca, con cuyas tragedias guarda numerosas analogías en su forma y estructura, e incluso con sus obras filosóficas, por lo que su autor debía de conocerle a fondo. Es el único ejemplo de *praetexta*, o sea de tragedia latina con argumento nacional. Escenifica la muerte de la esposa de Nerón, y entre los protagonistas figura el mismo Séneca. Nerón odia a su esposa Octavia, hija de Claudio y de Mesalina, hermana de Británico. La repudia, a pesar de la oposición de Séneca, para poder casarse con Popea, de la que está enamorado. La destierra a la isla de Pandataria, donde se cumplirá su sentencia de muerte. Resulta muy interesante, por tratar el fin de la casa de Claudio y figurar en ella numerosos personajes de la época neroniana.

ODAS

De Quinto Horacio Flaco (65 a. de J. C.-8 d. de J. C.). Las *Odas* de Horacio son una espléndida muestra de sensibilidad artística, de equilibrio y de belleza. Son 103 composiciones, divididas en cuatro libros, de los cuales los tres primeros se publicaron juntos el año 23 antes de Jesucristo y el cuarto diez años después. El poeta se confiesa deudor de los líricos griegos del período clásico, en particular de Safo y Alceo, y en ocasiones se advierte la imitación de otros poetas del período helenístico. Pero a través de sus modelos llega a la esencia eterna de la poesía, a la verdadera creación, consiguiendo vida eterna imperecedera. La temática de las *Odas* es vastísima: sagrada, heroica, filosófica, erótica, festiva... Podemos apreciar en esas composiciones que

captan la intimidad del poeta la expresión de lo que hay de más íntimo en el hombre de todos los tiempos, en nosotros mismos. Hoy día podemos revivir la experiencia horaciana de la vida y hallar expresados en ellos ideas y sentimientos que son, al fin, lo que nosotros mismos pensamos y sentimos. Este conjunto de odas o cancionero se abre solemnemente con el nombre ilustre de tres grandes amigos de Horacio: «A Mecenas» (I, 1), y a él va dedicada la colección de los tres primeros libros; «A Augusto» (I, 2), amigo y protector al igual que Mecenas, aunque no con el mismo grado de intimidad, hablándole en tono más elevado, cual corresponde a un príncipe; «A Virgilio» (I, 3), el tercer personaje al que ama entrañablemente a quien, en vísperas de partir para un viaje a Grecia, le expresa toda su solicitud, sintiéndose unido a él por el afecto, gratitud y comunidad de la poesía.

ODAS ROMANAS

Reciben este nombre las seis primeras del libro III de las *Odas* de Horacio, de las que acabamos de hablar, y que podemos agrupar en un bloque, porque ofrecen cierta continuidad lógica de desarrollo del tema. En la primera *(Odi profanum vulgus et arceo)* empieza diciendo: «Fuera el vulgo, canto para nuestras doncellas y mancebos versos no escuchados antes.» Sigue manifestando que ni las riquezas ni las honras hacen bienaventurada la vida, sino la tranquilidad del alma. Trata admirablemente del culto a la divinidad, de la necesidad de la muerte y de que deben refrenarse las pasiones. Termina preguntando: ¿para qué molestísimos tesoros y suntuosos palacios? La segunda *(Angustam, amice, pauperiem pati)* enseña que a la juventud romana se la ha de acostumbrar a una rigurosa frugalidad, a sufrir las estrecheces de la pobreza, a las fatigas de la guerra y a que entienda que el mayor honor consiste en el valor militar, en morir por la patria, en la hombría de bien y en guardar un secreto. En la tercera *(Justum et tenacem propositi virum)* dice que al varón tenaz y justo no le atemorizan civiles alborotos, ni tiranos, ni borrascas, ni rayos, ni el cielo aunque se venga abajo. Troya no debe ser restablecida, sino que Roma debe ser la soberana de todo el universo. A Troya se le habían concedido grandes privilegios, y ya Julio César, según Suetonio, había pensado en trasladar la silla del imperio a Troya, y poco antes de su muerte este rumor se hizo

persistente en Roma y temíase que Augusto intentara lo de su antecesor. Por si acaso, para disuadirle de esta idea, compone Horacio esta oda. En la cuarta *(Descende coelo et dic age tibia)* confiesa haberse librado de muchos riesgos por el patrocinio de las musas. Pondera cuán mal les va a los valientes temerarios que quisieron habérselas con los dioses; esos tales perecen a sus manos tarde o temprano, mientras que los cuerdos son protegidos por los dioses, que aborrecen todo poder injusto. Testigos son de lo que dice los terribles tormentos de Briareo, Orión, los Gigantes, Ticio y Perithoo. En la quinta *(Coelo tonantem credidimus Jovem)* afirma: «Por sus truenos creímos que en el cielo / está reinando Júpiter, / y Augusto en esta vida como un dios / será tenido, / por haber añadido a su imperio / a los britanos y molestos persas.» Vituperio de Craso y constancia y vuelta de Atilio Régulo a Cartago, donde díjole al Senado que había visto en los templos las banderas y las armas de los romanos y a éstos maniatados y casados entre sus bárbaros enemigos. «¡Oh grande Cartago —exclama Horacio—, más ensalzada por las afrentosas ruinas de Italia!» En la sexta oda *Delicta maiorum immeritus lues)* exclama: «Pagarás, ¡oh romano!, aunque sin culpa, / las faltas de tus padres, tus mayores, / si no restauras los sagrados templos / y edificios ruinosos de los dioses / y las estatuas / ennegrecidas por el humo denso.» Dice en esta oda que el menosprecio de la religión y la corrupción de las costumbres son las únicas causas de todas las calamidades que habían afligido a Roma, como asimismo del culto a los dioses vienen también las antiguas y prósperas empresas.

ORDEN. DEL

De San Agustín, Aurelio (354-430 d. de J. C.). Es una discusión filosófica de carácter académico, escrita hacia el año 386, en la que intervienen Trigecio, Licencia y Alipio, sus amigos, su madre Mónica y Navigio, su hermano. En los dos libros de la obra se debate el tema de «si en el orden de la Divina Providencia entran todos los bienes y los males». Santa Mónica dice: «Yo no creo que haya podido producirse cosa alguna fuera de la ordenación divina, porque el mal mismo no ha nacido por orden de Dios; pero la justicia divina [demostrada en la discusión precedente como anterior a la existencia del mal] no toleró que permaneciese desorde-

nado y lo volvió y redujo al orden debido.» En distintos capítulos da preceptos acerca del estudio de las artes liberales, que nos ayudarán a conocer nuestra alma, pero no al sumo Dios, que es mejor conocido ignorado. «*Serva ordinem et ordo servabit te*» («Conserva el orden, y el orden te conservará»).

ORDO NOBILIUM URBIUM

Obra de Décimo Magno Ausonio (310-395 d. de J. C.), que viene a formar una colección de epigramas sobre las mayores ciudades del mundo en el siglo IV de nuestra era, y en particular de la Galia (Roma, Capua, Siracusa, Aquileya, Atenas, Antioquía, Alejandría, etc.). Sobre Milán dice: «Y en Milán todo es prodigioso: la abundancia de recursos; el número de casas decoradas; la facundia de sus habitantes y sus costumbres alegres; la amplia belleza del lugar, cerrado por dobles murallas; el circo, gozo del pueblo; la mole del teatro con gradas; los templos; los palacios civiles; el fastuoso templo de Juno Moneta, y la zona célebre de Hércules, y todos los pórticos adornados de estatuas de mármol, y las murallas en forma de bastión, rodeadas por un foso. Todo sobresale por su belleza capaz de emular a Roma. Ni la proximidad de ésta la oscurece.»

ORÍGENES

De Marco Porcio Cotón (234-149 a. de J. C.). Cicerón, que alababa a Catón por la rectitud de sus ideas, nobleza de intenciones, el tono empleado según las circunstancias y el hábil uso de las imágenes de efecto seguro, observado en los ciento cincuenta discursos que confiesa haber conocido, dice de los *Orígenes*, la obra que nos ocupa: «¡De qué luz y qué flores de elocuencia están adornados!» Esta gran obra de historia romana, en la que, en contraste por el gusto helenístico (que amaba las biografías de hombres representativos), Catón da relieve a los hechos y no a las personas, estaba escrita en siete libros. El primero contenía la historia de Roma bajo los reyes; el segundo y el tercero, los orígenes de las ciudades itálicas (de donde el título de *Orígenes*), o sea la historia primitiva, de los ligures, etruscos, galos, vénetos, ínsubres e italiotas de la magna Grecia; el cuarto, la primera guerra púnica; el quinto, la segunda, y

el sexto y el séptimo, los hechos de las demás guerras hasta el año 151. De los hechos y leyendas del pasado daba una relación de los de mayor importancia, y en los referentes a la historia más reciente ampliaba su narración con documentación más minuciosa.

ORTOGRAFÍA

De Flavio Magno Aurelio Casiodoro (485-580 o 583). Una pequeña obra que compendia los textos más autorizados en materia de ortografía y que escribió para uso de los monjes del convento de Vivario, dividiéndola y subdividiéndola según el número doce: doce partes en doce capítulos cada una.

P

PANEGÍRICO A TRAJANO

De Plinio el Joven (Cayo Plinio Cecilio Segundo, aproximadamente, 62-114 d. de J. C.). Discurso de elogio pronunciado por Plinio en honor y en presencia del emperador Trajano. Largo discurso de agradecimiento por la dignidad de cónsul que recibió en el año 100. Prolijo hasta dar la sensación de hacerse interminable, pues consta de noventa y cinco capítulos, después de que se aumentó al ser trabajado de nuevo. Resulta ampuloso, enfático y adulador, al ir recordando los hechos más sobresalientes de la vida del emperador y exponiéndolos a la más brillante luz, cerrando el discurso con un trozo lírico: la oración a Júpiter Capitolino por la salud del emperador. El discurso, no obstante, tiene importancia histórico-literaria, viniendo a ser el prototipo de la elocuencia áulica y un primer documento de ese género, que vino a ejercer gran influencia en la manifestaciones retóricas de los siglos siguientes.

PANEGÍRICO DE ESTILICÓN

De Claudio Claudiano (aproximadamente, 370-408). Poema en hexámetros en honor de Estilicón, vencedor de Alarico, rey de los godos, en las campos de Pollenza. En este poema, como en los de *La guerra gótica* y de *La guerra gildónica,* Claudiano enaltece a los defensores del imperio contra los bárbaros invasores y exalta a Estilicón, salvador de Roma e Italia por dos veces. Durante su regencia, a la muerte de Teodosio, mantuvo la paz y la fe en Roma y en sus leyes hasta su trágica muerte, unos pocos años antes que el cruel Alarico, el cual atravesó los Alpes, asedió a Roma e impuso durísimas condiciones a su capitulación.

PERIÉGESIS DE LA TIERRA

De Prisciano (siglo VI d. de J. C.). Además de excelente gramático latino, tradujo al latín, refundiéndolo en muchas partes para proporcionar un texto escolar, el breve poema geográfico del griego Dionisio el Periegeta, que consta de 1.087 hexámetros.

PESCA, LA («HALIETICA»)

De Publio Ovidio Nasón (48 a. de J. C.-18 d. de J. C.). Es un tratado poético-didáctico, del que sólo se conservan unos 134 hexámetros, y por ese fragmento puede deducirse que debía de ser un excelente poema ictiológico. Esos versos hablan de peces y de las astucias que emplean para engañar a los pescadores. Es uno de los poemas que, para distraerse de la soledad, que le daba miedo, escribió en el país de los escitas, en Tomi, a orillas del mar Negro.

PLATÓN Y SU DOCTRINA («DE PLATONE ET DE EIUS DOGMATE»)

De Lucio Apuleyo (siglo II d. de J. C.). Tratado en tres libros, de los cuales los dos primeros hablan de la filosofía natural (física) y de la ética; falta el tercero, la parte relativa a la didáctica, con evidentes influencias peripatéticas y estoicas, y al no tener, en realidad, nada de común con la filosofía platónica, ha suscitado no pocas dudas sobre su autenticidad.

POEMAS DE AUSONIO

Décimo Magno Ausonio (310-395 d. de J. C.). Además de los ya tratados: *Efemérides, Epigramas* y *Ordo Urbium nobilium*, podemos citar los siguientes: *Bísula*, que es un breve cancionero en honor de una esclava botín de guerra y del que son estos versos: «Delicia, caricia, juego, amor, placer; / ¡bárbara, pero vences a las doncellas del Lacio! / Bísula: nombre demasiado áspero para ti, tan tierna; / rudo para el que no está acostumbrado, / pero tan querido y hermoso para el que te posee.»; *Las cartas («Epistulae»)*, que están dirigidas a sus amigos Asio, Paulo, Tecne, Tetadio y otros, así

como a Paulino, su discípulo y luego obispo de Nola y santo; *Centón nupcial («Cento nuptialis»)*, que con versos o hemistiquios de Virgilio se describen las nupcias hasta en sus más íntimos detalles; *Los doce Césares («De XII Caesaribus»)*, en el que aparecen versificadas las doce biografías de Suetonio; *Los epitafios («Epitaphia heroum»)*, referentes a los héroes caídos en Troya; *La familia («Parentalia»)*, conjunto de versos que celebran a todos sus parientes con sincero y entusiasta afecto; *El nacimiento de las rosas («De rosis nascentibus»)*, bella elegía primaveral que se atribuye a Ausonio; *Las Períocas de la «Ilíada» y de la «Odisea» de Homero («Periochae Homeri Iliadis et Odyssiae»)*, que servían para uso escolar; *Los profesores de la escuela de Burdeos («Commemoratio professorum Burdigaliensium»)* —entusiasta de su ciudad natal, Burdigalia (Burdeos), prodiga grandes elogios a los profesores de ésta, y, por el culto que le profesa, bien puede decirse que es el primer poeta regionalista francés—; *Los siete sabios («Ludus septem sapientium»)*, que va precedido de un prólogo, en el que cada uno de los protagonistas habla en primera persona exponiendo los principios fundamentales en que se basa su propia sabiduría.

POEMAS DE PORFIRIO

Publilio Porfirio Optaciano (siglo IV d. de J. C.). Forman estos poemas una reducida serie de veintisiete composiciones, dedicadas al emperador Constantino, al que suplica le levante el destierro. Carece de verdadera inspiración poética, pero son un alarde de ingenio, una verdadera acrobacia en una «cuerda floja» de la métrica, apareciendo las combinaciones de los versos acrósticos, telésticos y otras fantasías poéticas y donde las palabras pueden leerse según el esquema de un enrejado o según líneas diagonales, teniendo en uno u otro caso distinto significado.

POESÍAS DE CATULO

Cayo Valerio Catulo (87-57 a. de J. C., aproximadamente). Esta colección *(Liber Catualli Veronensis)* viene a ser un cancionero con 116 composiciones de una excepcional ele-

vación y tensión lírica. Son sus amigos y sus enemigos quienes le proporcionan los temas a tratar, los que inspiran e inquietan su mente, pero en especial dos hechos importantes. Uno es el atormentado amor hacia Lesbia, mujer, como la lesbia Safo, intelectual y amante de los versos y del amor. Al enamorarse ardientemente, paga esa breve embriaguez con una larga serie de sufrimientos; tiene ímpetus de loca felicidad, suaves ternuras, quietos éxtasis, desilusiones y desconsuelos, celos de rivales, odio; la indignidad de la amada le tortura; todas las etapas de la pasión sensual, exasperada y lenta en apagarse, están marcadas por una poderosa necesidad de efusión, de una afirmación de sí mismo y de consuelo. Las poesías, que parecen seguir esa alternancia de gozo y dolor, de amor y odio, son a veces himnos a la belleza y a la pasión morbosa; otras veces, tristes y elegíacas consideraciones sobre la infidelidad de la mujer. Pero no siempre el erotismo y la venganza con injurias sangrientas, que recuerdan los yambos de Arquíloco, son el tema del canto. La parte central la forman poemas de mayor aliento: imitaciones de poetas alejandrinos, epitalamios y poemas mitológicos. De éstos, el primero ya se trató *(Attis)*, así como el tercero, *La cabellera de Berenice*. Del segundo, *Las bodas de Tetis y Peleo*, diremos que Tetis, a pesar de ser una simple ninfa nereida, no desdeñó casarse con Peleo, héroe mortal, de cuya unión nacería Aquiles. Con gran solemnidad se celebran las bodas en el palacio de Peleo, en Tesalia, y entre los espléndidos dones nupciales se destaca el purpúreo cobertor del tálamo, donde se ve bordado el mito de Ariadna, abandonada por Teseo en la isla de Naxos y salvada por Baco, que se casó con ella. El otro suceso que hizo vibrar las cuerdas de su lira fue el viaje a Oriente para visitar la tumba de su querido hermano en las costas de la Tróade, viaje que si bien cerró una herida, abrió otra. Viaje que nos deja en esta elegía: «*Multas per gentes et multa per aequora vectus / advenio has miseras, frater, ad inferas...*» («A través de las muchas tierras y diversos mares conducido, / llego, ¡oh hermano!, a tu sepulcro triste...»).

PÓNTICAS, LAS

De Ovidio. (Véase «Epístolas del Ponto».)

PRADOS, LOS

De Cayo Suetonio Tranquilo (aproximadamente, 75-150). Compilador erudito de *Los prados («Prata»)*, que es una miscelánea de carácter enciclopédico, que trataba de los más diversos asuntos, a saber: leyes (*De institutione officiorum*, «Regla de los oficios»), referente a los cargos públicos; juegos o diversiones (*Ludicra historia*, «Historia de los juegos»); ciencias naturales (*De natura rerum*, «La naturaleza»); zoología *(De animantium natura)*, en tres libros, en el primero tratando de las diversiones de los griegos, y en el segundo y tercero, de las de los romanos: circo, representaciones teatrales y lucha de gladiadores; datos para el léxico, como vocablos para el vestido y el calzado; injurias y palabras ofensivas y obscenas *(De maledictis et obscenis verbis)*; dos libros titulados *Roma*, de carácter histórico-arqueológico; *Las imperfecciones del cuerpo («De vitiis corporalibus»)*; *Los sinónimos («Differentiae sermonum»)*; monografías sobre la monarquía en Europa, Asia y África, las partes hasta entonces conocidas *(De regibus)*; también sobre *El calendario romano («De anno Romano»)*, etc.

PRAECEPTA AD FILIUM

(Véase «Libros a mi hijo Marco», de Catón)

PSÉUDOLO

Comedia de Plauto (255-184 a. de J. C., aproximadamente). Pséudolo (Trapalón), criado de Calidoro, deseoso de ayudar a su joven amo, que está enamorado de Fenicios, pone en juego todo su ingenio y astucia, porque se necesitan veinte minas para rescatarla del medianero Balión, que la tiene prometida por esta cantidad al soldado Polimaqueroplágides. Toda la trama gira alrededor del engaño y la astucia de Pséudolo, representante de esa tradición teatral que ha calificado su tipo. Otros personajes que intervienen en la farsa son el padre y el amigo de Calidoro, Simón y Carino, respectivamente. También entra en escena el criado de Carino, Simón, que se lo presta Carino para que se disfrace de mensajero del soldado.

PUEBLOS, A LOS («AD NATIONES»)

De Quinto Septimio Florencio Tertuliano (aproximadamente, 160-240 d. de J. C.). *Ad Nationes* es otra de sus obras apologéticas, en la que, con su poderosa, exaltada y enfervorizada voz, renueva el ataque y la defensa.

PÚNICAS, LAS («PUNICA»)

De Tiberio Cacio Silio Itálico (25-101 d. de J. C.). Es un poema épico en dicisiete libros, que compuso en los ocios de su vejez, parafraseando el relato de la segunda guerra púnica y versificándolo según los modelos de Homero y de Virgilio. Comienza con el asedio de Sagunto y termina con la victoria de Escipión en Zama y la sumisión de Cartago. Hace intervenir a las divinidades del Olimpo, y, así, vemos como Venus manda a los Amores a Capua para corromper al ejército cartaginés; describe el escudo de Aníbal y un descenso de Escipión al infierno.

R

RAPTO DE PROSERPINA, EL («DE RAPTU PROSERPINAE»)

De Claudio Claudiano (aproximadamente, 370-408). Bello poema mitológico en tres libros y escrito en dísticos elegíacos, elegantes y armoniosos, que relatan el mito de Proserpina, traducción del mito griego de Perséfone. La poesía de todos los tiempos ha traducido este mito. Proserpina, bella doncella, se hallaba jugando en el campo con unas amigas, cuando, al arrancar un jacinto, se abrió la tierra y, saliendo, Plutón la raptó, llevándosela a su reino, los infiernos. El dolor de la diosa Ceres, su madre, fue inmenso, inconmensurable, y, tras su infructuosa búsqueda de día y de noche, se queja a Júpiter, amenazando con hacer morir de hambre a los mortales. El rey de los dioses convino en que Proserpina viviría seis meses con Plutón y seis con ella. Viene a ser una bella alegoría de las estaciones del año. Primavera: alegría de la madre; empieza a florecer la tierra, y esa alegría va en aumento en el cuarto, quinto y sexto mes: el verano. Llega el momento triste de la separación y empieza la tristeza, incluso, en la naturaleza: es el otoño, que en los tres meses sucesivos se acentúa: es el invierno.

RAZA DEL PUEBLO ROMANO, LA («DE GENTE POPULI ROMANI»)

De Marco Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.). Obra de etnografía en cuatro libros, que nos ha llegado en estado fragmentario y que, al insertar la prehistoria romana en la historia griega y oriental, adquiere un alto valor al establecer un estudio comparativo de la etnografía. Vienen los cuatro libros con un riguroso orden cronológico, remontán-

dose a las épocas más antiguas y mitológicas, anteriores al diluvo universal. Así, Varrón, en el libro primero, comparaba las cronologías egipcia, ateniense, tebana, etc. En el libro segundo, siguiendo las mitologías y hechos legendarios, investigaba las civilizaciones más antiguas griegas y troyanas y las probables inmigraciones a la península itálica. En el libro tercero estudiaba las relaciones entre colonos arcadios e invasores troyanos, y de la fusión de estos dos pueblos surgía el pueblo albano. En el libro cuarto daba fin a la investigación con la fundación de la urbe por Rómulo, estableciendo el motivo de la separación del pueblo albano y el romano.

RE RUSTICA, DE («DEL CAMPO»)

De Lucio Julio Moderato Columela (siglo I d. de J. C.). Obra en doce libros en prosa y en verso, de los que el décimo, con hexámetros elegantes y armoniosos, nos habla del modo de cultivar los jardines.

REGLA DE LOS MONASTERIOS. LA («REGULA MONACHORUM»)

De San Benito de Nursia (480-543 d. de J. C.). Fue fundador de la abadía de Montecassino, en donde se halla su sepulcro. Esta obra, fruto de varios años de constante labor, contiene setenta y tres capítulos, algunos de ellos de tal unción, que alcanzan a veces la sublimidad de la mística. La «Regla Santa» se propone, bajo la guía del Evangelio, «constituir la escuela del servicio divino», donde «se ora y se trabaja», y el precepto del trabajo cotidiano lo expresa así: «*Otiositas inimica est animae, et ideo certis temporibus occupari debent fratres in labore manuum, certis iterum horis in lectione divina...*» («La ociosidad es enemiga del alma y, por lo tanto, los hermanos, en ciertos tiempos deben ocuparse en el trabajo manual y a la vez, en ciertas horas, en la lectura divina...»). La regla empieza así: «*Ausculta, o fili, praecepta magistri et inclina aurem cordis tui et admonitionem pii patris libenter excipe et efficaciter comple...*» («Escucha, ¡oh hijo!, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón y acoge de buen grado la advertencia de tu piadoso padre y llévala a cabo con eficacia...»). Esta regla «va dirigida a cualquiera que, con plena renuncia a la pro-

pia voluntad, tome las fuertes y fúlgidas armas de la obediencia, deseoso de militar al servicio de Cristo Señor, verdadero Rey».

RELATOS SOBRE TROYA

De Lucio Septimio, gramático del siglo IV después de Jesucristo. Es una traducción de la novela de la guerra de Troya, en diez libros, en la que se mezclan el *epos* homérico y el poshomérico, atribuida a un tal Ditis de Creta, que parece haber sido nada menos que compañero de Idomeneo. A principios de nuestro siglo fueron hallados los restos del original griego en una tumba egipcia. La traducción latina *(Ephemeridos Belli troiani libri VI)*, en seis libros, de Lucio Septimio fue una de las obras que más gustaron en la Edad Media.

REMEDIOS DE AMOR («REMEDIA AMORIS»)

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). Palinodia, con dosis de ironía, de lo que escribió en la obra erótica *El arte amatoria.* Cuando Ovidio publicó ésta y salió a la calle, tuvo un éxito arrollador, real, rotundo y rápido. Se lo arrebataban de las manos. La gente grave de Roma, empero, la encontraron demasiado atrevida, y el propio emperador Augusto, que había emprendido una campaña moralizadora, pues la corrupción se había infiltrado en su propio palacio, cual es notorio, le reconvino. Entonces, para paliar sus efectos, escribió *Remedios de amor,* en el que enseñaba a no amar, pero, según un crítico, «el remedio fue peor que la enfermedad». Da como antídotos para la pasión amorosa la caza y la vida agrícola. Abundan, junto a los consejos sabios, los maliciosos, libertinos y burlescos. Con frecuencia hace alusiones a personajes de las *Heroidas,* en las que, con suave ironía no exenta de gracia, Ovidio ridiculiza esos semidivinos amores, refiriéndose a la ceguera de todos los enamorados, que se empeñan en embellecer los defectos de sus amados. Da como recetas, entre otras, el pensar en ciertas realidades naturales, de las que no se hallan exentas ni las más bellas de las mujeres, así como engrandecer en sus pensamientos ciertos defectos.

RETORNO, EL («DE REDITU LIBRI DUO»)

De Rutilio Namaciano, aristócrata galo del siglo V después de Jesucristo. Es un bello poema sentimental, escrito en 416, durante su viaje de regreso a su nativa Galia, después de las devastaciones de los visigodos. Debido a que las hordas bárbaras efectúan correrías por el territorio, haciendo inseguras las vías terrestres, regresa de Roma por vía marítima y, en elegantes dísticos elegíacos, de factura clásica y en los que se aprecia una resonancia imitativa de Virgilio, Horacio y Ovidio, describe la navegación a lo largo de las costas de Italia. Es un himno de amor y de fe dirigido a Roma, su patria adoptiva; un canto de añoranza al pasado. «...Te canto y te cantaré siempre, mientras me lo permita la suerte: nadie estando en vida puede olvidarte.» «...Gracias a tus templos estamos próximos al cielo.» «Diste una patria común a diversos pueblos.» «La ley de tu renacer es poder crecer por medio de los mismos males.» Ataca con acritud a judíos y cristianos. A los monjes los llama «*lucifugi viri*» («hombres que huyen de la luz»). El primer libro consta de 664 versos, y del segundo tan sólo nos quedan los 68 primeros.

RUDENS («LA AMARRA»)

Comedia de Tito Maccio Plauto (254-184 a. de J. C.). La cuerda a la que está atado un cofrecito que contiene ciertos objetos de identificación de Palestra, hija de Damón y que hace años fue raptada, es la que proporciona el título de la obra. El citado cofrecito es pescado, y la comedia, de ambiente predominantemente marinero, se desarrolla con escenas de rufianerías y violencias, terminando con felices e inesperados reconocimientos.

S

SÁTIRAS

De Décimo Junio Juvenal (55-135 d. de J. C., aproximadamente). Sus dieciséis sátiras abarcan cinco libros, siendo larguísima la sexta, pues consta de más de seiscientos versos, en los que deplora las torpes costumbres de las mujeres. Juvenal, que posee un léxico rico y pintoresco, una violencia agresiva y un estilo original, construyó frases fuertes y expresivas; es el virulento denunciador de vicios y males y truena contra los ricos, a los que considera sentinas de todos los vicios y reos de todo abuso e injusticia. El fausto soberbio, la abundancia y el goce hasta la saciedad le parecen un insulto personal, y prorrumpe en apóstrofes e invectivas y dice que «*facit indignatio versum*» («la cólera me dicta los versos»); pero, a pesar de la bilis que se advierte cuando se refiere a la hipocresía que disfraza la corrupción del sexo fuerte, las perversiones de las mujeres, la vanidad de los deseos humanos, etc., se advierte en él un sentido de humanidad y comprensión, mostrándose compasivo con los fracasados, los náufragos de la vida, los humildes y los pobres.

SÁTIRAS

De Cayo Lucilio (180-102 a. de J. C.). Poeta original de la época tempestuosa de los Gracos, dio a la vieja *satura* la fisonomía de género literario. Moralista austero, se vale de la invectiva y de la parodia con el fin de mejorar las costumbres y hacer amar la virtud. Escribió poco a poco, y luego sus *Sátiras* fueron recogidas y ordenadas con criterio métrico en treinta libros, figurando al lado de la variedad de los argumentos la de los metros (trímetros yámbicos, tetrámetros trocaicos, hexámetros y dísticos elegíacos). Esta

colección de sátiras, famosa y estudiada en la antigüedad, se perdió y ya no fue nombrada a partir del siglo IV de la era cristiana, por lo que los fragmentos de más de mil versos de que disponemos los debemos a que en repetidas ocasiones nos los han transmitido oradores, poetas y eruditos. Además de tocar también las cuestiones de gramática y ortografía (arremetiendo incluso contra la reforma ortográfica de Accio), Lucilio trata todos los aspectos de la vida social con ingenio y vivacidad. Si bien en las primeras sátiras prevalecía el tono político, se dedicó después a temas filosóficos, como la sed de placeres, la amistad y la adulación, las mujeres y el matrimonio. Juvenal y Persio le señalan como su fuente de inspiración; Cicerón y Quintiliano se ocupan de él extensamente, y el propio Horacio le imita en alguna de sus sátiras, como, por ejemplo, en la número V del libro I y la VIII del II.

SÁTIRAS

De Aulo Persio Flaco (34-62 d. de J. C.). Discípulo del estoico Anneo Cornuto, nos dejó en 650 hexámetros seis sátiras, que tienen por argumento, respectivamente, los literatos, la plegaria, la pereza, la presunción de los poderosos, la verdadera libertad y los avaros. Rígido discípulo de las doctrinas estoicas, es un moralista severo, que desdeña la expresión agraciada, fiel a las enseñanzas del estoicismo, que le inducían a renunciar a cuanto fuese más deleitable que docto. Sátira I (v. 134): Arremete contra los poetas, declamadores de trillados argumentos mitológicos, melifluos elegíacos, y anuncia la superación mediante un sentido vigilante de la moralidad y con una consciente adhesión a las máximas del estoicismo. Sátira II (v. 75): Con motivo del cumpleaños de Plocio Macrino, su amigo y condiscípulo, le recomienda que eleve plegarias a los dioses pidiéndoles le concedan el don de las virtudes y no el de las satisfacciones mundanas. Aquí satiriza un tanto las supersticiones del vulgo, instándole a que eleve su plegaria con una mente pura, que se inspire en la piedad y la justicia. Sátira III (v. 118): En contraste aparecen las mentalidades opuestas en las personas de un pedagogo y de un joven señor. Aquél enseña a éste que nada valen la nobleza y la riqueza y que su modo de pasar el día dedicándose a la crá-

pula no es propio de un ser humano, por cuanto éste debe también cuidar la salud del alma como la del cuerpo, evitando el desgaste producido por los excesos de los placeres. El alma humana está concebida como una heroica palestra de ejercicios morales. Sátira IV (v. 52): Breve y acerada sátira de asunto político y social, nacida en un ambiente saturado de odio y de oposición antiimperial, expresión de una sociedad intelectual que se había pronunciado contra la presunción y despotismo del emperador Nerón. Sátira V (v. 191): La dedica a su profesor Cornuto, expresándole su agradecimiento, porque gracias a él supo afrontar en su juventud los principales problemas que se presentan a la humanidad y por haber aprendido que la verdadera libertad del hombre es de naturaleza espiritual. Sátira VI (v. 80): Es la última y la más triste, porque la enfermedad, que al parecer ya le había minado en su adolescencia y que acabaría con él a los veintiocho años, no es lamentada, sino tranquilamente aceptada; sin sufrimientos y con gran serenidad de espíritu va a abandonar las cosas mundanas, cuya renuncia le enseñó el estoicismo. Es una carta que envía al poeta Cesio Basso, en la cual, con voz velada y casi de ultratumba, le habla sobre su patrimonio familiar.

SÁTIRAS («SATURARUM LIBRI QUATTUOR»)

De Quinto Ennio (239-169 a. de J. C.). Esta obra, escrita en prosa y verso, de la que se conservan fragmentos, contenía, entre otras narraciones, un elogio de Escipión el Africano, un contraste entre la vida y la muerte y la fábula esópica de la alondra. Venía a ser, después de reunidas verdaderas obras menores (*Praecepta, Epicharmus*, etc.), una biblioteca de variada filosofía y bella literatura. La sátira, que en principio significó un género teatral análogo a la farsa, pasó luego a referirse a una composición de variedad de argumentos, estilos y metros. Deduzca el lector la graciosa, la deliciosa elevación de toda su poesía con sólo conocer cómo nos dice que después de la tempestad viene la calma: «Rió Júpiter, y todo el firmamento, sereno, se unió a la risa del padre omnipotente.»

SÁTIRAS MENIPEAS («SATURAE MENIPPEAE»)

De Marco Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.). El mayor erudito de la antigüedad dio a luz esta obra de sátiras en

ciento cincuenta libros, de los que sólo nos han llegado fragmentos y que debió de ser una de las obras más geniales e interesantes de la literatura romana. Escrita en prosa y verso, trataba una multiplicidad de temas y de forma variadísima, desde la parodia a la discusión filosófica, desde el boceto al aforismo, desde la «fantasía» al proverbio. Quedan, además, títulos, tanto griegos como latinos.

SÁTIRAS Y EPÍSTOLAS

De Quinto Horacio Flaco (65-8 a. de J. C.). Ya hacia el año 35 empezó Horacio a publicar sus *Sátiras*, divididas en dos libros, el primero de los cuales vio la luz en la fecha citada, y el segundo, cinco años después, junto con los *Épodos.* El nombre de *Sátiras* induce a cierto error: se trata más bien —como el propio Horacio las llamaba— de «Conversaciones», charlas sobre cuestiones de índole diversa, entre las que apunta muchas veces el tema moral. En ellas apreciamos ausencia de crudeza y mordacidad y hallamos, empero, una cierta benignidad y un gracejo lleno de ingenio. Si lo comparamos con su antecesor Lucilio Cayo y con sus sucesores Juvenal y Aulo Persio, le encontramos menos acre y malhumorado que ellos. No es maligno ni misántropo, y su pluma está puesta al servicio de una reivindicación de la bondad y la belleza desprestigiadas. Sobre estos tres poetas satíricos hay un juicio sumamente conciso y claro, que nos revela el carácter de cada uno de ellos. Dice así: «*Juvenalis ardet, jugulat; Persius insultat; Horatius irridet*» («Juvenal arde y cercena; Persio ofende; Horacio se burla con gracia»). Las *Sátiras* entroncan directamente con los dos libros de *Epístolas.* Publicadas éstas probablemente en los años 20 y 13 antes de Jesucristo, se aprecian sus ideas morales y estéticas maduradas con los años y alcanzan incluso cierta sistematización, si bien son sobre todo sabiduría práctica y continua referencia a la intimidad del poeta. «*Non eadem est aetas, non mens*» («Mis gustos han cambiado con la edad»), le dice a Mecenas en la epístola primera del libro primero. Entre estas epístolas tiene particular relieve la dirigida a los Pisones, magnífico tratado de preceptiva literaria, llamado a ejercer un profundo influjo sobre las ideas estéticas posteriores. (Véase «Arte poética», de Horacio.)

SATIRICÓN

De Cayo Petronio Árbitro (siglo I d. de J. C.). Se le considera como autor del *Satiricón*, novela realista en prosa y verso, de cuya narración tan sólo se conservan fragmentos de los libros XV y XVI, tal vez los últimos. Esta obra puede ser tomada como un documento de la sociedad romana de la época imperial y de parodia de las novelas de amor griegas. El protagonista es Encolpio, perseguido por la ira de Príapo, cuya sacerdotisa Quartila, que sabe que había violado los sagrados ritos del dios, lo tiene secuestrado por algún tiempo en su casa junto con sus inseparables amigos Ascilto y Gitón, jovencito al que ama y del que muchas veces se ve separado. Estos personajes forman un terceto de truhanes que van por las ciudades del mediodía de Italia comiendo a costa ajena y robando allí donde es posible. Después de una serie de aventuras, vuelve a encontrar a su jovencito Gitón y, tras unas discusiones surgidas a causa de éste, el fullero Ascilto los abandona, y este puesto lo ocupa un ridículo y enredador viejo, Eumolpo, que tiene la manía de los versos y la declamación. El realismo se manifiesta en los personajes que van desfilando, pertenecientes, sobre todo, al mundo equívoco y a las clases ínfimas (estafadores, parásitos, meretrices, celestinas), llegando ciertos episodios de las abundantes aventuras galantes a una obscenidad repugnante. No se le ven retratos psicológicos, salvo en el rico Trimalción, cuya figura ha inmortalizado durante siglos al hombre rico y vulgar, grosero e ignorante. En su palacio no se ve una arquitectura de gusto, no se rinde culto a la forma, sino a la masa; allí el oro se ve por todas partes, luciente, pesado, en masa. Referiremos la cena, a la que asisten Encolpio y sus compinches invitados por Trimalción. Ésta se prolonga durante horas y horas. Los platos suceden a los platos, y el cocinero, en una continua superación, inventa y prepara sucesivas fantasías, que maravillan a los huéspedes. Los entremeses son servidos en una fuente que representa un asnito con dos cestas en los costados, llevando en una las aceitunas negras, y en la otra, las verdes. Los huevos, que contenían pajaritos fritos, venían colocados en una cesta bajo una gallina fingida, como si los estuviera incubando. Diferentes clases de pesca-

dos, carnes y otras viandas estaban bellamente colocados en una esfera que representaba la bóveda celeste con las doce constelaciones. Entre un servicio y otro surgen las conversaciones, y Trimalción, nuevo rico, da muestras de su atrevida ignorancia. Con el afán de dar su opinión sobre todo tema, va diciendo enormes disparates sobre historia, mitología y astronomía, e incluso improvisa versos, acalorado por el vino. Ni que decir tiene que los tres truhanes acaban escapando de la casa llevándose cuanto pueden pillar.

SATURNALES («SATURNALIUM LIBRI VII»)

De Ambrosio Teodosio Macrobio (siglo V d. de J. C.). Obra que se desarrolla en diálogos convivales, acerca de cuestiones históricas, filológicas y mitológicas entre hombres doctos de la época, como Agonio Pretextato, Aurelio Símaco, Cecina Albino y Servio, el gramático, entre otros. La dedica a su hijo Eustaquio y, según dice en el prólogo, para educarle recopiló nociones de una erudición variada de obras griegas y latinas. La obra, llegada a nosotros en fragmentos, es de gran valor y mérito, por habernos conservado una colección de noticias, un preciado repertorio de informaciones eruditas, sacadas de obras perdidas. Además de la variedad de materias (el origen de las saturnales, división del año, culto de algunas divinidades, la danza, los peces, las leyes sobre el lujo, cuatro libros enteros consagrados a Virgilio, etc.), contiene una variedad de sentencias de Cicerón y de Augusto y dichos agudos y jocosos de personas ilustres. He aquí algunos: «Después de la derrota de Módena, uno del séquito de Antonio, cuando le preguntaron qué hacía su jefe, contestó: "Lo que hacen los perros en Egipto: bebe y huye." En efecto, en esas regiones, los perros, temiendo el asalto de los cocodrilos, beben corriendo. «Servilio Gémino cenaba un día en casa de Lucio Malio, a quien se consideraba como el mejor pintor de Roma. Al ver que los hijos del pintor eran muy feos, dijo: "No eres igual, Malio, creando y pintando." Y Malio contestó: "Es porque creo a oscuras y pinto cuando hay luz".» Y de Augusto cuenta muchas anécdotas, como ésta: «A Galba, que era jorobado, un día en que defendía una causa y continuamente le decía: "Corrígeme si encuentras algo que no esté bien", Augusto contestó: "Puedo amonestarte, pero no corregirte".»

SELVAS, LAS («SILVAE»)

De Publio Papinio Estacio, poeta napolitano e improvisador prodigioso (aproximadamente, 40-100 d. de J. C.). Por «selva» se entiende un canto improvisado, a lo que salga, poesías que brotaban por repentina inspiración sobre óbitos, matrimonios, cumpleaños, baños, parques, etc. Compuestas estas treinta y dos poesías entre los años 89 y 95, vienen a ser como una crónica versificada y mitologizada de la vida pública y privada de la Roma de Domiciano, al que dedicó su *Tebaida*. Con variedad de temas, contienen ante todo las habladurías de la corte, cartas de felicitación y de consuelo, descripciones de obras de arte, de quintas, templetes, fiestas y ceremonias y, admirador sincero del bello sexo (no tanto por su físico como por sus cualidades intelectuales), se extiende en la descripción de las ceremonias nupciales. Como las bodas, también los entierros ofrecen tema a su inspiración, componiendo epicedios por encargo, ofreciéndonos sensaciones de lirismo, como cuando toca el tema del último beso con que la esposa recoge el suspiro postrero del moribundo esposo o el piadoso ademán de cerrarle los ojos al cadáver, el lavatorio, etc. Las treinta y dos poesías vienen a ser como una hermosa galería que es agradable recorrer. Éstas abundan en hexámetros dactílicos, y la más larga contiene 292 versos, y la más corta, 19. Se dividieron en cinco libros: el I está dedicado a Arruncio Stella; el II, a Atedio Melior; el III, a Polio Félix; el IV, a Victorio Marcelo, y el V, a Abascalto. Saboree el lector el néctar de unos cuantos versos traducidos de la *Selva* en que invoca al Sueño: «¿Por qué delito o error he merecido, joven dios y entre los dioses el más plácido, ser yo sólo privado de tus dones, oh Sueño? Callan los rebaños, los pájaros y las fieras; fingen cansados sueños las onduladas cumbres de los montes; ni los ríos impetuosos tienen el mismo sonido; se aplaca el fiero tumulto de las olas; los mares reposan apoyados en las tierras. Son ya siete las veces que al llegar la noche me encuentro de pie, con aspecto de enfermo; otras tantas que me escarnece la luz del día y la Aurora transcurre sin oír mis quejas. ¿Cómo resistir más? No lo conseguiría ni aunque tuviese los mil ojos de Argos, que, por lo demás, los tenía abiertos por turno y nunca velaba con todos...»

SENTENCIAS

De Publilio Siro (siglo I a. de J. C.). Liberto, afamado improvisador y director de una compañía de mimos. Poco o casi nada se conserva de él, si exceptuamos unos florilegios de máximas morales, que tuvieron mucho éxito y que pronto se introdujeron en las escuelas, enriquecidas con sentencias y autores distintos, que hacen muy difícil distinguir los versos auténticos de los elementos extraños. El contenido moral de estas máximas monósticas, que justifica el aprecio y admiración de Séneca hacia su autor, contrasta enormemente con el carácter obsceno de sus mimos, de los que sólo se conservan dos. He aquí algunas de esas sentencias que proporcionan una espléndida guilla: «El pobre carece de mucho; el avaro, de todo.» «El amor, como las lágrimas, nace de los ojos y termina con la costumbre.» «El sabio no niega nunca nada a la necesidad.» «Un compañero locuaz sirve de vehículo en el camino.» «Deja las esperanzas y los temores y tendrás una vida apacible.» «El que puede más de lo que debe, querrá más de lo que puede.» «El que sólo conoce cosas útiles, no conoce muchas.» «No hay lucro sin daño ajeno.» «Mal está el médico si nadie se siente mal.» «Es dar algo rechazar con buenos modos.» «Los ojos no pueden pecar si los gobierna el alma.» «Es una condena para el juez absolver al culpable.» «¿Quieres tener un gran dominio? Domínate a ti mismo.» «La ecuanimidad posee riquezas ocultas.» Por su concisión y claridad, las «sentencias» del asiático Publilio resultan superiores a las que aparecen, por ejemplo, en Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides y Menandro.

T

TEBAIDA, LA

De Publio Papinio Estacio (40-100 d. de J. C., aproximadamente). Poema épico de carácter mitológico sobre el modelo de Virgilio y que, como *La Eneida,* consta de doce libros, ricos en descripciones, en relatos de acciones de guerra y de intervenciones divinas, apareciendo, además de los dioses del Olimpo, las divinidades de la filosofía moral: la Discordia, la Piedad, el Sueño y el Olvido. Hay, como en *La Eneida,* descripciones de juegos fúnebres, descensos al infierno, apariciones y sueños. Doce años de un contumaz trabajo le costó a Estacio su *Tebaida,* cuyo material viene a ser continuación de *La Tebaida* del griego Antímaco de Colofón (siglo IV a. de J. C.). Los seis primeros libros narran la reunión de los ejércitos de los Siete, y los seis últimos, las seis batallas ante Tebas. Escribió la obra poco a poco, y la iba leyendo en reuniones privadas, suscitando un verdadero entusiasmo, según atestiguan sus contemporáneos. Proporciona la trama la lucha entre los hermanos Eteocles y Polinice, seguida de la muerte de ambos; Creonte impide dar sepultura al cadáver de Polinice; Antígona llama a Teseo, que provoca la muerte de Creonte. *La Tebaida* fue publicada el año 90 y dedicada al emperador Domiciano.

TIESTES («THYESTES»)

Tragedia de Lucio Anneo Séneca (4 a. de J. C.-65 d. de J. C.). El prólogo introduce en escena la sombra de Tántalo, a quien una de las Furias ha sacado de los infiernos para que incite a cometer un nuevo crimen en el ya ensangrentado palacio de Atreo. Éste finge que se reconcilia con su hermano Tiestes, al que odia mortalmente por haber seducido a su esposa Aeropa. Tiestes llega con sus hijos al palacio de Micenas y es acogido afablemente por el rey, su hermano. Éste, después de haber degollado a sus pequeños hijos al pie del altar en abominable sacrificio, prepara con las carnes de sus víctimas un plato, que sirve al padre, y con el vino que éste bebe va mezclada la sangre de sus hijos. Ties-

tes, presa de siniestros presentimientos, llama a sus pequeños, y entonces Atreo, con feroz alegría, descubre a su hermano la verdad, y ambos, enemigos, se increpan y maldicen. El coro de argivos y los demás personajes tienen una importancia secundaria, y este mito ha proporcionado uno de los argumentos teatrales más terroríficos y horripilantes.

TODAS LAS GUERRAS HABIDAS DESDE HACE 700 AÑOS («BELLORUM OMNIUM ANNORUM DCC LIBRI II»)

Éste es el título exacto del llamado *Epítome Liviana*, compuesto por Floro, Lucio (o Julio) Anneo (siglo II d. de J. C.). El concepto de que la vida del pueblo romano se ha desenvuelto siempre entre guerras es el tema central y se considera como su natural progreso biológico. Es un compendio histórico desde las legendarias guerras sostenidas por Rómulo hasta la consagración de la paz augusta. Los hechos históricos están comentados en tono patético y admirativo de panegirista. Es el verdadero historiógrafo retórico. Distingue cuatro edades en la vida del pueblo romano: infancia, adolescencia, madurez y vejez, pero, con Trajano, terminando el ciclo natural, iba a renacer una nueva vida.

TRISTES, LAS («TRISTIA»)

De Publio Ovidio Nasón (43 a. de J. C.-18 d. de J. C.). *Las tristes* son cinco libros de elegías, de los cuales puede decirse que sólo el primero contiene cosas bellas, con expresión de hechos vividos (la salida de Roma, la separación de su esposa y seres queridos, la tormenta en el Egeo...). El segundo libro contiene una sola elegía de seiscientos versos dirigida a Augusto como justificación de *El arte amatoria* y en la que le suplica se le conceda un lugar de destierro menos triste y lejano. Todo lo demás, en los tres libros restantes, puede decirse que es una sucesión de lamentos, de invocaciones a los amigos lejanos para que intercedan. Habla de su triste condición de desterrado, del clima horrible del mar Negro, de los getas que lo habitan, en cuya lengua, por cierto, compuso un panegírico en honor de Augusto, al que adula tan servil cuan inútilmente. Espíritu destrozado y no preparado para soportar la desgracia, estos versos son hijos no de la inspiración, sino de la agobiante necesidad, y él mismo reconoce y dice que «estos versos no son perfectos, pues son los de un desterrado que busca consuelo y no alabanzas».

V

VIDA DE AGRÍCOLA («DE VITA ET MORIBUS IULII AGRICOLAE»)

De Cornelio Tácito (55-116 d. de J. C.). Es una encomiástica biografía de su suegro, ex gobernador de la Britania, que bajo el sanguinario Domiciano supo cumplir con su deber de funcionario íntegro. Con vigorosos relieves y contrastes hace resaltar la grandeza de su suegro, que muere a los cincuenta y cuatro años de edad, en el 94, en circunstancias que dieron motivo a creer en un envenenamiento ordenado por Domiciano. En esta obra, Tácito logra lo que se proponía: hacer revivir la figura de un gran romano dotado de las mejores virtudes de la raza y de la disciplina imperial. Más que hacer hincapié en los caracteres íntimos de la biografía antigua, la *Vida de Agrícola* se acerca más a la monografía histórica de Salustio. Se narran de modo real las empresas guerreras de la conquista de Mona (Anglesey) y de la Caledonia (Escocia), y en el capítulo X hace la descripción geográfica de Inglaterra, diciendo que «la Britania, la isla más grande que conozcan los romanos, tiene esta posición geográfica y astronómica: al este se extiende frente a Germania, al oeste frente a España, al sur es visible también desde las costas de la Galia; la parte septentrional, como no tiene enfrente otras tierras, está sacudida por el mar vasto y abierto. En cuanto a su forma total, nuestros dos historiadores más elocuentes, Livio entre los antiguos y Fabio Rústico entre los modernos, la han comparado a un vasto oblongo o a un hacha de doble filo. Y ése es verdaderamente su aspecto en la parte de este lado de la Caledonia, de donde proviene la fama de que sea el de toda la isla. En cambio, yendo más allá, se encuentra una inmensa extensión de tierras que hacia su fin se vuelve más angosta, en forma de cuña. Sólo en la época de Agrícola, una flota romana, circunnavegando aquellas playas del mar más lejano,

confirmó que la Britania es una isla y al mismo tiempo describió las islas que se llaman Órcadas, desconocidas hasta entonces. También...».

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

De Cayo Suetonio Tranquilo (aproximadamente, 69-160). En esta obra, Suetonio nos da las biografías, por orden cronológico, de los doce primeros emperadores, desde César a Domiciano, en ocho libros. No tienen esas biografías la misma extensión, puesto que las seis primeras ocupan un libro cada una (César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón); el séptimo libro encierra los tres emperadores del año 69 (Galba, Otón y Vitelio); el octavo, los tres emperadores de la familia Flavia (Vespasiano, Tito y Domiciano). Debido al cargo de secretario del emperador Adriano, se documentó bien al poder consultar los archivos imperiales, las colecciones de los senadoconsultos y las actas del Senado, debido a lo cual se encuentran en estas biografías las cartas y testamentos de los propios emperadores. Además, debido a su espíritu observador e de incansable investigador, nos ha legado en la obra episodios y anécdotas que, aunque a veces gozan de dudosa autenticidad, no son, sin embargo, de su propia invención, y nos ha dejado una estampa que nos ayuda a formarnos una idea de la política y la vida escandalosa de la Roma de nuestro siglo I, que antes de él no nos eran conocidas. Aparece la intimidad de los personajes, sus virtudes, sus vicios, sus crímenes, su monstruosa corrupción pagana, sus morbosas delectaciones, sus incestos, las horribles orgías de Tiberio, Calígula y Nerón, y todo ello sin reflexiones, sin expresar condena ni aprobación, adoptando una narración rápida, como al referirse por una sola vez en toda la obra a los cristianos, en Nerón, capítulo XVI: «Se persiguió bajo pena de muerte a los cristianos, secta de hombres que seguían una superstición moderna y maléfica.» Suetonio, imbuido del papel preponderante del emperador, de ese personaje dueño del mundo, concibió la idea de estudiarlos por separado, uno tras otro, pero mostrándolos como hombres, con sus tendencias naturales, sus pasiones, sus cualidades; trata de descubrir en ellos, a través de sus actos y aconteceres de sus vidas, sus costumbres, los rasgos particulares de su carácter, la manera de ser de cada uno. No se detiene en los

personajes que les rodean; los generales, sus favoritos, los altos funcionarios de la corte, quedan en esta representación como entre bastidores; sólo el emperador aparece en escena. No vamos a encontrar tan sólo la vida pública de los emperadores; Suetonio los sigue en todos los momentos de sus vidas privadas, en sus intimidades, en sus gestos cotidianos, en sus grandezas y en sus miserias. (Véanse datos sobre estos emperadores en «Personajes».)

VIDAS DE LOS EXCELENTES CAPITANES, LAS («DE VITA EXCELLENTIUM IMPERATORUM»)

De Cornelio Nepote (100-25 a. de J. C., aproximadamente). Esta obra contiene biografías de generales extranjeros: diecinueve griegos, uno persa y dos cartagineses, y, además, las biografías de dos ilustres personajes latinos: Catón y Ático. La parte que nos ha quedado es una extensa serie de biografías titulada *Los hombres ilustres («De viris illustribus»)*, en dieciséis libros, en la que Cornelio Nepote, prosista desprovisto de originalidad y compilador no siempre atento más que historiógrafo, se propuso quizás el modesto objetivo de ofrecer lecturas fáciles, amenas y atractivas. Éstas son las biografías: 1.ª, Milcíades, ateniense, el vencedor de Maratón, que muere encarcelado por los que había salvado. 2.ª, Temístocles, ateniense, el vencedor de Salamina; desterrado por su ingrata patria, muere huésped del enemigo. 3.ª, Arístides, ateniense, desterrado por su honestidad y modestia; se le volvió a llamar y se le confirieron altos cargos. 4.ª, Pausanias, espartano, el vencedor de Platea; sospechoso de connivencia con el enemigo, murió emparedado en un templo. 5.ª, Cimón, ateniense, hijo de Milcíades; fue desterrado y vuelto a llamar para pactar la paz entre Esparta y Atenas. 6.ª, Lisandro, vencedor en Egospótamos; cruel y ambicioso, intentó en vano un alzamiento contra la monarquía. 7.ª, Alcibíades, ateniense, de dotes excepcionales, que emplea ya para el bien, ya para el mal; condenado por su patria, logra huir a Esparta; vuelto a Atenas, muere por insidias de los persas. 8.ª, Trasíbulo, ateniense, que expulsó a los tiranos y restituyó su patria a la democracia. 9.ª, Conón, ateniense, quien, después de haber sido vencidos en Cnido los espartanos, reconstruyó los muros de la ciudad. 10.ª, Didón, siracusano, que se opuso a la tiranía de Dionisio el Joven. 11.ª, Ifícrates, ateniense, vale-

roso jefe de mercenarios. 12.ª, Cabrias, ateniense, último de los grandes caudillos de Atenas. 13.ª, Timoteo, ateniense, restaurador de la potencia naval de Atenas en el Jónico. 14.ª, Datames, cario, el más grande general de Asia. 15.ª, Epaminondas, tebano; en Leuctra inaugura la hegemonía de Tebas y muere luchando en Mantinea. 16.ª, Pelópidas, tebano; liberó a su patria de la sujeción espartana. 17.ª, Agesilao, espartano, primero que fue a luchar en Asia, pero pronto se le llamó para defender a la patria en peligro. 18.ª, Eumenes de Cardias; sirvió a los macedonios, y entre los sucesores de Alejandro fue el más fiel a Pérdicas y a la dinastía macedónica. 19.ª, Foción, ateniense, famoso más por empresas militares que por la integridad de su vida. 20.ª, Timoleón, corintio; abatió el señorío de Dionisio y gobernó en Siracusa. 21.ª, Amílcar, cartaginés; consiguió la paz después de la primera guerra púnica. 22.ª, Aníbal, protagonista de la segunda guerra púnica; después de la derrota de Zama, siguió maquinando contra los romanos. Tras esta sumaria noticia de algunos reyes guerreros de nacionalidades diversas vienen las vidas de Catón, el censor, severo corrector de toda clase de corrupción, y de Ático, del que narra la vida íntima, alejado de la política y dedicado a empresas honradas y a las buenas amistades.

VIDA DEL PUEBLO ROMANO («DE VITA POPULI ROMANI»)

De Marco Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.). Este tratado histórico-arqueológico, del que se poseen más de un centenar de fragmentos, es una continuación de la *Raza del pueblo romano.* Va dedicado a Tito Pompeyo Ático y consta de cuatro libros. El primero trata de la monarquía; el segundo, de la república hasta las guerras púnicas; el tercero, hasta la revolución de los Gracos, y el cuarto, hasta la guerra civil entre César y Pompeyo. Informa sobre el modo de ser del pueblo romano, sobre sus instituciones jurídicas, económicas, sociales y religiosas. Da detalles sobre sus construcciones, su alimentación, vestidos, milicia, espectáculos, la moneda y las sepulturas.

PERSONAJES

A

AEROPA

Esposa de Atreo y madre de Agamenón y de Menelao. Seducida por su cuñado Tiestes, fue causa de la horripilante venganza del hermano ofendido, dándole a comer la carne de sus dos hijos, Tántalo y Plísteno. Tragedia de Séneca: *Tiestes.*

AGAMENÓN

Hijo de Atreo, hermano de Menelao y sobrino de Tiestes; reinó en Argos y Micenas. El mito griego del asesinato de Agamenón a su regreso de Troya por su esposa Clitemnestra y Egisto, su amante, a partir de Esquilo, en su trilogía *La Orestíada,* ha prestado materia abundante para ir presentándolo a través de los siglos en las literaturas de los diversos países cultos. Séneca nos presenta su tragedia *Agamenón* dando satisfacción al gusto de los romanos, distinto del de los griegos, por las escenas más horripilantes y patéticas.

ALCMENA

Esposa de Anfitrión y madre de Hércules, habido de Júpiter. Personaje de la comedia *Anfitrión,* de Plauto, y de las tragedias *Hércules, Eteo* y *Hércules Furioso,* de Séneca.

ANFITRIÓN

Personaje de la comedia *Anfitrión,* de Plauto, bajo cuya apariencia Júpiter engaña a su fiel y casta esposa, Alcmena, de la que nacería el fabuloso héroe Hércules, y de la tragedia *Hércules Furioso,* de Séneca.

ANQUISES

Padre de Eneas, al que tuvo de sus amores con la diosa Venus. Le sacó de Troya en llamas llevándole sobre sus espal-

das. Al final del libro III de la *Eneida*, Virgilio le dice a Dido que en Drépano perdió a su padre: «*Heu, genitorem, omnis curae casusque levamen / amitto Anchisem...*» («¡Ay!, pierdo aquí a mi padre Anquises, consuelo de todas mis cuitas y desdichas...»). La figura de Anquises es digna de veneración, pues en todo momento sirve de guía a la proverbial piedad del hijo. Representa la prudencia pensativa, que desdeña las vanidades y que en los Campos Elíseos revela a su hijo la esencia del mundo.

ANTIFILA

Joven de la que Clinias está enamorado a pesar de carecer de dote, y, tras varias incidencias jocosas, viene el feliz desenlace, resultando ser hija de un ricachón. Comedia *El verdugo de sí mismo,* de Plauto.

ANTIFÓN

Antifón, en unión de su primo hermano Fedrias, corre una serie de aventuras amorosas favorecidas por el esclavo Getas. Casa al fin con la joven Fanio, de la que está enamorado. Comedia *Formión,* de Terencio Afer.

ANTÍGONA

Hija incestuosa de Edipo y Yocasta, en el mito y tragedia de la antigua Grecia, es el prototipo del amor filial y de entereza. Personaje de una fuerza impresionante, representando la más luminosa piedad, figura en la tragedia la *Tebaida,* de Publio Papinio Estacio.

ANTÍOPE

Amazona, esposa de Teseo y madre de Hipólito, el hijastro de Fedra. Tragedia *Fedra,* de Séneca.

AQUILINA

Personaje de las *Elegías* de Maximiano, el retórico, que canta los amores por mujeres bajo este seudónimo.

ARGIRIPO

Prototipo del señorito metido en aventuras galantes, a menudo desprovisto de dinero y que no repara en medios para conseguirlo. Comedia *Asinaria* («Comedia de los asnos»), de Plauto.

ARIADNA

Hija de Minos y Pasifae; abandonada por Teseo en la isla de Naxos, fue salvada por Baco y se casó con ella. Este mito figuraba bordado en el purpúreo cobertor del tálamo nupcial, uno de los espléndidos regalos de las «Bodas de Tetis y Peleo», una de las poesías de la *Colección de poesías* de Catulo.

ASCILTO

Personaje que hace de guardaespaldas de Encolpio, el protagonista del *Satiricón,* al que acompaña en sus correrías y en su libertinaje fuera de la ley. Existe entre estos dos truhanes una relación de complicidad derivada de sus vicios comunes. Con su desfachatez comparte con Encolpio las complacencias del favorito de éste, Gitón. Novela *Satiricón,* de Cayo Petronio Árbrito.

ATREO

El mayor de los hijos de Pélope e Hipodamia y padre de Agamenón y de Menelao. Enemistado con su hermano Tiestes, fingiendo una reconciliación, le invitó a un banquete, en donde le sirvió el cuerpo de sus propios hijos, Tántalo y Plísceno. Tragedia de Séneca.

AUGUSTO (EL DIVINO)

Emperador, cuya vida nos cuenta Suetonio en *Vidas de los doce Césares.* Le muestra moralizador de las costumbres y apasionado del juego, del estudio de la elocuencia, de las buenas letras y de la literatura griega.

B

BACO

Hijo de Júpiter y de Sémele, creció lejos del Olimpo por los celos furiosos de Juno. Desposó a Ariadna, la hija de Minos, en Naxos, en donde la había abandonado Teseo, regalándole la famosa corona de oro. Figura en el purpúreo cobertor relatado en «Ariadna».

BAQUIS

Cortesana amiga de Clitifón. Comedia *El verdugo de sí mismo,* de Publio Terencio Afer.

BUCCO

Personaje de las «fábulas tesanas» de Lucio Pomponio. Estas fábulas se basaban, además de en los rasgos filosóficos, en la comicidad del ridículo, en la suficiencia, en la fanfarronería (acompañada del miedo), en la lascivia (con sus chistes obscenos) y en la rapacidad. Su mismo nombre (derivado del latín vulgar *bucca*) expresa ya de por sí el carácter de este personaje, criado astuto, un bocazas parlanchín y comilón.

C

CALÍGULA

Extremadamente cruel, recomendaba a los verdugos: «Hiérele de modo que se dé cuenta de que muere.» Tuvo comercio carnal con sus tres hermanas y luego las prostituyó entregándolas a diversos amigos. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

CÁNDIDA

Personaje de las *Elegías* de Maximiano, en las que con este seudónimo canta los amores por mujeres.

CAPADOCIO

Rufián que guarda en su casa a la doncella Planesia y que será acusado y condenado por tratar como esclava a una mujer libre. Parásito tragón, que en premio a su lograda astucia será mantenido a expensas de Formión. Comedia *El curculio,* de Plauto.

CASANDRA

Hija de Príamo y de Casandra, reyes de Troya, dotada por Apolo con el don de la profecía, pero que, por no corresponder a su amor, la condenó a no ser oída. Personaje de la tragedia de Séneca *Agamenón.*

CÁSINA

Esclava que da nombre a la comedia de Plauto *Cásina* («La sorteada»), derivada de la comedia *Klerúmenoi* («Los que echan suertes»), del griego Difilo.

CATILINA

Personaje de Salustio, Cicerón y Apiano, que pasa a la historia como prototipo del conspirador audaz, depravado y temible para los destinos de la patria.

CATÓN

Altiva figura de patriota que entre líneas aparece como el verdadero héroe del poema épico en diez libros *La Farsalia,* de Marco Anneo Lucano, sobrino y discípulo de Séneca. Lucano siente verdadera admiración por Catón, el estoico y republicano amante de la libertad por excelencia.

CÉSAR (CAYO JULIO)

Personaje en sus *Comentarios sobre la guerra civil* y en el poema épico *La Farsalia,* de Lucano. César es el *dux divus,* a quien la Fortuna, sin duda, conduce a la victoria. Personaje también en *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio, del que expone sus empresas guerreras, su grandeza y sus debilidades, su afrentosa intimidad con Nicomedes, rey de Bitinia, y demás escándalos, diciendo de él el senador Curión, en un discurso, que César es «el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos».

CLAUDIO (TIBERIO CLAUDIO DRUSO)

Emperador. Cuál no sería su monstruosidad, que su propia madre decía de él que era «sombra de hombre y aborto infame de la naturaleza». Su debilidad eran las mujeres, y en palacio reinaba la corrupción; feroz y sanguinario, le gustaba presenciar las ejecuciones. Se atribuye su muerte a un envenenamiento con setas, pero intencionado. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

CLEÓSTRATA

Personaje de la comedia *Cásina,* de Plauto. Cleóstrata recogió de pequeña y crió hasta los dieciséis años a Cásina, a la que pretenden su esposo y su hijo. Esta rivalidad acaba con el ridículo del viejo libertino.

CLINIAS

Joven que, debido a las continuas reprensiones de su padre, huye de casa y se hace soldado, abandonando a Antifila, joven sin dote de la que está enamorado. Comedia *El verdugo de sí mismo*, de Publio Terencio Afer.

CLITEMNESTRA

Hija de Tíndaro y de Leda, hermana de Helena, Cástor y Pólux y esposa de Agamenón, al que, en unión de su amante Egisto, asesina a su regreso de Troya. Tragedia *Agamenón*, de Séneca.

CLITIFÓN

Amigo de Clinias (del que ya hemos hablado antes), cuyos ancianos padres, Menedemo y Cremes, eran también amigos. Comedia *El verdugo de sí mismo*, de Publio Terencio Afer.

CREMES (Véase «Menedemo»)

CREONTE

Sucesor de Layo en el gobierno de Tebas, después de que éste fue muerto por su hijo Edipo. Tirano cruel, impidió el entierro de Polinice, hermano de Antígona. Este mito de los trágicos griegos lo trató Publio Papinio Estacio en su poema épico de doce libros *La Tebaida*.

CREONTE

Rey de Corinto, en cuya corte se hallan los hijos de Medea y Jasón, el cual se ha casado con la hija del rey. Éste destierra a Medea, que pide la dilación de un día, durante el cual ejecuta su terrible venganza. Tragedia *Medea*, de Séneca.

D

DAFNIS

Célebre poeta siciliano, hijo de Mercurio y de una ninfa, por cuya muerte Menalcas canta la aflicción del mundo y, en competición con él, Mopso canta su apoteosis («Égloga» V de Virgilio). En la VIII, Alfesibeo refiere el canto de una mujer abandonada por Dafnis y que, por medio de unas artes mágicas, consigue recuperar a su amado.

DAMETAS

Mientras está aguardando el ganado, llega el pastor Menaleas, que está resentido contra Dametas y que empieza a injuriarle; acaban desafiándose a ver quién canta mejor y quedan los dos *ex aequo,* según Palemón, que hace de árbitro («Égloga» III de Virgilio).

DAMÓN

Este pastor, en competencia con Alfesibeo, canta su desesperación por verse abandonado por Nisa, que va a casarse con Mopso, y no halla otra solución a su desconsuelo que el suicidio («Égloga» III de Virgilio).

DAVO

Criado entrometido e intrigante, que pone en movimiento todos sus resortes de astucia para llevar a cabo sus planes. Consigue que Pánfilo se case con Gliceria, y Carino, con la hija de Cremes. Comedia *Andria,* de Publio Terencio Afer.

DEMIFÓN

Parásito, entendido en leyes, astuto, mentiroso y amante de líos. Padre de Antifón y hermano de Cremes. Comedia *Formión,* de Publio Terencio Afer.

DERMENETO

Personaje de farsa, que aparece tiranizado por su mujer y es sorprendido en el banquete que su hijo está dando en casa de su amiga y es castigado. Comedia *Asinaria,* de Plauto.

DEYANIRA

Hija de Eneo, rey de Calidón y esposa de Hércules. Por celos causó la muerte de su esposo dándole la túnica envenenada que le entregó el centauro Neso. Poema *Aquileida,* de Estacio. Personaje también de las tragedias *Hércules eteo* y *Hércules furioso,* de Séneca.

DIDO

Reina de Cartago, protagonista del libro IV de *La Eneida,* de Virgilio. Ya en el libro II le expresa a su hermana Ana el impacto que le produce el héroe troyano, diciéndole: «*Quis novus hic nostris successit sedibus hospes!*» («¡Qué extraordinario huésped ha entrado en nuestra casa!»). Pero su pasión avasalladora es ya incontenible, y exclama que es «llama que devora sus entrañas y herida callada que anida en su corazón». Consumado su amor en una caverna en donde se refugiaron por una tempestad desencadenada por la celosa Juno, Mercurio no tarda en recordar a Eneas su destino, que le empuja al Lacio. El desengaño de Dido es atroz, cruel, pues Eneas obedece al mandato de los dioses y se fuga. Dido queda aniquilada y se da muerte, siendo este pasaje uno de los más justamente celebrados de la poesía mundial.

DIOMEDES

Hijo de Tideo, fue el más valiente de los griegos ante Troya después de Aquiles y de Ayax Telamonio. Perseguido por Venus por haberla herido en combate, así como a su hijo Eneas, huyó a Italia, donde se casó con la hija del rey Danno. Personaje del poema *Aquileida,* de Estacio.

DOMICIANO (TIFO FLAVIO)

Emperador que nació en el año 51 de nuestra era y que cometió atrocidades sin número, haciéndose temible y odioso. Amigos, libertos y su propia mujer participaron en una conspiración contra él, que le hizo sucumbir a puñaladas a los quince años de su reinado, desde el 81 al 96. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

DOSSENNUS

Es la más importante y fina de las cuatro máscaras de las antiguas *Atelanas* creadas por Lucio Pomponio. Las otras tres son Maccus, Bucco y Pappus. Dossennus es un viejo jorobado, prudente y sentencioso, que salva muchas situaciones comprometidas con su astucia y sagacidad.

DROMÓN

Uno de los criados pillos y aprovechados de la comedia *El verdugo de sí mismo,* de Publio Terencio Afer.

E

EDIPO

Personaje mítico, hijo de Layo, rey de Tebas, y de Yocasta. Layo, porque, según el oráculo, un hijo suyo le mataría, le abandonó al nacer y, recogido por unos pastores, fue educado por el rey de Corinto. Pasado el tiempo, Edipo mató a su padre sin saber quién era y se casó con su propia madre. Tuvo de su madre a Antígona, Ismene, Eteocles y Polinice. Descubierta la terrible realidad, Yocasta se ahorca, y Edipo, tras sacarse los ojos, huye de Tebas guiado por sus hijas en su doloroso vagar de expiación. Personaje de múltiples tragedias griegas, y en latín tenemos las tragedias *Edipo,* de Séneca, y *La Tebaida,* de Estacio.

EGIÓN

Infortunado padre de Tántalo (raptado de niño por un esclavo) y de Filopólemo (prisionero en la guerra contra los eleos). El desenlace feliz, al recuperar a sus dos hijos el mismo día, llega después de las acciones bruscas y afectuosas que le sugiere el amor paternal, ricas en bromas, bufonadas y juegos de palabras. Comedia *Los cautivos,* de Plauto.

EGISTO

Hijo incestuoso de Tiestes y su hija Pelopia y, por tanto, primo hermano de Agamenón; traicionó a éste, convirtiéndose en amante de Clitemnestra, su esposa. En unión de ésta asesinaría a Agamenón a su regreso de Troya. Tragedia *Agamenón,* de Séneca.

ELECTRA

Hija de Agamenón y Clitemnestra, sobrina de Menelao y de Helena y hermana de Ifigenia y de Orestes, entre otros. Casóse con Pílades, amigo de Orestes. Personaje que caracte-

rizaba el amor y el odio en los trágicos griegos Esquilo, Sófocles y Eurípides, figura también en la tragedia *Agamenón*, de Séneca.

ENCOLPIO

Protagonista de la novela realista *Satiricón*. Personaje envuelto en una serie de aventuras en compañía de otros dos sujetos de mala calaña, entre los que figura el jovencito Gitón, al que ama y pierde muchas veces, volviendo a encontrarle. Obra de Cayo Petronio Árbitro.

ENEAS

Hijo de Anquises y de Venus, primo segundo de Héctor, ya que Príamo y Anquistes eran primos hermanos. Se casó con Creusa, hija de los reyes de Troya, desaparecida en la última noche de esa ciudad en llamas. Personaje secundario de Homero en *La Ilíada*, pasó posteriormente a la literatura latina. Es el prototipo de la piedad filial y, ciego instrumento del hado, sujeto a la voluntad de los dioses, arrojado a las costas de Cartago por una tempestad promovida por la celosa Juno, es acogido por la reina Dido, que se enamora perdidamente de él. Esta pasión la desazona y es «llama que devora sus tiernas entrañas y herida callada que anida en su corazón», confidencia que le hace a poco de iniciarse el libro IV. Pero Eneas tiene que abandonarla por seguir la voluntad de los dioses, reconociendo en el Lacio la sede predestinada. Personaje protagonista del poema *La Eneida*, de Virgilio.

EPÍDICO

Prototipo del esclavo astuto e inteligente, y, sabedor de todos los hechos íntimos de la familia por sus muchos años de servicio, los aprovecha con un caudal inagotable de recursos, teniendo siempre a mano medios con que resolver una situación difícil. Personaje de la comedia de Plauto a la que da su nombre: *Epídico*.

ESTRÓBILO

Criado astuto de Licórides. Comedia *Aulularia* («La olla»), de Plauto.

EUMOLPO

Un ridículo y enredador viejo, que tiene la manía de los versos y de la declamación. Se une a la compañía del aventurero y pícaro Encolpio, el protagonista de la novela *Satiricón*, de Cayo Petronio Árbitro.

EURÍALO

Héroe troyano, hijo de Ofeltes, que en unión de su amigo Nisos protagoniza dos importantes episodios en *La Eneida*, de Virgilio. En los juegos fúnebres en honor de Anquises (padre de Eneas), Euríalo vence en una carrera gracias a la ayuda de Nisos. Éste, en otro episodio trascendental y épico, propone a su amigo atravesar por la noche el campo enemigo para llevar un mensaje de Eneas con el fin de obtener la ayuda de Evandro en la guerra que sostiene contra Turno. Tras haber causado sensibles pérdidas entre los adormecidos enemigos (acción similar a la de Ulises y Diomedes contra el campamento de Reso: *Ilíada*), ambos jóvenes sucumben heroicamente, rindiendo culto a la amistad.

F

FEDRA

Hija del avaro Euclión. Comedia *Aulularia,* de Platón.

FEDRA

Hija de la monstruosa unión del Minotauro y Pasifae, hermana de Ariadna, esposa de Teseo y madrastra de Hipólito. El mito griego de Fedra ha pasado a la literatura latina, y Séneca nos da en su tragedia *Fedra* una visión con escasas variantes de la tragedia *Hipólito,* de Eurípides, siendo lo más importante el introducir en el cuadro psíquico de Fedra una nota de contrición, y el suicidarse sobre el cadáver de Hipólito es como el sacrificio expiatorio que la redime de sus culpas. Personaje maléfico, presa de incontenible pasión, que, por su espíritu ciegamente impulsivo, viene a ser el símbolo de la pasión humana desencadenada.

FÉDROMO

Está enamorado de la doncella Planesia, encerrada en casa por el rufián Capadocio, y sólo puede verla cuando éste se halla ausente, sobornando con vino a la vieja que guarda la puerta. Comedia *El curculio* («El gorgojo»), de Plauto.

FILEMÓN Y BAUCIS

Estos personajes de la mitología griega los narra Ovidio en sus *Metamorfosis* (libro XIII, cap. XII, vv. 611-724). Constituyen un modelo de matrimonio que ha vivido desde sus años mozos hasta su ancianidad sin divergencias a pesar de no haber conocido nunca una vida desahogada. Acogen a dos modestos desconocidos, que tienen que agachar la cabeza bajo la humilde puerta para penetrar en su modesta

cabaña. Rechazados en todas partes, los desconocidos, que son Júpiter y Mercurio, premian este don de hospitalidad convirtiendo la cabaña en un hermoso templo. Piden a Júpiter que les conceda ser los custodios del templo, la gracia de poder seguir viviendo juntos los últimos años de sus vidas y la de poder morir también juntamente. El dios se lo otorga todo y, mientras sentados en las gradas iban comentando tan maravilloso milagro, se sienten transformados en árboles, encina él y tilo ella, los cuales crecen muy juntos y entrelazan sus ramas, dando sombra al hermoso templo que antes había sido su humilde cabaña. En toda la antigüedad pagana no hay idilio conyugal que esté descrito con más delicadeza artística que este de Ovidio.

FILOCOMASIA

Cortesana amada por Pleusicles y que es raptada por Pirgopolinices, el soldado fanfarrón, y sobre la cual se monta una farsa intrigante a base del trueque de personajes. Comedia *Miles gloriosus* («El soldado fanfarrón»), de Plauto.

G

GALBA

Servio Sulpicio Galba, emperador de Roma, que sucedió a Nerón (en el que termina el linaje de los Césares); su reinado duró sólo siete meses, muriendo asesinado por los pretorianos. Era austero, de carácter inflexible y avaro. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

GITÓN

Jovencito al que ama Escolpio, un truhán y aventurero, que lo lleva consigo y que, con otro de la misma ralea, forman un trío de pícaros desaprensivos. *Satiricón,* de Cayo Petronio Árbitro.

H

HÉRCULES

Hijo de Júpiter y Alcmena, hija de Anfitrión, rey de Tracia. Era el más popular de los héroes de Grecia, en donde se le veneraba como una divinidad. Júpiter le llevó al Olimpo, dándole el rango de semidiós. Fue muy célebre por sus numerosas hazañas, siendo las más conocidas las denominadas «Los doce trabajos de Hércules». Éstos son: 1) «El león de Nemea»; 2) «La hidra de Lerna»; 3) «El jabalí de Erimanto»; 4) «La corza de Cerinea»; 5) «Las aves feroces de la laguna Estinfalia»; 6) «Los establos del rey Augias»; 7) «El toro de Creta»; 8) «Las yeguas de Diomedes»; 9) «El cinturón de Hipólita o Melanipia»; 10) «Los rebaños de Gerión»; 11) «Las manzanas de las Hespérides», y 12) «El can Cerbero». Personaje de dos tragedias de Séneca: en *Hércules furioso* trata de la leyenda más truculenta, o sea de la locura y muerte de su esposa e hijos; en *Hércules eteo* describe la muerte, los celos de Deyanira, el dolor del héroe moribundo y el fin de ambos.

HIPÓLITO

Hijo de unas primeras nupcias de Teseo y de la amazona Antíope, fue amado apasionadamente por su madrastra Fedra, a cuyas seducciones se resistió, acusándole entonces ésta de haber atentado contra su honor. Tragedia *Fedra,* de Séneca.

HIPSÍPILA

Hija del rey de Lemnos, Thoas. Muerto el padre, es reina cuando llegan a la isla los argonautas. Éstos encuentran sólo mujeres, pues éstas no hacía mucho que, celosas de

sus maridos, habían dado muerte a todos, excepto al rey Thoas, al que salva su hija. Jasón se casa con ella, de la que tiene dos hijos: Eumeo, del que nos habla Homero, y Thoas, como el abuelo, al que nunca llegó a conocer. A Hipsípila, personaje de los trágicos griegos, así como de Píndaro y Apolonio de Rodas, nos la presenta también la literatura latina. Delicada figura femenina, la estudia atentamente en su humanidad el poeta napolitano Publio Papinio Estacio en su *Tebaida* (dedicada a Domiciano), en la que el poeta habla de Hipsípila en todo el libro V y parte del VI.

HIRCIO, AULO

Personaje que intervino como general y lugarteniente de César en la *Guerra de las Galias.* Fue pretor en la Galia, propretor en el 45 antes de Jesucristo, y, en el 44, César le designó cónsul para el 43, en el que moriría. Fue, pues, entre marzo y abril del 43 la fecha en que escribió el libro VIII de la *Guerra de las Galias* y la *Guerra de Alejandría.*

J

JASÓN

Hijo de Esón, rey de Yolcos, no puede suceder a su padre por apoderarse del trono su tío Felias. Éste le confía la misión de conquistar el Vellocino de Oro, en poder de Eetes, rey de la Cólquida, con la sana intención de que perezca en el empeño. Embarca con cincuenta compañeros en la nave *Argos*. Llegado a su destino, se casa con Medea, hija del rey Eetes, que, con sus artes mágicas, le ayuda a superar las terribles pruebas a que se ve sometido. Héroe fabuloso del mito griego, que cautiva por sus numerosas aventuras, viéndosele en unos autores como un héroe resplandeciente de gloria y en otros como un personaje trágico y siniestro. Bajo este aspecto le hallamos en la tragedia *Medea*, del griego Eurípides, y ésta tomada como modelo por la *Medea* de Ovidio (perdida) y la homónima de Séneca.

L

LICO

Se había apoderado del trono de Tebas después de haber matado a su rey Creón[te]. Estaba a punto de matar a Mégara, esposa de Hércules, y a sus hijos, cuando se presenta Hércules, quien mata a Lico y, en un acceso de frenético furor, mata también a su esposa y a sus hijos. Tragedia *Hércules furioso,* de Séneca.

LICÓNIDES

Hijo de Eunomia, hermana de Megadoro, novio maduro de Fedra, la que ya está embarazada de su sobrino Licónides (sin que nadie lo sepa), el cual será el que al final se case con Fedra. Comedia *Aulularia,* de Plauto.

LICÓRIDES

Uno de los seudónimos bajo el cual canta Maximiano, el retórico, los amores por mujeres en sus *Elegías.*

M

MACCUS

En las *Atelanas* de Lucio Pomponio, Maccus es una de las cuatro famosas máscaras que, por su representación burlesca, comicidad a base del ridículo y el chiste obsceno, hicieron las delicias del pueblo de Roma. Maccus es el estúpido, el tonto y el glotón.

MEDEA

Hija de Eetes, rey de la Cólquida, y nieta de Helios. El mito griego nos la presenta como una maga dotada de un poder fabuloso, haciéndola algunos poetas una divinidad. Eurípides le atribuyó un nuevo carácter, el de una figura humana agitada por pasiones avasalladoras, que si bien son irresistibles, no dejan de ser humanas. Este modelo es el que sigue Séneca en su tragedia *Medea,* y es uno de sus personajes más vigorosos.

MÉGARA

Esposa de Hércules, es encontrada en Tebas con sus hijos cuando aquél llega de los infiernos. Después de haber dado muerte a Lico, rey de Tebas, en un acceso de locura mata también a Mégara y a sus hijos. Personaje de la tragedia *Hércules furioso,* de Séneca.

MENALCAS

Pastor, personaje de varias «Églogas» de Virgilio.

MENEDEMO

Es el *pater* de la comedia *paliata,* que, para defender el patrimonio y el honor de la familia, que se halla en peligro por los amoríos del único hijo, expulsa a éste de casa. El

tiempo le va consumiendo por el remordimiento de haberle expulsado y mortifica su carne, henchido de amargura el corazón, anhelando ya tan sólo el regreso del hijo. Ya pueden celebrarse alrededor de él las fiestas dionisíacas, ya pueden los amigos esforzarse en distraerle: él se consume en su soledad y se purifica por el dolor, no importándole ya ni el patrimonio ni el buen nombre de la familia, y el corazón de su cansada vejez sólo necesita la presencia de su hijo. Personaje de la comedia *Heautontimorumenos* («El verdugo de sí mismo»), de Publio Terencio Afer.

N

NAUSÍSTRATA

Fiel esposa del infiel Cremes, la cual se entera por el intrigante Formión de que Fanio es hija de su esposo, fruto de unos amores tenidos en Lemnos. Al final se reconcilian los cónyuges. Comedia *Formión,* de Publio Terencio Afer.

NERÓN

Nerón Claudio, emperador de Roma, sucedió a Claudio, quien lo había adoptado. Si bien al principio fue ocultando sus instintos perversos, acabó obrando sin miramientos y se entregó al fuego de sus pasiones durante todo su mandato, del 54 al 68 después de Jesucristo. Sus vicios dominantes fueron la lujuria, el orgullo, la avaricia y la crueldad. Mató a su madre y a sus dos mujeres, Octavia y Popea, a ésta personalmente, al darle un puntapié estando encinta. Castró al joven Esporo, al que tomó por esposa, y tuvo trato carnal con su madre. Personaje de las *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

O

ORESTES

Hijo de Agamenón y de Clitemnestra y hermano de Electra y de Ifigenia. Personaje creado por Esquilo, se convierte en uno de los preferidos por Eurípides. De natural sencillo y afectuoso, está predestinado al crimen, ese terrible acto justiciero impuesto desde lo alto, viéndose esclavo de un hado tremendo. Personaje de la tragedia *Agamenón,* de Séneca.

OTÓN

Salvio Otón, emperador de Roma, sucesor de Galba, nació el 28 de abril del año 32 después de Jesucristo. De una de las principales familias de Etruria, fue confidente de Nerón en todos sus planes secretos. Sedujo a Popea, amante de Nerón, y la amó apasionadamente. Se suicidó al creerse derrotado por los germanos en Bedríaco. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

P

PAPPUS

Es una de las cuatro famosas máscaras de las *Atelanas* de Pomponio. Pappus es un viejo chocho a quien le gusta la bebida; es veleidoso en sus amoríos y objeto de burlas por parte de su hijo, de su amante o de su esclavo.

PIRGOPOLINICES

Nombre del protagonista de la comedia *Miles gloriosus* («El soldado fanfarrón»), de Plauto. Su vanidad reside no en sus actos, sino en las palabras de sus familiares y la adulación de siervos y parásitos. Al final, el *miles gloriosus* acaba vilipendiado, apaleado y abandonado.

POLINICE

Hijo incestuoso de Edipo y Yocasta y hermano de Eteocles, con quien ante Tebas lucha frente a frente y se matan ambos en el encuentro. Personaje de la tragedia *Las fenicias*, de Séneca.

POMPEYO

Personaje del poema épico *La Farsalia*, en diez libros, de Marco Anneo Lucano, sobrino y discípulo de Séneca. En los ocho primeros libros se narra la cruenta lucha entre César y Pompeyo, por el que el autor siente fuerte simpatía (aunque vencido), porque defendía la libertad, y le eleva a símbolo de la libertad republicana.

PROSERPINA

Hija de Júpiter y de Ceres. Estaba Proserpina con sus compañeras, las ninfas del Océano, correteando por el campo, alfombrado de innúmeras y variadas flores, pintando con

cuantos colores formó la naturaleza. La rosa, el azafrán, la violeta, la azucena y el jacinto abrían alternativamente sus pétalos. Proserpina, embelesada ente tan fragante belleza, se fue alejando, quedándose sola. Atraída por un jacinto que sobrepujaba las otras flores en donosura y aroma, al arrancarlo, se abrió la tierra, salió Plutón y la raptó. Dolor de Ceres, que al final obtuvo de Júpiter que su hija pasara los dos tercios del año con ella y un tercio con Plutón. Personaje de Ovidio en *Las metamorfosis,* y de Claudiano en *El rapto de Proserpina.*

S

SIRO

El esclavo pillo y aprovechado, del que quiere valerse el viejo Cremes, que, al ir por lana, sale trasquilado, como dirían nuestros buenos habladores de los pueblos castellanos. Comedia *El verdugo de sí mismo,* de Publio Terencio Afer.

SOSIAS

Criado de la comedia *Anfitrión,* de Plauto. Por la extraordinaria viveza del personaje, empleamos su nombre para designar al «doble» de otra persona.

T

TÁNTALO

Una furia ha sacado de los infiernos a Tántalo, cuya sombra irrumpe en escena en el prólogo de la tragedia *Tiestes,* de Séneca, para que instigue un nuevo crimen en el ya ensangrentado palacio de Atreo.

TERAPONTÍGONO PLATAGIDORO

Soldado fanfarrón, que interviene en embrollos interesantes en la comedia *El curculio,* de Plauto.

TESEO

Héroe legendario del Ática (décimo rey), hijo de Egeo y Etra, que realizó numerosas hazañas, entre otras: ayudado por Ariadna, logró matar al Minotauro y salir del laberinto; guerreó contra las amazonas, capturando a su reina Antíope (o Hipólita), con la que se casó; liberó a su patria del tributo que pagaba a Minos, rey de Creta. Este personaje figura en Séneca en sus tragedias *Fedra* y *Hércules furioso,* y en Estacio en su tragedia *La Tebaida.*

TIBERIO

Emperador de Roma, sucesor de Augusto, en el cual se inicia la serie de emperadores monstruos. Aunque fue bueno al principio de su reinado, no tardó en entregarse a los mayores excesos y extravagancias, llegando a crear un nuevo cargo, el de «intendente de los placeres». Torturaba con refinamiento a sus víctimas, era lascivo y murió odiado por el pueblo. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

TIESTES

Personaje de las tragedias *Tiestes* y *Agamenón,* de Séneca; en ésta, su sombra lee el prólogo. (Para datos biográficos, véase «Atreo».)

TÍTIRO

Personaje de la égloga I; es el amigo de Melibeo. Éste, para dar alojamiento a los «veteranos», ha perdido su hacienda, mientras que Títiro, el símbolo de la poesía pastoril virgiliana, la conserva, no sintiendo aquél envidia por la felicidad ajena, sino que medita sobre las diversas fortunas: mientras que su amigo Títiro puede quedarse con su heredad, él, desterrado, ha de renunciar para siempre a su casa. *Églogas,* de Virgilio.

TITO

Tito Flavio, emperador de Roma, que sucedió a su padre, Vespasiano, y que en los dos años de su reinado (79-81) proporcionó un bienestar general. En su reinado sucedió la famosa erupción del Vesubio que sepultó a Pompeya y Herculano. Se le llamó «el amor y las delicias del género humano». Su muerte fue muy sentida por todo el pueblo romano. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

U

ULISES

Hijo de Laertes y de Anticlea, casó con Penélope, de la que tuvo a Telémaco. Reinaba en las islas de Ítaca y Duliquio, en el Jónico. Cuando se movilizaron todos los príncipes de Grecia para la guerra de Troya, como estaba recién casado y con un hijo de pocos meses, se fingió loco, abriendo surcos en la tierra con el arado y sembrando sal. Palamedes descubrió el engaño poniendo a su hijo delante del arado. En toda la guerra demostró astucia y pronto ingenio. Fue valiente y realizó varias hazañas, que se cuentan en la *Ilíada* y la *Odisea*. Personaje sumamente fascinante, legado por la antigüedad clásica, que Estacio nos presenta en su *Aquileida*, poema épico.

V

VESPASIANO

Tito Flavio Vespasiano, emperador de Roma desde el 69 al 79 después de Jesucristo. Sucedió a Vitelio, y en los diez años de su reinado nunca trató de disimular su origen modesto. Su conducta ofrece fuerte contraste con las de sus antecesores, ya que se distinguió por su moderación y bondad, mostrándose, como dice su biógrafo Suetonio, «sencillo como un ciudadano y clemente». Sólo se le afea su avidez por el dinero. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.

VITELIO

Emperador de Roma. Sucedió a Otón, y a los pocos meses de reinar murió asesinado, en el año 69 después de Jesucristo. «Era incapaz de gobernar —dice Suetonio— sin el consejo de los más viles histriones y en especial de su liberto Asiático. Éste era todavía un muchacho cuando Vitelio le sometió a la prostitución mutua.» Era muy cruel y de proverbial glotonería. *Vidas de los doce Césares,* de Suetonio.